

La larga sombra  
de la muerte  
VEIT HEINICHEN

Siruela/ Policiaca

**Veit Heinichen**

**La larga sombra de la muerte**

Traducción del alemán de  
Christian Martí-Menzel

**Siruela**

Nuevos Tiempos / Policiaca

## Índice

- Cubierta
- Portadilla
- La larga sombra de la muerte
- Fin... cuando todo podría haber sido tan bonito
- Marina di Aurisina
- Bagnoli della Rosandra / Boljunec, Trieste
- Mia llega
- Un pacto con artimañas
- El segundo día de Mia
- Los primeros pasos
- El descubrimiento
- El valle detrás de la ciudad
- Mia y Calisto
- Mucca Pazza 2
- El olor del café
- Europa crece
- Mia estaba feliz
- Rutina
- Pizza para todos
- Recuerdos
- Un día de suerte
- Armas pesadas
- Historias de medianoche
- ¿Nunca se acabará esto?
- De noche
- Una mañana de mayo
- Konec = Fin
- Créditos



# **La larga sombra de la muerte**

«Amigo, dame tu espada para que te la guarde. No luches. Sólo con amor podemos conquistar la paz.»

Inscripción en la tumba  
de Diego de Henriquez, 1974

«He visto muchas ciudades, pero es la primera vez que estoy en Trieste.» «Una ciudad interesante. Aquello que durante la guerra fueron Lisboa y Estambul, lo es hoy Trieste. Espionaje y contraespionaje, soplones, seguidores y enemigos de Tito, estalinistas y antiestalinistas, además de diez mil soldados ingleses y americanos, una población simpática y entusiasta, y marineros de todos los rincones del mundo. Todo el mundo en una sola ciudad.»

*Correo diplomático* (1952),  
película de Henry Hathaway protagonizada  
por Karl Malden y Hildegard Knef.

## Fin... cuando todo podría haber sido tan bonito

Principios de mayo y un calor asfixiante. Hacía tres meses que no llovía y los agricultores se temían ya lo peor. El lecho del río Rosandra llevaba poquísimas aguas, por mucho que su nacimiento se encontrara en los pliegues de la sierra del monte Carso, donde las precipitaciones son frecuentes. En otro tiempo el río había hecho funcionar los innumerables molinos aceiteros del valle. Después de bañarse en el mar, la joven pareja emprendió la marcha en su camioneta abollada. Él estaba ansioso por enseñarle un soberbio fenómeno de la naturaleza. ¡Imagínate! ¡Un espectacular valle incrustado en lo más profundo de la sierra! Y a sólo media hora de coche. Claro que después debían caminar durante un buen rato, y tal vez por eso a ella la idea no le entusiasmaba tanto. La tarde ya estaba avanzada y prefería disfrutar de la puesta de sol en el mar, pero al final se dejó convencer. Un acueducto romano, un baño en el río, y después una pequeña posada en la frontera, donde servían suculentos platos tradicionales y un vino con cuerpo. Naturalmente, él invitaba.

Condujeron lentamente por Bagnoli, pasaron ante las dependencias de la Unión de Partisanos hasta llegar a Bagnoli Superiore, que en esloveno se llama Konec: fin. Le habló de unos viñedos de las cercanías donde durante los últimos años volvían a apostar por la calidad con criterio, y de la producción de aceite de oliva, que se llevaba a cabo desde hacía miles de años en las faldas del monte Carso y en Castelliere San Michele. La proximidad de la montaña y el mar y las grandes diferencias de temperatura eran importantes para la calidad del aceite. Le habló de Starec, Ota y Sancin, cuyos aceites eran considerados los mejores del país, aunque resultaban muy caros, si uno tenía la suerte de conseguirlos. Sabía muchas cosas y era agradable estar sentada junto a él en el traqueteante automóvil y escucharle. Las pequeñas casas de piedra se apretujaban una al lado de la otra para mitigar los efectos de la bora, que soplaban desde las faldas del valle forradas de piedra calcárea gris claro, arrastrando consigo toda la vegetación de las zonas desprotegidas. Cuando él apagó el motor pudo escuchar el susurro del Val Rosandra a pesar del ensordecedor canto de las cigarras. Las acacias, los álamos, los sauces y los arces salpicaban la orilla del pequeño río, y unos metros más allá una senda empedrada llevaba hacia el valle siguiendo la conducción del acueducto romano. Las marcas rojiblancas y blanquiazules en los árboles señalizaban el

camino. Se quedaron admirando la cascada, a la que llegaron tras media hora de caminata.

—Allí abajo se está bañando alguien —dijo ella señalando unas prendas que había sobre un arbusto.

Él negó con la cabeza.

—Aquí las verás con frecuencia. Serán de algún ilegal de esos que llegan cruzando la frontera. El paso está sin vigilancia. ¿Sabías que el Val Rosandra —dijo orgulloso— ha sido declarado patrimonio de la UNESCO por su gran variedad de especies y que cada una de sus plantas está protegida? Hay algunas rarísimas.

—Ya, pero ¿no decías que había una *trattoria*? —protestó ella justo en el momento en que él la cogía del talle, aprovechando que ahora subían por una cuesta muy pronunciada y cubierta de guijarros que llevaba a una pequeña iglesia.

—Espera un poco, pronto verás los tejados de las casas de Botazzo. Allí, al otro lado del valle, antes funcionaba un pequeño tranvía que comunicaba las localidades más aisladas con la ciudad.

—Qué pena que ya no funcione —dijo ella.

—Si así fuera, después no te podrías bañar en el río Rosandra.

—Sólo haría falta bajarse en la parada correspondiente. ¿Realmente no se puede llegar hasta allí en coche?

—Sólo lo tienen permitido los guardabosques y los vecinos de la zona. Conducen todoterrenos.

En el descenso vieron por fin las tres casas. Pronto oyeron una algarabía, y entonces se toparon con un grupo de excursionistas que iba en dirección contraria. Cuando finalmente entraron en el comedor de la *trattoria*, el sol ya se había escondido tras la loma de la montaña. La camarera, sorprendida por la tardía visita de los huéspedes, les sirvió un litro de vino tinto en una jarra y les recomendó las salchichas con puré de patatas y col. Les preguntó por curiosidad de dónde venían y anunció su procedencia a los demás comensales. Se oyeron murmullos de aprobación. Quien visitaba el valle pertenecía al círculo de los iniciados que preferían el Carso al mar.

Él la piropeaba y la hacía reír. En un momento dado hasta consiguió ponerle el brazo sobre los hombros y besarla en la mejilla. Ella le habló de un cañón en su lejano país que estaba plagado de serpientes venenosas. Al cabo de un rato la camarera trajo el libro de invitados y les rogó que dejaran constancia de su visita. Todo el que pasaba por allí escribía algo. Rieron cuando lo hojearon y se apretaron el uno contra el otro. No le era incómodo notar el calor de su cuerpo. Él estaba feliz porque le había gustado el local. Durante los días siguientes quería mostrarle otros sitios bonitos, que apenas nadie conocía en la ciudad.

Ella retiró la mano que él había puesto en su muslo y la colocó sobre la mesa. Él firmó sus alabanzas del vino y las salchichas sólo con una inicial. Es mejor no dejar pistas, dijo. Ella rió y al lado dibujó un monigote.

Podría haber sido todo tan bonito... Tontear un poco, pasear a la luz de la luna y luego un beso. ¿Qué más se podía pedir? Pero terminó de un modo inesperado y fatal. Aún le dolía la espalda por culpa de las piedras puntiagudas contra las que él la había apretado. Tuvo que vomitar. Se encontraba fatal.

Eran los últimos comensales que abandonaban la posada. La camarera había esperado pacientemente y les había servido otro litro de vino, y quizás por eso, y por la hora, ella ya no podía o no quería evitar los bostezos. La silueta recortada de la luna nueva iluminaba vagamente el valle, y el camino más bien se intuía, aunque el murmullo del río Rosandra cumplía bien las funciones de guía.

En un momento dado ella había tropezado entre risas y diciendo que no sabía si era debido a la oscuridad o al vino. Él la rodeó con el brazo y la joven notó cómo le rozaba el pecho con la mano. Entonces señaló un lugar a orillas del Rosandra y propuso bañarse. Antes de que pudiera contestar, él ya se había desnudado. Su piel brillaba a la luz de la luna. Se sumergió en el agua. Ella dudó un instante antes de desnudarse. Había disfrutado de la velada. Habían reido mucho y habían conversado a gusto. Era un tipo simpático, pero no quería iniciar una relación de ninguna de las maneras. No era su tipo.

Entonces ella también se zambulló en el agua.

¿Por qué había huido de allí como una asesina? ¿Por qué no había pedido ayuda cuando él estaba muerto? Cualquiera la habría creído. Sus heridas eran tan evidentes que hasta un ciego habría identificado las huellas de la violencia. Ella le había dicho basta, pero él la lanzó bruscamente al suelo y se le tiró encima. Sus gritos se perdían irremisiblemente en la noche y las marcas que dejaban las uñas en la piel de él parecían excitarle aún más. Cuando la penetró violentamente oyó su jadeo en la oreja.

Y de repente se enderezó y se agarró de manera teatral la garganta con ambas manos; respiraba con dificultad y se ahogaba. Se puso en pie de un salto y empezó a bailar como un loco. Y entonces la caída. Se desplomó en un estertor. Se retorció de dolor y se arqueó una última vez hasta que finalmente se quedó inmóvil.

Ella se abalanzó sobre él y lo sacudió, pero sus ojos estaban vidriosos y parecían salirse de sus cuencas. Ya no respiraba. Se puso en pie y miró con pánico a su alrededor. ¿Dónde demonios estaba? No veía luces que la pudieran orientar. Revolvió con manos nerviosas en los bolsillos del pantalón en busca

del encendedor para fumarse un cigarrillo. Después fue al río y se limpió durante un buen rato. A él no le había dado tiempo de eyacular, pero ahora ella deseaba que viviera y acabara su violenta acción. Habría sido todo más sencillo. Notó la lengua salada. Eran sus lágrimas. Aunque ya no lloraba. Salió del agua y se inclinó sobre él, pero de nuevo esos ojos muertos la miraban fijamente. Le dio una patada en las costillas, pero no se movió. Se puso la falda y la blusa a toda prisa, recogió la ropa de él y se calzó los zapatos. Se introdujo en la oscuridad a ciegas y tropezando río abajo. En una ocasión cayó al suelo, pero se puso en pie rápidamente. En algún lugar lanzó la ropa de él a los arbustos. En Bagnoli cogió por los pelos el último autobús, que la llevó hasta la ciudad después de un largo viaje. Los últimos metros hasta su casa los cubrió a pie. Allí buscó con premura la botella de *grappa* y se bebió un vaso tras otro, hasta que finalmente cayó en la cama sin sentido.

Cuando despertó cerca de las seis, el recuerdo aún dormía. Éste reapareció con un terror despiadado mientras se duchaba. Vomitó una y otra vez todas sus entrañas.

Podría haber sido todo tan bonito... El tiempo pasado en Trieste debía ser una liberación y se había convertido en una pesadilla. Había vuelto en busca de sus raíces para encontrarse a sí misma y se había encontrado con la muerte.

## Marina di Aurisina

Con el tubo para respirar y las aletas avanzaba más rápido. Ese mes de mayo el agua estaba mucho más caliente que el año anterior por el brutal calor que sofocaba todo el país desde hacía semanas. A pesar de ello se había puesto el traje de neopreno negro y como siempre llevaba consigo la red con el pequeño arpón y un cuchillo sujeto a la pantorrilla, con el que podía coger ostras o erizos de mar que luego se comía crudos. Mientras el día despertaba por el este sobre la ciudad ganando la batalla a la noche, él descendía por la escalera del embarcadero para zambullirse en el agua. Desde que vivía cerca del mar y nadaba regularmente mientras todo el mundo dormía, por fin había conseguido estar en forma. Ni siquiera Laura tenía ya nada que objetar al diámetro de su barriga y a veces hasta le dedicaba frases de admiración por sus hombros musculados. También en el sexo iba todo mejor.

La noche anterior, Srecko, el último pescador de Santa Croce, le había contado en la barra del Pettirocco que últimamente frecuentaba la zona una gente muy extraña, justo en el pequeño puerto donde se llevaban a cabo las tareas de investigación biomarina. Pero no quería molestar a la policía por tan poco. A veces se les veía en parejas, o en grupos de cuatro, pero estaba claro que no iban de paseo y menos aún a bañarse, como los que visitaban un poco más arriba la playa nudista de Liburnia, al pie del acantilado. No, no iban vestidos para eso. El pescador, que a pesar de sus setenta y cuatro años era un gigante con manos como palas de excavadora, salía cada mañana en su barco, y no porque viviera de ello, sino por afición y porque así suministraba pescado al idílico restaurante Bellariva, justo al lado del puerto viejo, que dirigía su mujer. Srecko era un hombre de costumbres fijas, algo que, con toda seguridad, aquella gente ya había advertido, pues siempre que él se dirigía a su gabarra al amanecer ellos abandonaban el muelle, y lo hacían en uno de esos botes neumáticos con motor que alcanzan hasta 40 nudos.

—No sé qué ocurre —le había dicho—, pero alguien debería darse una vuelta por ahí.

A los pequeños embarcaderos que hay al pie del acantilado frente a Trieste sólo se puede acceder descendiendo cientos de escalones hasta la Marina di Aurisina, que conecta con una carretera muy estrecha y empinada. Ésta termina

ante la entrada del edificio del laboratorio, al que sólo tienen acceso los empleados y los propietarios de los apenas veinte botes amarrados en el muelle. Los demás deben descender una escalera muy pronunciada hasta el mar y allí cruzar una playa de guijarros hasta el muelle. Ahí la probabilidad de que se produzcan controles es mínima. Ningún coche patrulla llega hasta tan abajo, donde sólo hay un par de villas rodeadas de altos muros y con un sistema de alarma conectado directamente a la policía. Y la playa nudista al pie de la costa es incontrolable. A ningún policía se le hubiera ocurrido bajar por la inclinada vereda, para después volver a tener que subirla. En ocasiones un barco de la Guardia de Costas o de la Polizia Marittima se acerca a la costa, pero los agentes, con sus buenos binoculares, parecen más interesados en la visión de la piel desnuda. Hay bañistas que en verano se reservan siempre el mismo sitio y lo defienden con uñas y dientes. Otros incluso se han montado allí su segunda residencia, con sus dependencias y su cocina.

En el puerto no había ni un alma. Proteo Laurenti se detuvo tras los criaderos de mejillones, que se mecían en el suave mar de fondo a cien metros de la costa en enormes patrones geométricos. En mar abierto se movían únicamente las luces de posición de algunas gabarras de pescadores que volvían a casa; por lo demás todo estaba tranquilo. El sol se alzaba lentamente sobre el Carso, su luz aún era tenue, como si ella misma se despertara con el día. Laurenti esperó junto a una boyá y observó el acceso al pequeño puerto. Tomó aire rápidamente, pues quería cubrir el trecho buceando. No iba a ser fácil. Pero si le descubrían todo su esfuerzo habría sido en balde, y entonces pensó que podría haberse quedado en la cama y así ahorrarse una mentira a su dormida mujer cuando le preguntara qué hacía tan pronto levantado.

El aliento le llegó justo para salir directamente frente al rompeolas. Si las indicaciones del pescador eran ciertas y aquellos hombres llegaban cada día a la misma hora, entonces aún era demasiado pronto. Debía buscarse un sitio entre las rocas y esperar: fuera del agua, para no helarse. Se quitó las gafas y el tubo y se parapetó como pudo entre las enormes piedras del rompeolas. Laurenti notó de nuevo el cansancio, del que se pudo defender al levantarse, aunque justo antes de rendirse a éste oyó voces y apenas diez segundos después el ruido amortiguado de las modernas turbinas de una embarcación grande, casi un susurro, que se iba acercando. En un bote neumático, que ahora era visible y que poco después paró el motor, iban dos mujeres de pie. Pero lo que llamó la atención de Laurenti fueron los cuatro hombres de constitución atlética con corte de pelo militar, vaqueros y camisas de manga corta de colores que, a pesar de la hora, llevaban gafas de sol. Bajaron la escalera que había junto al Bellariva arrastrando dos grandes contenedores de plástico resistentes al agua. La gravilla crujía bajo sus suelas. Las dos mujeres en bikini que llegaban en el bote

neumático con casco de lámina estratificada de fibra de vidrio iban sin identificación ni bandera.

Laurenti se agachó tras las rocas. Vio cómo a pocos metros de él cargaban la segunda de las cajas a bordo. Al alzarse un poco el arpón que llevaba a la espalda dio contra la roca y emitió un sonido metálico que pareció romper en añicos el silencio. Dos de los hombres se giraron de forma fulminante. No le dio tiempo a comprobar si realmente eran pistolas lo que llevaban en la mano. Rápidamente se puso las gafas de buceo y se introdujo en el agua. Debía volver raudo al criadero de mejillones, donde se podría esconder bien entre los bidones. No estaba seguro de si habían llegado a atisbarle.

Las prisas le restaron un valioso aliento. Tras veinte metros tuvo que salir a flote ante la primera línea. Instintivamente se volvió y llegó a ver el casco gris claro del barco pasando junto a él para justo después apagar los motores. De un vistazo vio cómo el muelle estaba ya vacío. Laurenti volvió a sumergirse y buscó un lugar seguro entre el criadero de mejillones. Una gaviota alzó el vuelo asustada cuando él apareció de debajo del agua. Cogió el arpón de la espalda y miró con cuidado a su alrededor. Era imposible que desde un barco pudieran reconocer la cabeza negra de un buceador entre la maraña de bidones y cabos. Laurenti vio el bote a motor a cien metros balanceándose en el mar de fondo. Poco después, desde el pequeño puerto se oyó el machacón ronroneo de un barco de motor diésel que aceleraba, y por detrás del rompeolas apareció el casco de una gabarra de pescador. El bote a motor tomó rumbo hacia el mar abierto y se convirtió en un pequeño punto en el horizonte.

Vio lo que vio, pero no sabía qué significaba. Podía describir y reconocer en la base de datos, si estaban registrados, a la mayoría de las personas que había visto. A cada uno de los hombres y el rostro universal de una de las rubias, que uno podía encontrarse calcado de uno a otro desde Hamburgo hasta Split. Seis personas en una acción misteriosa durante el mes de mayo en un puerto idílico de las Filtri, y eso desde hacía ya algunos días. Dos de ellas, mujeres esculturales en bikini. A una hora en que cualquier otro en alta mar se pondría cuando menos un jersey fino. Como camuflaje no era muy creíble. A cualquiera de sus colegas más tontos que estuviera de servicio en un barco de la Guardia de Costas o de la Polizia Marittima le llamaría la atención. Controlaban con mucho gusto a las damas atractivas, que se bronceaban en cualquier lugar en sus barcas delante de la costa tal como Dios las trajo al mundo e intercambiaban sus experiencias con la cirugía estética. Pero nunca a esas horas tan tempranas.

–¿Cuánto tiempo te has pasado en el agua? –le preguntó el viejo pescador preocupado al recogerlo a bordo de su barco–. ¡Toma, bebe! –le sirvió vino blanco en un vaso de plástico.

—¿Has visto a alguien? —le preguntó Laurenti.  
El hombre afirmó con la cabeza.

—Han llegado algo más tarde de lo habitual. Cuando he bajado hasta el mar estaban arriba, en el muelle, y miraban nerviosos a su alrededor. Iban armados, eso sí he podido verlo perfectamente, aunque he hecho como si no me diera cuenta de que estaban allí. La gabarra estaba suficientemente lejos. Poco después se han marchado a toda prisa.

Laurenti se deshizo del traje de neopreno y se secó con una toalla que le alcanzó Srecko. Con el motor ronroneando suavemente, se dirigían hacia mar abierto.

—¿Podrías describir a los sujetos que has visto? —le preguntó Laurenti, aunque sabía que era inútil mortificarlo durante horas con las fichas. Hizo un gesto de desaprobación y rió. La gente del Carso estaba más que curtida. En los últimos cien años habían visto pasar más cuerpos de seguridad que el resto de los europeos. Gendarmes y soldados austriacos, italianos, fascistas, la Gestapo, las SS y los soldados del ejército alemán, las tropas de Tito, ingleses, neozelandeses, estadounidenses, de nuevo los italianos y sabrá el diablo qué cantidad de espías. ¿A quién le podía asombrar que fueran reservados ante los interrogatorios de las autoridades?—. Ha sido una pregunta estúpida. Olvídalos. Yo mismo los he visto.

—En todo caso no son de aquí —dijo el pescador—. Bebe otro trago. Me recuerda a tiempos pasados, cuando muchos vivían del contrabando. Lo más fácil era por mar. Pero pobre de ti si te veían. No dudaban un instante en disparar. No era como hoy en día.

—¿Qué hora es? —Laurenti ya notaba los efectos del alcohol.

—Poco más de las seis. Te llevaré. En todo caso tendrás que cubrir a nado los últimos metros. El bote tiene demasiado calado para adentrarse hasta allí.

Brindó a la salud de Laurenti y sacó pan y sendos trozos de salami y queso.

—Come algo. ¿Cuánto tiempo has estado en el agua?

—Casi dos horas.

—Demasiado para esta época del año. Incluso con este traje. Sírvete.

—Gracias —Laurenti no necesitó que se lo repitiera dos veces.

—¿Te han disparado? Me refiero a si has oído algo.

Laurenti negó con la cabeza.

—Creo que ni siquiera me han visto.

—Si no llego a aparecer yo, en algún momento te habrían descubierto —dijo el pescador sin pavonearse—. Yo o cualquier otro. Con tanto frío tendrías que haber salido del agua. Y entonces te habrían cogido.

—No tengo la matrícula del bote ni sé quiénes son. Estaban nerviosos, eso está claro.

—Bebe —le ordenó el pescador—. ¿Quieres la matrícula de su vehículo?

Laurenti volcó el vaso al ponerse en pie rápidamente. El vino se derramó encima de su muslo desnudo. Srecko le sirvió más, guiñó los ojos y le recitó sin inmutarse los siete dígitos de la matrícula. Era fácil de recordar. Después el pescador ahogó por un momento el motor y se metió en la caseta. De una bolsa de plástico sacó una lubina de casi cuarenta centímetros de largo.

—Un kilo ochocientos gramos. Fresco de ayer por la noche. Siempre llevo uno conmigo. Cuando tus colegas me piden la documentación, siempre va bien tener a mano un regalo. No quiero decir que lo esperen de entrada. Pero un gesto amistoso siempre es bien recibido. Toma, cógelo, dale una alegría a tu familia. Pero no digas quién te lo ha dado. Diles que lo has pescado tú mismo. Pásale el arpón por las agallas antes de salir del agua. Ahora debo ocuparme de mis *canoce*.

Las langostas, que aquí llaman *canoce*, eran uno de los manjares preferidos: a la parrilla, gratinadas, cocidas.

—Tengo las nasas fuera, ya es hora de que me ponga en marcha.

Habría sido de mala educación rechazar un regalo así. Aquel maravilloso viejo había demostrado hacía tiempo que era un buen amigo, de corazón grande y generoso. A pesar de sus cincuenta años, Laurenti se sintió como un jovencito cuando le dio las gracias. Después se deslizó en el agua y con el pescado cubrió nadando los últimos metros hasta tierra.

## Bagnoli della Rosandra / Boljunec, Trieste

La plaza principal de Bagnoli estaba medio desierta, sólo había un par de automóviles aparcados en las bocacalles. Una persona embozada esperaba en una de las entradas sobre una moto de cross que mantenía al ralentí. A pesar del calor, tenía la visera del casco negro bajada. Dos perros de pelaje grisáceo estaban tumbados en la calle a la sombra y se oía la voz de unos viejos, que conversaban frente a un vaso de vino ya antes del mediodía, bajo la pérgola delante del bar de la Unión de Partisanos, y jugaban a las cartas.

Irina no oía nada de todo eso. Alguno de los veteranos le había dado un par de céntimos a la joven de la mochila rosa, como siempre que, dos veces a la semana, repartía por las mesas unos papelitos con llaveros baratos o un encendedor y después volvía a recogerlos sin éxito, para probar suerte estoicamente en el siguiente local. Nadie prestaba atención al gesto recatado de la mano con el que daba las gracias. Irina era sordomuda. En una localidad como ésa el rechazo no era tan evidente como en la ciudad, aunque las ganancias eran ridículas. Su circuito estaba tan férreamente determinado como el área que se le había asignado en Trieste. Se repartían la ciudad y las afueras entre cuatro, y una vez a la semana debían entregar sus ganancias a uno del grupo, que mandaba más, pero que a su vez era controlado por el siguiente jefe, que le hacía pagar los platos rotos si los ingresos eran exigüos. Ella misma lo había sufrido en carne propia cuando había entregado un euro de menos o demasiado tarde. Conocía exactamente las consecuencias, pues al fin y al cabo hacía un año que había aterrizado en ese negocio, que no conocía la piedad, y había pasado por un infierno. ¿A cuántos países de Europa occidental había sido enviada ya? Los rostros de sus jefes cambiaban en cada sitio, pero los métodos permanecían inalterables. Le habían pegado cuando había protestado, la habían quemado con la brasa de cigarrillos o escaldado con agua hirviendo como castigo por sus retrasos, el jefe la había violado a voluntad y la habían rapado para enviar el cabello a sus padres en Rusia cuando había intentado escapar. Las amenazas eran categóricas. En un momento dado Irina aceptó su destino y fue recompensada por ello, de modo que pudo permanecer más tiempo en la misma ciudad sin que la presionaran tanto. En todo caso, el control sobre ella era constante. Le tenían prohibido entablar amistad con los nativos y cada día debía contar con que podían enviarla a otro destino. En algunas ciudades lo había

pasado peor que en Trieste, sobre todo cuando la competencia de vendedores de rosas, negros vendiendo bisutería o CD's y sordomudos, grupo al que pertenecía ella, era tan grande que los comensales de los locales se sentían agobiados. Ella residía ilegalmente en Europa occidental y no se podía hacer entender. No conocía a nadie con quien poder sincerarse y, además, quién la habría creído. Irina pasaba casi todos los días diecisésis horas en la calle y, aun así, apenas le quedaba dinero para vivir.

El local de los partisanos era su última parada en Bagnoli, el pequeño pueblo justo antes de la frontera y el principio de Val Rosandra, donde una barrera multicolor simbolizaba la frontera con Eslovenia y donde había una *trattoria*, destino de todos los excursionistas. Irina no sabía nada de esta localidad, al igual que sus jefes, que la podrían haber enviado a cualquier otro lugar. Ningún empresario ni traficante de drogas sabía tan bien como esta organización extorsionadora cómo trabajar un mercado.

Los ruidos a nuestro alrededor actúan como unos ojos complementarios, en el caso de que podamos oírlos. Nunca en su vida Irina había cruzado una calle de la misma forma. Siempre miraba a uno y otro lado antes de alcanzar la parada de autobús. El largo viaje hasta el centro suponía su única pausa antes de ir de mesa en mesa por los locales de la gran plaza junto al mar, donde siempre había sentados un par de turistas o jubilados. Irina esperó en la parada y a la sombra de una casa. El motorista aún esperaba en una de las entradas, a pocos pasos de ella. Miró en la dirección por la que venía el autobús y le dio la espalda al motorista embozado. La plaza se fue llenando poco a poco de mujeres que volvían a casa con sus bolsas de plástico con la compra para preparar la comida y que luego desaparecían por las estrechas callejuelas. Un turismo de ruedas anchas pasó dos veces por allí y finalmente se detuvo un par de metros por detrás de ella. Un tipo con la cabeza rapada se bajó y se dirigió al motorista.

—¿Branka? —preguntó.

Una mujer joven levantó la visera del casco, afirmó con la cabeza y volvió a dejar caer la visera.

—¿Tienes la documentación?

Branka golpeó con la palma de la mano su chaqueta de cuero.

—Primero el dinero —dijo ella.

El cabeza rapada no reaccionó.

—Enséñame los documentos —dijo.

La mujer de la moto abrió la cremallera de su chaqueta de cuero y le mostró una carpeta que llevaba pegada al cuerpo. Entonces le tendió la mano.

—Sin dinero no hay mercancía.

El hombre le alcanzó un trozo de papel, que la figura de negro rechazó negando con la cabeza.

—El dinero se encuentra en una bolsa de viaje en la consigna de la estación central de Trieste. Éste es el resguardo.

—Habíamos acordado otra cosa —la voz de Branka sonó severa—. No intentéis engañarme.

El conductor del pequeño utilitario les observaba desde su asiento e introdujo la mano bajo la chaqueta. El cabeza rapada agitó violentamente el papel en la mano y dio dos pasos hacia atrás de forma prudente. Branka no lo perdía de vista.

Irina miró el reloj de la torre de la iglesia. Su autobús ya llevaba un considerable retraso.

—Entonces no hay trato —exclamó Branka. Y mientras se subía la cremallera el otro se abalanzó sobre ella. Súbitamente y con toda su fuerza, el brazo izquierdo de Branka le dio al sujeto en pleno rostro, aunque al estar subida en la moto su libertad de movimientos era limitada. La reacción del hombre fue inmediata. Con la pierna estirada la pisó con violencia y después se lanzó sobre ella con los puños en alto. Branka sacó la pistola y se bajó de la moto. La carpeta con la documentación cayó sobre la alcantarilla junto a la parada del autobús. Branka apuntó hacia el cabeza rapada y le indicó que volviera al coche. Una señal que incluso un boxeador experimentado entiende. Entonces vio que también el conductor tenía una pistola en la mano. Disparó tres veces. Rompió un cristal lateral del coche, mientras que una bala pasó junto a Irina y se incrustó en la fachada de la casa. No se dio cuenta, pues su mirada seguía al autobús, que estaba girando para entrar en la plaza. Lentamente se dirigió hacia la parada. Los dos perros habían desaparecido y ninguna de las mujeres que acababan de cargar sus coches estaban ya a la vista. El autobús se detuvo entre Branka y sus contrincantes. Saltó desde su escondite, levantó la moto y la puso en marcha. El coche con los dos cabezas rapadas salió de allí a toda velocidad.

Cuando Irina subió al autobús vio bajo el estribo la carpeta y un papel. Y puesto que no había nadie que los reclamara los cogió. Con un silbido, se cerraron ambas puertas tras ella. A los pocos metros el autobús frenó y dejó pasar un vehículo de los *carabinieri*, con la sirena aullando, antes de proseguir su trayecto. Irina se sentó y escondió su descubrimiento sobre su regazo bajo la mochila. En media hora, en cuanto estuviera en la ciudad, lo miraría con más atención. Supo identificar el papel que tenía entre las manos sin problemas. Cuando llegó a Trieste también había dejado su mochila en la consigna hasta que supo a dónde tenía que ir.

Irina iba mirando de forma discreta a su alrededor cuando se bajó del autobús en el *Passeggio di Sant'Andrea*. No vio ningún coche que la pudiera haber seguido. La calle que pasaba por el *Porto Nuovo*, normalmente muy transitada,

parecía como muerta bajo el calor del mediodía. Se puso la mochila a la espalda y se dirigió hacia la Via Locchi, donde compartía habitación con dos compañeros de destino. No podía quedarse mucho tiempo, pues debía probar suerte durante un buen rato en la Piazza Unità. A menudo era allí donde la vigilaba su jefe, le registraba la mochila, controlaba sus ganancias y enseguida se iba. Primero tenía que investigar lo que había encontrado y esconderlo, si es que valía la pena.

Subió con premura la oscura escalera del inmueble hasta la buhardilla y se sentó sin aliento sobre la cama. Alterada, abrió la mochila y sacó la carpeta. Estaba confundida: un montón de viejos escritos y fotografías y documentos de entre los años 1943 y 1977, pues así estaban fechados. En su mayoría eran hombres de uniforme, algunos con cruces gamadas en el pecho, aunque también civiles. Irina estaba perpleja y pensó en tirarlo todo a la basura. Pero entonces recordó los anticuarios del centro de la ciudad. Si tenía suerte le darían un par de euros por todo ello. Durante largo tiempo jugó con el resguardo entre los dedos y entonces decidió ir a la estación por la noche.

—¡Y yo qué culpa tengo! —gritó Branka. Su voz se estremecía de indignación y dolor. Se sobresaltó cuando el cómplice de anchas espaldas de su cliente alzó de nuevo la mano. En el primer intento respondió como un rayo al ataque y consiguió darle a su contrincante en tres sitios vitales. Pero ahora la sangre manaba de su nariz hacia la barbilla manchándole la camiseta blanca. Tras el siguiente golpe perdió el equilibrio y se cayó de la silla. Una patada en el estómago casi la dejó sin sentido. Después notó cómo la cogían de los brazos y la volvían a sentar.

Había conseguido esquivarlos por un pelo. Con la moto lo tenía fácil teniendo en cuenta la estrechez de aquella carretera cubierta de gravilla que conducía a Bagnoli Superiore. Branka veía por el retrovisor cómo el coche la acechaba sin tregua. Uno de los tipos iba colgado de la ventanilla y disparaba. Sólo cuando el camino se introdujo en el Val Rosandra estuvo segura. Al final de la calle había tres bloques de piedra que obligaron a frenar completamente al coche. Siguieron disparando hasta que Branka desapareció de su campo de visión. Una bala le había rasgado la manga de la chaqueta de cuero. Sólo se dio cuenta al aparcar la moto ya arriba, en Draga Sant'Elia, y se sacudió el polvo.

Lo había planeado todo cuidadosamente y a pesar de ello todo había salido mal. Nadie solía ir en moto por el difícil sendero que cruzaba el valle, así que era impensable que alguien la siguiera. Los caminantes le abrieron paso de mala gana cuando Branka llegó al escorial junto a la cascada. Abajo, en Botazzo, uno

incluso intentó cerrarle el camino con los brazos extendidos y sólo pudo evitar ser atropellado dando un arriesgado salto a un lado.

Sabía que se había metido en un buen embrollo y sólo esperaba salir de él sin perjuicio alguno. Inútilmente, se palpó la cazadora en busca del teléfono móvil. Se le debió de caer del bolsillo interior mientras huía de los dos cabezas rapadas. Lo mismo que los documentos y el resguardo de la consigna de la estación central de Trieste. Un sudor frío perlaba su frente. Branka debía informar urgentemente a su jefe. ¿Por qué razón la había encargado justamente del canje por dinero de los documentos? «La vaca ya está ordeñada», le había dicho el jefe por la mañana, y por eso había enviado a Branka, porque le quería dar una oportunidad, no sin antes dedicarle toda clase de elogios diciéndole que gracias a su inteligencia estaba destinada a empresas mayores y no sólo a demostrar sus conocimientos de taekwondo, lo que no se esperaba de una mujer, en misiones difíciles. Debía demostrar de nuevo que su aportación era valiosa. Branka estaba furiosa consigo misma. Nunca antes había fracasado.

En Draga Sant'Elia, en el caserío por encima del Val Rosandra y a pocos metros de la frontera, de mal humor puso el casco sobre el asiento y se fue al restaurante Locanda Mario, famoso por sus caracoles y sus ancas de rana. Pidió un vaso de vino blanco y después de bebérselo de un trago preguntó si podía telefonear. La voz de su jefe fue fría y su orden concisa. La esperaba como máximo en una hora. Branka pidió otro vaso, dejó un par de monedas sobre la barra y poco después ponía de nuevo en marcha la moto. Cubierta de polvo y nerviosa, había llegado finalmente al despacho del jefe y sin mediar palabra había recibido una primera bofetada en la cara. Y ahora se la castigaba como a una principiante.

– ¡Volvamos al principio! ¡Habla de una vez! –chillaba el jefe. Se encendió un cigarrillo y volvió a sentarse en el sillón de la otra esquina de la oficina. Su guardaespalda permaneció junto a la silla en la que estaba sentada Branka con el rostro desencajado de dolor y todo el cuerpo tiritando.

–Ha sido el autobús. Se ha parado justo donde estaba la carpeta. Y entonces han llegado los *carabinieri*. Lo único que podía hacer era subirme a la moto. Los skins me han perseguido hasta Bagnoli Superiore. Sólo allí donde empieza el sendero para excursionistas he podido despistarlos. ¿Qué querías? ¿Que me mataran?

–¿Dónde están los malditos documentos?

–¡Y yo qué sé! De lo único que estoy segura es de que esos cerdos no los tienen –Branka atisbó un rayo de esperanza–. No han tenido tiempo. ¿Por qué crees que me han perseguido? –respondió, y prefirió no decirle que también había perdido el teléfono móvil con todos los números grabados en él. No habría hecho más que empeorar las cosas.

-¡En Bagnoli ya no están los documentos! -exclamó furioso el jefe-. Hemos buscado por todas partes.

Branka le miraba sin decir una palabra.

-¿Quién había por allí cerca? Intenta recordar.

Ella negó con la cabeza.

-Todo ha sido demasiado rápido...

A una señal del jefe el gorila le pegó otra bofetada. Su anillo de oro le arrancó la piel de la mejilla.

-¿Quién había en los alrededores?

-Una mujer, una chica -gimió Branka-. Con una mochila.

-¿Describela! ¿Qué aspecto tenía? ¿Cómo iba vestida?

-Llevaba puestos unos vaqueros -tartamudeó Branka-. Y una trinchera azul. La mochila era de un color rojo rosáceo. Quizá tenía unos veinte años. No sé más.

-¿Y el cabello?

-Hasta los hombros. Morena, tirando a pelirroja. Parecía del este de Europa.

-Eso ya es algo. Pero no lo olvides, a ti te toca arreglar este asunto.

El jefe le hizo a su gorila una señal y Branka fue a parar de forma violenta frente a la puerta.

Las órdenes que le había dado a su guardaespaldas eran concisas y claras.

-Vete ahora mismo a Trieste. Que alguien vaya a la estación y no pierda de vista la consigna. Si aparece esa mujer por ahí, cogedla y traedme los papeles. Sea quien sea, pronto sabrá qué supone intentar tomarle el pelo a Viktor Drakić.

Abrió la puerta corredera que conectaba su oficina con la extensa terraza cubierta y salió afuera. En el golfo de Istria el mar estaba tranquilo bajo el calor de principios de verano de la pequeña ciudad de Parenzo. Hacía años que Viktor Drakić había aparecido por allí buscando negocios y sin más remedio que aceptar los precios que le dictaban los traficantes de mujeres. Ahora él era el jefe y sus antiguos adversarios trabajaban para él. O para nadie más.

También unos años atrás tuvo que desaparecer de un día para otro renunciando a todas las comodidades. La huida de Trieste casi le había costado la vida. Su socio en los negocios no lo consiguió y ardió entre los restos de la lancha con la que se estrellaron contra el Diga Rizzo, que protegía el nuevo puerto de las tormentas. A pesar de las graves heridas, Viktor Drakić pudo ponerse a salvo a nado. Y sólo con mucha suerte y buenas relaciones con los especialistas, que se lo cobraron bien, pudo recuperarse. Un año antes había conseguido un nuevo riñón en Estambul y ahora podía vivir de nuevo sin la carga de la diálisis. Las cicatrices de las graves heridas en el rostro y en la nuca fueron eliminadas después de largos trasplantes de piel en una clínica de

Lugano. Durante meses estuvo bajo tratamiento y fuera de combate. Sólo Jože Petrovac, que se convirtió en su segundo, sabía dónde se escondía Drakič. Él financió las operaciones. Juntos formaban un equipo fuerte. Y ambos tenían dos enemigos en común: un fiscal de Trieste y Proteo Laurenti, el *vicequestore*, que les seguía los pasos sin descanso. Pero Drakič tenía decidido poner fuera de la circulación a ambos más adelante. Por el momento, los documentos eran más importantes. ¿No se habrían dado cuenta los otros de que Branka había perdido la carpeta? ¿Por qué si no la habrían perseguido? De ser así, Drakič podía seguir con el juego y pagarles con la misma moneda por haber intentado engañarle. Y también quería el dinero que se pudría en la consigna de la estación central de Trieste. Eso si aún estaba allí.

## Mia llega

Agotada y desesperada, Mia se lanzó sobre la cama y se quedó dormida entre sollozos. Intentó localizar por teléfono a su madre en Australia, pero no la encontró. ¿No había nadie con quien pudiera sincerarse?

Alguien llamó a la puerta.

—Mia, ¿estás en casa? —quiso saber una voz.

—No, no estoy —logró murmurar. Se cubrió la cabeza con la colcha y contuvo la respiración. No podía abrir la puerta, al menos hasta que ella misma hubiera comprendido cómo había pasado todo. Debía recordar, pues todo detalle era importante. Aunque para ello necesitara días.

Trieste es el ombligo del mundo. El viaje desde Sydney duró treinta y cuatro horas y discurrió a través de Singapur, Londres y Múnich hasta el norte del golfo de Istria. Mia estuvo por última vez de visita en la ciudad con quince años, ciudad que sus abuelos abandonaron tras la guerra junto con su madre, que entonces era muy pequeña, con el fin de probar suerte en Australia. Entonces muchos triestinos, que no veían otra salida a la miseria económica de los años cincuenta, eligieron viajar hacia lo desconocido. Aunque su madre conoció pronto dentro de la comunidad italiana a su futuro marido, que más tarde se convertiría en el padre de Mia, en casa apenas se hablaba de los motivos de la emigración, más bien se tendía a glorificar los recuerdos. Tuvieron más suerte que otros y fueron acogidos por parientes que vivían en Australia desde hacía tres generaciones y ya se habían establecido económicamente. Pero, como si formara parte de la herencia genética, Mia detectó un sentimiento constante de nostalgia por Trieste, como si se tratara del castillo de un cuento de hadas y no de una ciudad portuaria que había dejado atrás mejores tiempos y tenía un incierto futuro por delante. Se la bautizó en recuerdo de esta localidad: *Trieste mia* se llamaba una inocente canción popular, que siempre le habían cantado cuando era pequeña.

Mia se sentía destrozada por el largo viaje, aunque muy emocionada cuando el piloto anunció el aterrizaje en el aeropuerto triestino de Ronchi dei Legionari y el avión se dirigió con una fuerte inclinación, cuando ya anochecía, hacia la pista de aterrizaje por encima de la laguna de Grado. Desde hacía semanas

esperaba con ilusión ese momento. ¡Un verano sola en Trieste! Una vida sin metas, sin los descuidados estudios, que le pesaban considerablemente sobre la conciencia, y sin los tenaces admiradores de Sydney, que no la dejaban respirar ni un minuto. ¡Descansar, pensar e iniciar algo nuevo! La fiesta de su trigésimo segundo aniversario fue al mismo tiempo la fiesta de despedida.

«Como mínimo tres meses», había anunciado riendo cerca de medianoche con una copa de champán en la mano, de forma que pudo observar la reacción de los dos hombres, que la acechaban desde hacía tiempo como gatos en celo. Mia no quería largas discusiones y sobre todo ninguna escena en su despedida. Se enfadó cuando vio que ambos se lanzaban miradas llenas de odio, pues cada uno de ellos pensaba que el otro podía acompañarla en el viaje. No habían entendido nada. A la mañana siguiente ya volaba hacia Londres.

De Australia a Trieste. Justamente al contrario que sus abuelos. Mia sonrió cuando el avión aterrizó en la pista y seguía sonriendo cuando arrastraba la maleta en busca de un taxi. El taxista mostró una amplia sonrisa cuando ella le dio la dirección en un algo oxidado dialecto triestino y apenas sin acento. El viaje hasta Servola le podía haber costado cien euros si el conductor no hubiera cogido el camino más directo por el Carso, y no por la carretera de la costa, donde el tráfico siempre era constante.

—Tendremos un verano caluroso. ¿De dónde es usted? — preguntó él diligente.

—De Australia —contestó ella, poco dada a hablar.

—¿Visita familiar?

Mia negó con la cabeza. Únicamente quería disfrutar de su llegada. ¿Por qué debía explicarle a este hombre, que no dejaba de mirarla por el retrovisor, el verdadero motivo de su viaje?

—Mi padre también estuvo allí —dijo el taxista—. Casi veinte años. Nos dejó a mi madre y a mí aquí. Y cuando volvió pensó que podía volver a estirarse en su vieja cama. Pero había olvidado cómo son las triestinas. Ya estaban emancipadas cuando el resto de las mujeres de Europa aún no podían entrar solas en un local —dijo riendo y volviéndose hacia ella—. Las triestinas tienen la cabeza bien amueblada.

Ella miraba por la ventanilla sin decir una sola palabra. Los últimos rayos de sol se rompían contra las olas y hundían el mar en un violeta oscuro, mientras que al este, sobre la ciudad, ya aparecía el cielo nocturno. Mia sudaba, a pesar de que la ventanilla estaba abierta. En Australia era invierno.

—La última vez que llovió fue en enero; desde entonces tenemos sequía. Los periódicos dicen que es el mes de mayo más caluroso de los últimos cien años y que el mes de junio será aún peor —el taxista no cejaba en su empeño, y la miró

fijamente por el retrovisor cuando ella dejó que pasara el aire por su blusa tirando de ella por la botonera con dos dedos-. Como contrapartida dicen que lloverá en agosto, como el último año. ¿Ha estado usted ya alguna vez aquí?

Mia negó con la cabeza.

—Muchos emigrantes llegan cada año de visita. Dan vueltas por la ciudad, aunque ya no sea la misma. Creo que no renuncian a los recuerdos.

Mia vio el castillo blanco de Miramare reluciendo bajo un potente foco de luz. Pensó cómo podía rogarle al taxista que cerrara el pico sin ser maleducada. No encontraba las palabras adecuadas.

—Yo vivo en el mismo centro —carraspeó él, y prosiguió—. Uno apenas puede dormir con este calor. En Servola no debe de ser tan terrible. Allá en la colina se lleva mejor, siempre que la chimenea de la acería no escupga sustancias venenosas.

En Lungomare el tráfico estaba detenido en dirección al centro. Los últimos bañistas volvían a casa. Durante los siguientes veinte minutos sólo avanzaron lentamente.

—Un par de años después se colgó —dijo el taxista.

—¿Quién? —Mia se sobresaltó, ensimismada en sus pensamientos.

—Bueno, mi padre. Ya se lo he contado —hablaba con un tono que no le gustaba. Pensó si el hombre se habría enfadado porque a ella no le interesaba su historia—. Ya no logró ubicarse en esta ciudad. Siempre decía que Australia era mejor. Pero tampoco quería volver allí. Al principio volvió a trabajar como albañil, pero el trabajo se le hacía muy pesado. Finalmente se compró un taxi. Yo lo heredé de él y también, como él, cambié de profesión —daba la impresión de que no sentía ninguna lástima por su padre—. Claro está que no este coche. Éste es nuevo. ¡Calidad japonesa! —dijo todo orgulloso golpeando con la palma de la mano el volante.

—¿Y a qué se dedicaba usted antes?

—Era responsable de un almacén.

Mia asintió con la cabeza. No podía imaginarse que el trabajo en un almacén fuera divertido. ¿Pero llevar el taxi lo era más?

—¿En el puerto? —preguntó ella.

—No. En el centro de la ciudad. Trabajaba para un coleccionista de armas bastante pirado. Desde ametralladoras alemanas hasta tanques, submarinos y aviones, el hombre lo coleccionaba todo. Lo único que no tenía era dinero. Hoy en día su colección se ha convertido en un museo. El Museo de la Guerra por la Paz —el taxista rió sarcástico—. No llegó a verlo. Murió carbonizado en su almacén. Seguramente lo asesinaron. Nunca se encontró al culpable, tampoco un motivo.

—Ningún asesino lo hace sin motivo alguno —dijo Mia en voz baja. Durante sus estudios en Sydney había analizado infinidad de casos hasta que llegó a la

conclusión de que no defendería a ningún culpable. Así que se dedicó al derecho público. Aunque tampoco prosperó en ese campo.

—No le falta a usted razón, ¿pero cómo se puede encontrar al asesino si no existe un móvil? Quizá realmente se trató de un cortocircuito, tal como se afirmó repetidamente entonces. Nunca lo sabremos. El hombre era un tío raro. ¡Dormía en un sarcófago!

—¿Tiene hora? —Mia no quería oír más detalles de aquella historia, cada vez más fantástica.

—Casi las diez. Ya llegamos. ¿Conoce usted la calle? Así no tengo que mirar el callejero. Vengo poco por aquí.

¿Cómo podía recordarlo? Mia negó con la cabeza.

—Otros dicen que lo asesinaron por lo de Risiera. El campo de concentración de la ciudad. Seguro que él sabía quién lo asesinó —el taxista cerró el callejero y prosiguió.

—¿Sabe usted ya cómo llegar? —a Mia la verborrea del hombre le ponía de los nervios.

—Ya casi hemos llegado —le dijo—. Por cierto, que trabajar para ese hombre era terrible. Siempre robaban algo y siempre sospechaba de mí. Era muy desconfiado.

Cuando por fin cogieron en el nuevo puerto la autovía que pasaba por encima de los edificios de viviendas y de la zona industrial al otro lado de la ciudad, ella recordó de repente el camino.

Se metieron por una pequeña calle que llevaba al pueblo. Ella le indicó un portal de color verde con la pintura desconchada.

—¿Está usted segura de que es aquí? —le preguntó el taxista cuando le dejó la maleta en la acera—. ¿Aquí vive alguien? —por el portal se veía que hacía tiempo que nadie vivía allí.

—No se preocupe —le dijo Mia, y rió mientras buscaba en su bolsillo la llave para abrir—. Mi tía ya no sale a la calle.

—Entonces le deseo unas felices vacaciones. Y si necesita un taxi no deje de llamarme. Ésta es mi tarjeta.

—Está muerta —le soltó Mia, y levantó la maleta.

—¿Quién? —le preguntó el hombre, asustado.

—Mi tía. Buenas noches.

Alda, la tía de su madre, había muerto cuatro años atrás. Mia apenas la conoció. Sólo su madre voló a Trieste para el entierro y atender todas las formalidades. La tía Alda no tenía otros familiares. A su sobrina le dejó la casa y algo de dinero. En un momento dado, la madre se la regaló a Mia y a sus dos hermanos, que no estaban interesados.

Desde hacía años una vieja vecina se ocupaba de la pequeña propiedad, en

cuyo jardín delantero infestado de malas hierbas crecía una enorme palmera, que por la noche susurraba al viento. Mia abrió el rechinante portón del jardín y miró a su alrededor. El alumbrado de la calle proporcionaba una luz mate al terreno. Los postigos de la casa estaban cerrados y colgaban torcidos de las bisagras. Sólo pudo abrir la puerta principal de la casa cargando contra ella con el hombro. En el pasillo colgaban telarañas y el interruptor no funcionaba. Con el encendedor en la mano buscó palpando la caja de fusibles. Semanas atrás había hablado por teléfono con la vecina, aunque no le comunicó en qué fecha exacta llegaría a Trieste. ¿Por qué no lo había hecho? ¿Y por qué no se le había ocurrido pasar por lo menos la primera noche en un hotel?

Dejó la maleta sin abrir en el pasillo, abrió sólo un par de ventanas y extendió un paño con manchas de moho sobre la cama. Entonces salió para dar una vuelta por el pueblo. Pasó por delante de la iglesia y pronto pudo disfrutar de una vista general de la ciudad. En el puerto nuevo se reflejaba la luz de los faros del muelle hasta bien dentro del mar, por detrás vio las señales luminosas sobre los diques y las luces de ambas costas, que rodeaban el golfo. Mia pensó que diecisiete años atrás había estado justo allí con Alda. Pero sólo recordaba el rostro de su tía abuela por las fotografías del álbum de su madre, que muchas veces había ojeado de pequeña en los viñedos de sus padres.

La *trattoria* que había en el centro del pueblo se llamaba Da Gigi y disponía de un par de mesas bajo una pérgola. Aunque ya era tarde, la vieja patrona le preparó algo para cenar. En lugar de servirle medio litro de vino tinto, le trajo un vaso y una botella de agua mineral. Mia volvió a pedir vino. Le habían servido una jarra con las sardinas marinadas del entrante y ahora insistía en que le sirvieran otra. La patrona le dijo riendo que era más inteligente transigir que ir corriendo constantemente entre la barra y las mesas. A Mia todo le resultaba típicamente familiar, a pesar de que era sólo la segunda vez en toda su vida que estaba allí. ¿Era la manera maternal de proceder de la patrona, que le preguntaba como a una niña pequeña? Cuando entendió que Mia provenía de una familia de emigrantes, se sentó un momento junto a ella y le contó cómo había sido expulsada en su momento y enviada a Servola. Después de la guerra, desde Istria. Pero en ese momento otros comensales exigieron su atención y Mia volvió a estar sola en la mesa. Una joven mujer con una mochila de color rojo rosáceo dejó sin decir palabra un osito de tela y una tarjeta delante de ella. Curiosa, Mia leyó el mensaje: una sordomuda que pedía una pequeña limosna. En Sydney no existían. Mia dejó un billete sobre la mesa, la joven lo cogió sin mostrar agradecimiento alguno y desapareció sin apenas hacer ruido.

—Eso era demasiado —dijo la avispa patrona con severidad—. Es más que suficiente con que deje unos céntimos. Si da usted tanto, entonces llamará la

atención de otros y nuestros locales se convertirán en puestos de venta, donde nadie podrá encontrar ya tranquilidad. Aún tiene que conocer la vida aquí – entonces la vieja mujer le pasó la mano amistosamente por el cabello y le pidió que comiera algo más. Mia encargó unos *spaghetti* con marisco y otro medio litro de vino tinto. Mientras, hizo planes para los próximos días. Se informó de las conexiones de autobús para ir al centro, de los horarios de apertura del cementerio, y preguntó dónde podía hacer la compra en el pueblo. Debía comprar una tarjeta para su teléfono móvil, abrir una cuenta bancaria, visitar la tumba de su tía y llevarle recuerdos desde Australia, hablar con la vecina y ante todo hacer habitable la casa. Después, visitar la notaría que llevaba todos los papeles de la herencia, y finalmente encontrar a un agente de la propiedad que fuera de confianza. Quizá debía dar voces por el pueblo para vender la casa. Aunque era más inteligente informarse antes en la ciudad sobre los precios del mercado.

«Mañana le llevaré a la tía unas flores», se dijo y pagó la cuenta. Al levantarse se tambaleó un poco. Estaba cansada y había bebido demasiado. Se despidió de la patrona con la mano.

A la mañana siguiente la despertó un golpe en la puerta del jardín. Alguien la llamaba por su nombre. Se puso rápido la blusa del día anterior y fue tanteando en la semioscuridad del pasillo hasta salir a la luz deslumbrante del sol. Un hombre de constitución atlética y sin afeitar, cerca de los cuarenta, no podía quitar la vista de sus piernas desnudas. La miró una sola vez a los ojos para comunicarle que le había enviado su madre, la vecina. Esperaba a la *signorina*.

–El pueblo ya se ha enterado de todo –le dijo antes de que ella pudiera preguntar cómo se habían enterado de su llegada. Mia prometió pasarse por allí lo antes posible. En el sótano encontró finalmente la llave del agua, y poco después el grifo de la bañera escupía un líquido de aspecto oxidado. Su aventura triestina podía empezar.

## Un pacto con artimañas

Cuando contempló su rostro en el espejo no podía creer lo que veían sus ojos. Por el dolor, debía de estar hecho unos zorros, pero sólo la ceja estaba cubierta de sangre y el labio un poco hinchado allí donde se lo había mordido. Con cuidado, se palpó la nariz, la barbilla y las mejillas. El ojo izquierdo iría adquiriendo en los siguientes días diferentes tonalidades de color morado y era conveniente encontrar una explicación plausible ya mismo, pues debía contar con que le preguntarían infinidad de veces qué le había pasado. Debía tratarse de una explicación sencilla, fácil de recordar y bien alejada de la verdad.

Habían planeado la acción hacía semanas, pero la llevaron a cabo esa misma noche. Todo fue perfecto: el material, el horario y los emplazamientos. Que justamente él, que lo planeaba todo con tanta precisión, no se atuviera al plan que había metido en la cabeza de los otros había sido una estupidez, y sólo con mucha suerte había salido bien parado.

Y ahora necesitaba una buena excusa, para que nadie pudiera relacionar la acción de los protectores de animales con sus heridas. Se aplicó aloe en las heridas conteniendo la respiración. Oyó pasos en el pasillo. Normalmente a esa hora todos dormían. Cuando comprobó cómo se cerraba la puerta del baño justo a su lado volvió de puntillas a su habitación. Diría que se había metido en una pelea. Quizá lo mejor sería que contara que en la Viale se había topado con radicales de extrema derecha. Y se saldría de ésa con un sermón moralino de media hora. O quizás podría inventarse una historia con seguidores fanáticos de la Triestina, que la noche anterior había perdido todas las posibilidades de ascender a primera, con lo que incluso el hijo de Gaddafi había retirado su oferta de compra.

Primero se dedicaron a adornar la fachada del Consulado alemán con sus graffiti con la plantilla que habían confeccionado con esmero, para dirigirse finalmente a la sede central de Correos, donde el mundo de los negocios triestino se enfrentaría por la mañana a sus mensajes. Las prostitutas negras del Borgo Teresiano ya no se preocupaban por ellos, pero sí se retiraron a las calles adyacentes por precaución. Después se volvieron a subir a las motos y se pasaron por el Ayuntamiento, para acabar frente al edificio de la redacción del diario *Il Piccolo*, donde tenían que permanecer a cubierto para que no los descubriera ninguno de los chóferes del periódico, que cargaban sus furgonetas al final de la línea de impresión. Luego debían seguir hasta el Porto Vecchio, donde había dos camiones apestosos de ganado aparcados durante toda la

noche frente al acceso cerrado de la zona franca. Los bueyes maltratados durante días enteros de transporte bramaban de sed, hambre y dolor, pero a los conductores eso les molestaba tan poco como el mal olor. De una de las cabinas de los camiones manaba una luz azulada. Seguramente los hombres estaban viendo la televisión, aunque ya eran más de las dos de la madrugada. No hizo falta ni un minuto para que frente al portal de acceso al puerto se dedicaran a grafitear su protesta por los atroces transportes de ganado. Tampoco necesitaron mucho tiempo para hacerlo en la parte trasera de los camiones. Nadie pareció haberse dado cuenta de ello, y podrían haberse marchado tranquilamente a casa con la seguridad de que su acción sería difundida ampliamente por los medios de comunicación locales. ¿Por qué no se contentó con ello, sino que volvió al camión con matrícula alemana para romper la válvula de los neumáticos con una barra?

Cuando el aire salió despedido violentamente el primer camión gimió como una pieza de caza mayor abatida que daba el último suspiro. ¡Vaya estruendo del demonio! Sin embargo, no tuvo suficiente. Cuando se arrastraba hacia el segundo camión, tres hombres fuertes le cogieron por los brazos y empezaron a atizarle sin previo aviso. Ninguno de los tres era más grande que él. Con uno solo no habría tenido ni para empezar, incluso quizás con dos de ellos. Pero lo tenían bien cogido y le atizaban con no sabía qué. Hasta que finalmente logró liberar una mano y se pudo defender. A uno de los tipos logró tumbarlo, y aprovechando el segundo de reacción logró alcanzar su moto, salir a toda pastilla y juntarse con sus amigos, que le esperaban, tal como habían acordado, en la siguiente esquina. Tenían que procurar desaparecer lo antes posible, porque con toda seguridad en breve haría acto de presencia una patrulla de la policía o de los *carabinieri*.

El casco le apretaba la herida en la parte posterior de la cabeza, de donde le habían arrancado un mechón de cabello, y le dolía en todo el rostro el viento que le venía de cara. Cuando llegó agotado a casa se deslizó silenciosamente en el baño y se duchó con agua caliente durante un buen rato. Luego se fue cojeando a su habitación con la esperanza de no despertar a su novia. Federica le había dicho que se pasaría después de trabajar y hacía tiempo que tenía la llave de la casa de sus padres. Pero ni ella debía saber lo que había pasado. Se encogió de dolor cuando ella le pasó durmiendo el brazo por encima del pecho y se apretó contra él.

El pequeño grupo se llamaba Mucca Pazza. Repetidas veces habían seguido el maloliente camión y habían observado la descarga de los pobres animales, que eran transportados durante días sin recibir agua por toda Europa y finalmente eran embarcados en el puerto de Trieste medio muertos. Los sujetos que

administraban al ganado, que ya no se podía mantener en pie, inyecciones dopantes, y que aceptaban sin inmutarse que a los animales agotados que ya no podían subir por sus propios medios se les subiera a bordo encadenados por una pata o por los cuernos, se hacían llamar «veterinarios». Que los bueyes bramaran de dolor y sed parecía darles igual a todos los que trabajaban allí, lo mismo que a aquellos que ganaban dinero, gracias a las subvenciones de la Unión Europea, por cada animal que no abandonaba el territorio europeo muerto. Los bueyes, tan pronto llegaban al Líbano o a otros países de Oriente Próximo, eran desagraviados de la tortura del viaje transportándolos al matadero.

Los miembros de Mucca Pazza eran cocineros en ciernes y todos defendían que la buena cocina necesita buenos ingredientes. Sabían que también con pocos medios se puede cocinar bien y de forma sana. Una pizza como Dios manda es prueba suficiente siempre que se utilicen los ingredientes adecuados. Ni siquiera la comida rápida ha de prepararse siempre de forma miserable.

Desde hacía un tiempo ya no comía pescado. Rehuía con desprecio las parrilladas que se celebraban desde hacía semanas en el jardín de su casa y siempre discutía acaloradamente cuando les decía que debían preguntar al carnicero por el origen de la carne. Tenía claro que no era vegetariano, pero argumentaba que debían adquirirse animales de la zona que hubieran sido alimentados como es debido. También con el pescado había que prestar atención a que no fuera de criadero, donde imperaban las mismas condiciones miserables que con los cerdos y los terneros. Y los amigos de su familia, que llevaban los čevapčići de supermercado, que nadaban en la parrilla en su propia grasa y sus propios conservantes, podían tragárselos junto con la bandeja de plástico.

Alguien tenía que tomar cartas en el asunto. ¿Cómo se podía ser tan insensible y ciego como para aceptar animales que habían viajado por media Europa sin haber recibido ni la más mínima atención? Leyes por allí, leyes por allá. ¿Quién se creía los letreros del camión, que sostenían que los animales recibían agua y bebida de forma automática? Se trataba únicamente de un truco. En la mayoría de los casos nadie se atenía a la normativa. Y todo el mundo sabía que nunca se respetaban las paradas obligatorias. Mucca Pazza había decidido actuar contra esta situación, que apestaba lo indecible. Sabían que la comparación con la Risiera di San Sabba, el antiguo campo de concentración alemán, era idiota, pero querían provocar. Cuanto más se escandalizara la gente, mejor.

Cerca de las siete, Proteo Laurenti subía cansado y algo achispado las escaleras

hacia su casa. Había nadado los últimos metros hasta alcanzar la playa y, siguiendo el consejo del pescador de Santa Croce, aún dentro del agua metió el arpón en las branquias del pez. Aunque nadie podía contar con que ninguno de los miembros de la familia Laurenti estuviera en pie a esas horas, llevó con falso orgullo su «captura» a la casa, la colocó sobre una bandeja larga, sacó cubitos de hielo del refrigerador y los colocó alrededor del pescado. Entonces se puso a hacer café, fue al baño y se dio una ducha caliente durante un buen rato, hasta que desapareció cualquier rastro de la ligera borrachera que debía agradecer al vino del pescador. Cuando volvió a la cocina vio cómo Livia, su hija mayor, sacaba la cafetera resoplante del fogón y la colocaba junto con dos tazas sobre una bandeja.

—¿Ya estás levantada? —preguntó Laurenti—. Mira lo que he atrapado.

Pero en lugar de halagarle únicamente le dijo:

—Tengo que hablar contigo con urgencia.

Su expresión era todo menos agobiada y Laurenti ya se había hecho a la idea de tener que lidiar con los problemas de pareja de su hija. Ella llevó la bandeja a la terraza, se sentó y encendió rápidamente un cigarrillo. A Laurenti no le gustaba que fumara desde por la mañana. Livia estaba preocupada, podía apreciarlo a primera vista.

—Algo malo ha ocurrido —con una voz medio ahogada le contó lo que tanto la atormentaba. Laurenti no sabía si reír o llorar.

—¡Esto es el colmo! A ver, ¿quieres decirme por favor para qué necesitas un coche teniendo todo el mar frente a ti? —bramó poniéndose en pie y buscando el periódico del día anterior. Impaciente, fue pasando las páginas—. Si te sirve de consuelo, no eres la única a la que le pasa algo así. Mira, lee:

Tribunal de Apelación: La práctica del sexo en el coche sigue siendo punible aunque sea a oscuras. Aunque esté más oscuro que la boca de un lobo y usted se haya buscado para un breve encuentro con su amante un sitio bien apartado, evite abrirla la cremallera para practicar el sexo oral. Tanta pasión, aunque sea aplicada con discreción, puede costarle tres meses entre rejas. Esto lo sufrió en propia carne una madura romana, que condujo su coche con su amante Carmine P. en una noche de invierno más oscura que el carbón hasta un aparcamiento apartado. Los agentes de una patrulla sospecharon y la comprobación les supuso una multa por actividades obscenas en público. A la abuela de 69 años Marisa la condenaron a 90 días de cárcel, pena que fue confirmada por el Tribunal de Apelación. La *signora* aseguró en vano que no tenía la mínima intención de alterar el orden público. Pero para el juez de la Audiencia Tercera del Tribunal de Apelación ello no es legalmente procedente, pues no se puede descartar que a pesar de lo intempestivo de la hora y lo

apartado del lugar alguien pase por casualidad por allí. Marisa debía haber apagado la luz en la alcoba antes de inclinar la cabeza.

Laurenti soltó una carcajada y lanzó el diario sobre la mesa.

—Es que me imagino a los jueces exigiendo la descripción exacta de los hechos durante las tres vistas: «¿Y qué dice usted que hizo exactamente después de bajarle la cremallera del pantalón a su acompañante?».

Pero su hija no estaba para bromas.

—Están locos —se quejó—. Esta sociedad es cada vez más mojigata. Nivel prácticamente cero en los controles, el carnet de conducir por puntos, todos estos avisos ridículos en las cajetillas de tabaco, horarios de apertura más reducidos para las discotecas, la ley que considera la marihuana una droga dura, y ahora encima esto.

—Y ahora dime dónde pasó todo.

—Cerca de aquí. Allá arriba en San Primo, en la colina entre Santa Croce y Prosecco.

—Pero si ese camino está cerrado al tráfico rodado.

—¡Por favor, papá, si eran las dos y media de la madrugada!

—Ya, pero las señales de tráfico no duermen por la noche, jovencita. Con esta sequía nadie debería ir en coche al bosque. Sólo falta que prenda un tallo de hierba o una rama seca por culpa de un tubo de escape para que todo el Carso arda en llamas.

—Pero no se trata de eso —Livia no dejó que acabara de hablar—. ¡Por qué no la pueden dejar a una en paz esos asquerosos mirones enanos!

—No hables así de mis colegas. Además, allá arriba hay garrapatas.

También Laura y él se habían desviado, cuando se conocieron hacía ya un cuarto de siglo, en el Carso por innumerables sendas. Sin hablar de sus juegos amorosos en el mar, también de día y no muy lejos de otros bañistas. Siempre con cuidado de no pisar un erizo de mar. Pero no quería hablar de ello con su hija. ¿Quién sabe dónde fue concebida? Laura sostenía que había ocurrido allá arriba en Monrupino, sobre el muro que rodea la pequeña iglesia medieval fortificada.

—¿Conservas el resguardo de la denuncia? —le preguntó.

—Sí, claro —Livia respiró aliviada. Que su padre preguntara por ella quería decir que utilizaría sus influencias para sacarla de la circulación. Ser hija de policía también tenía sus ventajas, siempre que no actuara como un cabeza dura. Pero, como padre de tres hijos adultos, Laurenti había disfrutado de la posibilidad de reeducarlos.

—¿Y tu novio? ¿Qué dice él de todo esto?

—¿Vladimir? Quería hablarlo a solas contigo. Aún duerme.

—Ve a buscar la denuncia. Me voy a la oficina.

La casa en la costa que habían comprado hacía un año largo al viejo forense Galvano estaba a tope. Los tres hermanos habían decidido pasar las vacaciones de verano allí junto con sus *fidanzati*, sus respectivos novios y novias. El mismo Laurenti se había acostumbrado mientras tanto a no poder imponerles precepto alguno y sobre a todo a aceptar que ya tenían su propia vida, sin su concurso. Y además con sus propias parejas, que en ocasiones cambiaban más rápidamente de lo que él tardaba en aprenderse sus nombres. Livia se mudó después de concluir sus estudios de filología alemana de Berlín a Múnich, donde hizo unas prácticas en una pequeña editorial y albergó esperanzas de entrar a trabajar como editora. En una cervecería típica de la capital bávara conoció a Vladimir, un joven del Carso con talento que había encontrado su primer trabajo en una empresa de alta tecnología.

Patrizia, su hija preferida, tenía otra vez nuevo novio, de nombre Santo, que Laurenti encontraba de todo menos indicado. Santo era diez años mayor que ella y en Nápoles era considerado, como sostenía todo arrogante, una estrella entre los peluqueros. Según la opinión de Laurenti, con toda seguridad no era ni la mitad de bueno que su viejo amigo Oscar, que desde hacía veinticinco años le cortaba el cabello en su pequeño salón de peluquería de la Via del Mercato. Mientras tanto Patrizia había cursado una especialización tras sus estudios de arqueología y se entregaba con gran dedicación a la sección erótica del Museo Nacional de Arqueología. Y con toda seguridad este Santo la mantenía alejada de poder escribir su tesis, objetivo que se había fijado para esos meses de verano. Laurenti sólo esperaba que el tipo no estuviera de vacaciones eternamente.

También su hijo Marco le daba sus sorpresas. Un día explicó ante el asombro de todos que ya no quería ser marino. Laurenti sospechaba que el motivo de esa decisión radicaba en que su novia de Monfalcone, con la que había tejido ese sueño, le había mandado a paseo. Después de cumplir el servicio militar en la Guardia de Costas y luego en la Marina en La Spezia, estuvo unos meses trabajando en una gasolinera. Pero el otoño anterior, sorprendentemente, se había inscrito en una escuela de hostelería en Aviano: Marco quería ser cocinero. Un cocinero de primera categoría, como siempre subrayaba. Aunque su padre sospechaba que Federica, la nueva llama que ardía en su corazón, estaba detrás de esa decisión. La simpática joven estaba totalmente loca por su hijo. En verano trabajaba en el restaurante del elegante Hotel Savoy en Grado, donde pulía su oficio trabajando en el equipo de una gran cocina de alto nivel. Casi cada noche pasaba por casa camino del trabajo. Marco lo tenía más cerca. Estaba realizando unas prácticas de tres meses en uno de los mejores restaurantes de Trieste, el Scabar. Laurenti había abogado primero por la

Trattoria al Faro, pero de un día para otro desapareció del mapa su amigo Franco, y el nuevo estilo del local ya no le gustaba. Cuando Laurenti veía cómo se implicaba Marco, trabajando en ese conocido restaurante bastante alejado de los límites de la ciudad, cada día estaba más orgulloso del inesperado desarrollo profesional de su hijo. Confiaba en que por lo menos se mantuviera en la senda. Sólo una cosa le irritaba. Ante los ojos de su padre, Marco se había convertido en medio vegetariano. Más de una vez había sostenido que los animales de dos y cuatro patas, aves, cerdos, ovejas, cabras y el ganado vacuno no eran indicados para el consumo humano. Se permitía el pescado, siempre que fuera capturado en el mar. Laurenti tenía la impresión de que a Marco no le importaba tanto dónde vivían los animales, sino que durante el servicio militar, que pasó sobre todo en las cocinas de su unidad, quedó ya servido para el resto de su vida con las interminables cantidades de falsos escalopes que tuvo que preparar.

Laurenti sólo esperaba el momento en el que no se celebrara una barbacoa por la noche en la costa con sus hijos y amigos. Entonces convencería a Laura para degustar los avances culinarios de Marco en el restaurante. Pero su mujer no paraba de organizar veladas y estaba feliz de tener tanta gente en casa. Como si lo hubiera echado de menos durante los últimos años. Laurenti a veces terminaba harto cuando después de la oficina y todo el ajetreo en la Questura llegaba y antes de subir las escaleras que llevaban del garaje a casa ya oía las voces de los invitados. En ocasiones habría preferido comer solo en la terraza y después leer tranquilamente un libro. ¿Pero qué más quería? Un matrimonio feliz y alegría en casa significaban mucho. ¿Qué hombre podía presumir de ambas cosas?

La ridícula preocupación de Livia le había alegrado a pesar del incidente de primera hora de la mañana. Subió silbando las escaleras hacia su oficina. Marietta ya estaba sentada en su despacho, dejaba que un cigarrillo en el cenicero lo llenara todo de humo y escarbaba entre sus papeles. Le saludó gruñona. Desde hacía poco el verano suponía para ella no permanecer ni un segundo más de lo necesario frente al escritorio y abandonar el edificio lo antes posible. Para ello Marietta debía levantarse más pronto por la mañana, lo que no favorecía su estado de ánimo.

—Ya tenemos a una nueva pandilla de chalados en la ciudad —estaba sentada en su silla y le daba la espalda. Ni siquiera se molestó en volverse, sino que miraba fijamente la pantalla negra de su ordenador apagado—. Estos idiotas se autodenominan Mucca Pazza y están en contra de la carne de ternera.

A Laurenti no le interesó la noticia.

–¿Qué tal los amores? ¿Y el tortolito? No me digas otra vez que no has hecho otra cosa en toda la noche –Laurenti apreciaba desde hacía dos semanas a primera vista falta de sueño en su secretaria y no podía reprimir los comentarios–. ¡Sólo ten cuidado de no agotar al muchacho! La gente con sobrepeso a menudo tiene problemas de corazón. Aunque no es la peor de las maneras de morir. Pero es muy joven y ello te causaría un trauma para el resto de tus días. Además te aconsejo que evites practicarlo en el coche, si no te pasará lo que a la abuela romana.

–No necesito coche y tampoco tengo nietos. Simplemente tienes envidia –resopló Marietta sin siquiera dignarse mirarle–. Siempre me despreciaste como amante.

Por fin había encontrado un tipo que no buscara sólo el rollo de una noche. Laurenti apenas lo conocía y no podía juzgar. Cambió rápidamente de tema.

–Mira por favor enseguida a quién pertenece este coche. Y mantenme informado de cualquier novedad –se trataba de un ritual. Como cada mañana que entraba en la oficina, Marietta le entregaba los nuevos comunicados.

–En primer lugar las pintadas de los protectores de los animales, que se autodenominan Mucca Pazza. En el Consulado alemán y en el Instituto Goethe. Seguramente porque los transportes de ganado realizados desde Porto Vecchio a Oriente Próximo llegan sobre todo desde Alemania. Debo admitir que el símbolo con la vaca y el kalashnikov está muy conseguido –le alcanzó a Laurenti un par de fotos de las pintadas.

Como en la Risiera di San Sabba: Bestiales transportes de ganado por Europa para ser cargados en el Porto Vecchio de Trieste: Quien tortura a los animales también asesina a personas. Mirar a un lado supone colaborar. Por un trato y un sacrificio éticos. Por los productos locales. En contra de la producción masificada de alimentos. Calidad en lugar de mierda barata. ¿O deseáis envenenaros?

#### MUCCA PAZZA

Sobre la firma «Mucca Pazza», vaca loca, la expresión popular para designar la enfermedad de las vacas, habían dibujado un vacuno muy artístico sentado sobre sus patas traseras con gafas de sol. Sostenía un kalashnikov y alrededor de sus cuernos las estrellas de la bandera de la Unión Europea. Laurenti pensó que Marco se alegraría infinitamente de esa acción.

–Además está el robo en la librería de la Via del Coroneo –prosiguió Marietta y bostezó aburrida. A pesar de su tez morena mostraba unas ojeras bien oscuras–. La delincuencia se culturiza –con el ordenador se introdujo en el registro de permisos. Transcurrió un tiempo.

—Estás de guasa.

—Cincuenta y cuatro tomos de la colección Meridiani. Manzoni, Lampedusa, Petrarca, Dante, Svevo, Saba. Una compra a discreción. Y mil euros de la caja.

Se trataba de una de las dos librerías de la ciudad de las que Proteo Laurenti era cliente habitual. Naturalmente que se producían robos en las librerías. Pero en toda su vida profesional nunca había oído que el motivo del robo fuera una colección de clásicos impresos en papel fino, de los que Laurenti tenía algunos volúmenes en casa. Hasta entonces habían robado lo impensable: medias, computadoras, dinero en efectivo, Prosecco del malo. ¡Pero libros!

—¿Alguien vio algo? —preguntó Laurenti—. Por allí pasan continuamente coches patrulla. ¡Tantos volúmenes de una sola vez! Seguro que juntos pesan un quintal.

—Yo sólo leo libros de bolsillo. En la escuela me quitaron toda afición por los clásicos.

—Pensaba que últimamente sólo leías revistas sobre moda nupcial. ¿Has averiguado por fin a quién pertenece el coche?

Marietta no reaccionó a su provocación.

—¡También Il Mucchio ha vuelto a atacar! —dijo mirando fijamente la pantalla, y despachó un par de órdenes.

—¿Dónde?

—Un parvulario en Guardiella. Un viejo televisor, un par de manzanas, por lo demás los destrozos habituales. Esperaron a que todo se volviera a calmar un poco y volvieron a poner manos a la obra.

—¿Qué caso es éste?

—El número 25.

—Entonces debe de tratarse de los mismos que están detrás de la vaca loca —dijo Laurenti con indiferencia.

—No lo creo —dijo Marietta mirándole por primera vez a los ojos—. Il Mucchio aboga por la destrucción, la violencia, el escándalo. Mucca Pazza sólo quiere mejorar el mundo; debe de tratarse de un ecologista o de un protector de animales. Seguramente un solitario frustrado.

—¿Quién lleva el caso?

—Naturalmente, la Squadra Mobile.

—Salúdalos cordialmente de mi parte. Laurenti les desea lo mejor.

—Mejor que no. Ya tienen suficiente con el bombardeo al que les tienen sometidos. Los ciudadanos llaman y quieren saber cuándo volverán a ser seguras nuestras calles. Uno ya no puede dejar el coche aparcado en la calle, porque alguien le acaba rompiendo el parabrisas. Y otras imbecilidades de ese tipo. Naturalmente se trata de jubilados.

—Deja que lloren —a Laurenti no le preocupaba.

Desde el último mes de diciembre estas llamadas se producían cada dos por tres. Il Mucchio, como se llamaba la banda, se dedicaba a destrozar sobre todo escuelas. Mientras tanto ya les habían hecho responsables de vandalismo en diferentes cementerios. La prensa había publicado el comentario de un criminólogo, que nadie de la ciudad conocía. Se apoyaba ante todo en la observación de que la banda tenía en el punto de mira instalaciones pedagógicas, desde guarderías hasta institutos, tanto de las afueras como del centro de la ciudad. Robaban aparatos y dinero que los alumnos ahorraban para dedicar a finales de año a fines benéficos. El especialista especulaba con el hecho de que se tratara de alumnos con problemas, a cuyos profesores no podían controlar y que por ello se vengaban. Argumentaba este razonamiento diciendo que la rabia destructiva de los autores estaba libre de escrúpulos morales o de cualquier respeto hacia las instalaciones de enseñanza. Laurenti se alteró intensamente con este análisis e intuyó que el especialista no tenía hijos.

«Que se esfuercen los colegas.» A Proteo Laurenti ese tipo de delitos le dejaban frío. Gracias a Dios eran competencia de departamentos subalternos. Él mismo se había ocupado esa primavera de una serie de robos en chalets en el norte de Italia, realizados con verdadera profesionalidad y sangre fría, y que gracias a la colaboración de los colegas del Véneto y la Lombardía llegaron a aclararse. El único robo que se produjo en la ciudad y que pertenecía a la misma serie, justamente en el chalet de una amiga del director de la policía, resultó fatal para la banda. Poco después los detuvieron, aunque hasta la fecha rechazaban cualquier acusación. Eso dificultaba los cargos, pero no los libraba de la cárcel. Y después estaba también la historia del almacén en el polígono industrial. Un caso extraño. Un terreno olvidado plagado de malas hierbas y un depósito de viejas armas y documentos, acerca del cual circulaban un montón de suposiciones. Lo había descubierto una australiana de nombre Mia, que debía dilucidar la herencia de sus familiares triestinos. Laurenti había recogido a la joven en la *superstrada*, después de que abandonara el lugar del descubrimiento, huyendo del follón que se había armado con los cuerpos de seguridad alertados y los periodistas que se presentaron allí a toda prisa. Necesitó su tiempo antes de confiar en Laurenti. Se vio superada por la complejidad del hecho; aquello no se arreglaba con las medidas burocráticas, y a pesar de su inteligencia era curiosamente ingenua. Laurenti y su colega de los *carabinieri* se la habían ganado. Desde entonces no dejaba de llamarle. Se trataba de un arsenal, de cuyo origen nadie sabía nada. Los periodistas especulaban con que se trataba de la herencia de Diego de Henriquez, un excéntrico asesinado en 1974. El caso nunca se resolvió. Y justamente la australiana Mia estaba metida en ese fregado. La nave fue embargada provisionalmente y en ese momento se estaba procediendo a un inventario. Laurenti le advirtió a la guapa Mia que debía

armarse de paciencia, pero por lo menos no tenía que hacerse cargo de los costes de la vigilancia del recinto.

—Y antes de que preguntes como cada mañana por ello —dijo Marietta de forma impertinente—, aún no tenemos novedades sobre el hallazgo del polígono industrial. Tu amiga australiana llamará igualmente de aquí a nada.

—Demasiado bondadosa —dijo Laurenti—. Realmente hace falta paciencia —y señalando el ordenador añadió—: Si durmieras más, irías más rápido.

—Muy gracioso —respondió Marietta irritada, y sacó finalmente un papel de la impresora. Laurenti lo leyó en silencio. El coche estaba a nombre de un dentista de Roma, cuyo nombre no conocía—. ¡La noticia mala para el final! —Marietta cogió un escrito que estaba amontonado encima de todo el correo del día—. Será mejor que te sientes.

—¿Y ahora qué pasa?

—Que trasladan a Sgubin.

—Ya lo sabía —dijo Laurenti sin inmutarse—. Sólo que no sabía cuándo. Alcánzame eso.

—Ah, qué bien. ¿Y algo así no me lo comunicas? —Marietta se había ofendido, pero su curiosidad pudo más que su orgullo—. ¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde que Sgubin me dijo que quería hacer carrera. No te lo creerás, pero le he ayudado en ello. Aunque estemos en Trieste, no todo tiene que seguir siendo siempre igual.

Por el escrito supo que a su asistente de muchos años aún le quedaban dos semanas de servicio antes de hacerse cargo de sus nuevas tareas. Uno podía confiar en Sgubin, pero tampoco es que fuese una lumbarda. Laurenti empezó a mover los hilos el día en que Sgubin le dijo que quería ascender profesionalmente. En ocasiones los cambios eran beneficiosos. Por fin entraría viento fresco por esas cuatro paredes.

—¿Tú llamas a esto hacer carrera? —dijo indignada Marietta—. ¡Como jefe de patrulla en Gorizia! No me hagas reír.

—Unos se van incluso en verano cada día desde el despacho directamente a Barcola o Ginestre para ver cómo se asan los pollos, mientras que otros desarrollan sorprendentemente la ambición, incluso aunque nadie lo hubiera esperado de ellos. Sgubin tiene más de treinta años y para él Gorizia sólo supondrá una estación de paso. Ya verás, tiene frente a él, aunque sea tarde, un vertiginoso ascenso. Y aumentos de sueldo bien importantes.

—No se merece que te burles de él de esa manera —protestó Marietta.

—¿Pero qué es lo que te pasa? —Laurenti no pudo reprimir la risa—. Cuando te hacía la corte lo desdeñaste. Y desde que te has lanzado a esta nueva y desenfrenada pasión ya echas de menos a Sgubin, incluso antes de que se haya ido. ¿Ya le quieres poner los cuernos a tu nuevo amante? Pobre hombre; debo

advertirle, o te veo el día de la despedida de Sgubin recuperando en un tormentoso abrazo todo aquello que rechazaste de él anteriormente.

—Algún día me lo pagarás todo junto, te lo garantizo —Marietta estaba furiosa—. Tienes un carácter de mil demonios.

—Es el amor lo que te pone nerviosa. Normalmente serena el ánimo, pero contigo siempre es todo diferente. Ahora llama a Sgubin para que le pueda comunicar las buenas nuevas. Y después búscame toda la información posible sobre ese dentista romano. ¡Todo! Hasta su declaración de la renta y qué tipo de calzoncillos lleva.

Laurenti dejó caer sobre su mesa la hoja con la matrícula del coche que había llegado esa mañana a la Marina di Aurisina con cuatro hombres.

—Esto corre prisa. Y después ponme en contacto con Ettore Orlando.

Antes de que ella pudiera contestar ya había desaparecido en su despacho. Buscó el número de teléfono del jefe de la Squadra Mobile. Debía hablar con él ahora mismo, antes de que la denuncia contra su hija Livia por escándalo público siguiera su curso y llegara a la prensa o a la fiscalía. Y quería saber de una vez qué había detrás de la historia del bote neumático y de esos tipos tan raros.

Casi dos semanas antes Sgubin había irrumpido nerviosísimo en el despacho dando entre balbuceos la alarma general por el inmenso depósito de armas que acababan de encontrar en el polígono industrial. Con la sirena puesta, se dirigieron volando por la *superstrada* hacia el lugar. Cuando Sgubin cogía la salida que descendía hacia la Via Caboto se topó con una joven que iba a pie por el arcén de los cuatro carriles. Tenía una pinta extraña. Llevaba botas de goma, pantalones muy cortos y una blusa blanca que resaltaba considerablemente sus generosas formas.

—¿Y a ésta qué se le ha perdido por aquí? —preguntó Laurenti—. Para un momento.

—Seguramente otra loca. Desde luego en esta ciudad no nos faltan —Sgubin detuvo el coche a sólo un metro de ella. Laurenti se bajó.

—¿Quiere usted matarse? No puede ir por aquí. Suba —como la joven no le respondió, Laurenti le pidió la documentación y le preguntó adónde iba.

Mia hablaba tan bajo que Laurenti debía esforzarse para entenderla.

—A casa. Ya se lo he dicho a sus colegas. Quiero volver a casa.

—¿Qué colegas?

—Los de allá abajo.

—¿Cómo se llama usted? —le preguntó.

—El depósito me pertenece —dijo Mia con la mirada ausente.

Laurenti presintió que no iba a servir de nada entrar en detalles.

—Venga usted por favor con nosotros —le dijo manteniendo la puerta del coche abierta.

Mia dudó. ¿Por qué no podían dejarla simplemente en paz? ¿Qué otra cosa podía hacer sino obedecer a ese hombre? Éste se sentó junto a ella en el asiento de atrás, como si tuviera que vigilarla.

—Apaga ese trasto —refunfuñó Laurenti cuando Sgubin arrancó y puso de nuevo la sirena en marcha—. Ya casi hemos llegado. No hace falta armar tanto escándalo —después se dirigió a su acompañante—: ¿Por qué huyó usted?

—Había demasiada gente —le dijo Mia con brusquedad mirándole finalmente a los ojos—. De repente había mucha gente allí. Quiero irme a casa. Aquí no me necesitan. Y sobre todo no quiero ningún periodista. ¿Puede usted ocuparse de ellos? Nada de periodistas. Ni televisión.

—Deme usted su número de teléfono. Informaré a su familia para que alguien venga a recogerla. ¿O quizás necesita usted asistencia médica?

Mia negó con la cabeza.

—Estoy sola. Mi familia no vive aquí.

—Reunión general. Incluso los *carabinieri* están aquí —dijo Sgubin al parar junto a los otros coches de servicio.

Laurenti se bajó del vehículo.

—Espere usted dentro —le rogó a Mia—. Mi colega se quedará con usted. Ahora mismo vuelvo.

Cuando el cámara y los fotógrafos lo reconocieron se abalanzaron sobre él. Laurenti les hizo frente avanzando a grandes zancadas. No quería que la joven que había recogido de la calle sufriera un ataque de pánico.

—Lo siento, no haré comentario alguno —dijo escuetamente, y pasó junto a los periodistas. Gracias a Dios habían cercado el almacén con una cinta de plástico que mantenía alejada a la gente.

—Es increíble —le saludó estrechándole la mano Luciano Canovella, el *colonnello* de los *carabinieri*, que había llegado poco antes que él—. Algo así seguro que no lo has visto en tu vida. ¡Hay armas para dar y tomar, como si quisieran ocupar Trieste!

Laurenti parpadeó en la penumbra del almacén y reconoció los vagos contornos de la maquinaria pesada.

—Tu gente ha sido la primera en llegar —dijo Canovella—. Pero ya sabes cómo funciona cuando se trata de armas. En estos asuntos hasta el Ministerio de Defensa se interesa por el caso. Propongo que estudiemos la situación juntos y deliberemos cómo nos repartimos el caso.

—Por mí te puedes quedar con todos estos trastos —Laurenti elevó ambas

manos-. No me pelearé por ellos.

—Tampoco me refería a eso —dijo Canovella, y le acompañó al interior del almacén-. Son chismes viejos. De la Segunda Guerra Mundial y posteriores —anunció quitando el polvo de una caja de latón, en la que se distinguía una cruz gamada—. También hay un coche de policía de los aliados. De los tiempos del Territorio Libero di Trieste.

Fue una tarde muy larga. Laurenti consiguió mantener alejada a Mia de la prensa. Ninguno de los periodistas presentes se percató de que la dueña del arsenal estaba sentada bajo la protección de su asistente en el coche climatizado. Sgubin no fue capaz de intercambiar palabra alguna con la joven, aunque le ofreció un cigarrillo. Por lo menos se ahorró tener que trajinar fuera con ese calorazo de principios de verano. En todo caso, sus pensamientos estaban en otra parte: en su —así lo esperaba él— cercano traslado, los planes para la fiesta de despedida, con la que realmente quería demostrar que había llegado a algo. Además, maldijo el hecho de que su jefe hubiera vuelto a apuntarse un tanto al recoger a la chica en la autopista. ¿Cómo lo hacía? ¿Cómo tenía Laurenti ese olfato, del que por otra parte siempre presumía? Sgubin respiró hondo pensando que pronto se desharía de él. En su nuevo cargo le daría la vuelta a la tortilla.

Después de que hubieran acordonado el arsenal y una patrulla de los *carabinieri* se ocupara de su vigilancia, Laurenti también subió al coche. Estaba bañado en sudor y ordenó a Sgubin que apagara el aire acondicionado. Entonces informó a Mia de que debía contestar a un par de preguntas en la Questura. Pero antes debía ir a recoger su documentación.

—¿Y quién llevará mi coche? —preguntó Mia señalando el Cinquecento, rodeado por innumerables coches patrulla.

Laurenti sonrió al ver aquella pulga. Él mismo habría deseado conducirlo.

—¿Tiene usted algún inconveniente si lo conduce uno de nosotros? —le preguntó.

Mia negó con la cabeza, le daba lo mismo.

—Sgubin, síguenos con ese coche —dijo Laurenti, y le pidió a su asistente que en lugar de conducir el Alfa Romeo se pusiera al volante del Cinquecento. Sgubin se mordió la lengua, pero su orgullo estaba maltrecho. No en vano pronto sería el jefe de las patrullas. ¿Por qué no había escogido Laurenti a uno de los principiantes que revoloteaban por allí para cumplir con esa tortura? Y además Laurenti conducía muy lentamente. Y hundido en esa antigualla apenas vería el maletero del Alfa Romeo. En Servola aparcó la pulga, pero sólo se subió al coche de servicio con su jefe cuando Mia salió de la casa. Se había cambiado y se había recogido en una cola el cabello rubio oscuro. A Sgubin le recordó a un

caballo de Lipizza en la doma. Sentado en el asiento de atrás, la cola danzaba frente a sus narices cuando la calzada era irregular.

El interrogatorio fue anodino. Lo llevaron Laurenti y Canovella juntos. Por dos veces Laurenti mandó a su secretaria en busca de refrescos al bar de la esquina. Finalmente, Mia se relajó y contó su historia. Laurenti y Canovella eludieron contestar a la pregunta de qué pasaría con la nave. Ni ellos mismos lo sabían, aunque le prometieron que gustosamente la ayudarían en el caso de que tuviera dificultades con los aspectos burocráticos del asunto.

—Vamos a tomarnos una copa al Malabar de Walter —propuso Laurenti una vez se hubo ido Mia. Canovella lanzó una mirada rápida a su reloj. Nadie le esperaba para cenar y Laurenti tampoco tenía prisa por acercarse a casa a oler la barbacoa familiar.

—También podríamos haber invitado a la joven a tomar un aperitivo —dijo Canovella.

—¿Te gusta?

—Esperemos que sus padres le digan algo pronto sobre el almacén —respondió Canovella—. ¿Conoces por casualidad a este Calisto?

—Lo llamamos L’Orecchione, el orejudo, porque todo lo que capta intenta convertirlo en dinero. En realidad es un buen tipo, simplemente no puede evitarlo. Conoce la Questura por dentro casi tan bien como yo.

—El asunto de la llave duplicada no me gusta —dijo Canovella.

—Mañana me ocupo de ello.

—¿Y el vecino de la señorita?

—Ni idea. Sin duda la ha ayudado. Sin embargo, nadie de nosotros lo conoce.

Walter, que regentaba desde hacía dieciséis años el Gran Malabar de la Piazza San Giovanni, era físicamente imponente y no paraba de servirles una copa tras otra de vino. Naturalmente ya se había enterado del sensacional descubrimiento. La historia había corrido como un reguero de pólvora y a un buen hostelero no se le escapa ni una.

—Os apuesto lo que sea a que todos esos chismes pertenecen a la colección de Diego de Henriquez —les gritó por todo el local cuando entraron Laurenti y Canovella—. Era todo un personaje que muchos no han podido olvidar.

—¿Quién? —preguntó Canovella, que llevaba muy poco tiempo en la ciudad como para conocer las viejas historias.

—¡Un mito! —a Walter le brillaban los ojos—. Le conocía bien. Un coleccionista pirado. No sólo armas, sino todo lo que estaba relacionado con la ciudad. Incluso compró el Ponte Verde, aquel puente giratorio sobre el Canal Grande que sustituyeron por el actual. Por cierto, nunca llegó a pagarla, así que lo

recogió un chatarrero, que lo fundió. Y naturalmente las inscripciones en las paredes de las celdas de los condenados a muerte de la Risiera, que copió antes de que pintaran sobre ellas. Eso seguramente le costó la vida. Su muerte sigue siendo hoy en día un misterio.

Canovella no se interesaba especialmente por las viejas historias de la ciudad. Estudió la etiqueta de la botella de vino y dejó que fuera Laurenti el que le contara a Walter lo que se leería la mañana siguiente en los periódicos. Una joven entró silenciosamente en el bar y repartió llaveros y unos papelitos por el local. Hizo la ronda cojeando. Algunos comensales sintieron lástima por ella y le dieron dinero.

—La última vez que la vi no cojeaba —dijo Laurenti, y le puso la mano en la manga a Canovella para que se volviera.

—Pobre chica —se compadeció Canovella—. ¿Le has visto el cuello? Como si se hubiera apagado un cigarrillo sobre la piel. No sé por qué los jóvenes de hoy se autolesionan a veces; es como si no notaran que están vivos.

—Eso es lo que cuentan los psicólogos. La enfermedad de la civilización. Yo no creo en esas cosas —Laurenti la siguió con la mirada cuando dejó arrastrando el paso el Malabar—. Quizá deberíamos ocuparnos de ella.

—Llegué a conocerlo —dijo Walter uniéndose a ellos de nuevo—. Yo era joven, pero lo recuerdo perfectamente. Mi madre tenía entonces una *trattoria* en Scorcola. Por entonces él vivía muy cerca de allí. Eso fue antes de que se mudara a su museo. Muchas veces pasaba por nuestro local, y en ocasiones debía llevarlo a casa de lo bebido que estaba. Un coleccionista fanático. Imagínate que incluso era capaz de agacharse para recoger el envoltorio de un bombón que había encontrado por la calle. También coleccionaba chismes de ese tipo. Y le fascinaba todo tipo de papel escrito, no sólo las armas.

Y entonces Walter habló larga y detalladamente de los actos de violencia que dominaban la ciudad durante los años setenta, cuando él ya era un joven concejal en el Ayuntamiento. De aquellos tiempos en los que una noche ardió en circunstancias misteriosas Diego de Henriquez en un depósito de la Via San Maurizio, donde dormía en un sarcófago con un casco de acero alemán en la cabeza y una máscara de samurai sobre el rostro, de la extrema izquierda y la extrema derecha, de los atentados, de un clima tenso. Los neofascistas tenían en su cuenta gran cantidad de delitos. Peleas en la Viale XX Settembre, la tubería de gas rota en una residencia de estudiantes, que sólo se descubrió por casualidad. La bomba en la escuela eslovena, el atentado con bomba de Peteano, en el que perdieron la vida tres *carabinieri*. Detrás de todo ello estaba la organización secreta Gladio, creada y dirigida por los americanos, aparentemente como arma secreta contra una posible revolución comunista. El intento de secuestro de un avión en el aeropuerto de Ronchi dei Legionari, el

arsenal en el Carso en una cueva de Aurisina, que también pertenecía a Gladio. Y después los tiempos en que levantó el vuelo la logia masónica P2, a la que también pertenecían ciudadanos de Trieste, sobre todo hombres de la política y la economía, incluso Berlusconi. Esa gente no tenía por objetivo un cambio democrático en Italia. «La estrategia de la tensión», así se denominaba la táctica del terror, apoyada desde EE.UU. Se intentaba pasar el muerto de estas acciones a la izquierda para ganarse a la gente hacia la derecha. Asesinatos y atentados con bomba, como el de 1980 en la estación central de ferrocarriles de Bolonia, con ochenta y cuatro muertos y cientos de heridos, obra de los neofascistas, ninguno de los cuales había pisado un tribunal hasta la fecha. A ello se añadía el verdadero terror de la extrema izquierda, los atentados de las Brigadas Rojas, así como el secuestro y asesinato de Aldo Moro, más que bienvenido por algunos de los compañeros de filas conservadores de su partido. Y en casi todas partes estaban implicados los servicios secretos. Era casi imposible que todo ello saliera a la luz. Grupos poderosos aún tenían interés en mantenerlo todo bajo llave. El país vivía mejor intentando reprimir el pasado. Pero ¿cuántos mitos y especulaciones sin sentido surgían de allí? Y en opinión de Walter también había que añadir a la lista el asesinato no resuelto del coleccionista de armas Diego de Henriquez, que murió de manera horrible el 2 de mayo de 1974 a la edad de sesenta y ocho años.

—Ya te lo había contado, Proteo —prosiguió Walter—. Tengo un terreno en la parte alta de la ciudad, donde hay plantados olivos jóvenes. Cada uno de ellos tiene un cartel con el nombre de una persona que significó algo para la ciudad, y que también supuso algo en mi vida. Diego de Henriquez es merecedor de uno, y como sigas así, tú también tendrás un árbol con tu nombre. Sólo tu nombre de pila y la inicial de tu apellido. En tu caso es especialmente importante, pues si no todos pensarán que he dedicado mis olivos al Proteo de la gruta.

Walter rió, al igual que Canovella. Proteo Laurenti no lo encontró tan divertido y su rostro reflejó una sonrisa forzada. Demasiada gente había bromeado sobre su nombre, que también lo era de aquel animalillo incoloro y ciego cuya especie poblaba desde hacía cientos de miles de años las aguas subterráneas del Carso. Él mismo sólo lo había visto en fotografías, aunque un amigo le había invitado una vez a una excursión a la enorme gruta de Trebicciano, únicamente permitida a los investigadores. Tras una hora de descender escalones de hierro vacilantes llegaron a las aguas subterráneas de Timavo, pero lo único que llegaron a ver fue una trucha extraviada.

Laurenti miraba fijamente el expediente que descansaba sin abrir sobre su

mesa desde que de la Prefectura había llegado la orden de embargo del depósito en espera de que se aclarara tanto su valor como a quién pertenecía. Los *carabinieri* y la Polizia di Stato estaban encargados conjuntamente de su vigilancia. De esta forma los efectivos adicionales se podían cubrir con los agentes de que disponían. Canovella y Laurenti habían delegado la responsabilidad para la cooperación en el correspondiente jefe de las patrullas. Por ello cada mañana se iban amontonando los papeles en los que se comunicaba que en las últimas veinticuatro horas no había sucesos extraordinarios de los que informar. En el documento destacaba un ancho sello, mucho más grande que la noticia en sí.

—Usted misma sabe muy bien que Trieste es una ciudad única. Especialmente nosotros, a los que en un momento dado nos trasladaron aquí, lo apreciamos día a día.

Laurenti se sobresaltó. Marietta ya le había informado de que el fiscal se pasaría por la oficina. Pero es que no le oyó llegar. Estaba enfrascado en sus pensamientos sobre los hechos de la mañana y los últimos días. El arsenal cubierto de polvo, las pesadas cajas en la lancha neumática: ¿quizá estaba todo relacionado?

Scoglio se sentó enfrente de él.

—En ocasiones hasta yo mismo me sorprendo —dijo.

El hombre, que era casi diez años más joven que Laurenti, había perdido aún más peso en las últimas semanas. Parecía un esqueleto andante. El exceso de trabajo de los últimos años se había grabado profundamente en su fisionomía. Decían que Scoglio en ocasiones no abandonaba en todo el día su despacho y que incluso pasaba muchas veces la noche allí. Laurenti nunca lo había comprobado, aunque para ello sólo necesitaba llamar a sus colegas de protección personal.

—La situación no es tan terrible —le serenó Laurenti—. Prefiero las neurosis encubiertas de Trieste a las evidentes de Palermo, Nápoles o Milán. Allí debería ir por la calle con una escolta reforzada, fiscal. En principio no nos podemos quejar.

—Da igual lo que pase aquí —prosiguió Scoglio sin vacilar—, casi siempre está relacionado con el pasado o con los estereotipos que éste ha generado. Mejor dicho: con la historia, con la parte más sucia de la historia.

El presentimiento de Laurenti de que sólo se trataba de un preámbulo se vio confirmado enseguida.

—Me he topado con un caso extraordinario sobre el que me gustaría hablarle —dijo Scoglio—. No se puede explicar en dos palabras, así que espero que disponga usted de tiempo.

Laurenti se recostó sobre el respaldo de su silla.

—Al pinchar los teléfonos de los sospechosos habituales de la escena de la extrema derecha dimos con una comunicación que me ha dado que pensar. Y si resulta que es cierta, es suficiente motivo de preocupación. ¿Recuerda usted el caso Perusini?

Laurenti le miró con los ojos abiertos. Se trataba de un caso de hacía mucho tiempo, del que sólo le sonaba el nombre. Entonces era un joven funcionario y sólo llevaba un par de años en la ciudad. Y el fiscal Scoglio seguro que acababa de finalizar el bachillerato o de cumplir el servicio militar.

—Recordar son palabras mayores —Laurenti negó con la cabeza—. ¿Cuánto hace de ello?

—Veintiséis años. Se le encontró el 14 de junio de 1977 y llevaba por lo menos cuarenta horas muerto. Nunca dimos con los asesinos.

—Por conocer no conozco ni el expediente —dijo Laurenti—. Se trata de un caso de mi predecesor en el cargo. Dicen que le dio mucho trabajo. ¿Pero cómo demonios ha llegado a este caso?

Scoglio se encogió de hombros.

—No tengo ni idea del trabajo que dio el caso, pues el expediente ha desaparecido sin dejar rastro del archivo de la fiscalía. Generalmente todo pequeño movimiento de los documentos se registra cuidadosamente. Todavía se hace a mano, como hace un siglo. Simplemente ha desaparecido, nadie sabe dónde está. Tampoco se ha archivado en el lugar equivocado. He puesto el archivo patas arriba, aunque no le haya gustado al archivero ni a sus ayudantes. Nada. Y según los plazos de conservación, en la Questura tampoco debe de quedar un duplicado del expediente.

—¿Por qué piensa usted eso? —le preguntó Laurenti de nuevo.

—¿No se lo he dicho ya? La mayoría de las cosas que pasan aquí siempre tienen algo que ver con el pasado. Uno de los neofascistas dijo por teléfono que debía canjear los documentos por dinero, pero que quería hacer el trueque de forma algo diferente a lo que se había convenido. Quería embolsarse él mismo el dinero y al mismo tiempo darle esquinazo a su cliente. Los documentos estaban relacionados, según él, con la muerte de Diego de Henriquez.

Laurenti se cogió la cabeza con ambas manos.

—Por Dios, un asunto tan viejo. Ya tengo suficiente con el depósito de la australiana.

—Justamente —apuntó Scoglio—. Henriquez fue asesinado tres años antes que Perusini. El 2 de mayo de 1974 ardió en su almacén de la Via San Maurizio. Los *carabinieri* se encargaron de la investigación. Fue enterrado con bastante rapidez y sin practicársele la autopsia. Se dijo que eran órdenes de arriba, sin que nadie sepa explicar quién está detrás de ello. Sólo medio año después se le volvió a sacar de la tumba, cuando ya no había nada que averiguar. En todo

caso, once años después el oficial de los *carabinieri* al cargo certificó que no se había tratado de un accidente. Así que hablamos de un asesinato o de un suicidio. Por el carácter de la víctima descartó categóricamente el suicidio. En el expediente de Henriquez existe una referencia al hecho de que Perusini también fue eliminado, pues este oficial se había ocupado de la investigación sobre la muerte del primero. Pero su documentación desapareció. Como ahora.

—Sobre el caso de Henriquez se especula que conocía los nombres de los denunciantes y colaboradores de los nazis y que fue quitado de en medio antes de que pudiera participar como testigo en el proceso de la Risiera di San Sabba. Oberhauser, el comandante, fue condenado por el tribunal de entonces a cadena perpetua, aunque pudo trabajar sin ser molestado hasta su muerte sirviendo como camarero en una cervecería de Múnich.

Scoglio negó con la cabeza.

—No se sabe nada concreto. Sólo, y ahora vuelvo de nuevo al presente, que en la llamada pinchada se decía literalmente que ya era hora de terminar con el chantaje de esos «asquerosos eslavos». ¡Conste que la expresión no es mía! Además, debía estar preparado para el hecho de que si cruzaba la frontera sus guardaespaldas no podrían ayudarle. Entonces el asunto habría concluido y Fausto y Giustina podrían quedarse finalmente tranquilos.

—¿Quién? —preguntó Laurenti frunciendo la frente. Los nombres no le decían nada.

—Dos de las muchas personas que salieron indemnes de la situación. Ambos tienen hoy unos ochenta y cinco años.

Scoglio explicó brevemente que Fausto y Giustina habían sido durante la ocupación nazi tristemente célebres por ser unos delatores muy diligentes. Desde entonces eran dueños de inmensos palacios en el centro de la ciudad, en el Corso Italia, en la Via Genova y en la Piazza de la Borsa, cuyos antiguos propietarios nunca volvieron de la Risiera. O bien fueron asesinados en el campo de exterminio de Trieste o bien deportados a Auschwitz.

—Lo que me sorprende —dijo Scoglio— es que estas dos personas estén siendo chantajeadas presumiblemente desde Eslovenia o Croacia, mientras que los asesinatos de De Henriquez y Perusini fueron atribuidos más bien a los fascistas. De aquí surgen dos preguntas: primera, ¿qué relación existe entre la ex Yugoslavia y los neofascistas?, y segunda, ¿quién hizo desaparecer el expediente de Perusini?

—Y una tercera —añadió Laurenti—. ¿Por qué mi antecesor en el cargo no habló de estos asuntos?

—Por eso he venido a verle. Este tipo de investigaciones sólo las pueden llevar a cabo personas con la cabeza bien amueblada.

Laurenti puso los ojos en blanco. ¿Por qué todos estos asuntos iban a parar

siempre a él? Claro que dominaba su oficio y nunca había rehusado ocuparse de asuntos incómodos. Pero ¿así se le pagaba por ello? Respiró profundamente. El fiscal tenía previsto echarle a perder el verano.

—¿Y qué es lo que espera usted? —preguntó Laurenti.

—Aportar luz a la oscuridad —dijo Scoglio, y se levantó—. Estaré siempre a su disposición para lo que requiera.

Laurenti tomó un par de notas y soltó una sarta de improperios para sí mismo. El fiscal le caía bien y trabajaba a gusto con él. Pero ¿debía tratarse precisamente de ese antiguo asunto, que durante tanto tiempo había estado bajo el polvo del tiempo, se hubiera solucionado o no?

Sgubin entró justo en el momento en que Marietta le pasaba con Ettore Orlando. Con una mirada le dio a entender que se sentara mientras él saludaba a su amigo por teléfono, y justo después apartaba el auricular de la oreja ante la potente voz de éste. Todo esto lo hizo a la vez.

—¡Eres el primero que me llama! ¿Quién te lo ha dicho? —preguntó Orlando—. Yo mismo no sé qué pensar de todo este asunto. Bueno, dime. ¿Me felicitas o me has llamado para echarme la bronca?

—¿Por qué? —Laurenti no tenía ni idea de qué hablaba el jefe de la Guardia Costiera. Por lo menos en los diarios no aparecía nada que se refiriera a él.

—Por un lado llevo ya cinco años en Trieste. Y en el mundo existen otros sitios bonitos —Orlando continuó hablando sin más y Laurenti se imaginó cómo el hombre se agarraba, dentro de su camisa blanca de uniforme, que le tiraba por todas partes, a la enorme silla de escritorio, que había tenido que financiar él mismo por sus grandes dimensiones. Inteligente y veloz como un rayo en sus decisiones pero, por otra parte, dos metros de altura y por entonces con más de cien kilos de peso: ése era Ettore Orlando.

—Vista desde el mar, toda ciudad es bonita. Pero aquí me iba mejor que en cualquier parte. Por otro lado hay que pensar en la carrera profesional de uno. Dime de una vez qué piensas de todo esto.

Laurenti intentaba poco a poco descifrar qué era lo que quería comunicarle esa voz, que habría servido en cualquier carguero como sirena de niebla. Estaba tan alarmado como el capitán de un barco cisterna que se encontrara de repente saliendo de la niebla frente a un arrecife.

—¿De veras? —le preguntó Laurenti agitado.

—¿Tú qué piensas? Bueno, ¿qué te parece?

—¿Cuándo, hacia dónde y por qué razón?

—Pensaba que ya lo sabías y me querías felicitar. ¡Una estrellita más en el uniforme queda muy elegante! En todo caso Bari es una plaza dura. La orden

me llegó ayer por la noche. ¿Qué quieres que haga? Si mi mujer estuviera enferma y pudiera aportar un certificado médico, quizá podría hacer algo para evitarlo. ¿No conoces por casualidad un médico de confianza que estuviera dispuesto a certificar que mi mujer necesita quedarse en Trieste por motivos de salud?

Así que Ettore Orlando debía dejar su puesto en Trieste y convertirse en un verdadero mandamás en la Marina. Jefe de la Capitanía en Bari. Allí donde diariamente llegaban horrorosas noticias sobre las exhaustas pateras de refugiados de Libia y Túnez, además de los informes de arribadas de barcos, de los que son responsables traficantes de almas griegos o chipriotas, que como máximo servirían para el desguace, o de lanchas rápidas albanesas. La guardia costera de allá abajo se mantiene siempre alerta y está en contacto cada día con las tragedias del mundo moderno. Debe apresar barcos en alta mar, cazar a los traficantes sin escrúpulos en sus lanchas de potentes motores y contar siempre con que para evitar ser capturados por las autoridades italianas son capaces de lanzar su carga humana sin más al mar, les da igual si esa pobre gente sabe nadar o no. Los agentes ya habían recogido del agua cientos de cadáveres en la costa de Apulia sólo durante ese año. Ese ascenso tenía más bien pinta de castigo. Laurenti entendió de repente por qué Orlando vociferaba.

—¿Y es que nunca puede estar uno tranquilo? —maldijo el oso marino—. A uno lo ascienden porque desempeña un buen trabajo y al mismo tiempo debe flagelarse ante los superiores por su generosidad. Como si no existiera lo bueno sin lo malo. ¡Entonces uno se pregunta para qué hace un buen trabajo si ésa es la recompensa que recibe a cambio!

—A los que valen se les necesita allí donde aprieta —dijo Laurenti, y pensó en el caso que el fiscal le había puesto en bandeja poco antes—. Estás en la Marina, querido amigo. Eres un soldado. Y los soldados reciben órdenes. Ya es hora de que hayas aprendido esto.

—No me vengas con esa mierda de moralina. ¿Qué es lo que quieres si no me has llamado para compadecerte de mí?

—Quizá deberías hablar con el doctor Galvano.

—¿El viejo forense? ¿Estás loco? Hurgará en mi mujer el tiempo que haga falta hasta que pueda extender el certificado de defunción.

—Galvano está jubilado. Pero conoce a un montón de gente del gremio. Habla con él, o si lo prefieres lo haré yo por ti. Naturalmente no te nombraré —percibió cómo refunfuñaba enojado al otro lado de la línea—. Te llamaba por otro asunto. ¿Habéis recibido algún parte sobre una lancha neumática rápida que en las últimas semanas se ha visto repetidamente en las Filtri? Sin matrícula. Dos mujeres a bordo. Siempre a primera hora de la mañana, entre las cinco y las

seis. Llegan, cargan en el pequeño puerto contenedores impermeables de considerable peso a bordo y desaparecen de nuevo. ¿Sabes algo de ello?

Al otro lado de la línea se hizo el silencio durante algunos segundos. Laurenti iba a volver a preguntarle cuando el barítono Orlando murmuró en voz alta:

—Algo sé, pero no te puedo contar nada. Por teléfono no. Pásate esta tarde por aquí. Digamos a las cuatro.

Antes de que Laurenti pudiera contestar, Orlando ya había colgado. Miró el auricular perplejo y pensó lo que significaba. Dos novedades extrañas: el ascenso de Orlando y algo que pasaba sobre lo que no se podía hablar. No era un buen presagio.

—¿Y a ti qué tripa se te ha roto? —gruñó Proteo—. Desembucha de una vez.

—Pero si has sido tú el que me ha hecho llamar —contestó Sgubin entre dientes. Hacía rato que había entendido que su jefe de repente estaba de mal humor. De muy mal humor.

Laurenti se recostó un momento en el respaldo de su silla. Después cogió el documento de encima de su escritorio, se enderezó y saludó a Sgubin con una expresión de la cara bastante socarrona.

—Te felicito por el ascenso. ¡Has ganado el gordo de la lotería! En dos semanas te desharás de mí.

El rostro de Sgubin se iluminó:

—¿De verdad? Enséñame eso.

—No te preocupes. No tienes que mudarte a Staranzano, ni a Arcore o Brixen. No te envían ni a Lampedusa. Has tenido suerte y puedes quedarte en la civilización. ¡Bueno, a ver si adivinas qué destino te ha tocado!

Por la expresión de su cara, Sgubin no parecía decidirse entre la ansiedad y el quitarse un peso de encima. Laurenti le alcanzó el papel, se dejó caer en la silla y colocó las piernas sobre el escritorio. Observó detenidamente la reacción de Sgubin.

Primero buscó el destino, después arrugó la frente, lo que no era un signo de felicidad, y finalmente se relajó, lo que quería decir que rápidamente había racionalizado aquello que instintivamente no le había gustado. A continuación miró a su jefe preguntándole con los ojos por su opinión. Y antes de que éste pudiera contestar, dijo:

—Bueno, Gorizia no es el ombligo del mundo, pero al menos no está muy lejos.

—Tienes razón —dijo Laurenti—. A una media hora en coche. No tienes ni que mudarte. ¿Por qué no te cogenes una semana de vacaciones antes de cambiar de destino? Tenemos trabajo aquí. Podrías entrar a trabajar en tu nuevo puesto descansado y moreno. Siempre impresiona a los colegas que el nuevo empiece a trabajar a todo gas.

—De vacaciones me iré en verano —dijo Sgubin—. Pero el próximo lunes sí que me lo tomaría libre.

El fin de semana quería asistir a una regata de veleros. Sin embargo, Laurenti no le estaba prestando mucha atención, y al final de la conversación no recordaba si le había dado el día libre a Sgubin o no. Sus pensamientos estaban ocupados con la verdadera mala noticia que le había comunicado Ettore Orlando. Después de ir juntos al colegio en Salerno se habían vuelto a encontrar por casualidad en Trieste y se habían convertido en amigos inseparables, lo que ayudaba mucho en su colaboración profesional. Y también celebraron juntos su cincuenta cumpleaños en la primavera. Reservaron para ellos toda la Osteria Il Pettirosso de Santa Croce. Y ahora el muchacho debía cubrir un nuevo peldaño en su carrera profesional, aunque no hacía mucho que él mismo había afirmado que pensaba quedarse en la ciudad hasta la jubilación. En Trieste, donde normalmente todo permanecía como siempre, ahora se producían de repente muchos cambios. El año anterior Galvano había sido condenado a jubilarse, y desde entonces ya habían pasado por su cargo tres forenses. Después vino la ambición manifestada por Sgubin, mayor aún por inesperada, Marietta se buscó un nuevo novio y ahora llegaba el ascenso de Orlando, con todas sus consecuencias inevitables. A Laurenti no le gustaba nada todo aquello.

—¿Ya sabemos algo del dentista romano? —exigió en voz alta.

Pasó un rato hasta que Marietta apareció por detrás de la puerta.

—Es algo muy raro. No tiene antecedentes. Todo en orden. Los colegas de Roma le han hecho ya una visita. Estaba en su consulta trabajando. Las preguntas le han desconcertado. Se trata de su coche. Lo tenía aparcado frente a la consulta. El mismo modelo y color. Pero de este tipo sólo circula uno por Roma. Se debe de tratar de un error.

—¿Un error? —era una palabra que Laurenti odiaba—. Quiero una lista de todos los coches matriculados en Roma de este modelo y color. Dile a Sgubin que se ocupe del tema. Seguramente está en tu despacho charlando.

Marietta evitó cualquier comentario y abandonó la habitación. Laurenti pensó si quizás el viejo pescador se había equivocado. En todo caso debía esperar a que por la tarde Orlando le informara de qué era lo que sabía él sobre esos hechos en las Filtri. Aunque esperar no era precisamente una de las virtudes de Laurenti.

## El segundo día de Mia

Mia oyó cómo alguien golpeaba en la puerta, pero no se atrevió a echar un vistazo por la ventana. Antes había abierto una lata de atún en aceite y había picado algo sin ganas con el tenedor, para meterse inmediatamente en la cama. Después de intentar sin éxito de nuevo hablar por teléfono con su madre, apagó el teléfono móvil. No quería estar localizable. Al día siguiente se cumplirían dos semanas desde su llegada y en pocos días tenía cita con la notaria, con el fin de vender la casa, en caso de que la familia interesada del pueblo no se echara atrás. Pero era algo improbable, ya que habían llegado a un acuerdo rápidamente, concertando un precio que convenía a ambas partes. Su intención era abandonar Trieste lo antes posible. Le daba igual lo que pasara con los otros terrenos. Llevaban tantos años yermos que ahora mismo no había ninguna prisa. Y en lo que se refería al almacén, en todo caso, primero había que aclarar el misterio. Eso estaba en manos de las autoridades, sobre las que no tenía influencia alguna. Sólo tenía un deseo: encontrar un billete para el vuelo de vuelta y largarse de allí. Estaba desesperada. La vida no la trataba bien. Trieste debería haber sido un lugar de refugio, no de huida. ¿Por qué tenía que ocurrirle precisamente a ella todo eso? Cada vez que intentaba ordenar los sucesos de las últimas dos semanas rompía a llorar y se hundía en la autocompasión.

El día después de su llegada por la tarde visitó a su vecina llevando una botella de vino para presentarse. La vieja señora la recibió calurosamente y la invitó a comer.

—¡Gracias por el vino! —dijo Rosalia sonriendo, y se puso sus gafas de sucios vidrios con el fin de ver mejor la etiqueta.

—Angelo —llamó por la ventana—. ¡Vino australiano! Mira lo que nos ha traído Mia. ¡Shiraz! ¿Ya sabías tú que en Australia tienen vino?

Del jardín de detrás de la casa se oyeron unos sonidos indescifrables.

—¿Conociste a Alda? —preguntó Rosalia mientras preparaba la comida. Muy pacientemente había convencido a Mia para que se quedara y le había prometido ayudarla después con la limpieza de la casa, a pesar de que hacía tiempo que había sobrepasado los setenta.

—Apenas me acuerdo de ella. Hace tanto tiempo de eso...

—Angelo —llamó de nuevo la vecina desde la ventana—, a comer —colocó una cazuela con pasta humeante sobre la mesa—. Aún recuerdo bien la época en que tu familia emigró. Fue en 1954. La situación en Trieste era mala. Un tercio de la

población acabó marchándose, casi cien mil personas. Trabajadores muy bien formados. Los australianos buscaban mano de obra y aquí reinaba el caos. A los *esuli*, los refugiados italianos de Yugoslavia, les habían prometido dinero, vivienda y trabajo. Para los locales no quedó apenas nada de lo que les correspondía. La ciudad ya no fue la misma después de eso. Los bloques de viviendas de allá abajo fueron todos construidos para los *esuli*. Allí donde estás mirando, todo fue para ellos. Pero tus abuelos y tu madre tuvieron suerte. Eran ricos.

—¿Ricos? —protestó Mia, que no sabía lo que significaba la pobreza—. Cuando llegaron a Australia no tenían nada.

El hijo irrumpió y se lavó las manos sin decir palabra en el fregadero. Después se sentó a la mesa con ellas y abrió la botella de vino sin dignarse mirarlas.

—Tenían familiares ricos —prosiguió la vieja Rosalia—. No tuvieron que ser internados en los campos de refugiados y aceptar el primer trabajo que se les presentara. Puedes estar contenta de que fuera así. No fueron años fáciles. Mi hermano también emigró a Australia. Murió allí. Pero también lo consiguió. Se casó y fundó un pequeño negocio. Sus hijos vienen cada otoño de visita. Sólo estuve allí una vez, para su entierro. Me gusta más esto. Allí es todo mucho más grande. Pero cuéntame qué planes tienes. ¿Cuánto tiempo piensas quedarte?

—Quizá todo el verano. Aún no lo sé. Quiero solucionar un par de asuntos burocráticos para mi madre y, por otro lado, quería ver de dónde vengo realmente.

—Si quieres te enseño la ciudad y por la noche te invito a comer una pizza —dijo Angelo, y bebió un buen trago de su vaso—. El vino es bueno.

A Mia no le hacía ninguna ilusión disponer de un guía para extranjeros y menos aún cenar pizza.

—Gracias, pero primero quiero solucionar unos trámites. Necesito un coche de alquiler. ¿Dónde lo puedo conseguir?

—Mi amigo Nicola de la Stazione Marittima te alquilará uno —Angelo la miraba con curiosidad—. A no ser que quieras llevarte el coche de tu tía —añadió.

—No sabía que tenía coche.

—No es un coche para una joven como ella —protestó su madre—. Además hace años que no lo conducimos.

—Me apuesto lo que quieras a que arranca a la primera tan pronto como se le ponga una batería nueva. No hay quien pueda con esos coches.

—¿Dónde está aparcado? —preguntó Mia, picada por la curiosidad.

—En el cobertizo frente a la casa. No me atrevería a llamar garaje a eso.

—Pero si allí no cabe un coche —dijo Mia, que en su país conducía un *pick-up*.

—Éste sí. Ahora mismo voy a ver cómo está.

Mia insistió en fregar los platos mientras la vieja señora buscaba las cosas de la limpieza. Y entonces se pusieron manos a la obra en la casa de la tía. Poco después, Angelo aparecía con el coche en el patio y limpiaba de malas hierbas el portal del cobertizo. Mia salió afuera preguntándose qué iba a ver. Bajo una gruesa capa de polvo había un Cinquecento con los neumáticos desinflados.

—¿Conseguirás que vuelva a funcionar? —le preguntó desconfiada.

—¿Cuántos años tienes? —quiso saber palpándola con la mirada.

—Treinta y dos. ¿Por qué lo preguntas?

—Este cacharro es mayor que tú. Espera y verás.

Y, efectivamente, Angelo consiguió poner en marcha el viejo Fiat de su tía. Lo lavó, le cambió los neumáticos e incluso obtuvo el permiso de circulación. El coche de principios de los sesenta se mofó con desdén de todos los adelantos de los automóviles más recientes y, después de algunas intervenciones de Angelo, enseguida quedó listo. Angelo insistió en ir con Mia en el coche, enseñarle cómo funcionaba y mostrarle el camino hasta la ciudad. Y si le hacía ilusión podían ir a bañarse al mar. Mia declinó la oferta, aunque en los próximos días podían hacerlo.

Fue en autobús hasta la ciudad sola. El centro estaba como muerto. Los macizos palacios irradiaban un enorme calor, como si se trataran de acumuladores cargados por la energía solar. Mia investigó la dirección de la notaría que llevaba el asunto de la herencia de su tía Alda. Por teléfono concertó una cita para última hora de la tarde y llegó antes de tiempo. La planta baja del palacio de estilo neoclásico del Corso Italia estaba ocupada por una filial de la Banca di Roma, donde Mia abrió enseguida una cuenta. A pesar de la tranquilidad de las calles, en las ventanillas había movimiento. Todas las sillas estaban ocupadas y solo en un rincón había un hombre delgado, fuerte y moreno con una cara muy simpática tras un letrero que decía «Direzione». Mia se dirigió hacia él y se presentó. El hombre tenía un acento siciliano que conocía de unos parientes lejanos. Era muy amable y enseguida le pidió a una colaboradora que se ocupara del asunto.

—¿Qué le gusta más? —le preguntó—. ¿Sydney o Trieste?

En un momento dado, Mia se percató de que le estaba contando toda su larga historia con pelos y señales y de que el director del banco la escuchaba atentamente. Estaba depositando su confianza en un hombre completamente desconocido, sólo porque tenía unos ojos muy simpáticos y daba la impresión de ser un buen oyente. Ni siquiera le ocultó que había interrumpido sus estudios. Cuando le describió cómo había dejado plantados a sus pretendientes en Sydney él rió cordialmente. Media hora más tarde salía para enfrentarse al abrasador calor. Con la documentación de su nueva cuenta en la mano buscó la

escalera que llevaba a las otras oficinas. La notaria, una señora de edad indefinida con unas oscuras sombras bajo sus ojos inexpresivos y un rostro grisáceo que parecía que hacía años que no veía el sol, la saludó estrechándole la mano con desgana y la condujo hacia una sala de reuniones, donde su expediente ya descansaba sobre la mesa. La *dottoressa* desplegó la documentación y colocó un manojo de llaves al lado.

—Su madre, como única heredera, sólo estuvo aquí por poco tiempo, cuando enterraron a su tía abuela. Nos dejó las firmas necesarias para hacernos cargo de la herencia, pero no tuvo tiempo de echar un vistazo a todos los objetos. Después delegó todo ello en su persona. Esta acta nos ha sido enviada por el Consulado. No es mucho. La casa y dos pequeños terrenos en Servola, después el almacén en el polígono industrial, cuya pertenencia hemos podido aclarar ahora. Una parte del terreno la utiliza actualmente y sin permiso un chapista de coches, que almacena allí su chatarra. Seguramente sólo podrá deshacerse de él con ayuda de un abogado. Aquí están las llaves. Presupongo que nadie se ha pasado por allí durante los últimos veinte años, desde la muerte de su tío. No creo que Alda supiera nada de ello, de otro modo habría vendido el inmueble con el fin de mejorar su renta. Mi colaborador la llevará con mucho gusto hasta allí en los próximos días.

La notaria levantó el auricular y llamó a un hombre llamado Calisto, que estaba ocupado en la secretaría ordenando expedientes. Al contrario que su jefa, pasaba sin duda mucho tiempo al aire libre. Era un hombre moreno y delgado de cuarenta y tantos años, que Mia podía imaginar perfectamente en su salsa en la playa o en un yate. Quedaron en verse a la mañana siguiente.

## Los primeros pasos

Aquel señor mayor vestido con elegancia ocupaba casi cada noche la misma mesa. Como si el calor asfixiante no le afectara, vestía un traje gris con chaleco y corbata y nunca se quitaba la americana. Era alto y enjuto. El cuello descarnado cargaba con un cráneo imponente, como si perteneciera a otro cuerpo. Los ojos seguían lentamente todo movimiento a su alrededor y escuchaba con curiosidad las conversaciones de las mesas vecinas sin que nadie se apercibiera de ello. A sus pies siempre había estirado un perro negro, que era aún más viejo que su amo. Como fieles amigos que ya no pueden abandonar los hábitos que los han unido durante decenios, seguían sus propios rituales. Con un ritmo regular, la mano del hombre desaparecía bajo la mesa. El perro levantaba pausadamente la cabeza y cogía con cuidado y sin prisas un trozo de pan o un palillo Grissini entre los dientes y lo masticaba con tanto ruido que todo el mundo buscaba irremisiblemente la causa escondida de aquel extraño sonido. Después el animal soltaba un profundo suspiro cuando se estiraba hacia un lado y apoyaba la cabeza negra sobre el suelo de piedra, con el morro un poco elevado, los ojos inyectados en sangre y la mirada puesta en el lugar donde la mano podría aparecer de nuevo por debajo de la mesa. Dos pensionistas con todo el tiempo del mundo para disfrutarlo a su antojo.

Irina sólo entraba en ese local en la Riva por aquel viejo señor. Generalmente lo que recaudaba allí era muy poco, cuando se deslizaba casi sin hacer ruido, como si quisiera hacerse invisible, de mesa en mesa y dejaba un pequeño objeto con un papelito impreso; luego de haber hecho la ronda volvía a recogerlo todo sin manifestar la menor desilusión. El viejo señor era de las pocas personas que en su triste vida eran amables con ella. Cada noche le daba dinero. Siempre era más de lo que recibía de los otros. Sólo los sentimentales borrachos le ofrecían de forma patética un billete. El hombre de cabello cano nunca le había dado monedas. Sonreía con dulzura cuando ella le daba las gracias con un gesto tímido, pero dejó de mirarla a los ojos cuando un día notó que la confundía. También él la saludaba únicamente con una pequeña señal con el dedo, de la que nadie se percataba a excepción de ella. Y seguidamente cogía un trozo de pan y se lo alcanzaba a su amigo debajo de la mesa, mientras Irina proseguía su camino entre los huéspedes del local y recogía sus papelitos y artilugios. Sin volver la cabeza, abandonaba el restaurante.

Esa noche sin embargo todo transcurrió de forma diferente. Se asustó y tumbó su vaso vacío cuando la joven le tocó en el hombro con la punta de los

dedos y le hizo señas que él no comprendió. A esas alturas ya había bebido mucho vino. Ella sostenía un trozo de papel en la mano con un número escrito, y primero le señalaba a él y después a ella misma, hacía señas, movía los ojos de un lado a otro y emitía sonidos de desesperación. Él sacudía la cabeza de un lado a otro sin saber qué hacer. Quizá la encontraría al día siguiente, cuando estuviera sobrio, en la calle y entonces la entendería. Sentía lástima por ella y rebuscó en su billetero. No tenía billetes más pequeños que de cincuenta. Le puso uno de ellos en la mano, que la joven se guardó vacilante junto con el papelito. Tampoco en esta ocasión se volvió para mirarle al abandonar el restaurante.

El doctor Galvano, el antiguo forense de Trieste, que fue obligado a jubilarse a la edad de ochenta y dos años, hecho por el que se sentía ofendido hasta la fecha, no pensó más en la joven sordomuda. Le daba dinero porque se había acostumbrado a ella. La soledad une. Un sentimiento que tampoco cambiaba demasiado aquel perro negro de raza indefinida. Había heredado el perro de Proteo Laurenti, que no tenía tiempo ni ganas de cuidar del animal. Así era por lo menos como Galvano veía las cosas, y una noche se lo había echado en cara a Laurenti sin pelos en la lengua. No es que fuese un hombre de tacto exquisito.

—Dime, ¿qué es lo que te atrae de los animales? —le preguntó Galvano de repente durante una de las cenas a las que le invitaban a menudo los Laurenti, preocupados por la soledad del anciano—. ¡No tienes ni idea de perros! ¡En realidad eres incapaz de comprender a ninguna criatura! Tu mujer no lo aguanta, y hace un par de meses por poco acaba en el otro mundo porque tú no te ocupabas de él. Me lo llevaré, y así la paz volverá a vuestro hogar. Créeme, es lo mejor para todos nosotros —socarrón, le guiñó un ojo a Laura con la esperanza de que ella le apoyara. No en vano había sido ella la que había obligado a Laurenti a llevarse el perro a la oficina o en caso contrario devolverlo inmediatamente al lugar de donde había venido. Aquel perro era una ofensa para su sentido de la belleza. Laura seguía buscando un animal para ella, un cachorro de Golden Retriever o un Bobtail, lo importante es que su manto fuera suave y tupido y que el animal fuera cariñoso. Una hembra, naturalmente, no un chicho negro jubilado, que toda su vida se había dedicado a olisquear huellas o drogas y que al final de su carrera nadie, a excepción de su marido, quería. Cuando el perro fue herido gravemente durante una misión a la que se lo había llevado Laurenti, Laura temió también por su vida. Laurenti lo envió en un viaje temerario a una clínica veterinaria en Udine y los agentes de la patrulla lo transportaron con la sirena ululando a todo trapo. Pero la compasión humana por los perros disipó cualquier reparo sobre el perro.

Laurenti se puso furioso, porque si se hubiera tratado de un inmigrante ilegal seguro que no lo habría contado.

Cuando el perro abandonó la clínica veterinaria, Galvano se ofreció a cuidar del animal. No hizo caso de las protestas de Laurenti. Finalmente le concedió prioridad al argumento de Laura de que para un hombre mayor era mejor tener alguien que le hiciera compañía. Aunque fuera un perro. Acordaron que a cambio Galvano se haría cargo de la factura de la clínica veterinaria y brindaron por la amistad. Pero el viejo no podía vivir sin poder decir la última palabra.

–El hombre es el mejor amigo del perro. Pero no todos –murmuró.

Desde la muerte de su esposa, nadie le había vuelto a llamar por su nombre de pila, y cuando una vez Proteo Laurenti le dijo riendo que le consideraba una criatura excéntrica, durante dos semanas Oreste John Achille Galvano no le dirigió la palabra. Laurenti lo sabía mejor que nadie, pues todos los documentos que elaboraba el forense iban firmados con ese apelativo. Eso desde hacía ya veinte años. Desde entonces Laurenti sólo lo llamaba «Doc», igual que en las películas americanas. Los demás le llamaban siempre por el apellido, algunos incluso anteponían cortésmente un «Professore». Le amargó el hecho de que le pasaran a la reserva. De un día para otro vio que a su alrededor todos le hacían el vacío de forma insoportable, como si de repente se hubieran olvidado de él. Sólo los Laurenti se ocuparon de Galvano, lo que a veces se tomaba a mal, ya que lo que él quería no era compasión, sino simplemente seguir trabajando como antes.

Y encima, ese año, en el que en la ciudad se iban a celebrar varios aniversarios, de repente se volvían a acordar de él. Con ochenta y tres años volvían a preguntarle como testigo privilegiado de la cambiante posguerra triestina, que conocía desde la perspectiva del Instituto Forense. Fueron los años de la administración aliada hasta 1954, cuando la ciudad era gobernada por ingleses y americanos y el Territorio Libero di Trieste estaba separado con alambre de espino y barreras de los estados fronterizos de Italia y Yugoslavia. En 1953, cuando los nacionalistas italianos que se manifestaban por la *italianità* de la ciudad se encararon con los ingleses, éstos contestaron a los lanzamientos de piedras con disparos y convirtieron a los muertos resultantes en mártires, que cincuenta años más tarde a los de extrema derecha aún les servían para la agitación política. Los «liberadores» fueron llamados ocupantes y en ocasiones eran tan arrogantes que se comportaban como tales.

Galvano habló en la radio de los años repletos de ilusiones a partir de 1954, que por segunda vez en el siglo convirtieron a Trieste junto con Roma en la capital del país, de las tensiones de la guerra fría, y habló de espías, contrabandistas, comunistas y refugiados del comunismo, de los viejos fascistas

y los neofascistas, de los estalinistas, del paro y la falta de vivienda, de la emigración y las muchas viejas cuentas pendientes que se saldaron, así como de los crímenes de guerra que se barrieron bajo la alfombra. Nombró a algunos colaboradores de los tiempos de la ocupación nazi por su nombre, que rehicieron sus vidas sin ser molestados en absoluto. Ya estaba en su salsa cuando habló de la visita de J. F. Kennedy a la ciudad y se extendió sobre el tercer concierto de la Callas en el Teatro Verdi. Sostenía orgulloso haberse ido de parranda toda la noche con Louis Armstrong después de una actuación. De joven le había besado la mano a la todavía más joven que él Sophia Loren. Recordaba muy bien las aglomeraciones que se produjeron para ver el estreno de *La dolce vita* de Fellini. Naturalmente, él estuvo entre el público cuando Pasolini presentó por primera vez a Elsa Morante y su obra. Conocía los relatos de los prisioneros de guerra que habían vuelto a casa, así como de los partisanos y judíos que habían sobrevivido a los campos de concentración alemanes. Llegaron envíos de ayuda gracias al Plan Marshall y la gente tenía la mirada puesta en Argentina, Canadá, EE.UU. y Australia, países que elegían la mayoría de los emigrantes. Y no podía faltar la historia que contaba cómo había trabado amistad con Francis Ford Coppola cuando éste rodó en la vieja lonja de Trieste con setecientos figurantes la escena de la llegada a la aduana americana en Nueva York para la segunda parte de *El padrino*. Fue un año antes del asesinato de Diego de Henriquez y cuatro años antes de que se produjera otro misterioso asesinato, el de un profesor de universidad homosexual apellidado Perusini, un hombre riquísimo del Friuli, que legó toda su riqueza a la Orden de Malta.

A Galvano le entrevistaron muchos periódicos e intervino en debates con personas de su misma edad, para ver quién conservaba la mejor memoria. Por una vez se había convertido en una celebridad en la ciudad e incluso lo paraban por la calle o le invitaban a un café en los bares. Lo que no cambió fue su idea de la ofensa que había supuesto haber sido jubilado anticipadamente de su trabajo. Se consideraba menospreciado y no lo disimulaba.

En los últimos días volvieron a entrevistar al antiguo forense. Le preguntaron acerca del fanático coleccionista de armas Diego de Henriquez. Desde hacía algún tiempo alguien se dedicaba a saquear los cementerios y extraer escudos y fotografías. Siempre se trataba de tumbas de personalidades que habían tenido una relación estrecha con la historia de la ciudad. También De Henriquez, alrededor del cual se habían generado tantos mitos y leyendas tras su misteriosa muerte, estaba entre ellos.

—¿Cuánto piensa usted que daría un coleccionista por el escudo familiar de la tumba de este hombre? —preguntó Galvano para darse importancia—. ¡Algunas personas seguramente lo encontrarán cómico! Del cementerio al anticuario.



## El descubrimiento

Era su segundo día en Trieste y, sin darse cuenta, habían transcurrido ya casi dos semanas. Habían pasado muchas cosas; tantas que le costaba recordarlas en orden cronológico.

No resultó fácil encontrar la pequeña calle. Más de una vez se había perdido y una y otra vez debía recurrir al callejero. Por lo menos había conseguido poner en marcha el Cinquecento sin las instrucciones de Angelo y dirigirse con aquella especie de gnomo en dirección al polígono industrial, que sólo estaba a dos pasos de Servola.

La corriente de aire que entraba por el techo descubierto la alivió y le hizo gracia el divertido ronroneo del pequeño motor. Frenó en la Risiera di San Sabba cuando vio la indicación de «Monumento Nazionale». Alguna vez había oído mencionar de paso ese edificio. Pensó un buen rato en la posibilidad de ir allí, pero dejó la decisión para más adelante. Quería llegar sin falta al almacén antes que Calisto, el moreno empleado de la notaría. Al fin y al cabo se trataba de su propiedad y no quería compartir con nadie la emoción de descubrir ese edificio abandonado durante tanto tiempo. Por tres veces ascendió el Monte San Pantaleone y tuvo que dar un gran rodeo a causa de los tranvías, que pasaban junto a las tristes hileras de casas. Miró hacia la acería, al puerto de carbón que había delante y a la instalación de quema de residuos de ACEGAS al otro lado. Ya sabía lo que era equivocarse y acabar ante la barrera cerrada de la aduana con el letrero «Dogana Sezione S. Sabba», o llegar ante el pequeño y solitario puerto con las embarcaciones, como mucho veinte, de la Gruppa Pesca Sportiva S. Sabba. En un muro que había delante había apoyada una motocicleta despanzurrada y sin matrícula. En un solar adjunto estaban aparcados gran número de camiones vacíos. Un castillete de extracción en el puerto de carga de carbón estaba oxidado por todas partes y el óxido iba cayendo sobre unos enormes bulldozers. No se veía ni un alma. Seguramente hacía demasiado calor.

Mia decidió conducir por los grandes ejes de tráfico. En un momento dado dio con la calle, que corría paralela al Canale Navigabile. Le asombró el intenso aroma a café que le llegaba desde los tostaderos, que producían más de la mitad del café italiano de importación. En un solar junto a los amarraderos había enormes grúas de carga. Vio trabajar a tres operarios en una instalación eléctrica al pie de uno de esos monstruos de acero y les preguntó el camino, pero ninguno de los hombres pudo contestarle. No entendían ni italiano ni inglés.

Mia prosiguió el camino a poca velocidad. Por todas partes había graffiti. Algunos eran muy divertidos. «Laura sei la primavera» o «Luca = Puffo di merda». Unos metros más adelante ponía «Nevrastenia for ever» junto al número de la calle que Mia había buscado durante tanto tiempo. Una verja de tela metálica medio arrancada había sido invadida hasta el último resquicio por zarzas, hiedra y los tentáculos de una glicinia florecida. Sólo las plantas silvestres mantenían la puerta en sus goznes. La cadena oxidada con el pesado candado no era necesaria para impedir el paso. Hacía falta un machete para poder llegar hasta el almacén plano de ladrillos rojo oscuro, que se podía atisbar tras la maleza. Y por arriba discurría la calzada de la autovía por enormes pilares de hormigón.

Mia intentó en vano abrir el candado. La llave entraba, pero no había manera de girarla. Durante años el óxido se había ido comiendo el metal. Le dio una patada a la puerta, que cedió un poco. Mia se estaba deslizando por el estrecho hueco que había creado cuando un coche se detuvo tras el Cinquecento y se bajó el ayudante de la notaria.

—Qué impaciente —dijo Calisto riendo—. Espere a que la ayude.

Con fuerza, separó ambas hojas de la puerta, de forma que Mia pudo entrar adentro. Notó su respiración en el cuello y cómo su mirada se detenía en su cuerpo. Ahora ya estaba al otro lado de la valla metálica, aunque no se atrevía a dar un paso más. Había caído en una trampa, pues las zarzas se le enredaban en el vestido.

—¿Y ahora? —le preguntó Calisto—. Es mejor que vuelva usted. Necesitamos a alguien que nos despeje la entrada.

Por la tarde lo intentó de nuevo. En el pequeño cobertizo que había servido de garaje para el Cinquecento encontró lo que necesitaba: tijeras de jardín, una sierra, un hacha, lubricante, unas botas de goma y un par de gruesos guantes. Aunque estudiara en Sydney, no dejaba de ser una chica del campo y sabía utilizar las herramientas. Metió todo en el Fiat y volvió, esta vez sin rodeos, al polígono industrial. Se asombró al ver el coche de Calisto aparcado frente a la entrada de la abandonada parcela. De la puerta había desaparecido la cadena y alguien había abierto un pequeño camino entre la maleza. Mia se calzó las botas de goma y agarró la hacha. Tenía una pinta muy graciosa con su ajustada blusa sin mangas, que se estiraba por encima de sus pechos, sus pantalones cortos y las botas de goma negras, tres números más grandes que el suyo. Se abrió camino a través de la maleza y fue parando para detectar dónde estaba aquel tipo que le había estropeado el descubrimiento. Sus huellas la condujeron hasta el portón del almacén, donde alguien había pisado una buena superficie de

hierba. Era evidente que Calisto llevaba un rato merodeando por allí. De la cerradura goteaba lubricante, aunque la pesada puerta de acero no cedió cuando intentó abrirla. Su llave no se movió ni un milímetro dentro de la cerradura. Las huellas de Calisto la condujeron por todo el pabellón. Las siguió lentamente teniendo cuidado de andar con sigilo. Cuando creyó oír unos pasos que pisaban vidrios se quedó paralizada de miedo. Alzó el hacha y lentamente fue tanteando el camino. No le hacía ninguna gracia, pero tampoco quería volverse atrás. El terreno detrás del pabellón estaba a la sombra de la autovía, que pasaba por encima con el ruido uniforme del tráfico que fluía por allí. La edificación se encontraba cerca de uno de los pilares de hormigón. Imperaba un olor asfixiante de meado de gato y animales en descomposición. Mia fue avanzando pegada a una de las paredes hasta alcanzar una ventana, cuyo vidrio sucio estaba roto. Junto a una escalera había amontonadas piedras. Miró con cuidado dentro del pabellón, pero poco pudo reconocer en la oscuridad que reinaba en él. ¿Eran automóviles? ¿Máquinas viejas? Mia volvió a descender. Una segunda pista la condujo por el pabellón. Continuó con precaución y finalmente fue a parar junto a una valla, tras la cual había almacenados gran cantidad de coches para el desguace. Debía de tratarse del depósito ilegal de la chapistería de la que le había hablado la notaria. La salida por este lado era más antigua que el paso que había abierto Calisto por delante. Aquí se apreciaba con claridad que asiduamente entraba gente. Mia volvió a la entrada por la ventana rota. Dejó el hacha sobre el marco de la ventana, se levantó con los brazos y se deslizó con cuidado por el hueco. Los vidrios rotos crepitaron con estruendo bajo sus pies. Se mantuvo agachada hasta que sus ojos se acostumbraron a la oscuridad. Luego se deslizó con el hacha en la mano.

Lo que había almacenado eran vehículos militares, tanques y cañones bajo una gruesa capa de polvo, una cocina de campaña, una ambulancia y una serie de cajas de munición, que claramente no se habían abierto desde hacía mucho tiempo. Fusiles, granadas, pistolas. Mia temblaba de excitación. Por Dios, ¿qué era lo que había heredado? ¿Quién había organizado ese almacén allí? ¿No podía saltar por los aires en cualquier momento? Levantó el hacha a la altura de los hombros preparada para asestar un golpe y contuvo la respiración, pero de repente se hizo un silencio total. Quería volver al coche, donde tenía el teléfono móvil. Quería llamar a la policía. En ese momento notó una mano sobre el hombro. Mia se giró y levantó el hacha.

—Pero bueno —Calisto dio un paso atrás y chocó contra uno de los vehículos militares. Rió histéricamente—. ¡Un poco más y me mata!

—¡No se mueva del sitio! ¿Qué se le ha perdido por aquí?

—Quería ayudarla. Tal como habíamos convenido. No había manera de abrir el candado de la puerta de entrada. Pensé en intentarlo desde dentro. La notaria

me encargó que la ayudara en todo lo que pudiera –dio lentamente un paso hacia delante agitando un manojo de llaves.

–¡Quédese donde está! ¿Dónde ha conseguido las llaves? –no tenía miedo, estaba furiosa.

–Naturalmente me las ha dado la notaria –Calisto volvió a reír de forma desagradable–. Baje usted por favor el hacha. No debe tener ningún miedo.

Mia pensó que no era lo suficientemente convincente y aún no podía confiar en él.

–No había ninguna copia de la llave. Lo preguntaré a su jefa. Ahora, en marcha. Yo le sigo –dijo ella–. Hacia la puerta. Enséñeme cómo quería abrirla.

No fue fácil encontrar un camino entre ese laberinto. Más de una vez se toparon con un muro de cajas apiladas, que les impedían continuar. En un momento dado pasaron por debajo de un avión elevado sobre tacos sin plano de sustentación. Mia siempre mantenía una distancia prudente con el pasante de notario, que a menudo se volvía hacia ella y no paraba de hablar. ¿Quizá se trataba de un depósito militar olvidado u ocultado por los nazis tras la capitulación? Mia únicamente le escuchaba a medias y no contestaba a sus preguntas. Las botas de goma le hacían sudar los pies y de paso todo el cuerpo. Era un sudor frío. Quería salir de allí lo antes posible. Nadie de su familia había mencionado nunca ese almacén, y menos aún que se tratara de un depósito de armas. Su tío había muerto hacía casi veinte años. Tenía que llamar sin falta a Australia y preguntar a su madre si tenía noticia de ello. ¿Nunca le contó nada la tía Alda? ¿No había mencionado la notaria incluso que sólo descubrió por casualidad que ese edificio formaba parte de la herencia? Si alguien se enteraba de su existencia, sólo le traería problemas. Una noticia como ésa se extendería como un reguero de pólvora. Alguien debía vigilar el terreno. Aunque durante casi diez años hubieran crecido la grama y las malas hierbas cubriendolo todo, no podían dejarse de la mano de Dios todos esos tanques, aviones, armas y granadas. Debía avisar a la policía. ¿O quizás debía primero pedir asesoramiento? ¿A quién? ¿A su madre en Australia o a su vecina y su hijo? ¿A la notaria?

También el cerrojo interno del portón de entrada estaba cubierto de óxido. Sólo con las manos, el hombre no tenía nada que hacer, y el lubricante que llevaba era ridículo para ese portón de acero forjado de cuatro metros de altura.

–Deme usted el hacha –le dijo Calisto–. No hay otra manera de abrirla.

Mia dudó y le observó minuciosamente.

–No le voy a hacer nada. No tenga miedo. Necesito algo para romper el pasador de acero –alargó la mano hacia la herramienta que ella aún mantenía alzada por delante del cuerpo. Mia se la alcanzó.

–Y ahora retroceda un poco, no sea que le salte algo disparado hacia la cara –le gritó Calisto de forma ruda, mientras atizaba la puerta con determinación,

haciendo saltar chispas y provocando un ruido de mil demonios. Mia pensó que sin duda quería demostrar lo fuerte que era.

Volvió al hangar y miró a su alrededor. «De repente soy dueña del equipamiento de medio ejército», se dijo a sí misma, y por un momento tuvo que reír. Armas pesadas y ligeras y cajas y cajas de documentos. Por todas partes veía cruces gamadas y toda clase de emblemas. ¿Qué iba hacer con todos esos desechos? ¿Quién querría comprarle algo así? De repente entró luz en el interior e hizo que todo el decorado fuera aún más inquietante. Las sombras se habían convertido en cruda realidad.

—Vaya herencia más impresionante que le ha tocado, *signorina* —dijo Calisto con un extraño tono y limpiándose el sudor de la frente. A continuación dejó el hacha sobre una de las cajas—. Si le vende usted todo esto a un coleccionista se hará de oro. Si es que se lo permiten. Debe usted dar aviso a las autoridades.

—Yo ya sé lo que tengo que hacer —le contestó Mia de forma arrogante.

—¿Y qué es lo que va a hacer? —le preguntó el pasante de notaría una vez hubieron atravesado la jungla de zarzas y alcanzado la calle.

—Ya lo verá usted —Mia lo quería lejos de sí—. Su jefa le mantendrá informado. Ahora váyase. Me ocuparé yo misma de todo esto —sabía que no tenía ningún sentido rogarle que no contara nada del descubrimiento que habían hecho. El hecho era demasiado extraordinario para que alguien se lo callara. ¿Y quién era ese tipo, además, que siempre la miraba de forma tan extraña? Mia no le quitó el ojo de encima hasta que se subió al coche y puso el motor en marcha.

—Está usted equivocada —le dijo Calisto al bajar la ventanilla—. Lo siento si la he asustado.

—¡Fuera de mi vista! —le soltó ella. Su mirada reflejaba odio.

Debía volver a inspeccionar el hangar, eso estaba claro. Quería examinar el descubrimiento sola y con toda tranquilidad. Pero tras dudarlo un rato se subió al coche y se fue de allí.

—¡Dios mío! ¿Qué ha pasado? —Rosalia había detectado que algo iba mal a primera vista y se limpió las manos teñidas de rojo en el delantal antes de dirigirse hacia Mia y pasarle un brazo por los hombros—. ¡Cuéntame lo que ha pasado!

—Armas. Hay que avisar a la policía —balbuceó Mia—. ¿Dónde está Angelo?

La vecina llamó a su hijo en cuanto se dio cuenta de que Mia era incapaz de formular una frase inteligible. La llevó a la cocina y la sentó en una silla. A continuación sacó una botella de *grappa* del armario y le sirvió un trago.

—Aquí tienes, hija mía, bebe y después me cuentas.

Angelo volvió a llevarla en coche. Cuando llegaron a la parcela abandonada, ya había un coche patrulla de la *Polizia di Stato* aparcado delante y dos agentes

intentaban forzar la puerta de entrada. Con tranquilidad, escucharon la exposición que Mia les hizo toda alterada. El aliento de Mia olía a alcohol. Los policías preguntaron qué pintaba allí Angelo y le pidieron la documentación. Mia había olvidado el bolso con su pasaporte en la cocina de Rosalia. Los policías le dijeron que más tarde comprobarían sus papeles y pidieron a Mia que pasara delante. Angelo la ayudó a abrir el paso por el portón del hangar. Mientras, los policías observaban la escena a una distancia de unos metros. Cuando la luz del sol entró en el almacén se apreció la sorpresa en el rostro de los tres hombres. Pasaron por delante de Mia, que esperaba en el umbral, e intentaron abrirse camino entre los pertrechos de guerra y las cajas. Mia oyó el zumbido y siseo de un radiotransmisor y luego la voz de uno de los agentes hablando con la central.

No habían pasado ni diez minutos cuando oyeron las sirenas de otros coches patrulla. Ahora no había manera de pasar. Aquello estaba a rebosar de policías y *carabinieri*. Y después encima llegaron los fotógrafos de la prensa. Nadie se interesó por Mia. Angelo no logró dar con ella. Se había ido a su coche, se había sentado en el asiento del copiloto y miraba todo lo que acaecía desde la lejanía. Se preguntaba si realmente había sido buena idea informar a las autoridades. ¿Por qué no habló primero con la notaria y contrató a unos vigilantes jurados? ¿Quién de su familia se había dedicado a colecciónar y mantener en secreto esa locura? Quería irse, desaparecer de allí. Y ya que era imposible pasar entre todos los coches que había aparcados con el Cinquecento, se fue andando.

Una escena singular. Una joven guapa calzada con botas de goma iba por la carretera, en ocasiones mirando miedosa a su alrededor; otras, imbuida en sí misma, como si estuviera completamente sola en el mundo.

## El valle detrás de la ciudad

—Sgubin, tú has nacido y te has criado aquí. Se supone que deberías conocer este terreno como la palma de tu mano —dijo Laurenti enjugándose el sudor de la frente antes de proseguir el camino sobre aquel terreno tan inseguro. Calzaba mocasines sin calcetines, lo que no le ayudaba a pisar firme.

—¿Quién visita ya el Val Rosandra? —respondió Sgubin encendiendo de nuevo su teléfono móvil—. Por haber, aquí no hay ni cobertura.

Sgubin fue informado a las once desde un puesto de policía cercano de que se había encontrado un cadáver en un valle apartado detrás de la ciudad, un lugar considerado una de sus atracciones más impresionantes. La mayoría de los triestinos no conocía el valle, ya que no se podía circular en coche por él.

—Te acompañó, así por una vez en mi vida le echo un vistazo —dijo Laurenti cuando Sgubin le informó de la noticia del muerto aparecido en el valle.

En lugar de preguntar a los colegas por el camino correcto, simplemente emprendieron el camino. Fueron por la autovía que bordeaba el puerto nuevo, pasando por los astilleros donde se arreglaban los barcos y la acería, en dirección al polígono industrial. Durante una parte del camino les inundó el olor de los tostaderos de café y poco más tarde atisbaron los tanques de gasoil de SIOT, desde donde parten los gaseoductos transalpinos hacia Austria y el sur de Alemania. Tras una fábrica de motores para barco de una empresa finlandesa, cuyas enormes naves de producción destacaban como cuerpos extraños en el paisaje, llegaron a la carretera provincial que va a Dolina y a Bagnoli, localidad en la que desde la Unión de Partisanos salía una estrecha calle entre pequeñas casas de piedra cuidadas con primor.

—Tiene que ser allí detrás —señaló Sgubin, y se detuvo frente a tres bloques de piedra que bloqueaban el camino. En el letrero ponía «Sentiero dell'Amicizia», cartel que informaba de la hermandad entre las localidades de Dolina, en territorio italiano, y Sesana, en territorio esloveno.

—¿Estás seguro de que es aquí? —preguntó Laurenti.

Sgubin afirmó con la cabeza.

—¿Y dónde están los coches de nuestros colegas?

—Ni idea. Hagamos el último tramo a pie.

El termómetro marcaba treinta y dos grados y el sol había alcanzado su cenit, aunque los frondosos árboles conformaban un paraguas en las altas pendientes que rodeaban el valle.

Siguieron las marcas de color de los árboles, que indicaban un sendero para

excursionistas. Estaban solos. Ninguno de los dos llevaba el calzado adecuado para poder pisar firme la rocalla, que en algunos sitios invadía el sendero. No corría ni una ligera brisa de aire y el canto de las cigarras era ensordecedor. En un momento dado oyeron las hélices de un helicóptero sobre sus cabezas.

—Magnífico —exclamó Sgubin, y se sentó sobre una piedra. Al calzar zapatillas de deporte lo tenía más fácil que su jefe, aunque se había cansado antes—. Este sitio es perfecto para una excursión romántica, ¿no?

—Sólo te digo una cosa —contestó jadeando Laurenti—: como nos hayamos equivocado de camino, juro que te mato aquí mismo.

Sgubin rió y señaló una pequeña iglesia, que coronaba en lo alto toda solitaria un resalto de rocas.

—Bueno, luego podrías enterrarme allá arriba.

—De eso nada. No vayas a pensar que te voy a arrastrar hasta allí. Te atizaré con una piedra y después te echaré al río —Laurenti meneó la cabeza. Dos semanas más y se desharía de él.

Cuando tras un cuarto de hora más de caminata avistaron a sus pies una cascada, que caía a gran altura en una cuenca de agua, oyeron unas voces a lo lejos. Se trataba con seguridad de los colegas. Después se acercó de nuevo el helicóptero, que volvió a dar dos rodeos sin llegar a aterrizar y finalmente desapareció en dirección a Trieste. Laurenti pensó que siempre se repetía la misma historia: a pesar de que el terreno no permitía un aterrizaje, siempre se requería la presencia de un helicóptero, como si se tratara de un arcaico ritual. Hacer ruido para demostrar que se trabajaba en ello. El camino se hizo más firme y fácil de transitar y entonces atisbaron no muy lejos y en la falda del valle los tejados de tres casas. Finalmente vieron el cordón de la policía y también oyeron los motores de los automóviles. Laurenti, que estaba bañado en sudor y con la camisa llena de manchas oscuras, cogió a Sgubin por el brazo y se detuvo.

—¿Sabes lo que es eso?

—¿El qué? —preguntó Sgubin mirando a su alrededor.

—Brummmmm —dijo Laurenti—. ¿Qué es lo que hace brummmmm?

—¿Brummmmm? —preguntó Sgubin haciendo una mueca.

—Coches, idiota. Ya hemos perdido una media hora y nos hemos expuesto de forma absurda a este calor asfixiante. ¡Por aquí pasa una carretera, genio! Y hay casas.

Un sendero pasaba bordeando el río y en una piedra habían escrito en blanco sobre una flecha de indicación «Trattoria». Pero las indicaciones y las voces les llevaron de nuevo hacia el río, hasta que finalmente se toparon con un agente de uniforme que les indicó el camino. Miró burlonamente a los dos hombres

agotados de la policía criminal, que habían sido tan imbéciles de ir andando. Tenían que ser de la ciudad.

Estaba reunido el tropel habitual: agentes de uniforme y civiles, los de huellas dactilares, forenses, una cinta adhesiva con la indicación «Polizia di Stato», cartones numerados que delimitaban el lugar del hallazgo y las huellas, un ataúd de cinc, situado a un par de metros del cuerpo sin vida, como si éste se lo pensara de nuevo. Y todos los que los esperaban les miraban de la misma forma. ¿Por qué se habían retrasado tanto y por qué estaban tan sudados? ¿A quién se le ocurría con esas temperaturas hacer una caminata como ésa?

Alfredo Zerial, el nuevo forense, la tercera persona que sucedía en el cargo a Galvano en poco más de un año, reprimió una sonrisa burlona al saludar a Laurenti. Le ofreció un cigarrillo, que Laurenti rechazó.

—Ninguna señal externa de violencia —dijo Zerial—. Sabremos más tras la autopsia. El cadáver ha empezado a ponerse rígido hace poco.

—¿Hora del fallecimiento?

—A lo largo de la noche. No después de la medianoche.

—¿Quién lo encontró? —preguntó Sgubin.

—El propietario de la *trattoria* de allí. Él nos avisó.

Laurenti miró a su alrededor. El lugar apenas estaba oculto. Sin embargo, la luz sólo se colaba a través del follaje formando manchas claras. Toda la piel del cuerpo desnudo estaba morena y apenas se distinguía, a lo lejos, del entorno.

—Un nudista —dijo Laurenti—. Me apuesto lo que sea a que mi asistente peinará en los próximos días todas las playas nudistas de la ciudad.

Sgubin se tragó su orgullo. «Ya te gustaría», pensó para sí mismo.

—¿Qué más? —dijo Laurenti.

—Poco más de cuarenta años —el forense se inclinó sobre el cadáver—. Musculoso, estatura media, bien arreglado, sin anillo de compromiso. Probablemente ahogado, pero no estrangulado, y tampoco se ahogó en el agua. En todo caso no damos con nada de sus efectos personales. Ni siquiera su ropa. Seguro que por lo menos había otra persona presente. Por lo demás tenemos esto de aquí.

Señaló el cartelito con el número 4, colocado a un par de metros sobre el suelo, así como el cartelito con el número 5 en la orilla del riachuelo.

—El cuatro son unas bragas de mujer, el número 5 huellas de pie de una persona más baja que nuestro paciente. Una mujer. Supongo que un hombre no llevaría esto puesto. Quizá un metro sesenta de altura y entre cincuenta y sesenta kilos de peso. Se bañaron aquí.

No había mucha tela junto al número 4. Un tanga de color azul claro. Zerial lo alzó y lo ensanchó entre los dedos de las manos enguantadas. Después lo metió en una bolsa de plástico.

—Los de ADN quizá nos puedan ayudar. También debería ser de ayuda la marca, *Tout de Suite* —añadió—. ¡Nunca la había oído!

—No se necesita mucho tiempo para quitarse de encima un trapo como éste —dijo Sgubin riendo sarcástico.

—No es la cantidad de tela lo que determina el tiempo, Sgubin. El doctor podrá explicártelo con toda calma. O si no, recurre a Marietta —dijo Laurenti—. ¿Algo más, doctor?

—Colillas de cigarrillos, un tanga, cabellos, el prepucio retirado. Huellas, las que quiera. Mañana podré informarle con más exactitud.

Laurenti afirmó con la cabeza y observó los demás rincones indicados. Cerca del cadáver había siete colillas de cigarrillos marca MS, sin restos de carmín, todos apagados en el mismo sitio.

—¿Y el cabello encontrado?

—Cabello de mujer rubio oscuro, de unos treinta centímetros de largo. Y este trozo de papel. El trozo de una factura de un bar. Del resto del nombre se lee «Sport». Nada más.

—Una noche de amor en el Val Rosandra. Quizá él era asmático —dijo Sgubin. Zerial negó con la cabeza.

—Diría más bien que se atragantó con algo.

«¿Y por qué con este tiempo no fueron a la playa como todo el mundo?», se preguntó Sgubin dirigiéndose hacia el río y metiendo el pie en el agua. «Está fresca.»

—¿Qué son esas casas de ahí? —preguntó Laurenti a un agente uniformado.

—Botazzo, o Botac en esloveno. Justo detrás está la frontera. Una *trattoria*, dos familias, una de ellas hace una semana que está de vacaciones. Nada más. Uno sólo puede acceder al parque natural de allá arriba en coche con un permiso especial —indicó con el dedo el trazado del antiguo tranvía—. O en bicicleta. Le estaba esperando antes de iniciar los interrogatorios. Todos están al corriente.

—Vamos —dijo Laurenti—. Sería muy amable de su parte si después pudiera llevarme de vuelta en coche. Mi colega volverá a pie gustosamente. Medita cuando camina.

El agente de uniforme rió. Sgubin se mordió la lengua. Sabía que era impotente frente a los aguijones de su jefe. Sólo le quedaban dos semanas y ya no tendría que sufrirlos. Su sucesor se ocuparía de ese caso. ¿Por qué tenía que alterarse por culpa de Laurenti?

Eran tres bonitas casas de piedra labrada oscura. *Trattoria Gostilna Botac*. Una meta para los excursionistas, que podían saciar el hambre y la sed en una atmósfera agradable antes de ponerse de nuevo en camino. Pero bajo el calor de verano de ese día sólo había dos mesas ocupadas. Laurenti, al que le chorreaba

el sudor por la frente, el pecho y los hombros, se dirigió a una fuente y se lavó la cara. Sgubin y el agente uniformado esperaron a un par de pasos hasta que se les volvió a unir. Entonces entraron en la fonda.

—*Buongiorno, doberdan* —dijo Laurenti.

La dueña del local le saludó con rostro preocupado.

—¿De quién se trata?

—Buena pregunta —respondió Laurenti—. Un hombre de unos cuarenta años. ¿Podemos sentarnos?

Les indicó una mesa con un mantel de cuadritos rojos y blancos junto a una estufa de hierro y les sirvió una jarra de vino blanco, agua y vasos.

—Está allí desde ayer —dijo el agente uniformado.

—Mi marido les informó inmediatamente cuando volvió de la ciudad. Sergej, la policía quiere hablar contigo —le llamó.

El hombre se lavó las manos en el fregadero y se sentó junto a ellos. Por la mañana había ido con su todoterreno a comprar y cuando volvía lentamente hacia el valle lo vio por casualidad.

—¿Conoce usted a ese hombre?

—Uno nunca olvida a los huéspedes. Aunque no estoy seguro. Tiene una pinta muy diferente. Podría ser el que estuvo ayer por la noche aquí. Llegó más bien tarde en compañía de una joven de cabello rubio oscuro y largo hasta los hombros. De unos treinta años, diría yo. Aunque quizás puedan saber algo más por el libro de invitados. Todos los que se acercan por aquí escriben algo. Tráemelo, María.

El hombre señaló lo último que se había escrito.

—Quizás fue él quien escribió esto de aquí: «Vino y salchichas en el Val Rosandra. Colmado por la naturaleza, perseguido por la dicha. Esto es Trieste».

La firma era una gran A junto a un monigote.

—Nada especialmente original —Laurenti se dedicó a hojear el libro de invitados. Había cosas escritas en todos los idiomas y muy simpáticas. Todo eran alabanzas para el paisaje y la hospitalidad de la pequeña fonda. En los últimos dos días, tal como pudo apreciar por la fecha, sólo habían pasado por allí unos treinta comensales. No sería fácil dar con ellos. La mayoría había firmado sus palabras sólo con el nombre de pila. Las últimas dos inscripciones, ni eso.

—Con este calor, por desgracia apenas tenemos clientes. Todos prefieren hacer el vago junto al mar —dijo el dueño del local, y señaló la camisa sudada de Laurenti—. Simplemente hace demasiado calor para ir de excursión.

—¿Y por la noche? —preguntó Sgubin.

—Casi siempre cerramos sobre las diez. Y si alguien se acerca por aquí simplemente llama a la puerta.

—¿Y ayer por la noche?

—Ayer tuvimos abierto hasta más tarde. Los últimos comensales se fueron pasadas las diez.

—¿Tienen ustedes hambre? —les preguntó la mujer.

Sgubin puso los ojos como platos y el agente uniformado esperó a una indicación de Laurenti.

—Se come bien aquí. Sencillo, pero bien —añadió cuando se apercibió de que el jefe no levantaba la vista del libro de invitados.

—Bueno, por qué no —dijo Laurenti.

La vuelta se hizo eterna. Todas las carreteras que conducían del este al centro estaban congestionadas sin remedio. Los conductores se asaban resignados bajo el calor con la rabia contenida. No se veían patrullas de la policía. Tenía que haber pasado algo en la *superstrada* a su paso por el puerto nuevo. El agente que llevaba a Laurenti a la ciudad preguntó por el radiotransmisor qué era lo que había pasado.

—Estamos como en un encierro en Pamplona —informó el hombre desde la central—. Ha volcado un transporte de ganado alemán en la autovía de cuatro carriles. Una parte del ganado ha quedado atrapada en el camión, la otra corre libremente por la calzada. Aún no sabemos cuándo se restablecerá el tráfico.

Incluso con las luces azules y la sirena no había manera de hacerse un hueco en esa dirección. Laurenti se enfadó. ¿Por qué esa primavera sólo le había comprado una motocicleta a Laura? Fue por su cumpleaños, pero casi siempre estaba aparcada sin utilizar en el parking de detrás de la casa, mientras que Laurenti se había metido en un fenomenal atasco en el coche patrulla. Llamó a Orlando por el teléfono móvil para avisarle de que llegaba tarde. Después le pidió al conductor que le llevara hasta Muggia, donde cogería el *Delfino Verde*, el barco de línea, hasta la Stazione Marittima. Era la única posibilidad de llegar.

El camino desde el atracadero hasta la Guardia Costiera era corto, pero fatigoso. A alguna lumbre del Ayuntamiento se le había ocurrido dar la orden, justamente en la época más bonita del año y para dar una buena acogida a los turistas que no pasaban por la ciudad, de eliminar las plazas de aparcamiento de la Riva, trasladar el sillar de piedra de la época de María Teresa y asfaltar todo. Laurenti se preguntó quién habría hecho con ello un macronegocio. Necesitó tiempo para poder encontrar el camino entre los pasos prohibidos para poder continuar por el incólume paseo marítimo. Ya había vuelto a empezar a sudar cuando llamó al timbre del portón de la Guardia Costiera. Antes de dirigirse al despacho de Orlando fue a los servicios y se lavó la cara con agua fría.



## Mia y Calisto

Primero había sido Rosalia la que la había buscado, ahora era Calisto el que andaba tras ella. Antes ya había dejado infinidad de mensajes en su teléfono móvil, pero Mia no quería contestar. Ya tenía suficiente con intentar asimilar y entender todo lo que le había pasado en tan poco tiempo desde su llegada y encontraba bastante sorprendente que aquel hombre, que al principio le era tan antipático, últimamente siempre estuviera a su lado. Por un momento la puso furiosa, pero después recordó los últimos días que había pasado con él y que tanto había disfrutado. Le había mostrado tantos sitios bonitos, y además tenía la cualidad de hacerla reír en cualquier momento. Ella se había dejado arrastrar, simplemente le había seguido los pasos y nunca habría imaginado que los tiempos felices terminarían tan repentinamente. Dudó cuando oyó su voz en el patio, pero no pudo reprimir por mucho tiempo la intención de abrir la puerta.

Fue a primera hora de la noche de su segundo día en Trieste, tan repleto de acontecimientos, cuando la cabeza le zumbaba. Después de la charla con los simpáticos agentes de policía, que la interrogaron sobre su descubrimiento, Mia se sintió finalmente mejor. Entendida y protegida. No debía preocuparse por el arsenal. Hasta que aclararan de dónde procedía, estaba confiscado y fuera de su responsabilidad. Le dijeron que el proceso se alargaría bastante, pero que contaban con ella por si podía contribuir en algo. Pero ése, desde luego, no era el caso. Su madre no daba crédito cuando le dijo por teléfono lo que había descubierto. La tía Alda nunca había hablado de ello. El tío era una persona muy simpática, algo extravagante, pero un buen marido y un trabajador incansable, que con el tiempo acumuló unos bienes modestos. Como agrimensor, apenas entró en contacto con armas, aunque quizás su profesión le brindó la posibilidad de comprar el almacén a un precio favorable para después alquilarlo. ¿Para qué si no lo habría utilizado? La madre le sugirió a Mia que le preguntara a la notaría por las inscripciones en el Registro, para por lo menos saber cuándo se adquirió el almacén. Y además debía buscar en la casa de la tía todo tipo de documentos que pudieran aportar luz al asunto. ¿Existía un contrato de alquiler? Debían buscar en los extractos de su cuenta bancaria importes ingresados periódicamente, como mínimo de antes de la muerte del tío. Quizás también encontrara algo en la hemeroteca del periódico de la ciudad,

pues no se transportan tanques y cañones por la calle sin despertar la curiosidad. Mia ya se veía ocupada las siguientes semanas con documentos llenos de polvo en lugar de disfrutar en la playa de la distancia de la vida pasada.

Laurenti le prometió ayudarla en el caso de que surgieran problemas. Incluso le había escrito su número de teléfono particular en la tarjeta de visita. Cuando salió a las arcadas del Ayuntamiento en la Piazza Unità descubrió para su asombro a Angelo y a Calisto en la terraza de un bar. Seguramente hablaban sobre ella. Hizo como si no los hubiera visto.

Junto al bar Unità aún había poco movimiento. Se trataba de la pausa entre el aperitivo y el jaleo de la noche, que en esa plaza se podía alargar hasta el alba. Angelo y Calisto estaban sentados en una de las mesas de la terraza frente a su segundo *negróni* y emitían comentarios sobre las jóvenes que pasaban en grupos por delante de ellos. También Mia había pasado por allí.

—La australiana podría ser mi tipo —dijo Angelo—. Tiene una figura como un reloj de arena.

Calisto hizo un gesto de rechazo.

—Pero da muchos problemas.

—Tampoco es que le falte el dinero. Sus padres son propietarios de unos viñedos enormes. Y el hallazgo de esta tarde tampoco la ha hecho más pobre. La pequeña estaba hecha polvo.

—Se hace la tonta. La policía le preguntó a la notaría si yo iba a acompañar a esta gansa en su visita al almacén. Ella lo confirmó, pero acto seguido me trató como si fuera un violador de niñas. ¡Mujeres!

—¡Seguramente querías ligar con ella!

Calisto negó enfadado.

—Tonterías. Yo tenía una copia de la llave, pero no le dije nada. Eso le pasa a uno por ser amable. Todo el tiempo me ha tratado como un trapo. Pero la convenceré de que se ha confundido conmigo. Quizá la invite a cenar o vaya a nadar con ella. Entonces se tranquilizará. Y es realmente caliente.

—¡Aléjate de ella! —la voz de Angelo era tajante. Sólo de pensar que Calisto pudiera intimar con la australiana se ponía enfermo. La había conocido antes que su amigo e incluso le había reparado el coche. Y ya se había enamorado un poco de ella—. ¡Aléjate de ella!

Calisto reaccionó de forma tan abrupta que le propinó un fuerte golpe a la mesa y las copas bailaron.

—¡Que te den morcilla!

Le hizo una señal al camarero y pidió otra ronda.

—Sólo intenté abrir esa mierda de portón. Estaba todo oxidado hasta las cejas.

Y de repente la señorita apareció por una ventana y quería clavarme un hacha. ¿Uno trata así a su amante?

—Exageras. No mataría ni a una mosca. La pequeña es cariñosa y tímida —dijo Angelo con una sonrisa torturada.

—¿Ésa? Es una mosquita muerta —Calisto hizo un gesto de desprecio—. Actúa de forma ingenua. Me apuesto lo que sea a que lograré llevármela a la cama. Me sabe mal por todo los trastos del hangar. Han sellado las entradas y han puesto vigilancia. Nos podríamos hacer de oro con ese material. Conozco un montón de compradores potenciales.

—De momento olvídate de ello. No sacarás nada de allí.

—De momento mantendré una conversación cara a cara con la *signorina* —dijo Calisto, y siguió con la mirada a dos chicas que pasaban ligeras de ropa delante de su mesa.

—Déjala en paz —bufó Angelo—. Como te cruces conmigo tendrás follón.

Mia se fue al Molo Audace y se sentó en una de las escaleras que desembocaban en el agua con el fin de disfrutar de la puesta de sol. Un señor mayor con un perro negro de aspecto bastante feo se dirigió a ella y divagó sobre la espléndida naturaleza que rodeaba la ciudad de Trieste. El mar y el Carso, las fuerzas de la naturaleza que dominaban la ciudad. Daba la impresión de estar muy enamorado de ese lugar. Aunque él rechazó indignado lo que ella quería atribuirle falsamente.

Caminó seguidamente y sin rumbo por la Riva mirando los locales. Se decidió por el Nastro Azzurro. Poco después de ella llegó también el viejo con el perro, que la saludó amablemente y se dirigió directo a una mesa en la parte trasera del salón. Seguramente todas las noches se sentaba allí, pensó Mia.

Se comió unos entremeses y pidió además un *risotto* negro. Le gustaba estar sentada en ese viejo restaurante y observar a los demás comensales. Vio cómo el viejo alcanzaba al perro cada dos por tres de forma furtiva un trozo de colín por debajo de la mesa y tuvo que reír, porque el perro hacía tal ruido al zamparse el pan que la verdad es que no se podía hablar de un acto secreto. También apareció la sordomuda, a la que conocía de su primera noche en el Gigi de Servola, para hacer su ronda. ¿Era de Trieste? Cojeaba bastante y tenía el rostro desfigurado por el dolor. En el cuello llamaba la atención una herida, que según Mia habría sido mejor esconder con un pañuelo. Le dio cinco euros. En todo caso estaba claro que la herida no era producto de un salvaje besuqueo. Se quedó más tiempo parada junto a la mesa del viejo e hizo algunos signos del lenguaje de los sordomudos. Mia vio cómo le pasaba a la joven mujer un billete grande, y por un momento tuvo la impresión de que sus facciones se

iluminaban. ¿Quizá existía una relación entre ambos? Entonces la sordomuda se giró de forma abrupta y empezó a recoger los papelitos y objetos de las mesas que nadie quería.

Cerca de las diez, Mia pidió la cuenta y salió al aire caliente de la noche. Se tambaleaba un poco. Se había bebido toda una botella de vino tinto para cenar y después no rechazó la copa de *grappa* que le sirvió el camarero. Simplemente volvió a caminar por la Riva, ya que aún no quería irse a la cama. Después de un día como aquél todavía quería disfrutar de una copa y después volver a casa en taxi. Enfrente de las instalaciones del Club de los Remeros había buen ambiente frente a un bar que se llamaba Il Gabbiano. Mia entró en el local y de repente alguien se dirigió a ella. Se volvió y se encontró estupefacta con la cara del pasante de la notaría.

—¿Puedo invitarla por lo menos a una copa después de haberla asustado de tal manera? —le preguntó Calisto, y le hizo una seña al camarero—. Dígame por favor que sí. Deme la oportunidad de hacer las cosas bien.

—¿Qué está bebiendo usted? —preguntó Mia señalando su copa.

—*Negroni* —dijo Calisto manteniendo en alto una copa con una mezcla de Campari, ginebra y Martini—. Quizá es demasiado fuerte para usted.

Mia negó con la cabeza.

—Para mí lo mismo.

Más tarde se pidió una caipirinha y también un mojito. Hacía calor y Mia ingirió las bebidas frías demasiado rápido, mientras conversaba con Calisto ya completamente borracha. De repente el hombre le caía simpático, un conversador viajado que amaba el Caribe y Nueva Zelanda y ya había estado dos veces en Australia. En un momento dado Calisto le propuso caminar un poco por el muelle, respirar aire fresco y después ir al bar del Club Marítimo para tomar la última copa. Mia no tenía nada en contra y se colgó de su brazo. Y tampoco tuvo nada en contra cuando Calisto de repente le pasó el brazo por los hombros y la besó. Ya no se acordaba de que por la tarde había interpuesto ante la asistente del policía una denuncia contra Calisto por allanamiento de morada.

A la mañana siguiente, su tercer día en Trieste, Mia despertó con una resaca espantosa. Durante la noche tuvo que ir varias veces al baño para vomitar, y sólo cuando hubo amanecido consiguió dormir tranquilamente. Tenía la garganta como papel de lijar, y cuando se tomó la primera taza de té a pequeños sorbos volvió a tener arcadas. Eran las once de la mañana y se encontraba fatal. Ese día le habría gustado ser una serpiente para poder mudar de piel.

De un trago se bebió un vaso con Alkaseltzer. ¿Cómo demonios había llegado a casa? ¿Le había pedido a Calisto que la acompañara? Y si así fue,

¿cuándo se marchó? ¿Habían vuelto a quedar? ¿No se había jurado en Sydney antes de partir no iniciar un nuevo idilio tan rápidamente?

## Mucca Pazza 2

Había llegado el momento de dar el segundo golpe. Las acciones debían realizarse rápidamente una detrás de otra y de forma espectacular. Si surgen dudas es que uno ya ha perdido. Es algo aplicable a casi todo en la vida.

Eran cuatro los que a resguardo de la noche forzaron la puerta del almacén del Club de Remo STC Cannottieri Adria 1870 en la Sacchetta. El puerto deportivo estaba completamente vacío. Sólo en un amarre para invitados había luz en el camarote de un yate, y desde la Riva se oía el follón de la gente en los bares, que desde hacía meses provocaban la ira de los moralistas. Incluso en la esquina había abierto un sex-shop.

Unos días antes se agenciaron la llave del conserje y pudieron hacer una copia sin que nadie se enterara. Habilmente, sacaron fuera los remos y después los *tagliamenti*, las aerodinámicas canoas de madera tropical oscura, que por la noche pasarían inadvertidas en el mar. Uno vigilaba en la Riva, otro les facilitó los sprays y las plantillas y se les unió saltando desde el amarre. Pasara lo que pasara en tierra, gracias a los teléfonos móviles podían controlar la vuelta para no despertar la atención de nadie. Remaron silenciosamente entre los veleros y poco después pasaron entre los barcos de la Guardia di Finanza y de los *carabinieri*. Sólo cuando alcanzaron la dársena abierta frente a la ciudad y nadie les podía oír desde la Riva apretaron la marcha y aceleraron. El mar estaba liso como un espejo, no soplaban ni una pequeña brisa y no había olas. Tras media milla, pararon y se pegaron a la parte interior de la Diga Vecchia, hasta que llegaron a la altura del Muelle 0. Allí estaba anclado el barco que partía hacia el Líbano, donde por la mañana se embarcaría al torturado ganado, que aún esperaba su destino en un depósito, herido, maltratado y medio muerto de sed.

Se mantuvieron un instante en sus puestos, con el fin de coger aire y sondear la situación. Nada se movía. Ni en el muelle se avistaban pescadores ni en el barco había luz. El instrumento de visión nocturna indicaba vía libre. Naturalmente, a bordo no había ninguna guardia. ¿Qué podía pasar en el viejo puerto de Trieste, que permanecía adormecido desde hacía décadas?

Remando en silencio, cubrieron los últimos cien metros hasta alcanzar el casco azul del carguero de ganado, subieron los remos a bordo y se estabilizaron como pudieron gracias a los imanes que sustrajeron de la tienda de utensilios de construcción del padre de un amigo. La plantilla estaba sujetada con cinta adhesiva. El único ruido perceptible era el silbido del spray. Les dio la impresión de que debía de oírse hasta en alta mar. Se entendían con un gesto de

la cabeza. Se dieron un impulso desde la borda. El siguiente objetivo era el crucero cubierto de guirnaldas de luces de la línea Emerald, que estaba anclado en la Stazione Marittima. Debían actuar rápidamente, ya que el radiante casco blanco del barco ofrecía poco camuflaje. Al descender observaron no sin satisfacción su trabajo:

Risiera – Auschwitz. Ganado con origen Alemania camino de Oriente Próximo. Transportes asesinos. Quien tortura a los animales también asesina personas. Por una alimentación consciente.

No compre carne que provenga de mataderos masivos. Está dañando su salud.

MUCCA PAZZA

Sólo en la imagen de la vaca con el kalashnikov los bordes habían quedado imperfectos. Pero a pesar de todo quedaba muy bien.

Volvieron a la Sacchetta y pararon primero junto a la lancha rápida de la Guardia di Finanza. Esta vez utilizaron el spray amarillo. En la embarcación de los *carabinieri* utilizaron el spray blanco. Respetaron el estilo de cada barco. Formaba parte del juego. La pintada debía quedar bien, conjugar armónicamente con las otras indicaciones y tener el aspecto más oficial posible, y rápidamente sería descubierta.

Lo consiguieron en menos de una hora. Los *tagliamenti* estaban de nuevo en su sitio, la tienda de barcos, cerrada, y no había mucho trecho hasta el Tender, el pub situado en la antigua estación de ferrocarriles del Campo Marzio. El camuflaje era perfecto. ¿Quién les seguiría la pista si iban a un local que normalmente frecuentaban los neofascistas? Una coartada perfecta.

## El olor del café

—Mia, abre. Sé que estás ahí.

La voz de la vecina sonaba enérgica y al mismo tiempo preocupada. Ya el día anterior había llamado al timbre sin éxito y aporreando la puerta. Mia ni se inmutó, por la noche no encendió ninguna luz y dejó las cortinas corridas cuando se puso a ver, arrodillada frente al televisor, el telediario de la noche de la televisión local con el volumen al mínimo. Mostraron un par de imágenes de archivo del Val Rosandra, ya que allí habían encontrado un cadáver, cuya identidad las autoridades aún estaban investigando. También el motivo de la muerte era incierto. Cuando oscureció, Mia se fue a dormir.

El día anterior se alimentó sólo a base de agua y té, por lo que tenía hambre, y se comió una rebanada de pan con miel de salvia.

—Mia —la llamó Rosalia dando golpes otra vez en la puerta—. ¿Está Angelo contigo?

Contuvo la respiración y dejó de masticar, como si desde fuera la pudieran oír. No eran ni las nueve.

—He olido el café, Mia. ¡Abre!

Mia miró la ventana abierta y estuvo a punto de romper a llorar. ¿Cómo podía haberle pasado eso? Escondió el rostro entre las manos, se agitó toda ella y entonces se puso en pie y abrió lentamente la puerta.

—¡O *Madonna santa*, vaya aspecto tienes! ¿Qué te ha pasado? —le preguntó Rosalia.

—Malas noticias desde Australia —le mintió Mia—. Alguien ha muerto. Tengo que volver a casa —dejó la puerta abierta y volvió a la cocina.

—¿Quién? —la vieja señora le puso el brazo sobre los hombros.

Mia pensó un momento a quién podía nombrar sin que trajera mala suerte.

—El tío —dijo finalmente.

—Siéntate —dijo Rosalia—. Lo siento mucho. ¿Puedo hacer algo por ti?

Mia negó con la cabeza. Su familia había enterrado al hermano de su padre hacía un año. Era imposible que la vecina lo supiera.

—¿Así que te vuelves a casa?

Mia afirmó con la cabeza.

—¿Cuándo?

—Tan pronto como consiga un vuelo.

—¿Volverás?

—Aún no lo sé —le dijo a la vecina mirándola a los ojos—. Por favor, Rosalia,

quiero estar sola.

La vieja señora se puso en pie y le acarició el cabello.

—Sólo quiero hacerte una pregunta más: ¿sabes dónde está Angelo?

Mia negó con la cabeza.

—¿Por qué?

—Hace dos noches que no duerme en casa y hoy en el diario hablan de un muerto. De su edad. Estoy preocupada.

—No tengo ni idea —dijo Mia.

—Me dijo que iba a salir contigo.

—Rechacé la invitación cuando llegó la noticia de casa. Quizá se fue con los amigos.

Rosalía negó con la cabeza.

—Me lo habría dicho. Creo que debería llamar a la policía —se fue sola por el oscuro pasillo y cerró tras de sí la puerta de entrada a la casa. La idea de que en el vecindario pronto habría mucho movimiento de agentes uniformados puso nerviosa a Mia.

—¿Qué era lo que había hecho mal? Realmente no era culpa suya. Angelo era un buen chaval, simpático y predisposto, pero nadie con quien pudiera tener un lío.

A la mañana siguiente ya se encontraba mejor. El Alkaseltzer había hecho efecto y pudo ponerse en pie, a pesar de que aún estaba algo confusa. Mia condujo el Cinquecento hasta Barcola, con la esperanza de que un baño en el mar le aclarara las ideas. Había cometido una tontería y estaba atrapada. Calisto la telefoneó furioso y la abroncó fuertemente, mientras ella aún intentaba reconstruir los acontecimientos de la noche anterior.

—¿Por qué me has denunciado? —le gritó fuera de sí—. Pensaba que entre nosotros estaba todo claro. Ve enseguida a la policía y retira la denuncia. ¿O es que quieres arruinarme?

—Lo siento —respondió Mia con un nudo en la garganta.

Calisto le contó que le habían interrogado en la Questura y que su jefa estaba furiosa porque él era sospechoso. Quería despedirle, aunque finalmente consiguió persuadirla de tomar una decisión un par de días más tarde, con el fin de tener él tiempo para aclarar la situación.

—Te denuncié antes de que nos viéramos ayer por la noche —dijo Mia consternada—. No sabía que...

—Debes darte prisa. Es cuestión de vida o muerte —naturalmente no le dijo nada de sus antecedentes penales y del peligro de que por cualquier tontería acabara con sus huesos en la cárcel. Durante los últimos años se había

comportado de forma impecable, lo que quiere decir que simplemente no se dejó coger. Calisto se había vuelto precavido, siempre estaba ojo avizor, y cuando encontraba un cliente, entonces encargaba el trabajo a otros. Nunca recibía él mismo la mercancía ni la tocaba. Sólo aceptaba el dinero.

—¿Cuándo nos veremos? —preguntó Mia.

—Llámame en cuanto hayas hablado con la policía.

Calisto colgó.

Mia estaba perpleja. Por qué razón le gustaba ese hombre, que no le había dicho ninguna palabra amable, era una incógnita. Como si no hubiera pasado nada entre ellos. ¿Era éste el temido *latin lover* del que le habían prevenido todas sus amigas en Sydney? Habría hecho mejor dirigiéndose directamente a Laurenti, para aclararle que todo era una equivocación. Pero seguramente él la habría acribillado a preguntas y le habría hecho la *brutta figura*. Debía encontrar un argumento creíble.

El baño en el mar le devolvió la conciencia. Se disculparía diciendo que ella era extranjera. Puso el coche en marcha, pero tras pocos metros el motor del Cinquecento empezó a trastabillar y finalmente se paró. Llamó a su vecino y le preguntó a qué taller podía llevar el coche. Un cuarto de hora más tarde paraba su camioneta de reparto frente al Fiat y le explicaba que llevaría la pulga a casa para repararla.

—Lo sabes hacer todo —dijo Mia sorprendida, mientras él colocaba dos travesaños de acero, que ahora se extendían desde la calzada hasta el espacio de carga de su camioneta abollada.

—Hasta la declaración de la renta, si hace falta. Es mejor no tener que depender de nadie. Ayúdate a ti mismo y Dios te ayudará a ti. ¿Por qué tengo que pagar una grúa? Llevaremos la carraca hasta casa, donde tendré la seguridad de que nadie me pase por encima de las piernas cuando arregle el coche.

—¿No necesitas la camioneta para el trabajo? —le preguntó.

—Sirve para todo. Cuando me voy de vacaciones simplemente tiro un colchón dentro.

—Muy romántico, sin ventanas.

—Y ahora vamos a meter el Cinquecento dentro. Con que empujemos unos metros será suficiente. Lo importante es que no nos vea la policía.

Miró abajo hacia el Viale Miramare, donde el tráfico estaba congestionado. Era mediodía y por lo tanto se producía el cambio de turno de los bañistas de Lungomare. Los más viejos, que habían asentado sus posaderas ya a las siete de la mañana en el mismo sitio, necesitaban comer como cada día a la misma hora un plato caliente.

—¿Y qué es lo que haces cuando no transportas coches? —le preguntó Mia.

—Un poco de todo. ¡Vamos, empuja!

Lo consiguieron a la primera. Incluso empujaron con demasiada fuerza. El coche chocó contra el tabique entre la cabina y la zona de carga. Angelo puso la camioneta en marcha y desbloqueó el freno de mano.

—Ahora no podemos correr, si no el pequeño se desplazará.

—¿Dependes económicamente de tu madre o tienes un trabajo? —le preguntó de nuevo.

Angelo enarcó las cejas y la miró tan largamente que ella temió que fuera a abollar toda la hilera de coches aparcados.

—¿Con la pensión que recibe? No, hago lo que se presenta. De carpintero, albañil, de intermediario en algunos negocios y en ocasiones nada. En la vida lo decisivo son los contactos adecuados. Cuantos más tienes, más fácil es salir adelante. Preguntando lo único que haces es estropearle el día al otro. Influye negativamente en el número de contactos y por extensión de los negocios.

Mia negó con la cabeza. En la vida había aprendido justamente lo contrario. «Quien quiere salir adelante debe preguntar. Hay mucha gente que está dispuesta a ayudarle a uno.»

—También existe la curiosidad malsana. Ayudar es una cosa muy distinta.

Elevó el coche en el patio y se deslizó por debajo. Mientras Mia buscaba en los armarios del comedor documentos sobre el misterioso arsenal, oía cómo Angelo cantaba fuera los últimos éxitos musicales y golpeaba con sus herramientas.

—Es la conducción de gasolina —dijo en un momento dado.

—¿Qué? —preguntó Mia dirigiéndose hacia la ventana.

—Vuelvo en media hora. Necesitamos una nueva.

—¿Es complicado? —preguntó Mia para complacerle.

—Una menudencia —dijo Angelo, y se puso la camiseta sobre el torso desnudo y cubierto de vello negro—. No te preocupes.

¿Cuántas veces había oído en los últimos días que no tenía que preocuparse? No se preocupaba. Había dejado todas sus preocupaciones en Australia. Todo estaba en orden. En la documentación, y gracias a la ayuda de la notaria, encontraría todo lo que necesitaba saber sobre el almacén. Si el arsenal realmente era de su propiedad, el *carabiniere* le había dicho que podría venderlo por mucho dinero. Y si no, tampoco pasaba nada. Realmente no le faltaba dinero. Y todo aquí era una gran aventura que cada vez le gustaba más.

Mientras más tarde se lavaba las manos, Angelo le propuso probar el coche juntos. Se quedó perplejo cuando ella le dijo que tenía que ir a la policía por el asunto del almacén y no sabía cuánto tiempo la entretendrían. Y después ya tenía una cita concertada. Y el día siguiente también lo tenía ocupado.

Angelo calló y su humor se ensombreció. Oyó cómo ponía el coche en marcha y lo probaba. Después se fue sin saludar del patio. Mia lo siguió con la mirada. Un tipo extraño. ¿Por qué de repente se había puesto de mal humor? ¿No se habría enamorado de ella?

Calisto esperaba a Mia frente a la Questura, donde ella procedió a retirar la denuncia. Durante el aperitivo, él propuso ir primero a nadar y después a cenar. Pero Mia no llevaba el bañador encima.

—La playa más bonita se encuentra detrás de las Filtri al pie del acantilado. Allí no necesitas nada salvo la toalla. En verano siempre llevo una conmigo en el portapaquetes de la moto. Uno debe estar siempre equipado para darse un chapuzón.

Tenía razón. Sobre ellos se elevaban las rocas gris claro del acantilado y enfrente se extendía el mar. Se bañaron dos veces y nadaron hasta los criaderos de mejillones. La playa era enorme y los bañistas estaban diseminados.

—¿Sabes quién es ésa? —preguntó Mia indicando una de las figuras desnudas y muy morenas que estaba tumbada un par de metros delante de ellos y se arrimaba a la gruesa y peluda barriga de un hombre barbudo que tenía cara de bulldog. Ambos estaban en un grupo de siete personas, que se habían puesto cómodas, con neveras portátiles y una barbacoa, entre los bloques de rocas junto a la orilla. No había duda de que se trataba de un grupo de fanáticos del sol con una doble vida en la oficina y la playa, que pasaría su tiempo libre de los próximos meses allí.

Calisto se hizo pantalla con la mano sobre los ojos para protegerse de los rayos del sol crepuscular.

—¿A quién te refieres?

—La mujer de la izquierda.

—No tengo ni idea —mintió Calisto. La reconoció al momento, pero no había ningún motivo para hacer saber a Mia que durante los últimos años se había encontrado con esa mujer más de una vez. En la Questura.

—Es la secretaria de un policía muy simpático que he conocido por lo del almacén. Desnuda tiene una pinta muy distinta.

—No existen los policías simpáticos —dijo Calisto.

—Las personas siempre tienen un aspecto diferente cuando están desnudas.

—¿No te parece? En ocasiones uno no las reconoce cuando las tiene enfrente.

—A ti te reconocería a quinientos metros de distancia —Calisto le colocó un guijarro caliente sobre la barriga—. Es la primera vez que veo a una policía desnuda.

—¿Por qué te interesa? Los que van desnudos no llevan ni uniforme, ni

distintivos, ni revólver.

—Yo lo veo de otra forma.

—Eres un cerdo.

—Y debo añadir que no es que tenga un cuerpo excitante.

—Es mentira. Se ha mantenido de maravilla —dijo Mia—. Debe de rondar los cincuenta. Mira, los pechos son auténticos. No lleva silicona. Mujeres con veinte años menos seguro que sentirían envidia.

—Los tuyos son mejores.

—¡Y no tiene barriga! Tiene una piel bien tersa. Mira.

—Seguro que tiene diez años menos de lo que piensas. Y no tiene gusto alguno. Fíjate en esa morsa con la que está tonteando. Un barrigón peludo. Ella está completamente depilada, pero él es como si llevara un jersey de invierno de una vieja colección de Cáritas. Nauseabundo. Es hora de buscarnos otro sitio. No me creerás, pero le conozco. Es un vendedor de coches de segunda mano que trafica con cocaína. Toda una pieza, y encima se ha liado con una policía. No durarán mucho.

—Eso ya se ve. Flirtean de un modo salvaje. En ocasiones el amor es muy extraño —Mia rió por lo bajo, se volvió hacia Calisto y le besó con furor en la oreja.

—¡Estás loca! —dijo él—. No estamos solos.

Que el gordo estuviera junto con la secretaria de Laurenti allí mismo no le hacía ninguna gracia. Calisto propuso ir a cenar al Bellariva, donde habían reservado antes de bañarse una mesa cerca de la orilla.

—La notaría me ha encargado que busque en el Registro de la Propiedad la documentación correspondiente a tus propiedades. Quiere saber cuándo y a quién compraron tus familiares el almacén. Es raro que tu familia no estuviera al corriente.

—Estoy mirando todos los papeles de la tía Alda. Es un trabajo arduo —Mia suspiró—. Odio tener que hojear documentos antiguos. Hasta la fecha nadie conocía el almacén. Quizá mi tío simplemente lo alquiló. En todo caso, por una vez estoy con las manos atadas. ¿Pero qué voy a hacer con esto? Lo mejor es que un museo se encargue de todo. ¿O sabes de alguien que quiera comprar viejos tanques y cañones?

Calisto calló un instante.

—Eso depende. Hay compradores para todo tipo de cosas —dijo finalmente.

Cuando se estaban vistiendo Mia le preguntó de repente:

—¿Qué es lo que le pasa a Angelo? De repente se vuelve tan extraño, introvertido y gruñón... Como si le hubiera ofendido.

—Quizá es que está celoso —a Calisto le daba igual, pero Mia se había

propuesto aceptar en los próximos días la invitación de Angelo y salir con él. Entre los vecinos debía reinar la paz.

## Europa crece

Cuando Laurenti llegó finalmente a la Guardia Costiera tras una travesía de media hora en el *Delfino Verde*, Orlando le recibió con un amistoso golpe de su enorme zarpa en el hombro e inmediatamente le remolcó hacia la puerta.

—Caminemos un rato por el viejo puerto —dijo el lobo de mar.

Laurenti dudó. Ya había caminado suficiente, por lo que le habló de la excursión al Val Rosandra que le había endosado Sgubin. Ya tenía suficiente.

—Lo que tenemos que hablar es mejor hacerlo allí donde estemos seguros de que nadie nos pueda escuchar —Orlando señaló con el dedo índice el techo de la habitación.

Cuando pasaron por la batida calle junto a los antiguos almacenes, Laurenti le resumió en un par de frases lo que había visto esa mañana a primera hora en el pequeño puerto de la Marina di Aurisina. Orlando escuchó y le apartó una única vez a un lado cuando pasó junto a ellos un apestoso camión de ganado.

—¡Si por mí fuera los dejaría libres! Desde que los protectores de animales están activos, debemos vigilar mucho más la zona del viejo puerto. Y no les falta razón. Cuando sopla el viento desde el noroeste, aquí en el despacho apesta. Gracias a Dios que no ocurre con frecuencia. Pero sobre todo me duele por el ganado. No es un espectáculo grato. Mientras el corazón les late cuando son embarcados, reciben una ayuda para la exportación. En Bruselas a nadie le interesa en qué condiciones son transportados. La Unión Europea se está convirtiendo cada vez más en una unión de *lobbys*.

—No te desvías del tema —dijo Laurenti—. Dime de una vez lo que sabes.

—No te inmiscuyas —Orlando permaneció quieto, recorrió a Laurenti con la mirada y le cogió por los hombros como a un niño pequeño. Laurenti se deshizo de su abrazo—. Naturalmente que nos hemos enterado de ello —dijo Orlando—. En una ocasión incluso les pedimos la documentación a las dos damas, aunque se libraron pagando una multa. El hecho de no llevar una bandera nacional ni matrícula en el barco es suficiente para que bajo estas condiciones se requiere la embarcación temporalmente. Pero mis hombres se dejaron embaucar. Lo admitieron durante la conversación que mantenemos tras el servicio.

—¿De dónde eran las muchachas?

—De algún sitio más allá de la frontera. No llevaban documentación encima. El registro de la embarcación no aportó nada. A continuación devolvieron a las damas sin mucho papeleo burocrático. Algunos prefieren dejarse mecer por las

olas en el mar que escribir informes en el escritorio. Ya sabes cómo es. Pero ocurrió algo más. Los colegas de la Guardia di Finanza nos informaron de una embarcación de las mismas características tripulada por dos mujeres. Las quisieron someter a un control, pero las señoritas consiguieron escapar. Ocurrió un par de días antes. No todas las patrullas tienen la suficiente potencia para perseguir una embarcación de ese tipo. No sólo vosotros tenéis coches rápidos en el cuerpo de policía.

—¿Y por qué no os habéis puesto de acuerdo y les habéis montado una trampa a esa gente? —preguntó Laurenti.

—Porque en el preciso instante en que habíamos pactado un plan entre nosotros, la Guardia di Finanza, tus colegas de la Polizia Marittima y los *carabinieri*, sonó el teléfono y una persona muy amable nos dio a entender claramente que no debíamos intervenir. Antiterrorismo. Un departamento de los servicios secretos.

—¿No has tirado del hilo? —preguntó Laurenti.

—¿Estás loco o qué? —Orlando rió burlón—. Sabes muy bien que en estos casos uno no tiene posibilidad alguna.

—Gracias por la advertencia —Laurenti sabía qué era lo que estaba agradeciendo. También él había tenido sus roces con esa gente. El fantasma de los servicios secretos era poderoso e influía en todo aquel que tuviera que ver con ellos igual que un frente tormentoso que se alzara amenazador sobre el cielo de Monfalcone y lanzara rayos y truenos en todas direcciones.

Así que se trataba de eso. A Laurenti se le habían ido las ganas de volver a la oficina. Necesitaba una hora de tranquilidad en el mar y se fue directamente a casa. A su pesar, volvía a haber invitados. Los vio desde la terraza. Laura y sus amigas disfrutaban en la playa y se ofrecían desnudas al sol crepuscular. Y la nevera estaba llena de carne para hacer en la barbacoa. Una simple mirada a la cocina le bastó para saber cómo transcurriría la noche. Proteo Laurenti no tenía la más mínima ilusión de juntarse con ellas en la playa. Ya se dejaría ver más tarde, cuando también estuvieran los chicos y el irrefrenable poder de las mujeres no se le llevara por delante.

Laurenti cogió una toalla y el *Moby Dick*, que hacía tiempo que estaba en su lista de clásicos pendientes de leer, y cogió las llaves de la Vespa de Laura de la estantería. Un par de minutos más tarde ya estaba en las Filtri y charlaba con la laboriosa camarera del Bellariva. Se bebió un vaso de vino blanco rebajado con agua mineral y un chorro de Campari, y, pasando primero por el pequeño puerto que había observado por la mañana desde el agua, se dirigió a la playa de Liburnia, que hacía decenios que los nudistas habían conquistado para sí. Muchos de los bañistas volvían ya a casa para saciar el hambre y a Laurenti no le

costó mucho encontrar un sitio lo suficientemente alejado de los demás. Se desnudó y se fue a nadar. Necesitaba refrescarse y tranquilidad para entender qué era lo que se le había echado encima en ese día tan especial. Lo que le había contado Orlando le tocaba especialmente la moral.

Laurenti no lograba concentrarse en la lectura. Una y otra vez se sorprendía pasando una página, leyendo una línea y dándose cuenta de que no se había enterado de nada de lo que había leído en la página anterior. Cerró el libro y los ojos. Orlando le había confesado cuando se despedían que sus hombres no acataban del todo las órdenes de arriba. Llevaban un registro de las entradas y salidas del bote neumático. Con mucho gusto le haría una copia. Como amigos. ¿Pero de qué le serviría? ¿Qué demonios había detrás de todo ello? ¿Qué era lo que había en las cajas?

No eran drogas ni emigrantes ilegales, y tampoco objetos de contrabando que se quisieran introducir en Italia, pues las damas no llevaban nada consigo. ¿Y qué era lo que se podía contrabandear en la otra dirección? Naturalmente, ya no eran tejanos o café, como en los tiempos en los que Tito aún mantenía el país unido y los yugoslavos se abastecían en Trieste de todo lo que les faltaba en casa. Así que sólo quedaban armas, dinero o documentos. ¿Pero por qué estaban informados los propios señoritos de los servicios secretos? Y algo más le deparaba dolor de cabeza. Laura le llamó al despacho porque su hijo se había visto involucrado esa noche en una pelea. Tenía un ojo morado. Pero Marco se negaba a toda costa a ir a un médico. Alegó que debía ir a trabajar. En la temporada alta no había excusa posible para faltar al trabajo. ¿Con quién se había peleado el chico? Marco se deja apalear, Livia se deja ver practicando el sexo y su otra hija lo practica con el viento cálido del sur. En su casa se había juntado una nueva familia.

El sol ya sólo era media bola de un color rojo intenso, en cuyo centro la campana de la catedral de Aquileia daba la hora completa como una manecilla negra. Ya sólo quedaban unas cuantas personas en la playa. Se vistió, recogió sus cosas y regresó lentamente hacia el Bellariva, cuya terraza cubierta junto a la orilla estaba a rebosar. Igual que en casa, donde Laura, los chicos y los invitados ya estaban reunidos alrededor de la barbacoa.

El brazo izquierdo le dolía una barbaridad. Allí donde él la había quemado con un cigarrillo encendido, la herida supuraba, y el hematoma en el muslo era del tamaño de un plato y de un color negro azulado. Irina casi no había dormido. Con mucha dificultad, por fin pudo vestirse a pesar del dolor. Sus compañeras de piso no se preocuparon por ella, sino que dejaron el piso como

cada mañana a la misma hora camino de su trabajo. Cuando dos horas más tarde se puso en marcha como siempre, apenas podía levantar la mochila. Cojeaba de forma visible.

La noche anterior el jefe le había dado una buena tunda frente a los demás. Casi le rompió los dedos, pero después de atizarle con la pata de una silla, que había arrancado en un ataque de furia, se contentó con doblarle el brazo tras la espalda hasta que cayó inconsciente al suelo del dolor. Le había quitado el dinero, y como despedida cerró la puerta tras ella con tal violencia que las paredes temblaron.

La había observado sin que ella se diera cuenta. La noche anterior se había dirigido en el Nastro Azzurro toda tímida al viejo señor, porque estaba convencida de que él iría por ella con el resguardo de la consigna a la estación de ferrocarriles sin correr peligro alguno. Pero el hombre sólo la miró con ojos como platos.

Sólo el intentar entrar en contacto con alguien suponía recibir golpes. Y ahora tenía miedo de que la enviaran a otra ciudad. Hasta entonces siempre había sido así cuando según ellos había cometido una falta.

La consigna de la estación central de ferrocarriles cerraba como cada noche a las ocho, aunque aún llegaran y partieran trenes. Un gesto poco amistoso para con los turistas, cada vez más numerosos, a los que castigaba de esta forma su interés por la ciudad. Los lectores de los diarios muchas veces subrayaban este hecho en sus cartas al director, como también que las zonas azules a la izquierda de la Riva se pagaran en otra máquina distinta a la que correspondía a las plazas de parking de pago de cuatro metros a la derecha. La ciudad estaba políticamente dividida en izquierda y derecha, así que lo mismo valía para las plazas de parking. Los responsables del Ayuntamiento no se preocupaban por estas cuestiones. Disponían de coche oficial y de chófer, y al que tuviera necesidad de dejar su equipaje en algún sitio sencillamente no se le tomaba en serio.

Irina entró en el vestíbulo de la estación de ferrocarriles poco antes de las ocho. Se había formado una pequeña cola de viajeros frente a la ventanilla. Se puso a esperar su turno. Cuando se dio cuenta de que cada vez que al hombre de la ventanilla le presentaban un resguardo levantaba la mirada y negaba con la cabeza, ya era su turno. Enseñó el resguardo que había encontrado en Bagnoli junto con los documentos, pero no lo soltó. Cuando el empleado en cuestión vio el número, alzó la mirada y asintió con la cabeza, pero no dirigiéndose a ella. Irina se dio la vuelta y vio cómo un hombre algo corpulento se separaba del muro sobre el que estaba apoyado y se dirigía hacia ella. Irina comprendió al momento. Agarró bien el resguardo y salió corriendo. Una mirada sobre los

hombros le bastó para comprobar que el gordo también había echado a correr. Irina se abrió camino entre un grupo de viajeros y salió a la plaza frente a la estación. En la parada de la Piazza Libertà se cerraban justo en ese momento las puertas de un autobús. Irina golpeó en la puerta de entrada y el conductor le abrió. Saltó de golpe los dos escalones y el autobús se puso en marcha. Con miedo, miró por la ventana y vio al gordo a unos cincuenta metros rindiéndose con los brazos caídos. Éste se dio la vuelta y paró un taxi, que sólo se pudo abrir paso lentamente entre el intenso tráfico. En la siguiente parada se subió en otro autobús. Se hundió en su asiento hasta el borde de la ventana y no volvió a enderezarse hasta que el vehículo hubo tomado velocidad. Lentamente, se fue hacia los asientos traseros. No había señal de ningún taxi por ninguna parte. Irina se bajó del vehículo en la Piazza Goldoni. Era su barrio, que esa noche también debía trabajarse. Caminando por las calles, miraba cada dos por tres hacia los lados e inspeccionaba desde la entrada de los locales a los clientes de forma temerosa antes de hacer la ronda. Antes de las diez decidió dar por acabada la jornada. En el centro era demasiado visible, por lo que no se sentía demasiado segura. En los siguientes días debía retomar el negocio que se había truncado. Pero aún quería visitar uno de los locales. El viejo que se sentaba cada noche en el Nastro Azzurro quizá podría ayudarla. Ya que una cosa estaba clara: ese trozo de papel que llevaba en el bolsillo era la llave de un asunto bien grande que ella no podría manejar sola.

Pero entonces todo se torció. La jarra de vino de su mesa estaba vacía y el hombre seguramente borracho. No entendió que ella necesitaba ayuda. Confundido, hizo una mueca, que se suponía era una sonrisa, y rebuscó con intranquilos dedos entre los billetes de su cartera. Le dijo algo cuando le alcanzó un billete de cincuenta euros. ¡La ganancia de una semana! Nunca nadie le había dado tanto dinero. Irina dudó un momento antes de cogerlo. Debía abordar al hombre en otra ocasión. En la calle. No en un local, donde sólo la toleraban durante un par de minutos.

Estaba muerto de sueño por haberse ido tarde a dormir. Proteo Laurenti no era nada madrugador y eran demasiadas las veces en que lo que le deparaba el destino no favorecía sus horas de sueño. Por segunda vez consecutiva se había levantado demasiado pronto. Ayer para ir nadando hasta la Marina di Aurisina y hoy por una llamada poco antes de las cinco. Estaban pasando cosas raras en la ciudad.

Para comodidad de todos los afectados, el Coroneo, la prisión de detención provisional, formaba parte de una unidad arquitectónica con el Palacio de Justicia, y también allí se habían instalado tres departamentos de justicia. Nadie

tenía que andar demasiado, ni los funcionarios y jueces ni aquellos que disfrutaban de pensión completa y aire acondicionado en la parte trasera del edificio. Las distancias próximas suponían una gran ventaja, incluso cuando pasaban cosas alarmantes.

Laurenti fue el último en entrar en la habitación. Estaban sentados en el enorme despacho del presidente del Tribunal con el fin de discutir las medidas, mientras que funcionarios ejecutivos y pertenecientes al departamento especial ponían patas arriba la sección de la prisión. Cinco personas ocupaban un grupo de sillones de cuero y sofás azules que daban la impresión de haberlos adquirido a través de un catálogo de venta por correo para equipar unos escenarios de provincias. En los brazos aún eran claramente visibles los adhesivos con los números de inventario. Daba la impresión de que en cualquier momento se los llevarían de allí. Detrás del escritorio del presidente colgaban tres banderas: la de Europa, la de Italia y la de Trieste.

El *questore* estaba furioso.

—¡Es increíble! En los últimos cuarenta años sólo dos presos han conseguido escapar de esta prisión y enseguida se les detuvo.

El asunto era serio. Un grupo de albanokosovares había preparado una fuga que sólo se pudo evitar por los pelos. Todos los hombres pertenecían al crimen organizado y además eran sospechosos de haber actuado con la población civil de forma sanguinaria durante la guerra de Kosovo. La directora del presidio había recibido bajo las circunstancias imperantes más elogios que críticas, hasta ese ataque del director de la policía, que normalmente no levantaba la voz.

—¡Su gente no hace más que dormir la mona! ¿Cómo es posible que los presos hayan podido introducir un teléfono móvil? Hay que abrir ya un expediente a los funcionarios. Alguno de ellos está compinchado con esos sujetos.

—Imposible —protestó la mujer, que claramente se había pasado toda la noche en vela—. El aparato fue introducido en piezas sueltas y en diferentes celdas para despistarnos y proteger al presunto destinatario. Aquí nadie duerme, *questore*. Era imposible que descubriéramos nada.

Laurenti siempre se había preguntado por qué alguien se ofrecía voluntario para hacer carrera en un centro penitenciario. Ya sabía que para ello se exigía una calificación alta, una experiencia considerable en el cuerpo de policía y una licenciatura en Derecho. Pero tener que vigilar a otros, y además como mujer en una jaula de hombres, iba más allá de su comprensión. ¡Era algo absurdo! Los funcionarios de prisiones tenían un trabajo de mierda y entre sus colegas no eran muy apreciados. Siempre se encontraban en todos los frentes, eran odiados por los presos y puteados por los inspectores cuando alguno de aquéllos se les escapaba de las manos, ya fuera por culpa de una fuga o de un suicidio.

–No faciliten información a la prensa hasta que hayamos drenado el sumidero –ordenó el *questore* secamente–. Separaremos al grupo y los presos serán trasladados inmediatamente. Y necesitamos con urgencia un *screening* de las tarjetas de teléfono.

El hombre de la unidad especial, responsable del crimen organizado, asintió aburrido con la cabeza. Ya había procedido como era necesario antes de la reunión. En ese momento sus hombres registraban celda por celda y provocaban una profunda intranquilidad entre los presos. Había mucho en juego: su departamento acababa de informar hacia poco de que la Cosa Nostra se había hecho fuerte en los Balcanes, y no sólo para ocuparse del contrabando organizado. Entretanto, el asunto era del mayor interés entre los políticos italianos incluso a pesar de las luchas diarias en política interior y de que los servicios secretos ya hubiesen frenado hacia dos años a las autoridades triestinas en ese sentido. El proyecto europeo estaba desde hacía tiempo en manos de la Mafia y la Camorra, mientras en Bruselas aún se hablaba sobre las modalidades de la ampliación.

Italia, Eslovenia, Croacia, Bosnia, Serbia y el resto de las repúblicas ex yugoslavas, Austria, Suiza y el Reino Unido. Sólo los alemanes soñaban aún con ingenua presunción que no tenían que ver con nada de ello: la guerra y el contrabando, el embargo de las Naciones Unidas y los que se lucraban con él, los que blanqueaban dinero, los traficantes de seres humanos, los traficantes de armas, los mafiosos, los banqueros y los políticos, los jefes de Estado y los criminales de guerra, los verdaderos y los supuestos caballeros de Malta, los verdaderos y los falsos masones y como siempre los viejos conocidos. Uno era fiel a ellos, y Trieste era el ombligo del mundo o justamente la puerta a los Balcanes, también para la delincuencia.

A Laurenti le había molestado hacia poco un artículo aparecido en el diario local que sostenía que el primer intento de la Mafia de asentarse en Trieste se había producido a mediados de los años noventa. Estaba claro que por entonces muchas cosas ya empezaban a moverse, pero ¿acaso no era cierto que en 1949 Egidio Romagnoli, alias Alberto La Rue Franchy, el administrador de Al Capone, se había metido una bala en la cabeza en el Hotel Brioni para evitar ser encarcelado? ¿Y por qué la ciudad apenas registraba un índice mínimo de criminalidad? Todo el que fuera del ramo lo sabía. Durante los últimos cincuenta años Trieste había servido de lugar de blanqueo de dinero de la Mafia y de los servicios secretos de muchos países. Aquí no querían molestarte con nimiedades, aquí se ocupaban de lo grande.

Frecuentemente se veían personajes dudosos en la ciudad, pero muy conocidos en el sur del país: vivían en la periferia de Nápoles en villas fortificadas, y de forma más que reprobable aparecían por la provincia del

noreste, en la que no temían que les pasase nada. Y qué decir de aquel corso con una empresa radicada en Trieste que hacía tiempo había ampliado el clan de los Nuvoletta de la siciliana Sociedad de los Honorables con Arkan, el dirigente de las milicias paramilitares serbias, el mismo que en la última guerra había asesinado a miles de croatas y bosnios bajo la protección de Milošević.

En Trieste también el entonces prófugo jefe de la P2, Licio Gelli, se había encontrado con gente de Yugoslavia. En septiembre de 1995 estaba comiendo sin ser molestado en el Hotel Savoia Excelsior con algunos amigos de la Lombardía, de la Toscana y de Emilia, así como con algunos *bosses* del mundo financiero de Milošević. En el orden del día había muchos puntos de los que tratar: la creación de un paraíso fiscal en una pequeña isla frente a Cattaro con hoteles de lujo y casinos, el desarrollo de una campaña de prensa internacional contra Croacia en beneficio del resto de las repúblicas ex yugoslavas, la venta de heroína en Italia, el tráfico de armas en Rumanía, y la compra de objetos robados en Italia para su venta en los Balcanes. Además se habló de los suministros de alimentos y medicamentos a Serbia, del blanqueo de dinero y de la forma de evitar el embargo de Naciones Unidas. Una colaboración entre Licio Gelli y los supuestos masones por una parte y el régimen de Milošević y el temido Arkan por otra. Y en medio, siempre una de esas órdenes de caballería o una logia masónica. Entonces los servicios secretos italianos cortaron por lo sano las investigaciones de la policía de Trieste, que había descubierto un escondite de Arkan en Carintia, cuando ya estaba en la lista de prófugos del Tribunal Internacional de La Haya. Durante años mantuvo un punto de apoyo en Trieste, por donde asomaba la cabeza frecuentemente y era vigilado por las fuerzas de seguridad. Por entonces simplemente le pisaron los talones, desde la frontera italoeslovena hasta las proximidades de Klagenfurt. Hasta que de repente los servicios secretos echaron el freno de mano.

¿Y quién había puesto entonces a Arkan en contacto con la Cosa Nostra? El mismo hombre de Cerdeña, que había elegido la aparentemente tranquila Trieste para desarrollar sus negocios sucios y disponía de los mejores contactos. También en la política. Los terrenos que en su época compró en Cerdeña hoy en día ya habían sido edificados con suntuosas villas, aisladas de la opinión pública como si fueran verdaderos castillos. En una de esas propiedades se alojaron más de una vez políticos europeos, como Blair, Aznar o Putin. El hombre había sido objeto de titulares y hasta la fecha era sospechoso de asesinato. En junio de 1982 organizó la fuga de Roberto Calvi, el sospechoso «banquero de Dios», a través de Trieste hasta el extranjero y le acompañó en una etapa intermedia desde Klagenfurt hasta Londres. Cuando un par de días después se encontró a Calvi colgado del Blackfryers Bridge y las autoridades inglesas declararon que la causa de la muerte era suicidio, mancharon con el

escándalo unas apariencias más que intachables hasta ese momento. Nadie lo creyó. Veintidós años más tarde el asunto volvió a salir a la luz. De repente se encontró la lancha a motor que condujo a Calvi hasta el puente. Sorprendentemente, se había descubierto también el atracadero e incluso el sitio de donde provenían ambos ladrillos, los que se encontraron en los bolsillos de su abrigo. Como si en Londres nada hubiera cambiado durante los últimos veintidós años. ¿Por qué el asunto no había quedado enterrado para siempre?

Laurenti oyó las discusiones de los colegas con una sola oreja. Toda la historia le enfurecía. Nadie podía contestar a su pregunta de por qué hasta la fecha ningún periodista o fiscal se había ocupado de ese entramado en toda su complejidad. ¿Y qué decir de Coppola? ¿No lo había expuesto claramente en la última parte de *El padrino* sin que nadie le demandara? Seguramente se habría organizado un escándalo fenomenal.

Estuvieron reunidos hasta las ocho discutiendo las consecuencias que había tenido la introducción ilegal de un teléfono móvil en la prisión. El asunto apestaba, pero faltaban pruebas para poder involucrar a los antiguos directores de escena. Quien no tiene fantasía, no tiene visiones, no puede llevar adelante investigaciones en zonas tabúes. De ello deberían ocuparse los departamentos dedicados al crimen organizado y a la investigación de la Mafia y los servicios secretos. Laurenti debía tener conocimiento únicamente de aquello de lo que se enteraba casualmente durante su trabajo de investigación de asesinatos comunes. Y era mejor así. Muchos antes que él habían pagado demasiado caro el haber metido sus narices en esos asuntos. Intrigas, presiones, violencia, hasta la muerte trágica por accidente, que al final despertaba muchas dudas. Y justamente ayer Orlando le había aconsejado no seguir husmeando en los hechos que habían tenido lugar en su misma vecindad.

—Es hora de ir al despacho —dijo el *questore* para finalizar, y se levantó de su sillón azul—. A las once se celebrará la conferencia de prensa sobre la estadística actual de criminalidad. Laurenti, sea usted puntual.

—No, cariño, me ahogo en trabajo. No tengo ni idea de cuándo dispondré de tiempo —le dijo Živa por teléfono. La conexión era muy mala y Laurenti tuvo que preguntar dos veces hasta que hubo entendido su negativa. Dos años antes el policía italiano, con una vida familiar normal, y la fiscal croata, soltera y atractiva, se habían acercado peligrosamente. Quizá habían tomado demasiado al pie de la letra la invitación a una colaboración transfronteriza más estrecha y desde entonces se encontraban con frecuencia en los hoteles al otro lado de la frontera. Pero hacía semanas que Živa tenía una avalancha de trabajo. Apenas se veían y sólo hablaban alguna vez por teléfono. Hasta un mes antes era ella la

que llamaba a menudo, pero ahora los papeles se habían invertido. Y en ocasiones cuando la llamaba por teléfono al tercer timbrazo sonaba la señal de comunicar. También él obraba de la misma forma cuando no podía o no quería contestar. Pero Ž iva no le devolvía la llamada. ¿Quizá tenía otro amante?

—Hemos pescado a un pez gordo —se disculpó ella—: 338 kilos de cocaína en Rovigno transportados desde un yate hasta el puerto en una lancha neumática y que debían cargarse en un coche. Tus colegas milaneses nos asisten desde hace un par de meses.

Laurenti no tenía ni idea de ello. Hasta entonces Ž iva y él siempre habían intercambiado ese tipo de informaciones. Y de repente la fiscal croata se mostraba extrañamente reservada. Se sentía apartado y estaba celoso. Pero Ž iva no le dejó tiempo para pensar en ello.

—En la calle la mercancía tendría un valor de doce millones y medio de euros. Te alegrará: el barco pertenece al «ministro de la Marina», tal como lo llamamos, de tu amigo Petrovac.

—¿Zakinji? —¡eso sí que era una noticia! Entonces Viktor Drakić no debía de andar muy lejos. Desde hacía años le seguía los pasos inútilmente y, a pesar de que siempre le estaba pisando los talones, la vieja cuenta pendiente entre los dos permanecía sin saldar. Que las autoridades croatas hubieran detenido a Zakinji podía aportarle también a él información muy valiosa.

—Te mantendré informado de lo que nos cuente —le prometió Ž iva—. Pero ahora debo cortar. Te llamaré en cuanto pueda.

Proteo Laurenti no estaba del todo seguro de si había oído su saludo de despedida o si ya había colgado. Decepcionado, puso el coche en marcha y se adentró en el intenso tráfico de la mañana camino de la Questura.

Naturalmente que sabía que en Croacia en esos momentos el ambiente estaba crispado. A raíz de las inminentes elecciones se agudizaban las provocaciones nacionalistas. También la guerra por la pesca entre Croacia y Eslovenia volvía a estar sobre la mesa. Los croatas querían impedir a sus vecinos el paso por aguas internacionales. Una y otra vez se producían intrusiones, que por suerte no tenían consecuencias importantes. Y Ž iva había comentado hacia poco que quería presentarse como candidata al Parlamento de Zagreb. Muchos de sus amigos se lo habían pedido. Ella, que había estudiado en Múnich, dominaba varios idiomas sin problemas y había vuelto a su país de nacimiento porque se sentía responsable, quería aportar sus conocimientos para la reconstrucción del país. Ž iva, que generalmente llevaba su larga melena morena recogida en una gruesa cola, quería cortar con las rancias costumbres de su tierra. Ella, que siempre había defendido su independencia y que nunca le exigió a Proteo que decidiera entre ella y su mujer. Ž iva, que siempre insistía en que cada uno era

dueño de sí mismo, por una vez quería unirse a algo: a la política de su país. Y desde hacía semanas apenas tenía tiempo para su amante en Trieste.

Cansado y descontento, subió las escaleras hacia su despacho. Había confiado en encontrarse con Ž iva en los días siguientes, comer con ella marisco en la idílica terraza de la Gostionica Belveder frente a las puertas de Cittanova y después ir a nadar, en lugar de asistir a la -Dios sabía cuántas llevaban ya- parrillada en casa.

Le quedaba poco tiempo para ocuparse de sus confusos deseos. Marietta le esperaba. Estaba más morena aún que el día anterior y emanaba un penetrante olor a parrillada. Él arrugó la nariz.

-¿Tan pronto? -preguntó burlón-. ¿Has venido directa del fuego en el campamento? ¿Qué tal ha ido la orgía, pollo asado?

-El muerto del Val Rosandra quizá tenga un nombre -dijo Marietta sin dedicar palabra alguna a su saludo-. Por lo menos la descripción coincide. Una vieja señora de Servola ha llamado porque su hijo no ha vuelto a casa por la noche. Está preocupada. He enviado una patrulla para recoger una fotografía del joven.

-Pero el hombre está en los cuarenta largos -dijo Laurenti.

-Por eso mismo -el rostro de Marietta resplandecía. Hacía tiempo que no tenía la oportunidad de conocer un detalle importante de su jefe. En los últimos meses habían pasado muy pocas cosas

-¿Y su hijito no había estado nunca tanto tiempo fuera? ¿A su edad nunca ha pasado una noche fuera de la protección del ala de su madre? Verás cómo antes de que llegue la patrulla, él estará sentado a la mesa de la cocina esperando que le sirvan café. ¿Qué hay de la autopsia?

-En una hora estará lista -Marietta se encogió de hombros-. ¿Me darás la tarde libre si tengo razón? Aquí tienes la dirección.

-Casi prefiero que te quedes más tiempo en el despacho en lugar de achicharrarte más. Pero si quieres puedes irte tranquilamente a casa y refrescarte. Antes me conciertas por favor una cita con Galvano para comer.

La dirección de Servola le sonaba. Con un vistazo al expediente sobre el almacén decomisado constató que se trataba de un vecino de la joven australiana.

-Marietta, llama a Sgubin -le dijo Laurenti-. Vamos hacia allá.

## Mia estaba feliz

El cuarto día después de la llegada de Mia, como cada mañana, Angelo había dejado su casa para ir a comprar el diario y tomarse el segundo café del día en un bar. No dio crédito a sus ojos cuando vio cómo Calisto, cuya moto estaba aparcada directamente en la entrada, salía del patio del terreno vecino. Calisto le saludó con una sonrisa pícara.

—Es realmente simpática, la pequeña —dijo sonriendo sardónicamente—. E insaciable.

A Angelo se le heló la sangre en las venas.

—¡Estás bromeando! ¡Dime que no es verdad!

—¿El qué, que folla muy bien? Pero si es verdad.

Todo el cuerpo de Angelo temblaba.

—Ya te he dicho que no le pongas la mano encima.

—En ocasiones las cosas salen distintas a lo que uno había pensado —Calisto cencerreó con el llavero—. Y está bien así. Simplemente es fantástica. Cada noche hasta el amanecer. Ayer nos fuimos primero a nadar, después a Liburnia y más tarde...

—¡Cierra el pico! —la simple idea de ver a Calisto con Mia en la playa nudista le atravesó como un cuchillo afilado. ¿No le había entregado Mia una cesta de ropa para lavar porque supuestamente tenía mucho trabajo? En lugar de ello estaba con Calisto en la cama. Angelo se reconcomía de celos—. Desaparece antes de que te arree una buena —gruñó—. Y que no te vuelva a ver por aquí.

Una vez terminó la frase se dio la vuelta y dio un portazo al portón de entrada. Se quedó parado un momento en el jardín delantero cuando oyó que Calisto ponía la moto en marcha y partía a todo gas.

No podía ser verdad que ese cerdo se hubiera liado sin miramientos con Mia. Él, Angelo, tenía en cierta manera un derecho sobre ella. Había sido considerado con ella y no la había presionado. Y su madre había invitado a Mia a comer, durante años habían vigilado la casa abandonada de sus vecinos, incluso había reparado el Fiat. ¿Y ahora? Angelo estaba furioso con Calisto, con Mia y consigo mismo. Rabioso, se fue detrás de la casa, cogió una pala y empezó a cavar. Era un trabajo que tenía pendiente hacía semanas. En ocasiones hacía una pequeña pausa para escuchar si llegaba algún ruido desde la casa vecina.

Mia disfrutaba de la vida en Trieste; parecía que caía bien a todo el mundo. El policía se había convertido casi en un padre para ella, el *colonnello* de los *carabinieri* era encantador, como si le estuviera haciendo la corte; el director del banco la había invitado en la calle a un café y Rosalia, su vecina, le llevó verduras de su propio huerto y fue muy amable con ella. Ya no podía imaginar su vida sin Calisto. Apenas podía esperar a que apareciera por la noche con su Vespa recién llegado del trabajo. Sólo Angelo, que al principio se había ocupado de ella, estaba taciturno y grosero. Pero eso también se arreglaría.

Pronto se familiarizó con la ciudad y la provincia. Había mucho por descubrir. Una vez incluso cruzaron la frontera. Pasaron una tarde maravillosa. Por el oeste, el cielo estaba hasta la mitad del golfo más negro que un cuervo, y sobre el mar abierto, un muro de nubes se alzaba hasta el horizonte. Pero entonces la amenazadora tormenta fue creciendo exclusivamente hacia arriba, como si la sostuviera un vidrio enorme e impenetrable, dividiendo el mundo en claridad y oscuridad. Trieste aún estaba bajo el sol resplandeciente, sólo en la lejanía se veían los relámpagos. El mistral había cesado, ahora imperaba la bonanza y el aire estaba plomizo. Calisto propuso, debido al calor, ir al Carso, a Socerb o San Servola, como llamaban los italianos a la parte antigua, que estaba situada al este en lo alto de la ciudad y había sido un importante punto estratégico en las diferentes batallas del pasado siglo. Quien no había visto la ciudad desde lo alto, dijo Calisto, no la conocía y la entendía tan poco como quien aún no había llegado a Trieste por mar.

Un sendero de piedra llevaba hasta el castillo, por donde merodeaban cabras con sus campanas al cuello y se interesaban curiosas por ambos visitantes. En el restaurante que había instalado en el patio pidieron dos Pelinkovac con hielo, el Amaro de Istria, y ascendieron con el vaso en la mano hasta el punto más elevado, donde la vista llegaba hasta las pequeñas ciudades costeras de Istria, las salinas de Capodistria, Trieste y el Val Rosandra, con su profundo corte en la montaña de piedra caliza. Mia era feliz. La frontera política, que en el pasado había amputado de la ciudad su parte interior y había robado su fuerza a ambas, no desempeñaba ningún papel desde la perspectiva de pájaro. Trieste estaba colocada armónicamente en una formación geográfica que no conocía fin. Mia veía la península de Istria a la izquierda y al oeste, bajo nubes oscuras, las zonas de baño del Adriático italiano: Grado, Lignano y Jesolo. Allí el aire era claro como el cristal, mientras que en la parte soleada estaba casi imbuido en una neblina. Mia gozaba del roce de la mano de Calisto, que iba y venía por su espalda, mientras disfrutaba agachada de la vista por encima de la muralla.

—Por desgracia no hay sitio en el restaurante —dijo él—. Otra vez veremos desde aquí arriba la puesta de sol y la ciudad iluminada.

-No creo que haya apenas puesta de sol -dijo Mia-. Allá ya relampaguea.

-El tiempo es como la política. Es poco probable que cualquier cambio llegue hasta Trieste. Desde hace semanas es así. La tormenta descarga sobre el mar, el Friul o el Carso. Los treinta kilómetros a lo largo de la costa son siempre diferentes.

-Lo miraremos desde aquí arriba -dijo Mia-. ¿Me traes una bebida?

Cuando Calisto volvió, le besó.

-¿Qué has decidido hacer? -le preguntó Calisto.

Ella rió.

-¿A qué te refieres?

-¿Quieres quedarte en Trieste o volver a Australia?

-No he hecho planes -dijo Mia-. No tengo que tomar ninguna decisión. Puedo hacer lo que me venga en gana. El arsenal es el único escollo. Nada más.

-Has dicho que quieres vender la casa.

-Eso no cambia nada. Siempre encontraré una vivienda. Pero quizás no la venda. Y si lo hago, tampoco tengo prisa, no quiero romperme la cabeza por ello.

-Podría encontrarte en un abrir y cerrar de ojos un comprador para el almacén -dijo Calisto mirando hacia el horizonte-. Hay muchos coleccionistas de armas fanáticos que darían una fortuna.

-¿Por qué hay gente que colecciona armas?

-¿Y por qué coleccionan sellos o monedas? -repuso Calisto-. Aunque no te falta razón. Los coleccionistas de armas que conozco están casi todos como una cabra. Generalmente son fascistas o nazis. Personas débiles que se sienten más poderosas si tienen un tanque en el garaje o una granada de mano y una pistola en el armario. Estoy convencido de que algunos podrían iniciar inmediatamente una guerra con los objetos que han coleccionado. La máquina es más atractiva cuando funciona, y también más cara. Yo he hecho negocios alguna vez con ellos.

-¿Por qué?

-Dinero fácil, muy simple.

-No lo entiendo.

-Para esto no tengo escrúpulos. Si llega un objeto de estos a mis manos, lo vendo. Si no, lo haría otro. La moral o la política me importan una mierda.

A primera hora de la mañana siguiente Calisto se despidió de ella con un largo beso y Mia durmió largo y tendido. Después se sentó con una taza de café a examinar los documentos de su tía. No entendía mucho de esa lengua burocrática. Ya era mediodía cuando Mia llamó a la puerta de sus vecinos y preguntó por Angelo.

Rosalía, amable como siempre, convenció a Mia para quedarse a comer.

Aunque Angelo no se dignó ni mirarla cuando se sentó sin abrir la boca a la mesa.

—Quería preguntarte —se dirigió Mia a Angelo— si me puedes ayudar algo con la documentación. Estoy perdida con todo este lío burocrático. Y mi italiano no es suficientemente bueno para entenderlo todo.

—No tengo tiempo —le contestó Angelo sin desviar la mirada del plato.

—¿Por qué? —le preguntó su madre alterada—. El trabajo del jardín trasero puede esperar. No hay ninguna prisa. Hace meses que lo arrastras. Ve a casa de Mia y mírate esos papeles.

—Ya he dicho que no puedo —engulló los últimos bocados, retiró con estruendo su plato y se puso en pie—. Búscate a otro.

Tras de él, la puerta de la cocina se cerró de un portazo. Después oyeron cómo ponía en marcha su furgoneta de reparto y se iba del patio.

—No sé qué le pasa. Nunca se ha comportado así. Hoy a primera hora ya ha tenido una pelea sonada con su amigo Calisto, al que se ha encontrado por casualidad delante de casa. Si quieras yo te ayudaré. Aunque tampoco entiendo mucho de todo ese papeleo burocrático.

Mia quiso intentarlo de nuevo ella sola y se despidió. Colocó una mesa debajo del árbol del patio y esparció todos los documentos sobre ella. Si se concentraba, al menos podría ordenar todo ese follón de papeles. Ya era hora de adelantar trabajo. Quizá Calisto también le aportaría novedades después de haber revisado la documentación en el Registro de la Propiedad.

Era un grueso y desordenado montón de papeles el que encontró en el armario empotrado. Su tía no tenía en mucha consideración el archivo. Mia tuvo que luchar hoja a hoja. Comprobó las direcciones de las facturas de teléfono y electricidad, pero no aparecía el almacén por ninguna parte. Leyó por encima cartas y felicitaciones de Navidad, apartando sólo aquellas en las que reconoció la letra de su madre, así como tarjetas de felicitación y para días señalados. En una de ellas su madre informaba orgullosa de la fiesta de graduación de Mia. Entre los papeles encontraba una y otra vez facturas, que apenas pudo ordenar con mucho esfuerzo. Impuestos sobre la propiedad, seguros, suministro de agua, electricidad, la tasa de recogida de basuras, todo estaba mezclado en un verdadero caos. Llegó un momento en que Mia estaba cansada. Aseguró con piedras que los montones de papel no volaran con la suave brisa que se había levantado. Entonces se fue al dormitorio para descansar, aunque por la ventana abierta se oía el estruendo de una sierra eléctrica desde el patio vecino. Se puso una camiseta y fue a ver a Angelo.

—¿Por qué eres tan reservado? —le preguntó.

—No lo soy.

—Quería preguntarte si mañana por la tarde estás libre. Podríamos ir a nadar y

después a comer una pizza. ¿Qué te parece la idea?

-¿Cuándo? -pareció que en sus ojos renacía algo de amabilidad.

-¿Mañana?

-Aún no sé si dispondré de tiempo.

-Ya me dirás.

Por la noche, cuando alguien tocaba la bocina en la calle y Mia oyó cómo se apagaba el motor de la moto, fue corriendo al encuentro de su amante.

-Adivina qué es lo que he encontrado -le preguntó.

-Y adivina tú lo que he encontrado yo -respondió Calisto, y sacó un gran sobre del portaequipajes.

-Tú primero -dijo Mia.

-¿Una botella de vino en la bodega?

-Tonterías. Sigue probando.

-¿Otro almacén?

-Idiota. Entra. ¡El contrato de compra! ¿Y qué es lo que tienes tú?

-Pues lo mismo he encontrado yo -dijo Calisto confundido, y se abanicó con el sobre-. Tu tío se hizo con el almacén en una subasta y por poco dinero. En 1969.

-Exactamente. Es curioso que tía Alda no supiera nada al respecto. Parece ser que el tío tenía sus secretos.

-El almacén pertenecía a uno de los astilleros que en esos años estaban en quiebra. Uno tras el otro. Fueron años amargos para la ciudad. Tengo recuerdos oscuros de esa época. ¿Y qué es lo que has encontrado tú?

-Recibos y facturas y cartas y documentos de la aseguradora y mucho más papeleo. ¿Quieres un aperitivo? -condujo a Calisto a la mesa de debajo del árbol y le besó de nuevo-. Por cierto, le he hablado a mamá de ti -dijo finalmente-. Quiere conocerte sin falta.

Calisto arrugó la frente.

-No sabes la sed que tengo.

-Nos ha invitado a ambos. Incluso pagaría los billetes. Cuando queramos. Seguro que te gustará.

-En invierno -dijo Calisto-. El verano en Trieste es demasiado bonito para irse de aquí.

Cuando Mia volvió con vasos y una botella de vino blanco revisaron la documentación, que mientras tanto ya había ordenado. Le dejó a Calisto que decidiera qué era lo importante. Vaya caligrafía más rara tenía la gente mayor.

Pronto el montón de papeles había adelgazado. Pero no había aparecido ningún contrato de alquiler o alguna prueba, por remota que fuera, que sirviera de pista para aclarar la procedencia del arsenal del almacén.

¡Qué pronto se habían acostumbrado el uno al otro! Calisto hacía tiempo que no frecuentaba su propia cama. Mia se apropió de él completamente y él era feliz por el hecho de que el destino le hubiera enviado una compañera tan inteligente y atractiva. Cuando recordaba la cantidad de relaciones que había mantenido al mismo tiempo no se entendía ni a sí mismo. Y el hecho de que se hubiera interesado por Mia por unos motivos completamente diferentes había desaparecido de su memoria sin dejar huella.

Calisto salió como cada mañana poco antes de las ocho de casa. Cuando abrió la puerta del patio vio su motocicleta tirada en la calle sobre un charco de gasolina. Supuso que algún borracho la había tirado al suelo por la noche, pero luego, al levantar la moto, se percató de que también le habían pinchado los neumáticos. Calisto se cagó en todo. No es que fuera un manitas con las reparaciones. Necesitaba una grúa para llevar la moto a reparar. O Angelo con su furgoneta de reparto, si es que ya se había calmado.

Tocó el timbre de la casa vecina. Pasó un rato hasta que Rosalia le abrió y le dijo que Angelo se había ido como cada mañana al pueblo para leer la prensa en el bar. Calisto le encontró rápidamente y a modo de saludo le palmeó el hombro. Como respuesta, Angelo le lanzó una mirada llena de odio y le recibió con un movimiento brusco del brazo para mantenerlo a distancia.

—¿Qué es lo que quieras? —le preguntó Angelo irritado.

—Vaya, qué simpático —dijo Calisto—. Hoy nos hemos levantado con el pie izquierdo, ¿eh?

—A ti qué te importa. Desaparece.

—Tanta amabilidad me conmueve —Calisto se pidió un *espresso*—. Justamente cuando quería pedirte un favor.

—Búscate a otro.

—Alguno se ha permitido gastarme una desagradable broma a costa de mi moto. Los neumáticos están pinchados y hace falta llevarla al mecánico. Como tienes una furgoneta de reparto, me ahorraría tener que llamar a la grúa —Calisto dejó sobre la barra las monedas para pagar su café y el de su amigo.

—Guárdate el dinero. Ya me lo pago yo mismo —soltó enfurecido Angelo, y le dio la espalda. Siguió hojeando el *Piccolo* ignorando a su amigo hasta que Calisto le puso la mano sobre el hombro. Todo fue muy rápido. Su puño fue a parar en medio del rostro de Calisto. Obnubilado, se tambaleó un par de metros hacia atrás y fue a chocar contra una de las mesas. Empezó a manar sangre de la nariz. Antes de que pudiera reaccionar, Angelo prosiguió con el ataque. Dos ganchos en la mandíbula y en la sien acabaron con Calisto en el suelo. Antes de volver a recuperar la visión vio la sombra de Angelo sobre él.

—¿Adivinas quién ha dejado fuera de servicio tu mierda de moto?

La patada de Angelo en el bajo vientre le dejó sin sentido. Cuando Calisto

recuperó la conciencia vio el rostro del camarero agachado sobre él sosteniendo un vaso de agua en sus labios. Dos hombres le cogieron por las axilas y colocaron a Calisto sobre una silla.

—Realmente tenéis un problema —dijo el camarero.

Calisto se palpó los dientes y la nariz y afirmó levemente con la cabeza.

—Ya estoy mejor —aseguró con la voz rota por el dolor e intentó ponerse en pie—. Llamadme a un taxi.

—Angelo —llamó Mia por la ventana cuando vio trabajando a su vecino en el jardín. Sostenía una taza de café en la mano y sólo se había puesto por encima una blusa que apenas le cubría el trasero.

—Angelo, ¿te apetece un café?

El hombre se enderezó y se enjugó el sudor de la frente. Entonces se apoyó en la pala y miró hacia la ventana.

—Anímate, está recién hecho.

Angelo la miró un momento largo en silencio, hizo de tripas corazón, clavó la pala en la tierra y fue en su dirección. Se quedó parado bajo su ventana.

—¿Se te ha comido la lengua el gato? —Mia le alcanzó una taza de café.

—Gracias —dijo él en voz baja.

—¿Qué haces por la tarde? ¿Tienes previsto algo?

—¿Por qué?

—He pensado que podríamos hacer algo juntos. Pero si no tienes tiempo... —Mia se había propuesto disipar los negros nubarrones que se habían interpuesto entre ellos. Según la opinión de Calisto, él simplemente tenía envidia.

—Sí, sí, claro —dijo rápidamente Angelo.

## Rutina

Era una mañana ajetreada. Ya disponían de la fotografía que había recogido en el domicilio de Rosalia una patrulla por indicación de Marietta. La identidad del muerto estaba aclarada. Laurenti decidió ir con Sgubin a Servola antes de la conferencia de prensa.

La vieja señora abrió la puerta con una mirada llena de preocupación y les conminó a entrar. Su hijo, les contó, había quedado esa tarde con Mia, pero cambió completamente de planes después de que la joven recibiera desde Australia la noticia de la muerte de un familiar. Laurenti estaba sorprendido de que Mia no le hubiera informado al respecto, y eso que casi cada día le llamaba con motivo del arsenal. Rogó a Sgubin que confeccionara un acta y preparara a Rosalia por si era necesaria una identificación. Después le preguntó por teléfono al doctor Zerial del Instituto Forense si el cadáver no impresionaría más de lo debido a los familiares después de pasar por el laboratorio de Frankenstein. Se había acostumbrado a preguntarle en los tiempos en que ejercía Galvano, cuya capacidad de compasión era limitada. Zerial le comunicó a Laurenti la causa exacta de la muerte. El hombre se había ahogado con un pendiente que el forense le había extraído de la faringe. No había sido una muerte muy decorosa, pero sí algo insólita. Pero ¿a quién pertenecía la joya?

Mia miró a Laurenti con ojos como platos en cuanto abrió la puerta. En un primer momento quiso confesárselo todo, pero en cuanto él empezó a hablar se sobrepuso.

—Andaba por aquí cerca y quería ver qué tal estaba usted —dijo Laurenti—. Su vecina me ha contado que se ha producido un fallecimiento en su familia. ¿Le puedo expresar mi más sentido pésame?

Mia afirmó con la cabeza sin decir ni una palabra.

—Un familiar —dijo Laurenti—. ¿Muy cercano?

Mia volvió a afirmar con la cabeza.

—Mi tío favorito. Una persona maravillosa.

No estaba mintiendo, pues al fin y al cabo Laurenti no había preguntado por la fecha de su fallecimiento.

—Seguramente viajará para asistir al entierro.

—El viaje es demasiado largo. No tiene sentido. Me despediré de él de otra forma.

—¿Puedo hacer algo por usted?

Mia negó con la cabeza.

—¿Sabe usted ya por cuánto tiempo se mantendrá confiscado el almacén y quién se dedicó a colecciónar todos esos trastos?

—Aún están con el inventario. Por la tarde tendremos un resultado provisional y podremos evaluar la situación mejor. Me han llamado para que me presente en la Prefectura. Junto con el *colonello* Canovella, al que ya conoce.

Mia no le había ofrecido entrar en casa. Estaba apoyada en la jamba de la puerta y aún mantenía cogida con la mano la manilla. Laurenti permanecía tres escalones por debajo en el jardín delantero.

—¿No sabrá usted por casualidad algo de Angelo? —preguntó Laurenti.

—No tengo ni idea.

—¿Cuándo lo vio por última vez?

—Por la tarde, antes de que desapareciera.

—¿Dónde?

—Fuimos a nadar, pero entonces llegó la llamada desde Australia. Me trajo aquí inmediatamente.

—¿Y qué hizo usted entonces?

Mia dudó un momento.

—Permanecí todo el día en casa —dijo finalmente.

—¿No salió usted? —preguntó Laurenti.

—No —Mia tragó saliva—. Ya lo dije, fue el día en que recibí la noticia.

Laurenti se rascó la cabeza y miró a la joven sin abrir la boca. Zerial había dicho que las huellas de la segunda persona del Val Rosandra eran sin duda de una mujer. Un pelo rubio oscuro de treinta centímetros de largo. Igual que el de Mia.

—¿Pero querían salir después de ir a nadar? —preguntó Laurenti.

—Sí, pero yo después rechacé la invitación. Realmente no sé qué fue lo que hizo después.

Zerial había añadido algo más que preocupaba a Laurenti. El cadáver tenía unos arañazos tan marcados que tenía que haber tenido lugar una pelea. Igual que en un intento de violación, había añadido. También encontró restos de esmalte de uñas rojo. Laurenti quería ir por la tarde para echarle un vistazo él mismo al cadáver. También podría inspeccionar el pendiente, que habrían limpiado y fotografiado.

—Pues entonces no la quiero molestar más. Si echa de menos un pendiente, llámeme —Laurenti echó un vistazo a la mano de Mia. Sus uñas eran cortas y no estaban pintadas.

—Si se produce alguna novedad con el almacén hágamelos saber —le rogó Mia—. ¡Aún tengo que pensar qué voy a hacer con todos esos cachivaches! —entonces

señaló con la cabeza la casa vecina-. La pobre Rosalia está completamente desesperada.

—Ya lo creo, necesitará muchas fuerzas para seguir adelante. Quizá pueda ocuparse de ella en cuanto vuelva de la identificación. No debería estar sola.

—¿Entonces han encontrado a Angelo? —preguntó ella. El hombre se lo estaba poniendo muy difícil. Le estaba pidiendo algo que ella no podía hacer.

—Parece ser que sí. Pero su madre debe identificarlo. Le supondrá un fuerte golpe. Pero tampoco usted debería estar sola —dijo Laurenti—. ¿Tiene alguien a quien recurrir?

Mia se asustó cuando vio cómo Sgubin llevaba cogida del brazo a la vieja Rosalia camino del coche patrulla. Seguramente era la primera vez que se sentaba en un coche de éhos.

—La llamaré —dijo Laurenti, y miró el reloj. Debía darse prisa. En un cuarto de hora empezaba la conferencia de prensa.

—Trieste no es ni un feliz oasis ni el reino de los malvados —dijo el *questore* a los periodistas de la sala, antes de que se diera a conocer la estadística anual de criminalidad. Junto a los representantes de la prensa local y las cadenas de televisión había también medios de comunicación de allende las fronteras. El prefecto estaba presente en la sala, así como algunos políticos del Ayuntamiento y del gobierno de la región—. Debemos seguir atentos. La formación de nuestros agentes es primordial y hay que agradecer la buena colaboración existente entre la policía y la fiscalía, las otras fuerzas de seguridad italianas y nuestros colegas eslovenos. Tenemos contabilizados 282 ingresos en prisión, 110.000 llamadas de urgencia, 9.000 intervenciones de los coches patrulla, un par de miles de intervenciones para restablecer el orden público, 44 prohibiciones a ultras de nuestro equipo de fútbol, 9.210.484 controles en las fronteras, 9.200 repatriaciones de inmigrantes ilegales, 464 retiradas de carnet de conducir, 9.524 permisos de residencia concedidos, un par de miles de prórrogas de estos permisos y un par de miles de denegaciones. Pero no nos hagamos ilusiones: Trieste es sólo aparentemente una ciudad tranquila con una pequeña criminalidad relativamente insignificante. En cambio es un punto de convergencia de las nuevas organizaciones mafiosas, que se instalan aquí, o que están de paso, para aprovecharse de su especial posición geográfica y utilizarla como base de sus operaciones. Contrabando de todo tipo, tráfico de personas, nuevas formas de esclavitud, tráfico de órganos humanos, drogas. Las bandas organizadas hoy en día están en contacto entre sí en toda Europa...

Laurenti se sabía las cifras de memoria y sólo escuchaba a su jefe, junto al que estaba sentado en el podio, con una oreja. Hojeó la documentación que le

habían facilitado para comentar, mientras el *questore* parecía haber adoptado más bien el papel del político.

—Y quería subrayar especialmente lo siguiente: no es cierto que los extranjeros cometan más delitos en el país que los nativos.

El jefe miró con semblante serio hacia la sala, como si quisiera asegurarse de que todo el que estuviera presente había entendido bien esa afirmación. Entonces finalizó su intervención con las siguientes palabras:

—En todo caso la policía necesita el apoyo de la clase política y de la población para estar más cerca de los ciudadanos y poder garantizar el funcionamiento sin trabas de los pilares de nuestra sociedad —y dirigiéndose a Laurenti añadió—: Mi subordinado les aclarará los detalles del informe de criminalidad del año 2002 —y tras terminar la frase se recostó en el respaldo de su silla.

—*Parenti serpenti* —empezó diciendo Laurenti, y se mordió la lengua antes de proseguir con *fratelli coltelli* cuando se percató de que se producían risas entre el público. Tras ello se ciñó a la interpretación de los datos puros y duros. Lo que tenía que comunicar no era la imagen serena de una sociedad feliz. El número total de asesinatos se había reducido sensiblemente en Italia, pero por otro lado se había incrementado el número de acciones violentas dentro de las familias y entre vecinos de forma alarmante. En todo el país hubo 1.200 asesinatos durante el pasado año, pero de ellos un 51,2 por ciento se produjeron en el ámbito privado. El aumento comparativo con el mismo período era alarmante: más de un 69 por ciento de los asesinatos se habían producido entre vecinos, un 58 por ciento entre conocidos y un 33 por ciento en el ámbito profesional. Por otro lado, los asesinatos atribuibles claramente al crimen organizado se habían reducido. Aunque los que no se podían clasificar habían aumentado. Laurenti expuso datos sin florituras, dejando la interpretación de éstos a los demás. Su cargo no le obligaba a ello, aunque habría hablado largo y tendido sobre la situación. Pero entonces debería haber mantenido una charla política que habría sido interpretada de cualquier forma menos neutralmente. Debería haber hablado del aumento de los miedos existenciales en la sociedad, de la presión económica cada vez mayor y de la ruptura social cada vez más acentuada. Pero ello le habría costado el cargo.

Mientras tanto, Marietta había confirmado la cita con Galvano. El viejo seguramente ya le estaba esperando. Hizo un gesto de rechazo cuando la reportera de la televisión regional le cerró el paso a la salida y pasó a su lado sonriendo, sin siquiera dignarse mirar el micrófono.

## Pizza para todos

—Disculpa la frugal comida —dijo Viktor Drakić petulante cuando se despidió de Jože Petrovac en el aparcamiento de la pizzería situada a la entrada de Cittanova—, pero estos locales son los más seguros.

Petrovac le palmeó el hombro.

—Es casi tan buena como en la cárcel.

Hacía tiempo que no se veían y tenían un montón de cosas que comentar. Como de costumbre, Petrovac había encendido un cigarrillo tras otro e incluso fumaba entre bocado y bocado, que se llevaba a la boca de forma precipitada y apenas sin masticar. Era un hombre nervioso, a pesar de que sus negocios funcionaban espectacularmente. Gracias a la habilidad de sus abogados y a la cantidad de dinero que dedicaba a los sobornos, disfrutaba de la libertad. A corto plazo no se planteaba una reanudación próxima de su proceso. Las autoridades de Zagreb estaban ocupadas con la defensa de la orden de extradición cursada contra varios criminales de guerra por La Haya. Además, Croacia invertía sus fuerzas en entrar en la lista de los países candidatos a formar parte de la Unión Europea y debía comportarse correctamente sin ceder a los requerimientos del extranjero. Se habían acentuado las tendencias nacionalistas, y por ello era mejor no traer de nuevo a colación el caso Petrovac. La detención de hacía casi dos años se había producido sólo por presiones internacionales. Mientras estaba en la cárcel, Viktor Drakić se había ocupado de los negocios y, gracias a los buenos contactos con los italianos, incluso éstos se habían ampliado. Petrovac no se había tomado a mal que durante ese tiempo Drakić se hubiera quedado con su parte para él y le hubiese propuesto actuar conjuntamente, pero de forma descentralizada. Todo lo trataban con flexibilidad. Petrovac debía seguir siendo el único que explotara la línea Pekín y el responsable de toda la inmigración ilegal hacia Europa occidental. Por el contrario, Viktor Drakić quería desmantelar el negocio de las armas, que en su mayoría se dirigía geográficamente hacia lugares poco fiables. Donde se tratara con drogas y otras cosas, quería colaborar, al igual que con el asunto de las divisas, y ahora sobre todo en la política. Su hermana Tatjana había cambiado de nombre y de cara y residía con pasaporte diplomático americano en Trieste y se ocupaba de las cuentas. Ninguno de los investigadores locales la había reconocido, cuando volvió a la ciudad casi un año después y abrió su despacho a apenas cincuenta metros de la Questura. Dirigía uno de los muchos negocios de importación y exportación que existían en cualquier ciudad fronteriza y

portuaria. Ni Proteo Laurenti ni el fiscal Scoglio se podían figurar que la red estaba de nuevo en funcionamiento.

—El problema en Belgrado es —expuso Petrovac durante la comida como si fuera un hombre de Estado— que las ayudas para la reconstrucción de la UE y de la ONU no llegan tal como se había prometido. Hoy en día ganamos más con las empresas de logística que trabajan para el KFOR que con el negocio de la construcción en la capital. Desde que Djindjic no está los negocios funcionan mejor, pero por otro lado vuelve a haber follón en Kosovo. Quizá ya es hora de sacrificar a Ratko Mladic. Eso quizá volvería a abrir el grifo de dinero.

Drakić sonrió irónico entre suspiros.

—Nos ha costado un montón de dinero volver a tener la sartén por el mango.

El primer ministro serbio, que tras la caída de Milošević Milošević, tuvo la insensata idea de estabilizar el país y por esa razón se enemistó con quienes tiraban de los hilos entre bambalinas del anterior régimen, fue objeto de un atentado. Éstos pertenecían supuestamente a la Sociedad de los Honorables, aunque la maraña política era tal que seguramente nunca se aclararía nada. Además, en Occidente no existía un interés inquebrantable por que así fuera. Y aunque el abismo entre croatas y serbios fuera enorme, ello no iba en detrimento de la colaboración entre los criminales. Sólo conocían un mismo objetivo: el lucro. Y trabajaban de forma transfronteriza con eficiencia.

—Ese dinero estuvo bien invertido —dijo Petrovac—. Nuestros colegas italianos están agradecidos. ¿Hay problemas con las chicas en Kosovo?

Drakić frunció la frente.

—Como siempre, temporales. A veces aparecen en la prensa occidental artículos exasperantes sobre el hecho de que los mismos cascos azules paguen por follar. Pero en última instancia eso no afecta al negocio. Me preocupa más el «caso Telekom Serbia» que han abierto los fiscales italianos. Hay mucho en juego y algunos de nuestros mejores socios de negocios están metidos en ello. Aunque no creo que se arme un escándalo —añadió riendo con desdén—. Todo sucederá como de costumbre. Mucho ruido y pocas nueces. Al final, la absolución. Por desgracia, transcurre un tiempo valioso hasta que la gente de la segunda fila llega a conseguir algo.

La compra de Telekom Serbia por parte de consorcios italianos y griegos ocupaba intensamente a jueces y medios. Se trataba de 450 millones de dinero negro que habían ido a parar a políticos. El gobierno y la oposición se acusaban mutuamente y aportaban nombres, a lo que siempre se reaccionaba con denuncias por difamación. Y una y otra vez salían a la superficie, como si fueran fantasmas, los protagonistas relacionados en los últimos veinte años con otros casos prominentes. Las conexiones de la Cosa Nostra con el negocio en los

Balcanes eran más que evidentes, pero tanto las autoridades como la prensa evitaban nombrar estas conexiones. Eso les convenía a Petrovac y Drakić, aunque mantener ese silencio les costara dinero.

—Necesito apoyo logístico —dijo Drakić—. Hasta la fecha lo ha organizado todo Zakinji, pero desde su detención tenemos problemas. Le había dicho más de mil veces que debía buscarse un representante. Ninguna empresa puede permitirse el lujo de depender de una sola persona.

—Zakinji saldrá pronto —dijo Petrovac con una risa categórica.

—Se trata del desarrollo de un encargo desde Bosnia. Trescientos kilos de Goma 2, cien Semtex y mil ametralladoras. La mercancía se encuentra en un almacén en Trieste. Ya hemos organizado el siguiente envío. Las armas y la munición llegarán hasta allí en diferentes transportes. Pero para la entrega del explosivo necesito gente en la que pueda confiar. Ya no me fío de los musulmanes. Aún me deben dinero de la última vez.

—Eso debe aclararse y se aclarará.

Convinieron un encuentro y Petrovac le prometió conseguir una unidad buena y equipada que le asegurara el transporte y la entrega. Drakić era únicamente responsable de que la mercancía llegara a tiempo a Croacia.

Galvano señaló a la joven que hacía la ronda en el local con sus papelitos y llaveros.

—A la pobre la suelo ver por las noches —le dijo a Laurenti—. Parece ser que las cosas no le van muy bien. Ayer a última hora quería contarme algo. Pero no entendí ni una palabra —sacó un billete de diez euros de la cartera y de forma generosa se lo alcanzó a la joven—. ¿Cómo te llamas, muchacha? —le preguntó, pero ella sólo hizo un gesto apocado con la mano—. Primero fueron los vendedores de rosas, después los Vu Compra en la zona peatonal y los niños albaneses, que habían enviado para mendigar. Ahora también los sordomudos han descubierto su fuente de ingresos. ¿De dónde vienen todos? Preferimos no saberlo. Fíjate en la muchacha: ayer parecía tener problemas. Como mucho tiene veinte años y cojea como nuestro viejo chicho de aquí. ¿Has visto los moratones azules que tiene en el cuello? Estoy convencido de que no los ha provocado un besuqueo salvaje. Pero no le puedo preguntar qué es lo que le pasó. Si intento hablar con ella se ríe como una máscara, recoge rápidamente el animalito de peluche de la mesa, se lo guarda en la mochila y se va con la mirada perdida.

La mano de Galvano se deslizó por debajo de la mesa. Le puso un trozo de pan en la boca al perro negro, cuya cabeza descansaba en su rodilla.

—¿Dar o no dar? Tal como lo tienen montado, creo que no es de recibo —dijo

Laurenti de forma ambigua.

–¡Se trata de la lucha por la existencia! –Galvano le miró enfadado.

–¿Desde cuándo tiene usted compasión? Usted conoce las historias de esta gente tan bien como yo. Hoy en día se hace dinero sin escrúpulos con cualquier forma de miseria social. Los Vu Compra son los hermanos de las Damas de Nigeria, que son explotadas sexualmente. Los jóvenes deben entregar cada día el dinero que han conseguido por los CD's, las gafas de sol y los mecheros a su cabecilla, que a su vez entregará ese dinero a un pez más gordo. Y tiembla si les entregas poco. Están organizados como una columna de impresión. Te arrea un golpe cuando no cumples sus órdenes.

–Ninguna persona pegaría a una sordomuda. ¡Te has vuelto insensible! Tu profesión te ha echado a perder. Ya está bien que puedan salir finalmente de su aislamiento y vayan conscientes de sí mismos a los bares y restaurantes. No molestan a nadie y nadie te obliga a darles dinero. Se trata de un acto de humanidad, y si mientras tanto te has endurecido tanto que algo así ya no te conmueve, es que eres tú quien necesita ayuda y no esta pobre gente.

–El perro le ha transformado completamente –Proteo Laurenti intentó cambiar de tema lo más rápido posible–. Hasta hace poco era usted el único que observaba el mundo sin ningún tipo de compasión. ¿También lo lleva a pasear regularmente?

–Nos entendemos a las mil maravillas, si es eso a lo que te refieres. Tengo la impresión de que Clouzot realmente ha resucitado desde que está conmigo. En todo caso no parece que te eche de menos ni lo más mínimo. Supongo que entretanto ya habrás pagado la factura de la clínica veterinaria, ¿no?

–Eso era asunto suyo –protestó Laurenti–. Usted prometió hacerse cargo de los gastos del tratamiento cuando le regalé el chucho.

–¡Bueno, bueno, bueno! Hace poco nos encontramos en la calle al veterinario de Udine, que tan magníficamente lo ha remendado. No sabes cómo se alegró de ver al perro vivito y coleando. Pero nos dijo que se alegraría aún más si algún día cobraba por su trabajo.

–Nunca he recibido factura alguna, Galvano. No haga como si no recordara nada. Y sobre todo no berree tanto, que nos oyen todos.

Da Giovanni, el *buffet*, tal como se denominan determinado tipo de locales triestinos en los que se puede comer rápido y bien al mediodía, disponía de pocas mesas. Habían llegado con suficiente tiempo para encontrar sitio. Mientras tanto el local se había llenado rápidamente y la barra, donde el vino de barril corría a raudales, estaba a rebosar. También el vocerío había ido en aumento y Galvano hablaba cada vez en voz más alta.

–No me digas lo que debo hacer. Tú eras el que quería comer en este garito

en lugar de hacerlo en la pizzería de enfrente, donde se está la mar de tranquilo. ¿Por qué querías verme? Ya sabes que tengo una agenda muy apretada.

—Como todos los jubilados, Galvano. Ya lo sé —dijo Laurenti—. Un amigo mío tiene un pequeño problema. Necesita un médico de confianza. Mejor dicho, su mujer. Que emita un certificado que impresione tanto a la gente del Ministerio que así no lo trasladen.

Galvano dejó que le explicara el caso y le facilitó sin dudarlo un nombre, que Laurenti se apuntó.

—Otra cosa —Laurenti carraspeó y miró brevemente a su alrededor. Quizá el viejo forense pudiera ayudarle con el caso que el fiscal le había endosado—. ¿Recuerda usted el asesinato de ese folklorista de San Vito? Ocurrió en 1977.

—¿El profesor maricón? Sí, claro. En su momento lo tuve en mi mesa. No tenía un aspecto especialmente feliz. ¿Por qué?

—Se dice que mi antecesor en el cargo había encaminado a propósito las investigaciones en la dirección equivocada y que no interrogó a los testigos indicados o sólo de mala gana.

—Llámale. Pregúntale a él.

—Ése es el problema. Cuando al fin lo localicé, lo que no me fue fácil, me dijo de forma poco simpática que ya había terminado su vida profesional. No quiere hablar conmigo.

—¿Quién era en ese momento el fiscal?

Laurenti denegó con una señal.

—Es viejo y bebe demasiado.

—Déjalo estar. No sacarás nada en claro. Desde hace casi treinta años nadie lo ha hecho. El caso está cerrado. Déjalo así. Perderás el tiempo.

—¿Sabe usted cómo murió? —preguntó Laurenti.

—¡Lee el expediente! Así lo sabrás. ¿Por qué debería rescatar algo de mi memoria, cuando todos vosotros habéis prescindido absurdamente de mí? «Disfrute usted de su retiro», me deseó en su momento el prefecto. El muy embustero y cabrón —para qué negar que Galvano podía llegar al colmo del rencor.

—Lo extraño es que el expediente ha desaparecido del archivo del Tribunal —Laurenti hizo como si no se hubiera enterado de la bronca—. Desaparecido sin dejar huella, cuando ya sabe que cualquier movimiento de los expedientes se registra de forma escrupulosa.

—Imposible. Que busquen bien.

—No hay nada que hacer. Por orden del fiscal, todo el archivo se puso patas arriba. Siento decirle que debe hacer trabajar su memoria.

—Siempre he dicho que sin mí no vais a ninguna parte —el viejo le puso al perro bajo la mesa otro trozo de pan en la boca—. Bueno, Laurenti, pero sólo

porque te aprecio. A otro lo mandaba al diablo –Galvano había entendido que realmente le estaban interrogando y empezó a hablar-. Se trató de un asesinato en el ambiente homosexual. Fue atado a la cama y amordazado. Cuando lo encontraron ya llevaba dos días muerto, estrangulado. Antes le habían golpeado en la cara, tenía hinchazones y un incisivo suelto, hematomas por todo el cuerpo. Si quieras te lo explico con pelos y señales. Le robaron el dinero y el coche. Me asombra que lo hayas olvidado, para mí es como si hubiera ocurrido ayer.

–Los profanadores de cadáveres no olvidan a sus clientes. Yo por mi parte llevaba poco tiempo en la ciudad, quizá tres años, y no tuve nada que ver con el caso. ¿No se sospechó de alguien en concreto?

–Eran dos los que estuvieron junto a él durante su última hora de vida, había tres vasos sobre la mesa. Al fin y al cabo no es tan fácil ejecutar a alguien de esa forma solo.

–¿Huellas dactilares? –preguntó Laurenti.

–El caso fue algo extraño. Los de huellas dactilares supuestamente no encontraron nada. En aquel entonces yo ya lo consideré como imposible. Quizá llegó alguna orden desde arriba. Al fin y al cabo no era un cualquiera al que mataron alevosamente.

–¿Qué quiere usted decir?

–Lo que he dicho. O bien era alguien del mismo medio o bien quería que creyéramos que había sido alguien del mismo medio, pero que tenía unos motivos totalmente diferentes.

–Una muerte nada bonita.

–¡Eso depende de cómo lo mires! –el viejo reía tan alto que la gente que ocupaba las otras mesas se volvió hacia él-. Los expertos aseguran que el mejor orgasmo se alcanza cuando uno está a punto de ahogarse –dijo a voz en grito, y pasó por alto con condescendencia el gesto con la mano de Laurenti, cuando algunos clientes se habían vuelto hacia ellos curiosos-. Es un poco peligroso, pero sin duda especialmente divertido. Dile a tu mujer que te estrangule un poco. En cuanto se te empiecen a salir los ojos de las órbitas, te pondrás como un cohete. ¡Eso es sexo de verdad! Así florece la pasión de nuevo, querido.

Laurenti intentó frenar a Galvano. Gracias a Dios, no había ningún conocido cerca.

–¡No se preocupe! A mí me interesa mucho más qué sospechas alberga usted.

–Ninguna, Laurenti. El hombre debía de vivir, cómo lo diría yo, en su propio mundo y, tal como se escribió entonces en la prensa, solía frecuentar unos «ambientes especiales», pero aparte del hecho de que su testamento fue modificado poco antes de morir, no se produjo ningún hecho excepcional. Lo que sí es cierto es que se ejerció presión desde arriba para que el caso se cerrara

lo más rápidamente posible. Tampoco en la prensa se mencionó apenas el caso. Donde normalmente te pasan por encima como con un tanque y repiten las historias más triviales de los informes policiales hasta que uno se las sabe de memoria. Sólo se informó repetidamente sobre el asunto de la herencia. Pero eso fue diez años más tarde.

—¿Y quién hizo la presión?

—No lo sé.

—¿La fiscalía, la clase política, los familiares? ¿Quién quería cerrar el caso? — Laurenti tenía la impresión de que Galvano no estaba cómodo hablando sobre ese asunto.

—¡No me tortures! —Galvano torció el gesto y le volvió a dar un trozo de pan al perro. Después carraspeó y se inclinó hacia Laurenti—. ¿Te dice algo la Orden de Malta?

—Claro. Primeros auxilios, vehículos de salvamento, hospitales y otras cosas. Galvano dudó un momento.

—¿Y qué más?

Laurenti alzó los hombros interrogativamente.

—Disfrutan de gran influencia.

—El profesor les legó toda su riqueza treinta y cuatro días antes de su muerte. Y no era moco de pavo. ¿Has leído a Dashiell Hammett? *El halcón maltés*? Una novela negra americana de 1930.

—No, no la conozco. Hacen gracia estas agrupaciones de hombres: masones, logias, órdenes —Laurenti puso los ojos en blanco—. Un par de presumidos que han intentado cargar sobre sus espaldas con la historia de la sociedad. Gladio, P2. Todo el mundo sabe qué es lo que maquinaban.

—No te falta razón. Pero te relataré un pasaje del libro para que lo entiendas. Por cierto, se hizo una película con Humphrey Bogart. El diablo sabrá cuántas veces he visto esa cinta. Un hombre increíblemente gordo le pregunta al detective: «¿Qué sabe usted de la Orden de los Caballeros Hospitalarios de San Juan de Jerusalén, más tarde llamados Caballeros de Rodas, así como de la Orden de San Juan o de Malta?». Y el otro responde: «Cruzados o algo así». Y más tarde la bola de sebo pronuncia la frase decisiva: «Nadaban en riquezas. ¡No tiene usted idea! Ni usted ni nadie. Llevaban años y más años saqueando a los sarracenos, y habían llegado a atesorar lo que nadie sabe en gemas, metales preciosos, sedas, marfiles..., lo mejor de Oriente. Esto es pura historia. Todos sabemos que para ellos, y también para los templarios, las guerras santas eran en gran medida una cuestión de botín». ¿Has entendido ahora?

Laurenti negó con la cabeza.

—Hoy en día el Tribunal Internacional les acusaría de ser criminales de guerra. Galvano ahogó la risa.

—A éstos no se les pone tan fácilmente ante un tribunal, iluso. Sería más fácil enredar a Berlusconi para que se hiciera un trasplante capilar. ¿Pero sabes por qué te cuento todo esto?

—Ya me dirá por qué.

—Tras un largo proceso por todas las instancias que llevaron adelante los familiares de este profesor, finalmente la Orden de Malta se quedó con todo. Me asombra que nadie advirtiera a los familiares que iban a malgastar su dinero en unos procesos sin visos de resolverse a su favor. Los señores caballeros de la Orden son poderosos. ¿No querrás imputarle a alguien de ese ilustre círculo algo malo? Mejor que lo dejes estar, no te aportará nada bueno. Cumple con tu deber, pero no te lo tomes tan a pecho.

—Cuando los hermanos de la logia planearon por entonces el cambio de régimen hubo, gracias a Dios, colegas que se lo tomaron muy a pecho. Si no hoy en día nuestro presidente se llamaría Licio Gelli —Laurenti no se rindió tan rápidamente como había esperado Galvano.

—Gelli, Berlusconi, ¿qué diferencia hay? Pero aún no has entendido la cuestión. Entre los caballeros de la Orden de Malta encontrarás ilustres nombres de la alta sociedad, no sólo de la vieja aristocracia de Italia, Alemania, Francia y demás países. Presuntamente también Andreotti, Agnelli, Dios le tenga en su seno, y antes también consejeros del Deutsche Bank, todos los grandes peces gordos. Incluso un jefe de la CIA fue miembro, y aquel otro de la OSS, la organización que la precedió. Todos caballeros de honor. Cuando crearon tras la guerra el primer servicio secreto italiano, necesitaron a una persona de confianza tras las bambalinas. Alguien que ejerciera de coordinador para ellos. Los americanos no querían que pasara algo que ellos no pudieran controlar. ¿Y quién fue esa persona? Un antiguo fascista, que luchó en las filas de Franco, que de repente se embutió un uniforme de las SS y se dedicaba a delatar a los partisanos ante los alemanes. Alguien que, finalmente, después de la guerra echó una mano por poco tiempo en Argentina al servicio de Perón. Se trataba también de un caballero de la Orden de Malta. Y esta persona era además un masón, lo que a decir verdad no era posible según los estatutos de la Orden. ¿Y cómo se llamaba ese buen hombre? Pues nos volvemos a encontrar con Licio Gelli y el P2. ¡No te asombres! Pero que lo sepas, ¡en ningún caso lo juraría! La Orden de Malta está reconocida diplomáticamente por setenta países. Es un estado sin territorio. Incluso disponen de un cargo de observador en la ONU y también están presentes en Bruselas. ¿Lo has entendido finalmente? Son intocables. Meterías la mano en el fuego. Por cierto, cuando Napoleón los echó de Malta, se exiliaron. Y no te vas a creer a dónde: a Trieste. Fue en 1798.

El viejo miró de repente el reloj y pegó un respingo.

—Tengo que irme, llego tarde. Disculpa. ¿Puedes hacerte cargo por una vez de

la factura?

Antes de que Proteo Laurenti pudiera protestar, Galvano ya se había puesto en marcha y tiraba violentamente de la cadena del perro que se encontraba bajo la mesa.

—Hasta pronto.

Antes de llegar a la salida se volvió de nuevo y gritó a través de todo el local:

—Me he confundido, ¡no eyaculó! Murió sin hacerlo.

A Laurenti se le subieron los colores a la cara. Todas las miradas se dirigían a él. Movió enfadado la cabeza de un lado a otro, dejó el dinero sobre la mesa y salió rápidamente.

El viejo antipático. Galvano nunca le había invitado. En los últimos años no le había pagado ni el café, y ni siquiera traía una botella de vino las veces en que los Laurenti le habían invitado a casa. Pero a los sordomudos les daba un buen pico. Era extraño que de repente tuviera tanta prisa, cuando siempre daba la impresión de disponer de más tiempo que todos los demás juntos. Y de golpe había desaparecido, como si en la siguiente esquina le estuviera esperando una joven querida.

—Mira, 007, allí enfrente está sentado uno de nuestros clientes habituales —dijo Antonio Sgubin a su colega de la Guardia di Finanza, al que le unía una larga amistad y con el que se encontró para comer y organizar una salida con el velero durante el fin de semana.

—¿L'Orecchione? ¿El orejudo? —preguntó Matteo Bondi, al que desde los tiempos de la escuela llamaban «007», pero que profesionalmente nunca había pasado de ser un sargento, como si se opusiera con todas sus fuerzas a un ascenso ineludible. Lo mismo que Sgubin, que hasta hacía un par de meses había elegido un trabajo más cómodo dentro de la carrera, aunque hay que reconocer que como asistente de Proteo Laurenti disfrutaba de más consideración, por mucho que eso supusiera más trabajo, lo cual no dejaba de lamentar—. Mal cliente, si no pasaría más tiempo a la sombra. Es el bar que suele frecuentar. ¿Hay algún cargo contra él?

También Bondi solía comer al mediodía allí siempre que el operativo de una intervención no se lo impidiera. El cuartel de la Guardia di Finanza se encontraba a sólo dos casas de distancia, en el Passeggio di Sant'Andrea, frente a las puertas del Porto Nuovo.

—En L'Orecchione puedes confiar. Ya verás cómo no aguantará toda la vida sin hacer alguna tontería. ¿Quién es el otro que está a la mesa?

Bondi 007 hizo una mueca.

—No lo había visto nunca. Parece alemán. Mira qué zapatos y qué camisa

lleva. Por cierto, ¿a qué chicas vamos a invitar el fin de semana y qué nos llevaremos de comer?

Ya no se preocuparon más de L'Orecchione y el rubio sentado a su mesa, sino que forjaron planes para los dos días en el velero de Sgubin para tostarse al sol hasta no poder más. Sin ese bronceado no hacía falta que iniciaran la nueva temporada a la búsqueda de un botín entre las ondinas marinas. Sgubin propuso visitar los locales del otro lado de las fronteras. La única garantía de no recibir calabazas era invitar. Sin embargo, Bondi 007 prefería llevarse a bordo dos triestinas que aún no hubieran salido con aquellos dos eternos solterones. Alguna debía de quedar, decía él.

—¡Me ponen de los nervios! Están por todas partes —dijo el rubio de rostro colorado, echando pestes y despachando con desprecio a la joven que había dejado un papelito y un llavero sobre la mesa. Pero ella ya estaba acostumbrada a que la rechazaran y no se inmutó. El hombre barrió el papelito y el llavero de la mesa con un gesto airado de la mano y se ganó con ello varias miradas de censura, y no sólo de la persona que tenía enfrente. Cuatro trabajadores de un taller de reparación cercano se le quedaron mirando con mala cara. Mientras el otro hacía como que no les veía, uno de ellos recogió con toda la parsimonia del mundo los objetos de la mesa y se los devolvió a la sordomuda, que había sufrido en propia carne la hostilidad del rubio, junto con una moneda.

—Entonces ¿tiene ya la mercancía? —preguntó el hombre nervioso.

—Usted ya sabe que vendo información, no mercancías —Calisto evitó sonreír tontamente—. Pero siempre encuentro lo que mis clientes desean. Lo demás es asunto suyo.

Los tres ventiladores, que se agitaban estoicamente en el techo, apenas removían el espeso aire de la larga sala y las nubes del humo de los cigarrillos. El local estaba bastante lleno y por el espejo de la pared aquello parecía más bien la cantina de una empresa que no parecía tener fin. La Pizzeria Campi Elisi en la Via delle Fiamme Gialle era el sitio ideal para hablar sin ser molestado. En ese establecimiento era impensable que alguien recordara a un cliente esporádico. Desde el momento en que uno no vuelve al mismo sitio por segunda vez o deja que pase el tiempo suficiente entre visita y visita, lo que está diciendo es que lo suyo no es una costumbre. Y las costumbres traicionan. Por el contrario, Calisto Ciampi era un cliente habitual, ya fuera al mediodía o por la noche, y por eso los camareros lo recibían como si fuera de la familia: simpática indiferencia, ninguna carta de menú, servicio rápido y pago sin factura. Calisto se citaba con sus clientes preferiblemente allí.

—Para mí sería más sencillo si sólo tuviera que tratar con una persona —dijo el

hombre con un acento alemán inconfundible. Hacía una hora que había llegado de Salzburgo y quería estar de vuelta en casa por la tarde.

—No se preocupe —Calisto hizo desaparecer el argumento con una sonrisa—. Usted paga aquí y recoge la mercancía en otro sitio y basta. Como la última vez. Nadie se acordará de usted. ¿Quién mejor que yo sabe lo que es la discreción? —miró a su interlocutor a los ojos azules y acuosos y pensó que de hecho era difícil recordar a ese hombre tan mediano, que cumplía perfectamente con el cliché de *crucco*. Había tanta gente parecida a él que más bien parecían fabricados todos en serie.

—¿A qué precio?

—Quince mil por pieza. Y diez cartuchos gratis.

—Demasiado caro.

—Entonces cómprese usted algo nuevo, le costará aún más. La gente del KFOR y del SFOR le podrá suministrar todo de lo que se envía a los Balcanes. Los soldados necesitan dinero. Su paga no les llega para la manduca, la bebida y las chicas. Dispongo de contactos espléndidos.

—Conozco los precios mejor que usted —protestó el alemán—. Soy colecciónista.

—Pensaba que quería volar el Obersalzberg o el Deutsche Bank antes de que se declare en bancarrota —Calisto estaba convencido de su postura—. Construido en 1943. Trabajo alemán de calidad. Prácticamente sin usar, estoy seguro de que estuvieron en manos de un par de hombres inteligentes que tenían en más estima su vida que el tanque enemigo. Funcionan perfectamente. Pero se lo puede volver a pensar.

El rubio empujó el plato con la media pizza hacia un lado y bebió un trago de cerveza.

—¡Déjese usted de bromas! ¿Cuándo estará el material a mi disposición?

Calisto se encogió de hombros.

—Pronto —dijo—. Esta misma noche, si tiene usted prisa. Antes tendría que telefonear. Como ya le he dicho, sólo vendo información. No me interesan las mercancías.

—¿Dónde?

—En las afueras.

El rubio meneó la cabeza de un lado a otro y el rostro se le volvió a enrojecer profundamente.

—A este precio quiero la mercancía ahora mismo.

Calisto observó fijamente a su cliente unos segundos antes de responderle.

—Debería usted vigilar la presión sanguínea. Veré lo que puedo hacer.

Al salir ya tenía el teléfono móvil pegado a la oreja. El alemán le hizo un gesto al camarero y pidió la cuenta. Estaba de mal humor. El asunto se estaba

alargando demasiado. Antes de encontrarse con Calisto, había insistido en que trajera consigo ambos lanzacohetes. No era la primera vez que el otro le trastocabo los planes, aunque tenía piezas condenadamente buenas, que iban que ni pintadas para su colección.

—No antes de las diez de la noche —dijo Calisto cuando volvió a la mesa—. Y la entrega no se realizará en Trieste —hizo como si lamentara la noticia.

—¿Dónde entonces? —exclamó el rubio en un tono tan alto que los trabajadores de la mesa de al lado dirigieron sus miradas hacia él. Uno de ellos se tocó repetidamente la frente con el dedo índice y los demás rieron.

—Haga usted el favor de hablar más bajo. No estamos solos.

L’Orecchione lanzó una rápida mirada a Sgubin y a 007.

—En el aparcamiento de Wärtsila-Grandi Motori de Dolina —Calisto sonrió y escondió el rostro entre las palmas de las manos—. Es más cómodo para usted. Desde allí podrá coger enseguida la autopista. Le indicaré cómo llegar hasta el punto de entrega convenido.

El alemán estaba visiblemente contrariado, pero no tenía otra elección. Juró no hacer en el futuro más negocios con aquel tipo, aunque siempre le pasaba lo mismo. Calisto le pidió que le pagara en efectivo y al instante, y el otro suspiró profundamente. Después le siguió hacia el exterior. Sgubin y Bondi 007 les siguieron apáticos con la mirada. Tenían que elegir entre satisfacer la curiosidad o aprovechar la hora libre para comer.

El asunto se zanjó rápidamente. Entraron en el Audi azul con matrícula de Salzburgo. Su cliente contó los billetes delante de él. Ni siquiera quiso estrechar la mano que le tendía Calisto para cerrar el trato.

—Ah, por cierto, ¿sabe usted cómo bautizaron cariñosamente los alemanes esta arma? ¡*Panzerschreck*, el espanto de los tanques! Bonito, ¿no? Tienen una fiabilidad de acierto de cien metros.

Calisto cerró la puerta del coche con tanta dejadez que el hombre tuvo que bajar para cerrarla bien. Le lanzó a L’Orecchione una última mirada de odio cuando éste volvía a la pizzería con el bolsillo trasero de sus tejanos a rebosar de dinero.

Calisto se pidió un café en la barra y poco después ya charlaba animadamente con uno de los camareros.

—¿Has cerrado un buen negocio? —le preguntó el hombre tras la barra.

—¡No lo sabes tú bien! Ese capullo de nazi se baña en billetes. Hay que ayudar a la gente a desembarazarse de ellos —dijo riendo L’Orecchione.

—Además, al fin y al cabo vivimos en un estado social.

Calisto dejó dos monedas en la barra.

—Y la temporada volverá a salir cara. En las playas y delante de los bares esperan muchas responsabilidades con piernas bonitas.

Palpó discretamente el fajo de billetes. Estaba más que contento con el negocio que había cerrado. Para él aquellos coleccionistas de armas eran francamente unos idiotas y ya se había convertido en una cuestión de honor el hecho de hacer todo lo posible para vaciarles la cartera. El rubio pertenecía desde hacía un tiempo al círculo de sus clientes. Un alemán que había emigrado a Salzburgo por la cuestión de los impuestos. Calisto se había enterado hasta de eso. Un coleccionista fanático de armas antiguas y nuevas, desde una bayoneta hasta un lanzagranadas.

Calisto negociaba con todo lo que caía en sus manos. Entendía su actividad como un acto de ayuda. Hacía de intermediario entre aquel que quisiera vender algo y el que lo buscara. Había descubierto la existencia del almacén cuando la notaría le encargó preparar la documentación con motivo de la visita de la joven australiana. Se abrió camino a través del terreno del taller del chapista y enseguida se dio cuenta de que tenía ante él el negocio de su vida. Pero entonces la fuente se agotó antes de lo que él se hubiera figurado. Aparte de los dos lanzacohetes que le había comprado el rubio, no pudo retirar nada más. ¿Quién podía imaginar que Mia se presentaría en el almacén ya el segundo día de su estancia en la ciudad? Y desde entonces había siempre aparcado enfrente un coche patrulla de la policía o de los *carabinieri*. Abordó a Mia únicamente con la intención de tener acceso a ese excepcional arsenal. Pero nunca habría imaginado que se enamoraría de ella.

L'Orecchione era un comerciante apasionado. Hacía tiempo que habría despachado la notaría para la que trabajaba, y donde tenía un sueldo más que discreto, si no hubiera supuesto una fuente ideal de nuevas posibilidades de negocio. Casas, pisos, máquinas, herencias y personas, todo lo que el corazón anhelaba. Y esa mujer afanosa y de cara gris, cuya vida era el negocio, no olía el pastel ni de lejos.

Laurenti se dirigió hacia la Riva, donde había aparcado el coche, pegado a las fachadas de las casas. Buscaba protección en la delgada sombra que proyectaban los *palazzi* sobre la acera. Quería pasar rápidamente a ver a Orlando para facilitarle el nombre del médico que le había recomendado Galvano. Quizá estaban a tiempo de evitar el traslado de Orlando. Sgubin le había informado por teléfono de que Rosalia había mantenido la compostura durante la identificación de su hijo. Ahora había que esperar el resultado del análisis del ADN del cabello y del slip que se habían encontrado junto al cadáver. ¿Se trataba de un asesinato? ¿Un pendiente ingerido que había conducido a la asfixia? ¿Y por qué aquel pobre desgraciado no había notado que lo tenía en la

boca? Mientras tanto, Sgubin investigaría la marca Tout de Suite. Seguro que Marietta le podría ayudar en eso, le aconsejó Laurenti. O alguna de sus amigas.

Cuando Laurenti cruzó la Via Roma vio a Galvano con su perro al otro lado del Canal Grande. Estaba imbuido en una conversación llena de gestos y aspavientos y le daba la espalda. Cuando se fijó mejor, Laurenti vio cómo intentaba hacerse entender con la chica sordomuda, a la que una hora antes había dado diez euros en un detalle de generosidad insólito en él. Laurenti estaba alarmado. Debía advertir al viejo. Con ochenta y tres años era una víctima fácil de gente con malas intenciones. Laurenti estaba convencido de que tras aquellos sordomudos que rogaban por una limosna había una organización que se aprovechaba de gente como Galvano. ¿De dónde si no provenían esos papelitos impresos cuidadosamente en varias lenguas y esos llaveros siempre iguales que colocaban sobre las mesas? Ciertamente, no se trataba del trabajo manual de personas desesperadas. Más tarde llamaría a Galvano para apelar a su conciencia. Esa generosidad era realmente imprudente. Laurenti pensó en pedir al servicio de patrullas que le echaran un ojo con frecuencia y discretamente a Galvano y su querida sordomuda. En todo caso, no debía darse cuenta por nada del mundo. Cuando Laurenti quiso proseguir su camino, vio como la chica le entregaba una carpeta al viejo, que rápidamente la introdujo en su cartera. Dios santo, ¿en qué lío se había metido Galvano?

Aún no había podido hablar con nadie en su casa y tampoco quería dejar un mensaje. Para sus padres sería una sorpresa volver a ver a Mia después de tan poco tiempo. Pero ya había tomado una decisión y había comprado el billete de avión en cuanto Rosalia se marchó con el policía. Una vez vendida la casa abandonaría Italia.

Con el billete en el bolso, se sentía finalmente mejor. Se comió un helado en Zampolli e incluso consiguió persuadir al policía que se encontró frente al Cinquecento, indicándole con un gesto brusco la prohibición de estacionamiento, de que no le pusiera una multa. Generalmente estos hombres de casco blanco de la ciudad eran implacables y ejercían el pequeño poder que les confería su uniforme con una ilusión sádica. Pero Mia tuvo suerte y salió airosa con sólo una advertencia.

Se puso a cantar *The Ballad of Lucy Jordan* mientras conducía el pequeño coche por la *superstrada* de cuatro carriles, pero calló de golpe cuando llegó a su casa en Servola. Frente a la casa de los vecinos había aparcado de nuevo un coche de la policía, del que en ese preciso instante se bajaba el ayudante de Laurenti y la saludaba. Vio cómo ayudaba a Rosalia a salir del coche y no

paraba de hablarle para tranquilizarla. Entonces se dirigieron a paso lento hacia su coche.

Mia no tuvo elección. Tenía que bajar. No había escapatoria. Su buen humor se había evaporado por arte de magia.

—Es Angelo —dijo Rosalia con una voz apagada—. Lo presentí en cuanto no volvió a casa.

—Es terrible —dijo Mia, y vio como Sgubin afirmaba con la cabeza—. Lo siento tanto...

—¿Se podría usted ocupar de su vecina? —preguntó Sgubin—. ¿Por lo menos hasta que lleguen los familiares?

—Sí... Claro... Ahora mismo —tartamudeó Mia—. Ahora mismo voy para allá. En diez minutos.

—Ya me arreglo sola —dijo la vieja señora con tristeza—. No pasa nada si no puedes —se dio la vuelta y Sgubin la acompañó hasta la entrada.

Peor no le podía ir. Mia estaba sobre su cama y se mesaba los cabellos. ¿No sería mejor llamar de una vez a Laurenti y explicarle cómo había pasado todo? ¿Pero quién la creería a estas alturas?

—Era un buen chico —dijo Rosalia con voz serena pero cansada. Aún estaba demasiado tensa para que la desesperación y la pena la vencieran—. No tenía mal aspecto. Pero está claro que lo han arreglado. Siempre lo hacen así —Rosalia colocó vino y agua sobre la mesa, se volvió a sentar y sirvió las bebidas. Entonces cogió las manos de Mia—. ¿Pero por qué Angelo? ¿Qué es lo que ha hecho? En junio habría cumplido los cuarenta y cinco.

Mia se esforzaba en vano por encontrar las palabras adecuadas. Estaba sentada allí tiesa y observaba el cabello gris de la vieja señora, que le hablaba sollozando. Cuando sonó el teléfono, Rosalia se levantó con dificultad para contestar.

—Mi familia vendrá después del trabajo —dijo después de colgar el auricular—. Mi pobre chico. Angelo era todo lo que tenía —también a Mia se le saltaron las lágrimas—. Estoy segura de que Calisto está involucrado —dijo la vieja señora—. Nunca me ha gustado. Se conocían desde la escuela. Calisto también es de Servola, aunque ahora viva en la ciudad. Estos últimos días se han peleado cada dos por tres e incluso han llegado a las manos, tal como he oído en el pueblo. En el bar. Se trataba de ti.

Mia se asustó.

—¿Por mí? —miraba a Rosalia con los ojos como platos.

—A Angelo le gustabas mucho, pero estabas saliendo con Calisto. Eso le puso muy enfermo.

—No tenía ni idea, Rosalia. Si lo hubiera sabido...

Mia miró fijamente la pared y se quedó muda.

—Lo sé, mi niña. Pero era así. En el pasado hicieron un par de negocios juntos. Seguro que debido a ello se pelearon y luego llegaste tú. Calisto no tiene buen carácter, Mia —la miró larga e insistentemente a los ojos—. Y así se lo he hecho saber a la policía.

—¿El qué? —Mia notó un nudo en la garganta.

—Que deben detener a Calisto. Que fue él.

—¿Y qué es lo que le han dicho?

—El inspector Sgubin me ha prometido que lo detendrá enseguida. Esperemos que confiese pronto. Sólo así podré enterrar a mi hijo sin ira. ¡Pobre Angelo! Calisto siempre le liaba para participar en asuntos turbios. Una vez incluso lo condenaron. Calisto sí que tiene una larga lista de condenas —Rosalia cogió las manos de Mia—. No me gusta nada, niña mía, que salgas con ese sinvergüenza.

Mia afirmó con la cabeza. Se enteraba ahora de que Calisto tenía antecedentes penales, pero no le sorprendió. De repente pensó en el día de su partida y extrañó a Calisto. La idea de tener que dejarle no le gustó.

—¿De qué le acusaron? —preguntó finalmente.

—Allanamiento de morada, robo, complicidad en hurtos, engaño. Y naturalmente las tonterías de cuando eran jóvenes. Angelo pronto lo dejó estar, pero Calisto no.

—¿Tenía Angelo un trabajo? Casi siempre estaba en casa.

—Era autónomo y hacía todo lo que se le presentaba. Era un manitas —Rosalia señaló las paredes—. Arregló toda la casa. Rápido y bien. Podía hacerlo casi todo, y cuando necesitaba ayuda llamaba a sus amigos, especialistas en todo lo que te puedas imaginar. Sólo una vez estuvo empleado. Por poco tiempo en la ciudad. Pero no le gustó. Era demasiado independiente y no necesitaba jefes, que no entienden de nada. Y el trabajo tampoco era bonito. En una ocasión tuvo que hacer unas reparaciones en la Risiera di San Sabba. Es el antiguo campo de concentración de allá abajo. Durante la guerra ocurrieron cosas terribles. Hubo un asalto de los neonazis y Angelo tuvo que limpiar todas las pintadas.

Tras el descubrimiento del almacén, Mia había oído mencionar una y otra vez la Risiera, casi siempre en relación con el tal Diego de Henriquez. Se sintió aliviada cuando Rosalia sacó a colación otro tema. Quizá la distraería un poco.

—¿Qué es lo que pasó en la Risiera? —preguntó Mia.

—Otro día te lo contaré.

Pero Mia no se dio por vencida.

—Cuéntemelo, ande; me gustaría saber qué pasó —no iba a desperdiciar la oportunidad de hablar de otra cosa.

—Algo así no se olvida. Fue durante la guerra —dijo finalmente Rosalia—. Por entonces esta ladera estaba sin construir y se podía ver hasta la antigua arrocera. Los alemanes encerraron allí a la gente. En una ocasión, al principio, vimos cómo salía humo negro de una de las chimeneas, y hasta aquí llegaba un aire pestoso. Se decía que estaban quemando a los muertos. Nadie podía imaginarse que en la Risiera se torturara y asesinara a la gente. En ocasiones se oía también música militar muy fuerte, sobre todo por la noche, para que no se pudieran oír los gritos. Tenía una amiga que vivía justo enfrente. Un día nos suplicó que no fuéramos a visitarla más, pues pasaban cosas horribles. Pero hacía tiempo que ya no queríamos ir por allí. Nadie iba por las calles adyacentes, a no ser que fuese por necesidad. Y allá, en el Monte San Pantaleone, los alemanes tenían instalado un cañón antiaéreo. Durante los bombardeos murió mucha gente. Después de los alemanes llegaron los partisanos de Tito. Hicieron una especie de pirámide, con los fusiles y empezaron a bailar alrededor cantando *Siri kolo, ai siri kolo*. Primero se acuartelaron los soldados alemanes, después los yugoslavos. Siempre teníamos que cederles el dormitorio, y cada dos por tres había que sacarse la nueva documentación. Por último los funcionarios de Tito imprimieron una estrella roja en nuestros documentos de identidad. La madre de tu tía Alda escondió entonces a un soldado alemán. Justo aquí al lado. Y el hermano de Alda era un oficial de los partisanos y a pesar de todo le facilitó a escondidas un pase con el que pudo volver a Alemania. Mi hermano fue deportado en 1943 a Alemania y sobrevivió a dos campos de concentración. Volvió cuatro años después. Ya creímos que estaba muerto. He visto cosas terribles. Pero no quiero hablar más de ello. Si quieres puedes visitar la Risiera. Si Angelo viviera te acompañaría.

Rosalia calló y se acercó a la ventana. De repente se llevó las manos al rostro y empezó a llorar. Mia se levantó y la abrazó, pero Rosalia la apartó.

—Termina de una vez con ese Calisto —sollozó Rosalia—. Es todo culpa suya —abandonó la habitación y Mia oyó cómo se encerraba con llave en su dormitorio. Se quedó sola en la cocina mirando hacia la pared y pensó en el billete de avión que había comprado. Gracias a Dios que pronto terminaría ese embrollo.

Había perdido la noción del tiempo cuando alguien llamó al timbre y oyó los pasos de Rosalia en el pasillo. Mia respiró aliviada. Seguramente eran los familiares, que debían ocuparse de ella. Así que podía despedirse rápidamente. Pero la voz que oyó era la de Proteo Laurenti. Rosalia lo llevó hasta la cocina y le ofreció una silla.

—Es usted muy amable al ocuparse de su vecina. Pero quédese sentada —le dijo a Mia cuando quiso ponerse en pie—. No tenemos que hablar de nada confidencial. Sólo quería rogarle a la *signora* que me hable de Angelo.

Cuando Laurenti volvió de comer con Galvano a la Questura, un reportero de un diario le asaltó con la pregunta de si habían hecho progresos en las investigaciones sobre las pintadas contra el transporte de ganado. Orlando le había enseñado las fotografías. Habían bromeado a puerta cerrada sobre que los protectores de animales debían pertenecer a un grupo de consumados estetas. El mismo tono del color de las pintadas hacía juego con el de los barcos, y la vaca con las gafas de sol y el kalashnikov era realmente original. Pero ¿cómo habían llegado sin que nadie se enterara a los atracaderos? Por la altura de las pintadas, habían operado desde el agua. Desde una barca sin motor.

Laurenti se deshizo del periodista con palabras amables y miró soniente hacia la cámara del fotógrafo. ¡Como si no hubiera fotografías suyas en el archivo del periódico! En su despacho fue testigo de un hecho dramático. Sgubin se encontraba en medio de un interrogatorio y representaba el papel del investigador duro. En una silla frente a él estaba sentado L'Orecchione, Calisto, con las piernas cruzadas, un cigarrillo entre los labios y riendo de forma estúpida. Tenía los botones superiores de la camisa abiertos y un brazo colgando sobre el respaldo. El tipo se pasaba evidentemente más tiempo en la playa que en el despacho. Estaba moreno como Marietta, como si fueran juntos a tostarse.

Calisto apenas se inmutaba por las preguntas que Sgubin le hacía en un tono de voz arrogante. Laurenti contempló la escena por el resquicio de la puerta.

—¿Por qué te lo pones a ti y de paso a nosotros tan difícil? —Sgubin enderezó la barbilla—. Los cargos contra ti son abrumadores. Me sobra el tiempo y, si quieres, podemos empezar desde el principio: todo el mundo sabe que tuviste una bronca con Angelo. Incluso llegó a golpearte y patearte los huevos. Eso era una buena idea aunque no tuviera un motivo especial. El hombre me caía bien. Incluso convirtió tu motocicleta en un montón de chatarra. ¿Y sigues afirmando que erais buenos amigos?

Calisto rió.

—Oye, ¿cómo es que sólo has llegado a ser policía? Como adivino habrías hecho una carrera fabulosa —y apagó el cigarrillo.

—Allí fuera hay gente —dijo Sgubin agitando el dedo hacia la ventana— que asegura que has matado a Angelo por venganza. Quiero saber por qué tuvisteis una bronca. Piensa que entre un asesinato pasional y otro a sangre fría hay una gran diferencia. Podría ayudarte.

—A quien madruga, Dios le ayuda —le dijo Calisto golpeándose la sien con un dedo.

—Te la estás jugando.

—Si pierdo mi trabajo con la notaría será culpa tuya. ¡Y entonces que Dios se apiade de ti!

Sgubin se abalanzó sobre él y lo agarró por la camisa. Calisto llevó los brazos hacia atrás para demostrar que no se iba a defender.

-¿Ah, sí? -gritó Sgubin.

Entre sus cabezas ya no cabía ni el papel de una denuncia. Era hora de intervenir.

-Señores, reprímanse un poco. Sólo falta que os mordáis la lengua cuando empiecen los besos -dijo Laurenti, y alejó a Sgubin de Calisto cogiéndolo por los hombros-. Seguid, seguid, pero sin tanta pasión.

-¿Dónde estabas anteayer por la tarde?

-En la oficina. Estaba dándole gusto a la notaria. Pregúntale.

-¿Hasta cuándo?

-Es insaciable.

-¿Hasta cuándo estuviste en la oficina?

-Estás todo rojo. Deberías controlar tu presión sanguínea.

-Puedo hacerte encerrar sin más hasta mañana, y cuando salgas y quieras tomarte un café en el bar ya te habrás convertido en una celebridad. Todo el mundo conocerá tu retrato y tu nombre por los diarios. Por última vez, ¿hasta cuándo estuviste en la oficina?

Laurenti se giró hacia la pared y no pudo contener la risa. No le suponía a Sgubin tanto refinamiento.

-Hasta las seis -parecía que Calisto cedía.

-¿Y después?

-Después ya no estaba en la oficina.

-¡Quiero saber qué fue lo que hiciste!

-Me tomé un aperitivo, cené, me tomé una copa en el bar, y a dormir.

-¿Tienes testigos?

-Muchos. Ninguno. Como prefieras.

-¿Cuándo viste a Angelo por última vez?

-No estoy seguro. Hace un par de días. ¿Por qué?

-Chaval, eres sospechoso de asesinato.

-¡Ya está bien! -Calisto dio un respingo-. Hace una hora una patrulla me arrastra esposado desde el despacho hasta aquí y tú me cuentas que Angelo está muerto. Era mi amigo desde la infancia. No tenía ni idea de que lo hubieran asesinado. Tengo que soportar que me interroguen, como si fuera un asesino. Estás mal de la azotea, Sgubin. Haz tu trabajo, pero haz el favor de dejar a la gente inocente en paz.

-Seguiste a Angelo. Hasta el Val Rosandra. Allí estuviste al acecho y lo asesinaste.

-Qué gracioso.

-Tenemos pruebas. El ADN lo demostrará. ¿Qué fue lo que te hizo?

—Tengo mejores cosas que hacer que trepar montañas con el calor que hace.

Laurenti decidió tomar cartas en el asunto. Hacía un momento Sgubin estaba en plena forma, pero ahora había perdido la partida. ¿Cómo podía hacer unas preguntas tan estúpidas?

—Muéstrale el tanga —le dijo Laurenti a Sgubin, que le miró fijamente todo perplejo—. Pregúntale qué marca de calzoncillos utiliza. ¿Quizá *Tout de Suite*?

—No llevo —se carcajó Calisto, se puso en pie y empezó a desabrocharse el cinturón—. ¿Quieres verlo?

—Ya está bien —Laurenti se interpuso entre ambos.

—¡Desaparece! Y no te alejes mucho. Te tenemos vigilado. Si no te empapelamos por esto, ya habrá ocasión para hacerlo por otro asunto.

Calisto abandonó la sala con una sonrisa torturada sin despedirse.

—¿Pero qué mosca te ha picado? —le preguntó Laurenti—. Calisto es un choricillo, pero no un asesino.

—La madre de Angelo me dijo... —Laurenti lo despachó con un gesto de enfado—. Y toda Servola sabe que Angelo se abalanzó sobre él y que se pelearon. Calisto tuvo que hacer un esfuerzo para tragarse la afrenta. Si eso no es un motivo... —Sgubin señaló la colilla en el cenicero—. ¡Para los del ADN! En cuanto tengamos la del lugar del crimen le habré cogido.

—¿Ya sabes algo sobre la marca del tanga?

Sgubin negó con la cabeza.

—No he tenido tiempo.

—¿Sabes lo que significa «*Tout de Suite*»? *Subito!* Llama a Marietta. Ya es hora de que nos pongamos a trabajar como es debido.

Laurenti había convocado a sus colaboradores porque era necesario hacer un inventario urgente de todo lo que había ocurrido. Sgubin debía empezar. Rosalia identificó a su hijo sin ningún tipo de dudas. La vieja señora le había hablado en el camino hacia Servola de la bronca que tuvieron Angelo y Calisto. Sgubin se fue seguidamente al bar Sport para preguntarle al camarero, que confirmó el suceso. A Calisto lo vio poco después por casualidad en la pizzería, pero decidió empapelarlo después de la comida.

—¿Por qué? —preguntó Laurenti.

Sgubin tenía buenas razones. Informó de que Calisto estaba negociando con un hombre rubio de cara roja y que después abandonó junto con él el establecimiento. Cuando poco después salió también él, vio cómo ambos estaban sentados en un Audi azul con matrícula de Salzburgo, que se anotó. Vio cómo el rubio contaba y le entregaba en mano a Calisto un grueso fajo de billetes. Bondi 007, el colega de Sgubin de la Guardia di Finanza, también había

oído hablar de la embarcación que últimamente aparecía a veces por las mañanas en la Marina di Aurisina.

—Dinero en efectivo —dijo Sgubin excitado—. De alguna manera tiene que estar relacionado.

Laurenti frunció la frente. ¿Tanto dinero que hacían falta varios transportes? ¿Miles de millones de euros en una lancha neumática con dos motores fueraborda y bajo la custodia de dos rubias en bikini? También él conocía a Bondi 007 y tenía la misma opinión de él que todos, menos Sgubin. Un tunante, al que únicamente le protegía del despido el hecho de ser funcionario.

Una cosa sí que era realmente sorprendente. Cuando Marietta empezó finalmente a hablar, sostuvo que Mia y Calisto tenían una relación. Marietta los había reconocido en la playa nudista. Y Laurenti entendió de repente que sólo era una casualidad que no le hubiera descubierto a él también. ¡Dónde demonios había en el mar un resquicio donde pudiera pasar uno desapercibido! Ya era hora de buscarse una playa nueva.

Sus órdenes fueron sucintas. Sgubin debía descubrir por fin de dónde salía el calzoncillo. Envió a Marietta a la redacción del *Piccolo*, donde debía conseguir toda la información posible sobre el caso Perusini. Y después debía ir muy a su pesar a los calabozos de la Questura para asegurarse de que realmente por una vez se había procedido según el reglamento. Quizá aún quedaban expedientes sobre el asunto, aunque el plazo de conservación hubiera caducado hacía ya mucho tiempo. Era la única esperanza de saber algo más concreto sobre el caso.

El expediente de De Henriquez ya estaba sobre su escritorio desde que se descubrió el arsenal. Tras la información que le había facilitado Galvano, estaba obligado a echarle un vistazo y arriesgarse a una silicosis.

Laurenti hojeaba desilusionado el viejo legajo. ¡Cómo lo odiaba! Miles de páginas. Papel que había pasado sabía el diablo por cuántas manos y que olía a moho. En ocasiones una hoja desprendía polvo o encontraba un clip o un mosquito aplastado entre las páginas. Algunas páginas llevaban indicaciones de antiguos lectores, había frases subrayadas o comentarios ilegibles en los bordes. Pero al menos el expediente estaba completo. Apoyó la frente en ambas manos y se dio cuenta de cómo la falta de sueño, que hasta entonces había reprimido, lo paralizaba. ¡Por qué no había disponible ningún sillón donde poder hundirse!

El informe de la autopsia fue lo primero que encontró, firmado por Galvano. Sostenía que su pulmón, tras siete meses enterrado, era sólo un trozo gris de tejido, al igual que las vías respiratorias. No podía asegurar si el hombre había fallecido ahogado por el vicio de fumar o si ya estaba muerto antes. Eso habría sido el indicio unívoco de que se trataba de un asesinato. ¿Y por qué no le

practicaron la autopsia inmediatamente después de su muerte y esperaron siete meses? Las cuatro costillas rotas eran producto según los resultados de la autopsia de la tapa del ataúd podrida. Al menos un expediente que era plausible.

El grueso del legajo estaba compuesto de actas de la toma de declaraciones. Realmente, no podía uno creerse que los *carabinieri* hubiesen procedido de forma superficial. Parecía que habían interrogado a todo bicho viviente relacionado con aquel hombre. Aunque casi cada declaración contradecía la anterior. Había aventureras afirmaciones de auténticos gorrones, que habían utilizado o robado al excéntrico hombre a base de bien. Había notas manuscritas del coleccionista en las que incluso acusaba a su mujer y sus hijos de haberle engañado. Por otra parte, hacía tiempo que le habían abandonado. Veinte años después el antiguo custodio del museo y el presidente de la sociedad de administración eran condenados a prisión por robo. A sus espaldas, se habían lucrado con la colección de De Henriquez.

A continuación estaban los informes de los camareros de los bares y *trattorie* que había visitado aquel hombre solitario. Uno contaba que poco antes de su muerte le prohibió la entrada a De Henriquez porque recogía los trozos de queso que dejaban en el suelo para el perro del dueño y se los comía. Tenía sin duda un paladar fino. Otro sostenía que De Henriquez sólo bebía leche, mientras que el tercero aseguraba que presuntamente era alcohólico.

Después había una fotografía en la que se le veía sonriente estirado en un sarcófago, con una pierna cruzada de forma coqueta sobre la otra. También se incluían declaraciones de antiguos incendios en las diferentes naves, en las que había almacenados armas ligeras y pesadas, uniformes, libros, fotografías y documentos en cantidades ingentes. Se sospechaba que habían sido incendios intencionados.

Había testigos que afirmaban que De Henriquez ya se había sentido amenazado semanas antes de su muerte. Desconfiaba de todo el mundo, pero a pesar de todo las pistolas que llevaba consigo no le habrían servido de nada.

Una y otra vez se nombraba el diario número 65, que en las actas se denominaba «Diario de la Risiera», en el cual el profesor había documentado con extrema precisión las últimas misivas grabadas en los revoques de las celdas de la muerte, antes de que bajo la administración aliada los muros fueran pintados. Poco después de la liberación de Trieste, el antiguo campo de concentración fue convertido en un centro de recogida de refugiados que llegaban desde Yugoslavia. Se informaba de que De Henriquez había sido un testigo incómodo, al que se quitó de en medio antes de que se iniciara el proceso contra el antiguo comandante de la Risiera, Joseph Oberhauser, y su colaborador Konrad Allers. De Henriquez conocía los nombres de los

colaboradores y las personas que se habían lucrado con las propiedades de los deportados.

Laurenti se frotó los ojos y paseó un poco por la habitación. ¿Por qué demonios debía ocuparse de esos viejos chismes?

Una vez más se lanzó sobre el expediente y siguió hojeando sin ganas, hasta que llegó a la declaración de un cerrajero que le irritó. El hombre había cambiado en más de una ocasión las cerraduras del almacén de De Henriquez en la Via San Maurizio. Por último le colocó una cerradura de seguridad de Zeiss, porque el coleccionista no se fiaba de nadie más. El cerrajero hizo tres copias de la llave. Pero en la fotografía del informe policial sólo se veían dos. Laurenti retrocedió en la lectura y leyó de nuevo los informes del cuerpo de bomberos. Detrás de la puerta de entrada forzada se habían encontrado dos llaves. Los testigos afirmaban que De Henriquez siempre las había colgado de un gancho de la puerta después de cerrarla. Tanto los bomberos como los *carabinieri* aseguraban que cuando llegaron la puerta estaba cerrada. Suficientemente peculiar que De Henriquez llevara consigo dos llaves. ¿Pero dónde estaba la tercera? Y algo más no cuadraba. ¿Por qué Pax, el pequeño perro, huyó hacia la calle antes de que se extendiera el fuego, pero no De Henriquez? Era poco probable que Pax hubiera abierto la puerta con la tercera llave.

Laurenti hizo un apunte y cerró el expediente. Ya no se podía concentrar más. Decidió ir a Servola para preguntarle a la madre de Angelo sobre su historial de condenas. En su juventud, Angelo había sido un huésped frecuente de la Questura, sobre todo por allanamientos de morada. Aunque sólo fue condenado una vez, cuando condujo todo ufano su Fiat Abarth borracho frente a una patrulla de la policía.

Tanto Laurenti como Rosalia insistieron en que Mia se quedara.

—Eran muy buenos amigos y siempre merodeaban por el bar Sport —explicó Rosalia—. Los jóvenes del pueblo se encontraban allí, aunque también otros que llegaban desde la ciudad. No se estaba seguro en la calle cuando ellos iban con sus coches. Les gustaba asustar a la gente cuando tomaban las curvas haciendo rechinar los neumáticos —Rosalia rió—. La vida decide más tarde si uno se ha descarrilado para siempre o no. Angelo se enderezó en cuanto se hizo mayor. Pero Calisto sigue siendo al día de hoy un bribón.

Su mirada era severa y su tono de voz amargado en cuanto empezaba a hablar de Calisto. Pronto Laurenti acabó con su batería de preguntas. Entretanto, ya se sabía de memoria el currículum de ambos hombres. No se trataba de peces gordos, sino de dos golfos que se habían montado una vida acomodada. Uno de mayor recorrido que su amigo. A juzgar por su lista de

condenas, cualquier idiota podía reconocer que no se trataba de asuntos serios. Todos menos Sgubin. Cuando finalmente llegaron los familiares de la vieja señora, Mia y Laurenti se despidieron. En la calle, él le preguntó si quería acompañarle al bar del que había hablado Rosalia. Pero Mia rechazó la invitación. Estaba cansada y prefería estar sola.

—¿Desde cuándo sale usted con Calisto? —le preguntó Laurenti al abrir el portal del patio.

Mia le miró estupefacta.

—No hay nada serio —dijo ella—. Nada realmente. ¿Por qué lo pregunta?

—Les vieron en la playa nudista. Sé que eso no significa nada. Yo también voy a veces por allí.

Irina quiso intentarlo una vez más. Aunque esa vez había fracasado en la consigna, debía convencer al señor mayor del perro negro para que la ayudara. Además, necesitaba urgentemente dinero. El siguiente plazo de pago era dentro de un par de días. El jefe se fijaría, tras el suceso de la noche anterior, aún con más atención en lo que ingresaba. Los setenta euros que le había entregado el viejo remendaban el roto sólo un poco, y ahora tenía unos gastos que nunca había tenido. Debía cambiar su aspecto con el fin de que el gordo que la había esperado en la estación no la reconociera a primera vista.

En una de las tiendas de los chinos del Borgo Teresiano se compró una nueva mochila, no tan llamativa, y un nuevo anorak. A pesar de que se buscó una peluquería andrajosa, el corte de pelo le costó una fortuna.

A Irina no se le pasó ningún local, pero con el calor del mediodía el centro estaba como muerto. El bar con aire acondicionado de la estación era más frecuentado. Entró en el ruidoso local un cuarto de hora antes de que partiera un tren, y en efecto recaudó algo de dinero. En un momento dado tuvo que ir al servicio. La única forma de ir era pasando por la consigna. Ya desde lejos vio al gordo apoyado de nuevo en la pared. No tuvo el valor de pasar a su lado bajo el resguardo de algunos viajeros. Así que volvió a hacer otra ronda en el bar y después volvió a intentarlo. Tres jóvenes rapados con camisas negras la seguían a cierta distancia. Una cobertura ideal para un trecho corto. En el mostrador de entrega de equipajes, dos de los rapados desaparecieron de un salto en la parte trasera del espacio. El tercero se quedó en actitud pendenciera y provocadora en medio del pasillo e indicó con la cabeza a todo aquel que se acercaba que se fuera.

Irina no se atrevió ni a respirar cuando de repente vio que el gordo estaba tan cerca de ella que hasta podía oler su sudor. Le observó por el rabillo del ojo. Aún no la había visto. Lentamente le dio la espalda y se fue, paso a paso, de allí.

¿La había salvado su nuevo peinado o sólo era cuestión de suerte que él no la hubiera identificado? Irina abandonó la estación por la salida lateral y fue al servicio del aparcamiento de enfrente. Ni se giró cuando varios coches patrulla bloquearon las salidas después de salir ella.

Estaba claro que necesitaba ayuda. Debía encontrar al viejo, y ahora debía conseguir convencerlo. Confiaba en que por la noche estuviera sentado en su mesa habitual del Nastro Azzurro. Le dejaría sin ser vista una nota en lugar del papelito. Y si no entendía su lengua, seguro que encontraría la forma de descifrar el mensaje.

Proteo Laurenti habló con el camarero del bar Sport de Servola, que se inquietó por el hecho de que un policía le preguntara de nuevo por el suceso que se había producido entre Calisto y Angelo. Le respondió de mala gana, hizo estruendo con la vajilla y atendió al mismo tiempo a los otros clientes. Su parca declaración no difería mucho de lo que ya le habían dicho Rosalia y Sgubin. A excepción de un detalle: Angelo había hablado entusiasmado durante aquellos días de su nueva amiguita, la joven australiana, a la que mientras tanto ya conocía todo el mundo en el pueblo. Pero nunca se la había visto con él, sino únicamente con Calisto. Como dos tortolitos y riendo. Ella incluso le había besado en la calle. Angelo había hecho el ridículo y ya nadie le hacía caso cuando hablaba de Mia. Estaba claro que Calisto se la había robado a Angelo y por ello se había merecido la paliza. Cuando Laurenti dijo finalmente que Angelo era el muerto encontrado en el Val Rosandra, el hombre se quedó mudo.

—No diré nada más —le dio la espalda a Laurenti para reafirmar sus palabras y empezó a limpiar lentamente la máquina de café. Era evidente que no quería meter a Calisto en complicaciones.

Ya era tarde cuando Laurenti dio por terminada su excursión a Servola. Llamó al despacho para enterarse de los últimos partes. Sgubin le dijo que Marietta hacía tiempo que se había ido y que aparte de un asalto de unos sujetos de extrema derecha a la consigna de la estación no había novedad alguna. Los tres fueron detenidos rápidamente y hacía tiempo que estaban en la Questura, donde se les estaban tomando los datos personales. Pasarían la noche en el trullo.

Laurenti empezó a notar hambre. Tuvo que esperar un buen rato hasta que Patrizia contestó al teléfono en casa. Laura estaba en el jardín con unas amigas, lo que significaba malas noticias. Pasaron varios minutos hasta que se puso al teléfono.

—¿Qué te parece si te invito a cenar? —le preguntó Laurenti.

—Demasiado tarde —le dijo Laura—. Ya hemos encendido la barbacoa. Cuando llegues, la cena estará preparada. ¡Date prisa!

—Aún tengo que hacer —le mintió Laurenti, que ya olisqueaba el olor a grasa. Decidió ir a visitar a su hijo Marco. Quizá él le daría de comer algo decente.

## Recuerdos

El cansancio ya era como un recuerdo largamente olvidado. Galvano estaba de buen humor, lo que para el resto del mundo no auguraba nada bueno. Apagó la lámpara de mesa sólo cuando el ruido que hacía el camión de la recogida de basura le recordó ya al amanecer que debía permitirse un par de horas de descanso. Los acontecimientos de entonces se habían hecho tan presentes y claros que apenas llegaba a escribir todo lo que quería. Durante horas estuvo dándole salvajemente a la vieja máquina de escribir, cuyo tecleo se oía desde la ventana abierta incluso en la calle. Antes de irse a dormir encendió uno de sus cigarrillos mentolados y pensó en cómo le había sonreído la suerte. Rió en silencio para sí mismo.

Cuando abandonó el establecimiento por la tarde, había conseguido jugarle una mala pasada a Laurenti. Se sintió satisfecho consigo mismo cuando vio reflejada en el rostro del comisario la perplejidad. ¿Por qué le preocupaba aún lo que otros pensaran de él? ¿A su edad? Laurenti debía crecer de una vez por todas. Y debía dejar de una vez de preguntarle sobre hechos, información que él mismo podía conseguir con un poco de esfuerzo. Al fin y al cabo se trataba de su trabajo. Además, Galvano estaba ocupadísimo. Por una parte las continuas entrevistas, y por otra el libro que estaba escribiendo desde hacía tiempo, sin que nadie lo supiera, ya le ocupaban todo el tiempo. Sus memorias. No tenía la menor duda de que se convertirían en un éxito de ventas. ¿Quién había visto los últimos sesenta años a través de los ojos de un médico forense?

No había contado con que la joven de la mochila rojo rosáceo estuviera a la sombra de la entrada de una tienda enfrente de Da Giovanni y dirigiera su mirada hacia él como si lo hubiera estado esperando. Le hizo una señal, aunque no dejaba de mirar a su alrededor. Cuando iba por Sant'Antonio en dirección a la Piazza Ponterosso, ella empezó a seguirle. Galvano quería ir a casa y después de dormir la siesta, que debido a la comida con Laurenti se acortaría más de lo habitual, ponerse a escribir de nuevo. Acababa de empezar el capítulo donde hablaba del proceso Risiera contra Oberhauser, que en esos tiempos regentaba tranquilo una cervecería en Múnich. Era el año 1976 y se procedía contra el carnicero en su ausencia. Galvano declaró como testigo. En los años de la posguerra, cuando Trieste estaba bajo administración aliada, se le ocurrió

recopilar las opiniones de los supervivientes del campo de concentración, a pesar de que apenas tenía experiencia en el mundo de la medicina.

Finalmente, Irina salió a su paso en el Canal Grande y tímidamente le tiró de la manga. Galvano se detuvo perplejo. En los últimos días le había dado una cantidad inusual de dinero. ¿Qué era lo que quería ahora de nuevo? Sus intentos de comunicarse con ella habían sido hasta el momento vanos. No entendía los signos. La joven daba ciertamente la impresión de estar aterrorizada. De forma precipitada sacó una carpeta de su mochila y la señaló, aunque no la soltó. ¿Había entendido correctamente que quería dinero? ¿Otra vez? ¿Quería venderle la carpeta? Galvano encogió los hombros e intentó echarle un vistazo. Finalmente Irina soltó los papeles y Galvano ojeó con atención las páginas. En un momento dado soltó un silbido entre los dientes. Su perro le miró y le empujó con el morro.

—¿Dónde has encontrado esto? —preguntó Galvano, pero Irina sólo movía la cabeza de un lado a otro. Galvano intentó hacerse entender mediante signos, señaló los documentos, después hacia la lejanía y después a ella. Entonces Irina también señaló hacia la lejanía e hizo unos signos, que Galvano no pudo seguir. Debía encontrar otro modo de hacerle las preguntas. Quizá le podría ayudar una intérprete. Por lo que podía reconocer a simple vista, debía conocer sin falta la procedencia de los documentos. Volvió a señalar los papeles y después a sí mismo. Irina movió la cabeza de un lado a otro y finalmente hizo un signo que él entendió. Sin dudarlo, Galvano sacó su cartera del bolsillo interior de su chaqueta y extrajo un billete de cincuenta euros. Irina le miró con ojos como platos y no hizo ninguna intención de coger el billete. Galvano elevó las cejas, hurgó entre los billetes y añadió otros veinte euros. Seguidamente se guardó la cartera. Irina afirmó con la cabeza, guardó rápidamente ambos billetes en su mochila y se alejó rápidamente de allí. El anciano permaneció un buen rato observando a la joven coja, hasta que se dio cuenta de que le sudaban las manos. Debía ir rápidamente a casa y leerse la documentación.

Todo en un mismo día: el nuevo capítulo de sus memorias, la estúpida pregunta de Laurenti por la muerte del profesor maricón y los caballeros de la Orden de Malta. Y ahora esos papeles. Tantas coincidencias juntas, pensó Galvano, no podían ser una casualidad. Con toda seguridad, no le comentaría nada sobre este hecho a Laurenti.

A la intérprete, que pudo localizar por la tarde, le hizo creer que se trataba de un servicio oficial. Era una intérprete jurada y estaba empleada en el Palacio de Justicia. Hacía muchos años que había colaborado con ella, pero la mujer supo enseguida quién era y felicitó a Galvano por su última entrevista en la televisión. Él le preguntó por su agenda y le rogó que estuviera disponible. Se encontraría con la joven sordomuda al día siguiente.



## Un día de suerte

Como si hubiera adoptado una nueva costumbre, Proteo Laurenti, al que madrugar siempre le había costado horrores, se había puesto en pie antes de las cinco de la mañana. El asunto de la lancha rápida que había aparecido en el vecindario no le dejaba tranquilo a pesar de las advertencias de Ettore Orlando.

Vio a los hombres ya desde lejos. Hoy habían llegado antes que él. Estaban en el muelle y miraban hacia el mar. De la embarcación aún no había rastro. Laurenti calculó la distancia. Tendría aire para llegar buceando hasta el rompeolas, donde podría volver aemerger. Después de aspirar con todas sus fuerzas se sumergió y buceó a tanta profundidad que incluso notaba las piedras y el barro del fondo sobre los que se deslizaba. Tocó con la mano el muro de la entrada al puerto y después pasó junto a los cabos de las boyas, a los que estaban amarradas unas pocas embarcaciones. Emergió junto al casco de un bote. Allí estaba a salvo, a pesar de que sólo le separaban diez metros de los hombres. Laurenti se desató la pequeña cámara digital del brazo izquierdo, la encendió y les hizo un par de instantáneas.

Los cuatro tipos estaban nerviosos. Laurenti oyó cómo discutían agitadamente, pero no pudo entender el idioma en que hablaban. Sacó un par de fotografías de las cajas de plástico y volvió a esconderse rápidamente en cuanto el grupo empezó a moverse inquieto. La embarcación con las dos mujeres amarró junto al muelle y cargó la mercancía a bordo. Laurenti lo fotografió todo sin problemas, pues nadie advirtió su presencia. Entonces ambos motores volvieron a rugir y la embarcación se alejó en dirección a la entrada del puerto. Los hombres ahuecaron el ala rápidamente. Laurenti esperó a que hubieran desaparecido tras el Bellariva, se quitó las aletas y la máscara y fue tras ellos. Vio cómo se subían a un Subaru negro, daban la vuelta y se alejaban. La matrícula que le había facilitado el pescador dos días antes era correcta.

Laurenti se tomó la vuelta a casa con calma. El día anterior por la noche había hecho una apuesta con su hijo. Había conducido desde Servola hasta el restaurante Scabar, donde trabajaba Marco. La verdad es que no se alegró mucho al verle. A Marco la visita le resultaba embarazosa.

—Por lo menos deberías haber llamado antes de venir —le dijo sin interrumpir su trabajo. Tenía que limpiar de espinas el pescado, lo que no se contaba entre

sus tareas preferidas y era bastante complicado. En un establecimiento como ése los clientes no esperaban encontrarse un trozo de carcasa entre la carne tierna y tener que romperse así los dientes. Y además hacía tres días que Marco no veía a su padre.

—Tengo trabajo, papá —dijo sin mirarle, e incluso le dio la espalda con el fin de que no le viera el ojo morado.

—Haz una pausa —le dijo entonces su jefa—. Al fin y al cabo tu padre no viene todos los días por aquí. Enséñale el local. Y si quiere usted comer —dijo dirigiéndose a Laurenti—, queda una mesa libre en la terraza.

Laurenti aceptó la propuesta agradecido.

—Oddio, ¿Pero qué es lo que has hecho?

Agarró a Marco del brazo y quiso echarle un vistazo al ojo hinchado—. ¿Y ya puedes trabajar en este estado?

—No es nada. Pensaba que mamá ya te lo había dicho. Ocurrió después del último partido de la Triestina. Como siempre, los ultras. Pero nosotros no nos quedamos tampoco cortos.

—¿Justo frente al campo? Pero si la policía siempre interviene allí ante el menor altercado.

—Pues ya ves cómo son las cosas realmente. Cuando se os necesita no estáis por ninguna parte.

—¿Y desde cuándo te interesa a ti el fútbol?

Laurenti cenó estupendamente esa noche e hizo una apuesta con Marco. Su hijo estaba convencido de que él no había pescado la lubina del día anterior. Laurenti estaba sorprendido de que Marco le hubiera desenmascarado, pero no quiso admitirlo. Finalmente, Marco propuso sacrificar su único día libre si Laurenti le llevaba realmente un pez cazado con arpón con sus propias manos. Su padre podía invitar si quería. Le daba dos días de plazo, si no Laurenti debería pagarle una semana de vacaciones en el bonito Hotel Savoy en Grado, donde Marco estaría más cerca de su amiga.

Dicho y hecho. De regreso a la Marina di Aurisina comprobó que era un día propicio para la pesca. Uno de esos días le preguntaría a Srecko cómo era posible que los peces pasaran por allí unos días y otros no. Laurenti tenía hambre de caza. Si no podía sacar nada en claro con la barca neumática, por lo menos quería llevarse un buen pez a tierra firme.

Los primeros disparos de su arpón salieron desviados y dieron en el vacío, pero cada vez fue precisando más el tiro. Cuando emergió del agua había cogido una dorada de dos kilos como mínimo. Dejó clavada la flecha del arpón tal como estaba. Marco debía verlo. El mismo Laurenti se sorprendió, aunque sabía que había tenido suerte con el tamaño del pez, pues antes había fallado

con ejemplares más pequeños. Se sumergió de nuevo y al cabo de media hora salió con un pulpo. Cómo había sido capaz de dar con un ejemplar de medio metro, que hasta ahora había escapado de todos sus cazadores, seguía siendo un misterio para él. Era su día de suerte. Laurenti se alegró, pues ese mismo día Marco podría mostrarle sus artes culinarias y de una vez por todas no habría una parrillada para cenar.

Después de dejar su caza en la cocina, Laurenti golpeó repetidamente en la puerta de la habitación de Marco.

—Ven, quiero enseñarte algo —le dijo de buen humor cuando finalmente su hijo abrió la puerta bostezando.

—¿A estas horas? —graznó Marco, y le siguió medio adormilado.

—He ganado la apuesta. Mira —Laurenti sostenía ambas piezas en alto—. Ahora te toca a ti.

Marco agitó desesperado la cabeza.

—Estás loco —dijo, y examinó la dorada—. Pero sigo en mis trece: la lubina del otro día no la pescaste tú. Estoy convencido.

Cuando vio que Laurenti buscaba un envase adecuado para guardar el pescado, Marco gruñó:

—Y nunca más me despiertes tan temprano. Trabajo hasta la medianoche.

—Para después cerrar las discotecas. No debería asombrarte estar tan cansado.

Pero Marco no le contestó. Laurenti sólo oyó cómo se cerraba la puerta de la habitación de su hijo.

Por la noche condujo de nuevo hasta Servola. Finalmente, Mia le abrió. Balbuceó algo acerca de la muerte de su tío y que no quería ver a nadie. Y entonces le pidió a Calisto que entrara. Él le habló del interrogatorio en la Questura y echó pestes de las falsas imputaciones y de los estúpidos polis, que le acusaban de haber asesinado a su amigo. Ella le escuchó durante un rato y finalmente le preguntó por sus antecedentes penales. Como insistía en obtener una respuesta, él acabó reprochándole que incluso el imbécil de la Questura le había tratado con más suavidad. Cuando Mia también le echó en cara haberse liado con ella porque confiaba en ganar dinero con el almacén, se puso de un humor de perros. Calisto se levantó para cerrar la ventana e impedir que todo el pueblo se enterase de la pelea. Mia le pidió a gritos que abandonara la casa inmediatamente, pero Calisto permaneció sentado y le dijo que si realmente se quería deshacer de él, ya podía llamar a la policía. Ni se alteró cuando ella se abalanzó sobre él y le dio una bofetada. Tras el tercer golpe, él le agarró riendo la mano. Mia se rindió y se hundió en su abrazo.

—Vámonos a Brioni —dijo Calisto de buen humor cuando al día siguiente despertó a Mia con un beso y le llevó el café a la cama.

—¿Adónde? —le preguntó ella medio dormida.

—Cogeremos la barca de un amigo mío. Está amarrada en el puerto de Grignano, detrás del Castello Miramare. En dos horas estaremos allí. Brioni es una preciosidad. Alquilaremos bicicletas, nadaremos, comeremos en un restaurante muy simpático y de noche estaremos de vuelta. O nos quedaremos un día más. Lo que nos apetezca.

—¿No tienes que ir a trabajar? —le preguntó Mia.

—Hoy no. Mañana tampoco. Y quizá nunca más. Por lo menos con la notaria. Me ha enviado a unas vacaciones forzosas hasta que se aclare el asunto de Angelo. Ya fue demasiado cuando los polis pasaron a recogerme por la oficina. Vamos, prepárate. Un día en el mar te distraerá.

—Brioni —dijo Mia.

—Una isla maravillosa. Era la residencia veraniega de Tito. Incluso se montó un zoológico allí, con verdaderos animales salvajes. Jirafas, cebras, leones y gacelas. Pero no tengas miedo, apenas quedan ya. Más bien te encontrarás antes con Naomi Campbell o Carolina de Mónaco.

—¿Quién es Tito? —preguntó Mia.

—Te lo contaré durante el viaje.

Una hora más tarde ya habían partido. La embarcación no era especialmente cómoda, pero por otro lado era rápida. Era un bote neumático de fibra de vidrio y dos potentes motores, y azotaba las olas con tal violencia que Mia tenía que agarrarse bien. En un momento dado sonó su teléfono móvil y ella le rogó a Calisto que redujera la velocidad durante un instante. Sacó el aparato del bolso y miró la pantalla. Después lo volvió a guardar sin contestar.

—Vamos, ¡dale gas! —gritó Mia riendo.

—¿Quién era? —le preguntó Calisto.

—La policía, quién si no.

—Pues nada —Calisto dio todo el gas. El viento les silbaba en las orejas y la espuma de las olas se colaba una y otra vez en el bote. Realmente había sido la policía. Había reconocido el número de Laurenti en la pantalla.

Pasaron por Pirano y por las ciudades venecianas de la costa croata: Umago, Cittanova, Parenzo, Orsera. Pronto atisbaron el campanario de Rovigno. Se bañaron en una cala y desayunaron sandía. Al mediodía arribaron al pequeño puerto de Brioni. Comieron vieiras hechas a la parrilla y una langosta de más de un kilo y bebieron dos botellas de vino dulce de Istria y de aperitivo un Brinjevec, una ginebra oscura. Bromearon cogidos de la mano. Un día en el

mar sustraer de la realidad. Mia sólo se asustó cuando volvió a sonar su teléfono móvil. De nuevo Laurenti. Quería hablar otra vez con ella. Sobre Calisto y sobre Angelo. Mia le dijo que tenía cosas que hacer fuera de la ciudad y que seguramente volvería tarde. Él la invitó a cenar en su casa de la costa. Con una compañía alegre, quizás ella se entretendría.

—¿Quién era? —le preguntó Calisto.

—La policía, cómo no —dijo Mia riendo, y se pegó a él.

—Así que los neofascistas han intentado asaltar la consigna y los han descubierto —Viktor Drakić lanzó violentamente la edición de Istria del *Diario de Trieste* sobre la mesa y fue golpeando con el dedo índice el artículo en cuestión—. Eso quiere decir que nuestro hombre no es el único. Y que no nos sirve para nada. Los maderos están avisados. Es tu oportunidad, Branka. Aprovéchala. Soborna al tipo de la consiga, folla con él o chantajéalo. Me da igual cómo lo hagas, pero quiero el dinero.

—¿Pero cuántos equipajes te piensas tú que hay almacenados allí? No conozco ni el número del resguardo —dijo Branka, pero se calló enseguida en cuanto vio la mirada furiosa del jefe.

—Y después me encuentras a esa joven. El gordo la ha descrito mejor que tú. Una sordomuda que va de bar en bar.

—Eso no será difícil. La mayoría de ellos pertenecen a una organización rusa. Una mafia de sordomudos que se extorsiona y explota a sí misma —Branka sonrió—. Con que cojamos a uno de ellos, ya los habremos cogido a todos. Trieste no es tan grande como para que tardemos demasiado en hacerlo.

—Quién sabe si es realmente sordomuda. Localízala y tenla vigilada. En cuanto sepas dónde vive recibirás nuevas órdenes. ¿Entendido?

Branka afirmó con un gesto de la cabeza. Habría sido mejor, más rápido y efectivo, que el jefe la hubiera enviado justo en el momento en que el asunto se echó a perder en Bagnoli. Pero Drakić reaccionó utilizando el látigo. Quien fallaba debía ser castigado. Allí no ayudaba el sentido común. En todo caso, Branka estaba contenta de que el jefe la hubiera llamado. Esta vez haría la chapuza bien hecha y entonces le recordaría a Drakić su promesa de encargarle un trabajo mejor que hasta la fecha.

—Necesito una automática y gas lacrimógeno —dijo ella.

—Así me gusta más, chica —Viktor Drakić le hizo una señal a su guardaespaldas—. Entrégale lo que necesita.

Tras Branka entró un hombre de unos treinta años, que se puso firme a la

manera militar frente al escritorio de Drakić con las manos a la espalda. Drakić le observó en silencio.

—Soy Jonny.

Drakić afirmó con la cabeza.

—¿Cómo haces para que nadie te pille? Todo el mundo conoce tu rostro.

—Ése no es tu problema. Me envía Petrovac.

El hombre causaba impresión. A pesar de que estaba petrificado como la estatua de un héroe, los músculos se le marcaban a través de la camisa. El gorila de Drakić parecía un principiante a su lado.

—Siéntate —le indicó Drakić.

—Prefiero quedarme de pie.

—¿Conoces la frontera con Bosnia?

—Como la palma de mi mano.

Drakić no tenía la menor duda. Jonny había aprendido su oficio en la tropa paramilitar de carníceros de Arkan, Tiger, y se había ganado el respeto de sus círculos tanto en Bosnia como en Kosovo. También él estaba en la lista internacional de prófugos. Por su entrada marcial podría haber aspirado sin más a un papel en Hollywood o a ser gobernador del estado de California.

—¿Sabes de qué se trata? —le preguntó Drakić.

—Más o menos —Jonny no era muy amigo de discursos.

—Por el momento es suficiente. Recibirás más información cuando sea necesario. ¿Cómo quieres proceder?

—Las armas me dan igual. ¿Pero cuánto explosivo hay y de qué tipo?

—Quinientos kilos de Goma 2 y cien Semtex. No hay detonadores. El transporte no es peligroso.

—¿Trabajas para los árabes?

—Eso no te importa.

—No me gustan. ¿Cómo se transportará la mercancía?

—En un tractocamión. Pasado mañana llegará la última entrega. Se cargará y partiréis inmediatamente.

—¿Qué peso tiene el cargamento?

—Unas once toneladas. Ya hemos llegado a un acuerdo con los de aduanas. Tú sólo te tienes que ocupar de la seguridad. El camión irá escoltado tanto a la ida como a la vuelta. Mi hombre te acompañará —Drakić señaló a su gorila—. Antes de que se abra el camión comprobará que está todo el dinero. Para ello necesitará tiempo. Si algo no está bien os volveréis inmediatamente. Con la mercancía. No perdonaré ninguna deuda. No se puede fiar uno de nadie. ¿Y cuál es tu plan?

—Supongo que con esta operación ganarás un montón de dinero. En una maleta no cabrá todo. Mi empresa está especializada en este tipo de negocios.

No quiero un chófer desconocido. Uno de mis hombres se hará cargo del camión, cuatro de ellos irán en el tráiler. Además habrá seis limusinas blindadas, cada una con tres hombres, de escolta. Todos ellos especialistas, hombres por los que pondría la mano en el fuego. Yo mismo iré junto al chófer en la máquina.

Drakić arqueó las cejas. Aunque todo el mundo sabía que estaba floreciendo el tráfico de coches robados desde Occidente, era sin duda apreciable que Jonny dispusiera ya de antemano de seis limusinas blindadas. Él mismo sólo tenía una. Pero Petrovac no había exagerado: Jonny tenía a disposición medio ejército.

—Mi comisión es del 15 por ciento —dijo Jonny.

Una sonrisa cínica se asomó a los labios de Drakić.

—Un 5 por ciento es suficiente.

—Entonces búscate a otro que te lo haga por ese precio.

La montaña de músculos se relajó de repente y se dirigió hacia la puerta.

—¿Por qué has venido entonces? Petrovac ya te había informado de las condiciones.

—No me había hablado de una inversión de este tipo.

—Un 10. Es mi última oferta —Viktor Drakić se deslizó con su silla hacia la ventana, le dio la espalda al matón y su mirada se dirigió hacia el mar.

—Un 12 —dijo tranquilamente Jonny—. Como muestra de mis deseos de complacerte y por hacerle un favor a Petrovac.

—Te espero de vuelta el mismo día.

—Será tarde —dijo la montaña de músculos—. ¿Dónde nos haremos cargo del cargamento?

—Cerca de aquí. Recibirás las indicaciones por teléfono.

Jonny afirmó con la cabeza.

—Ya sabes el riesgo que corremos.

—Corro yo más riesgo que tú. Los bosnios pagarían en oro por mi cabeza.

—¿Eres entonces la persona indicada? —Drakić le encaró de nuevo—. Junto a Arkan eras temido como una mamba negra. ¿Pero solo?

—Arkan estaba loco. Sin él soy aún mejor.

—Si te reconocen lo habré perdido todo.

—No soy ningún principiante, Drakić. Sólo me reconocerían si alguien me traicionara. ¿Quién me garantiza que no me estáis jugando una mala pasada?

—Petrovac y yo.

—De Petrovac me fío.

Laurenti subió las escaleras hacia el aparcamiento de la carretera de la costa silbando. Estaba contento por la noche que tenía planeada y repasaba

mentalmente todos los amigos a los que llamaría por la tarde para invitarlos a cenar. A pesar de que había suficientes sitios libres en el aparcamiento por encima de la casa, un listillo había colocado su enorme BMW justo delante del Alfa Romeo de Laurenti y le cerraba el paso. No pudo ver a través de los cristales ahumados si había alguien dentro del coche. Se acercó y golpeó en el cristal lateral. Pasó un momento hasta que alguien bajó el cristal. Vio a dos hombres con gafas de sol sentados en el coche.

—¿Sería usted tan amable de mover un poco el coche para que pueda salir? —dijo Laurenti. El conductor únicamente se le quedó mirando, como si estuviera valorando la situación—. Está usted bloqueando la salida.

—Suba usted —le dijo el conductor repentinamente.

—¿Y por qué razón?

—Por esto —dijo el hombre mostrándole una identificación que había sacado del bolsillo de su camisa.

El humor de Laurenti se oscureció por momentos. Conocía esa identificación y no le hacía la más mínima ilusión acatar la orden.

—Prefiero que se bajen ustedes. ¿Qué es lo que quieren?

—Charlar un poco con usted. Suba de una vez. No queremos que nos vean. La calle está muy transitada.

—Entonces sean breves. No dispongo de mucho tiempo —Laurenti se dejó caer en el asiento de cuero.

—Cierre usted la puerta.

—Se pide por favor —dijo, y lentamente obedeció la orden.

El conductor puso el motor en marcha y condujo a poca velocidad. No le molestaba que los coches detrás de él le dieran las luces y pitaran. Conductores nerviosos camino del trabajo a los que impedía el paso.

—Bueno, ¿qué es lo que pasa? —Laurenti estaba furioso.

—¿Qué hacía usted esta mañana en el pequeño puerto? —le preguntó el copiloto sin mirarle.

—Estaba pescando —¿dónde le habían visto? Cuando persiguió a los cuatro hombres no vio ningún otro coche aparte del Subaru.

—¿Ha pescado usted algo?

—¿Desde cuándo los del servicio secreto se preocupan por los peces pequeños? ¿No tienen nada mejor que hacer?

—Anteayer estuvo usted también allí. ¿Por qué?

—Pescando.

—¿Estaba usted solo?

—Solo con muchos peces.

—Responda usted a mi pregunta.

—A usted no hay manera de complacerle. Dígame de una vez, ¿qué es lo que

quiere?

—Usted salió del agua y siguió a cuatro hombres. ¿Por qué?

—Por casualidad andaban por allí y habían cargado dos cajas en un bote neumático sin matrícula. Soy policía. Aunque no lleve uniforme. Las veinticuatro horas del día. Incluso cuando duermo soy policía. Por eso.

—Éste no es un asunto para la policía, Laurenti —por fin, el copiloto se volvió hacia él, se quitó sorprendentemente las gafas de sol y le hizo una indicación al conductor. Mientras tanto habían llegado a la altura de la Tenda Rossa y se detuvieron—. Manténgase alejado. Nosotros nos ocupamos del caso. Podría echarlo a perder todo. Piense usted en su carrera. *Buona giornata* —su gesto fue unívoco. Laurenti descendió sin despedirse y dejó la puerta del automóvil abierta.

—¿Qué se creían esos chulos arrogantes? Tuvo que andar casi un kilómetro de vuelta por el arcén de la carretera. Dos veces le pitaron los coches que pasaban, seguramente se trataba de conocidos que iban camino del trabajo. Suerte que ninguno de ellos paró. A Laurenti se le habían ido todas las ganas de charlar. Naturalmente, Orlando ya se lo había advertido, pero él había procedido con cuidado y aparte de los cuatro tipos y las dos ondinas no había visto ni un alma por allí. Tampoco existía una calle adyacente en la que hubieran podido esconderse con su coche. Laurenti mantenía la mano sobre el bolsillo de su chaqueta y notaba el contorno de la pequeña cámara digital. La situación no era exactamente como para olvidar enseguida de lo que se tramaba en las Filtri.

Llegó a su oficina a las ocho y media. Como era de suponer, el puesto de Marietta estaba vacío. Se sentó frente a su escritorio y se puso a leer la prensa. Era la única forma de la que disponía para calmarse. En las noticias locales se topó con un artículo sobre el estado de las investigaciones en el asunto Mucca Pazza, así como una foto suya junto al dibujo de la vaca armada con gafas de sol. En el pie de foto se leía que se trataba de un hombre muy ocupado: Mucca Pazza, el misterioso arsenal y también el muerto del Val Rosandra, que mientras tanto había sido identificado. La última frase decía:

Esperemos que, a pesar de la carga de trabajo que soporta el comisario, pronto se termine con las pintadas en la ciudad y uno no se tenga que avergonzar de ella.

Laurenti sentía que lo criticaban injustamente, pues en los últimos veinte años había resuelto todos los casos importantes. Y en la foto no salía nada favorecido, pero eso sólo se podía deber a su peinado. Debía ir urgentemente al barbero. De alguna manera se veía más delgado que en la fotografía. Debía

procurar meterse mejor la camisa en los pantalones si los fotógrafos hacían su trabajo con tanta despreocupación. Laurenti cogió el teléfono y llamó al número privado de Rossana di Matteo, su vieja amiga, responsable de las noticias locales del periódico.

—Al habla Proteo Laurenti, ¿te acuerdas de mí?

—¿Sabes la hora que es? —la voz de Rossana sonaba dormida.

—Poco más de las ocho y media, querida —dijo melifluo Laurenti—. ¿No te alegra que sea yo el que te ha despertado? —no era la primera vez esa mañana que pensaba que todos debían estar despiertos a la misma hora que él. Ya Marco se había quejado amargamente cuando le había enseñado orgulloso su botín. Sólo a sus amigos de los servicios secretos parecía gustarles madrugar. Claro, los periodistas del *Piccolo* pocas veces salían de la oficina antes de las diez de la noche, y por la mañana recuperaban lo que supuestamente perdían frente al escritorio: el sueño. No tenía sentido intentar localizar a ninguno antes de las once de la mañana en la redacción.

—¿Qué es lo que quieras? —oyó cómo Rossana se desperezaba y suspiraba.

—Explícales, por favor, a tus poetas cortesanos que deben olvidarse de esas estúpidas alusiones. Sólo crea mal ambiente.

—Ya sabes tú cómo funciona este negocio. Necesitamos vender la tirada. ¿Qué es lo que no te gusta?

—Léelo tú misma.

Rossana suspiró.

—¿Quieres añadir alguna otra bobada o dejarás que duerma media hora más?

—Si esta noche no tienes nada que hacer, vente a cenar. Imagínate, mi hijo cocinará el pescado que he capturado yo a las cinco de la madrugada en el mar. Una dorada y...

—*Vaffanculo*, Laurenti. Estoy cansada.

—El pescado es fresco, Rossana. ¡Más fresco que tú! —Laurenti rió bien alto.

—Estuve hasta tarde en la oficina, tesoro mío. Esos malditos protectores de los animales. Ese ridículo grupúsculo de anarquistas provincianos.

—¿Qué ropa interior utilizas?

—¡Laurenti!

—¿Conoces la marca *Tout de Suite*? —Laurenti percibió un ligero gemido—.

—¿Vendrás entonces por la noche?

—Sí —suspiró Rossana—. Si no se me presenta un contratiempo —tras esas palabras colgó sin despedirse.

Laurenti llamó a Sgubin, que había estado escuchando en la otra habitación. Seguramente estaba buscando a Marietta para charlar con ella como cada mañana durante media hora. Sobre Dios y el mundo y a menudo sobre el jefe. Laurenti le cazó antes de que pudiera escapar.

—Coge esta cámara y pasa las fotografías al ordenador. Y después compáralas con las de nuestro fichero. Ni palabra de esto a nadie, ¿entendido? ¡Date prisa!

Sgubin cogió el aparato de mal humor y se dio la vuelta. Antes de que alcanzara la puerta volvió a oír la voz de su jefe.

—¿Qué sabes de Tout de Suite?

—Esta misma mañana sabré algo. Una amiga mía tiene una tienda de ropa interior.

—Ya me suponía yo algo así —Laurenti tamborileaba con los dedos sobre la mesa. El ingenuo Sgubin. ¡Suerte que pronto se desharía de él! Hoy mismo sabría quién le sucedería en el cargo. Alguien al que se trasladaría a Trieste y que seguramente no estaría muy feliz por ese traslado. Un nuevo día, nueva suerte, un nuevo sitio, nuevas preocupaciones. Lo importante era que el sucesor de Sgubin fuera más inteligente que ese animal. El resto ya lo pillaría rápidamente—. Algo más —dijo Laurenti—. Quiero que nuestras patrullas vigilen a una joven sordomuda —la describió de forma precisa—. Si la ven en alguna parte deben informar de adónde va, de dónde viene y con quién habla.

—Los sordomudos no hablan —murmuró Sgubin, que ya estaba saliendo de la habitación.

—Y de paso que también vigilen a Galvano. Estoy un poco preocupado por el viejo. Desde que no trabaja se está humanizando de forma muy sospechosa. No quiero que le pase nada.

Cuando Sgubin intentaba por cuarta vez abandonar el despacho de su jefe, sólo llegó hasta la habitación de al lado. En la puerta que daba al pasillo se topó con Marietta.

—*Ciao* —dijo ella en voz baja, y se pegó a él—. ¿Ya ha llegado?

—¿Quién? —Sgubin puso los ojos en blanco y desapareció.

Con un suspiro inaudible, Marietta se dejó caer sobre su silla y puso el ordenador en marcha. No se quitó las gafas de sol. Habría preferido apoyar la cabeza sobre la mesa y dormir. Era completamente feliz. Sólo hacía una hora aún estaba en la playa de Liburnia, donde había pasado toda la noche. Aún llevaba el vestido de anteayer. Lo había colgado de la rama de un arbusto. Hicieron un fuego con la leña que recolectaron, montaron una barbacoa y bebieron mucho vino. Y después los baños a medianoche, como antes, cuando eran mucho más jóvenes. Las grandes rocas, que el sol recalentaba durante el día, irradiaban un calor muy agradable y uno podía descansar de maravilla sobre la enorme colchoneta que Riccardo, el nuevo, había arrastrado hasta allí. ¿Por qué no había llamado a la oficina y había dicho simplemente que estaba enferma?

—Marietta —la llamó Laurenti—. Es urgente.

Suspirando, se levantó y fue a su despacho.

-¡Dime!

-¿Dónde están las copias del artículo sobre el asesinato de Perusini?

-Un momento –volvió con una carpeta delgada.

-¿Has estado en el archivo? ¿Aún está el expediente?

-Estaba esperando noticias. Ahora mismo voy a preguntar.

-Date prisa.

-¡Se pide por favor! –le reprochó Marietta.

-Gracias –dijo Laurenti.

Las señales eran inequívocas. Tan pronto como hubiera satisfecho el siguiente pago, la enviarían a otro sitio. Con la temporada que empezaba ahora, más al sur faltaba gente. Desde el Lidi Ferraresi hasta abajo en Rímini, donde se agolpaban las masas en las aburridas playas de arena, había más que ganar que en Trieste. El jefe apareció tarde por la noche y le comunicó a Irina que en dos días debía viajar. Ella sabía lo que significaba pasar los últimos días en una localidad. Podía ser cazada libremente y podía sufrir en sus carnes todo lo que a esos sádicos les viniera en gana. Pero peor que las esperadas torturas era que le quitarían todo lo que hubiera ahorrado con esfuerzo y secretamente. Cuando él llegara a la buhardilla para llevarla a la estación de tren, empezaría la peor de las humillaciones. Ella había presenciado cómo había actuado con otras. Primero desharía su equipaje para registrarlo concienzudamente. Algunas cosas se las quedaría. Después se tendría que desnudar frente a él y le palparía hasta la última costura de sus prendas. Luego proseguiría la búsqueda en su cuerpo y naturalmente volvería a violarla. Después apenas le quedaría tiempo para volver a poner las cosas en su mochila, él se metería con ella y se reiría de ella. Aún peor era tener que abandonar Trieste, que conocía desde hacía unos meses, y tener que empezar de nuevo en una ciudad desconocida y aguantar al siguiente jefe.

Irina tenía prisa. Debía visitar una oficina de cambio en la Piazza Ponterosso sin ser descubierta. Era la única posibilidad de enviar dinero a casa. Aunque sus familiares no dispusieran de una cuenta bancaria. No podía ir simplemente a Correos y entregar el dinero. En una ocasión envió el dinero en un sobre, pero nunca llegó. La oficina de cambio formaba parte de la red que ganaba dinero con ella desde el principio de su viaje: la consecución del visado, el autobús hasta Berlín, el dinero que tenía que adelantar para viajar a Europa occidental y las tasas por dormir en esas miserables moradas, así como los pequeños objetos, con los que la enviaban a mendigar y por los que tenía que pagar un precio excesivo. Y, claro está, el envío de dinero a los familiares. Aquellos negocios encubiertos, como las oficinas de cambio, seguían trabajando sin ser molestados

por la policía y organizaban estos traslados. Todos los ilegales eran enviados a estas instituciones usureras, que se quedaban una suculenta comisión del poco dinero que se había reunido con gran esfuerzo. De quinientos euros, los familiares recibían como máximo trescientos cincuenta, si es que todo funcionaba bien en el lugar de destino. A veces sólo recibían la mitad. Para los familiares no dejaba de ser una suma importante.

Estuvo vigilando una y otra vez los alrededores de la oficina de cambio para asegurarse de que nadie la seguía. También cuando abandonó el local dudó y comprobó a través de la puerta de vidrio si había alguien merodeando por ahí, hasta que el hombre del mostrador le dijo de malas maneras que desapareciera. Irina ignoró sus gestos durante unos instantes y desapareció rápidamente en un bar de al lado, donde casi sin respiración dejó sus papelitos y llaveros sobre las mesas.

Hoy debía encontrar sin falta al viejo con el perro negro. Sólo él podía ayudarla. Aún llevaba el resguardo de la consigna. Tras los hechos del día anterior era imposible volver a la estación. Con miedo y nerviosa, prosiguió su vuelta por la ciudad cambiando continuamente su ruta.

—El pulpo se limpia así —en la cocina se habían reunido Marco, Patrizia y Santo, la estrella de la peluquería. Marco estaba convencido de que hacía mucho que se había cumplido su tiempo reglamentario junto a Patrizia. El muy cerdo se había colocado detrás de su hermana y se frotaba contra ella mientras él le explicaba cómo se escamaba, se le quitaba la piel y se fileteaba el pescado—. Aquí está el pulpo: primero se le arranca la piel de la cabeza y de los tentáculos. ¡Así! —hizo un par de cortes aprendidos y después le pasó el cuchillo a su hermana y le pidió que lo intentara ella.

—¿Serías tan amable de separarte un poco del trasero de la señorita? —le preguntó a Santo, y le apartó con las manos sucias a un lado.

—¿Por qué cuando uno se enamora tiene que aceptar también a la familia? —el hombre, que era por lo menos quince años mayor que él, no se movió ni un milímetro—. En Nápoles nos lo comemos con la piel. Es muy crujiente.

—No es un conejo —Marco cortó una mueca que sólo vio su hermana—. Esto de aquí —dijo Marco— es el ojo. Lo dejaremos a un lado y lo freiremos para Santo junto con la piel —le cogió a su hermana el bicho de las manos—. Es realmente increíble que papá haya cazado él solo esta pieza. Tan grande como es y hasta ahora ha sobrevivido a todos los peligros. Pero cuando llega la policía... Bueno, atención —dijo apretando con los pulgares entre los tentáculos—, éste es el año, le daremos la vuelta como si fuera un calcetín. ¿Quieres probarlo tú, Santo?

—Ya sé cómo se hace. Sigue.

—Igual que cuando te trabajas el culo de mi hermana.

Patrizia le golpeó con el codo en las costillas.

—¿No estarás celoso? —Santo extrajo un cigarrillo de un paquete arrugado y lo encendió.

—En todo caso, en Pompeya lo hacían así —sostuvo Marco, y le dio la vuelta al animal, saliendo entonces a la vista una materia oscura y pegajosa—. ¡Fuera con la mierda!

—En Pompeya se comía la ubre de la cerda rellena de riñones y ensalada de lengua de ruiseñor. Algo tan sencillo como esto no se habrían atrevido a dárselo ni a los esclavos —dijo Patrizia.

—Si supieran lo que se perdían... Esto es una exquisitez. Santo, limpia esta mierda —mantuvo el pulpo en el fregadero y continuó con su trabajo. Después secó al coloso—. Bueno, ahora viene lo decisivo. Es increíblemente tierno cuando se corta exactamente en el sentido correcto. —Verdad, Santo? —Marco prosiguió y puso el cuchillo en la mano de Patrizia—. ¿Tienes un pitillo, Fígaro?

Santo sacó el paquete de MS del bolsillo de su pantalón y extrajo un cigarrillo.

—*Morte Sicura* —comentó Marco, y se encendió uno—. Nos comeremos la bestia esta noche, pero hay una razón por la que la preparamos ahora. ¿Cómo prefieres tú el pulpo?

—Frito —dijo Santo decidido.

—En aceite pasado y bien rebozado. El último grito. ¡Éste de aquí nos lo comeremos crudo!

—¿Como los japoneses? No soporto el sushi —Santo no le creía.

—Sushi mediterráneo. Sólo ligeramente marinado —Marco le alcanzó a su hermana dos grandes bandejas lisas—. Ve colocando los filetes a la misma distancia, capa por capa. Ahora la *citronette*. Preparada con aceite de Starec, del Val Rosandra. He conseguido birlar una botella del restaurante. Una rareza absoluta, cuesta ochenta euros el litro. Ya puedes olvidarte de vuestrlos aceites —Marco extrajo el zumo de dos limones en otro cuenco, añadió el aceite, pimienta negra y apenas un poco de sal y lo mezcló todo con la escobilla—. Hubiera ido mejor con una túrmix, pero en esta cocina falta de todo. Siempre con las parrilladas. Nuestros padres cocinan muy poco. Y en todo caso mamá no tiene ni idea.

Patrizia protestó.

—Eso no es verdad, siempre te ha gustado cómo cocina. Sólo porque desde hace un par de semanas te dejen presenciar en una cocina cómo se hacen las cosas, no quiere decir que tengas derecho a decir tantas tonterías.

Marco vertió la marinada sobre el pulpo, lo tapó e introdujo las bandejas en

la nevera.

—Alguien debería limpiar bien el frigorífico —dijo—. Y ahora la dorada. ¿Cómo os gusta más?

—A la parrilla —dijeron Santo y Patrizia al mismo tiempo.

Marco se estremeció.

—¿Tenéis aquí una pieza de pescado tan fresca y queréis prepararla como lo hace todo el mundo? No, la dorada también nos la comeremos cruda. Santo, por favor, sácala afuera.

El peluquero agarró el cuchillo, le dio la vuelta al pescado sobre la aleta dorsal y lo pinchó en el vientre. El cuchillo resbaló.

—¡Ni un asesino de la Camorra lo haría así! —Marco puso el pescado a un lado—. Colócala plana y corta desde el lateral. Un corte tan largo como la cremallera de tu pantalón —observó a Santo un momento y finalmente lo apartó a un lado—. Inténtalo tú, Patrizia.

Su hermana cortó el pescado como si lo hubiera hecho más de cien veces.

—Ahora introduce los dedos y saca lo que haya dentro —Patrizia obedeció y estuvo un rato hurgando. Primero salió una masa verdosa, que miró toda asqueada.

—Eso es la bilis —dijo Marco—. Creo que papá le ha dado un buen golpe al animal. Ahora saca el resto.

Marco iba indicando el intestino, el hígado y el corazón a medida que iban saliendo, y entonces acercó la pieza de pescado a su hermana.

—Ahora viene la especialidad. ¡Métele el dedo en el culo!

—*Brutto porco* —dijo Patrizia—. Prefiero irme a un asilo a cuidar de los viejos.

—Piensa en Santo —le dijo él—. Ya verás como así funciona. —y, como si hubiera soltado una broma entre colegas, le dio al peluquero, que se había dado la vuelta asqueado, una palmada en el hombro con la mano sucia. Después le quitó la piel al pescado y lo fileteó con cortes propios de un profesional—. ¿Te gusta el tartar de pescado?

Santo prefirió no abrir la boca.

Marco cortó los filetes en tiras finas y después en trozos más pequeños, lo picó con el cuchillo de cocina, lo puso todo en una cazuela grande y lo salpimentó. Después lo metió en la nevera.

—Estos *antipasti* serán suficientes mínimo para quince personas. ¿Qué prepararemos para después? Nada a la parrilla. ¡Después de un sushi mediterráneo lo que pega mejor es una *tempura*! Necesitamos cerveza helada, harina y aceite de cacahuete para hacer la fritura. Todo tipo de verduras, también queso y naturalmente pescado. Todo lo que queráis, pero nada de carne. Tenemos que ir a comprar. Patrizia, ¿vienes conmigo a Santa Croce? Me temo que papá haya invitado a media ciudad —se volvió hacia Santo y le dijo—:

En la Vespa por desgracia sólo pueden ir dos. Pero si quieres ayudar podrías ser tan amable de limpiar la cocina. Ahora mismo volvemos.

—No seas tan desagradable con Santo —le dijo Patrizia de camino—. Es un tipo estupendo.

—Como para comérselo —dijo Marco, y aceleró.

Ya había hecho algunas llamadas por teléfono para invitar a los amigos a cenar. Al menos por una vez no habría parrillada. Laura le había hecho un par de reproches a Laurenti por teléfono, ya que era el único día libre de Marco, pero después le enumeró toda una lista de cosas que había que comprar. Laurenti le dijo que enviara a los chicos, pero que el vino lo compraría él mismo a Sandro Bibi, su amigo viticultor de Santa Croce, que ocupaba las terrazas del precipicio de enfrente.

Después abrió la carpeta con los artículos de la hemeroteca del periódico. Ya era hora de hacerse una idea sobre el viejo caso que le había endosado el fiscal.

—*Dio mio* —se quejó Proteo Laurenti—. Marietta, ¿realmente esto es todo lo que hay?

Su secretaria miró asustada hacia el interior.

—¿Qué?

Laurenti señaló las pocas fotocopias.

—No es posible que entonces sólo escribieran un artículo sobre el asesinato. Normalmente lo sacan todo a la luz, hasta que el último imbécil de la ciudad se ha enterado.

—Es todo lo que hay —dijo Marietta—. Ya le he insistido al archivero y también he hablado con el redactor que escribió en su momento el artículo. Tú ya sabes que la mayoría de ellos llevaban trabajando allí más tiempo del que llevas tú en Trieste.

—Un periódico realmente joven. Abrevia. ¿Qué es lo que te dijo?

—Se acordaba perfectamente. Habló de una orden de darle poca publicidad al caso, pero naturalmente no recordaba de dónde procedía. A resultas de ello sólo se publicó una noticia corta en la que se informaba de que se había encontrado pocos días después el coche del profesor en Venecia, así como una nota sobre el funeral, en el que se reunieron muchas personalidades. Por el contrario, diez años después se dedicó mucho espacio al inicio del proceso por la herencia. Las sobrinas no pudieron hacer nada contra la Orden de Malta, que fue nombrada heredera de todos sus bienes.

Era en todo caso un punto de partida, aparte de las explicaciones dudosas de Galvano. El artículo, que informaba sobre el asesinato, fue escrito antes de que llegara la orden de mantenerlo en secreto. Laurenti lo leyó dos veces: el profesor

de folklore Gaetano Perusini fue asesinado en su vivienda en Trieste el 13 de junio de 1977. Se le encontró amordazado y atado con un cable de manos y pies a la cama unas cuarenta horas después de su muerte, asfixiado bajo cojines y mantas, después de que el administrador de sus viñedos, los famosos Rocca Bernarda en Collio, enviara a alguien para ver por qué el profesor no contestaba al teléfono. La vivienda presentaba un desorden terrible y la luz estaba encendida. Junto a su cama encontraron su bañador rojo y un portamonedas vacío. Sobre la mesa había tres vasos, un paquete de galletas, una botella de coñac y dos botellas de vino. Antes de morir había sido maltratado. Su cuerpo presentaba contusiones. Tenía un diente suelto, seguramente debido a la mordaza que el pobre hombre llevaba, con toda seguridad no por voluntad propia, en la boca. Todo había sido exactamente como le había relatado Galvano.

El estilo de los años setenta era inequívoco: no se hablaba directamente de homosexualidad, sino que escribían sobre las «relaciones especiales» que había cultivado el caballero. El profesor había anotado cuidadosamente en cinco agendas de bolsillo las visitas de sus conocidos: pescadores, jóvenes del sur de Italia y otros que cumplían el servicio militar, marineros de la antigua Yugoslavia. Junto a cada nombre había apuntado una combinación de números en clave. A todas luces, uno de los chaperos le había robado el coche al profesor: no se había encontrado aún. Unas páginas más adelante, en el informe sobre el proceso por la herencia, se mencionaba que sólo treinta y cuatro días antes de su muerte había cambiado su testamento a favor de la Orden de Malta. Dos aristócratas del Friul podían testificarlo.

En la última página, Laurenti se topó con un largo artículo sobre el caso de Diego de Henriquez en el que había una indicación del archivo escrita a mano para que se incluyera en ese expediente. Laurenti la leyó rápidamente. Era del año 1989 y llevaba por título «Se trató de un incendio premeditado». El fanático coleccionista de armas y perfecto conocedor de la historia de la ciudad no había sido víctima de un cortocircuito, tal como se había dicho durante años. El oficial de los *carabinieri* encargado de la investigación, actualmente un pez gordo en Roma, retomó el caso que sus predecesores habían archivado hacia tiempo y concluyó su investigación con un resultado muy claro: De Henriquez no había sido víctima de un accidente. Para que se reabriera el caso envió una carta en 1988 a la fiscalía. Un primo de Perusini sostenía que éste había proseguido por cuenta propia las investigaciones sobre las causas de la muerte de Diego de Henriquez. Pero desde el asesinato de Perusini la documentación había desaparecido sin dejar rastro.

Un hecho que se había producido hacía veintiocho años. Pero ¿por qué

había desaparecido entonces, como se preguntaba el fiscal Scoglio, el expediente del archivo del Tribunal? Laurenti se estremeció. Once años después de la muerte del profesor, su primo escribía una carta, que según los investigadores había sido trascendente si el caso no se hubiera archivado. Presumiblemente, el familiar se había dejado arrastrar por la fantasía. ¿Cómo se podía explicar si no una espera tan larga? Laurenti se enderezó. Ya estaba harto de ocuparse de viejos expedientes. Y, además, justo en ese momento resonó un chillido estridente en el despacho de al lado.

—¡Ya lo tenemos! —Marietta entró irradiando felicidad en el despacho y dejó caer con estruendo en la mesa de Laurenti un legajo envuelto en cartón verde. Se extendió por toda la habitación un olor a moho. Laurenti limpió el polvo de la tapa del expediente. En ella se leía: «Gaetano Perusini», y en la portada constaban los sellos con las fechas en las que se había consultado la documentación. Enero de 1978, febrero de 1979, noviembre de 1982, en 1987 sin indicar el mes, julio de 1995 y febrero de 1996. Laurenti frunció el ceño. No constaba 1988, año en el que el primo de Perusini había hecho esas declaraciones. ¿Por qué nadie se dignó revisar entonces el expediente?

—Bien hecho —le dijo a Marietta—. ¿Dónde estaba?

—En su sitio. Lo que pasa es que era difícil localizarlo bajo tanto polvo.

—¿No es increíble? Supongamos que alguien realmente hizo desaparecer el expediente original del archivo del Tribunal. No dejó de hacer un trabajo a medias.

—O bien no sabía que nosotros disponíamos de un archivo o bien no pudo acceder a él.

Sgubin entró y recogió un trozo de telaraña del cabello de Marietta.

—¿Qué quieres? —le preguntó Laurenti.

—Tout de Suite es una marca que nadie lleva aquí. No existe en toda Europa. Comprobado al ciento por ciento —dijo presumiendo—. Y también dispongo del ADN de la segunda persona del Val Rosandra —perezosamente, dejó que la hoja aterrizara sobre el escritorio de Laurenti—. Según mis apreciaciones, el tanga estaba allí por casualidad. Por el Val Rosandra siempre pasan ilegales. Se cambian de ropa interior una vez han pasado la frontera. Ya en 1973 encontraron allí a tres africanos que habían cruzado ilegalmente la frontera. Los pobres se murieron de frío antes de llegar a la ciudad. Pero tú aún no habías llegado a Trieste.

—Querido Sgubin —dijo Laurenti cogiéndose la cabeza con ambas manos—. Algunas veces dudo de tu entendimiento. En 1973 no tenías ni diez años. Es de alabar que hayas conseguido saber mientras tanto que esta marca no la conoce nadie aquí. ¿Pero de dónde es entonces? ¿Qué ilegales llevan ese tipo de ropa interior?

—Ya te he dicho que estoy convencido de que ese Calisto está involucrado en este asunto. Si me lo hubieras dejado un rato más, ya habríamos cerrado el caso. Por cierto, hoy ha salido con tu amiga australiana en la barca. Un colega de la Guardia di Finanza los ha visto por casualidad. Esos dos están liados.

—Sgubin —le dijo señalando con el dedo el análisis de ADN—, aquí dice que el cabello encontrado en el lugar del crimen y el tanga son de la misma persona —Laurenti compadecía a los colegas de Gorizia, que en breve deberían aguantar a Sgubin en un puesto de responsabilidad. Pero la noticia sobre Mia y Calisto le interesaba. Laurenti le había preguntado la tarde del día anterior por su acompañante y ella le había hablado de una relación pasajera. Una relación amorosa tampoco estaba prohibida, aunque Calisto fuera un pequeño bribón. ¿Por qué Mia había retirado entonces la denuncia contra él? La australiana era todo menos la inocencia llegada desde la otra punta del mundo, eso seguro. Pero si pensaba que podía burlarse de Laurenti, lo tenía claro, pues él le pagaría con la misma moneda. Afortunadamente no era ni mucho menos su tipo.

Apenas hubieron abandonado Marietta y Sgubin la habitación, entró Galvano en el despacho, como siempre sin llamar. Un policía no puede pensar con tranquilidad. Cuando Laurenti quiso acariciar al perro negro, Galvano tiró de la correa violentamente.

—Necesito el expediente, Laurenti —dijo de malos modos—. Lo necesito ahora mismo.

—Rebosa usted de nuevo simpatía, Doc. Siéntese usted. ¿A qué expediente se refiere?

—Diego de Henriquez. En el archivo del Tribunal me han dicho que lo tienes tú —su mirada buscaba ansiosa por la oficina de Laurenti—. Corre prisa.

—¿Por qué?

—Porque finalmente conseguiré aclarar el asunto. Con retraso, alguien que es insobornable y que conoce perfectamente la época se ocupa del asunto.

—Ya han pasado casi treinta años, Galvano. No corre ninguna prisa.

—Ya no soy el más joven, Laurenti, y he descubierto algo que se les había pasado por alto a todos.

—Me pica la curiosidad.

—No te lo voy a decir. Sabrás de ello cuando haya cotejado hasta la última de las pruebas. Entonces podrás ocuparte del caso y detener a los culpables. Aunque quizás sea mejor que me dirija a los *carabinieri*. En ellos uno por lo menos puede confiar. Bueno, ¿dónde está el expediente?

Laurenti se acercó el legajo de veinte centímetros de ancho y puso los brazos encima.

—Aquí está. Estoy trabajando en ello. Cuando haya terminado se lo haré

saber enseguida.

—No digas tonterías. Estoy escribiendo mis memorias. Sin esta documentación no puedo avanzar. Trae aquí.

—¿Memorias? —preguntó Laurenti sorprendido—. ¿Ya ha empezado usted? Seguro que se convertirán en un éxito de ventas. ¿Pero qué papel desempeña Diego de Henriquez en su libro?

—Es una figura clave de toda la época. Desde el Territorio Libero di Trieste hasta la actualidad, lo abarca todo. Los hechos que acaecieron esos días no fueron como algunos los describen. Quedan aún muchas cuentas pendientes. ¿Por qué te crees que lo asesinaron? Sabía demasiado. Más que demasiado. Nadie aparte del viejo Galvano sabe lo que él sabía. Bueno, dame de una vez el expediente.

—¿Y cómo sabe usted que nadie más lo sabe? —Laurenti no le creía una sola palabra. Desde que lo entrevistaban tan a menudo en la televisión y en la prensa, el viejo mostraba una tendencia más acusada hacia la exageración que antes.

—No lo voy a revelar. Pero el resultado final te lo puedo avanzar gustosamente. De Henriquez conocía el nombre de los colaboracionistas. Eso está por escrito. Quien quiera puede echarle un vistazo. Llenó 373 cuadernos de notas y desde hace un par de años han pasado a ser de dominio público. ¿Te suena la «operación Odessa»?

Laurenti negó con la cabeza.

—Una asociación de ayuda de los nazis para evitar las detenciones tras la guerra. La *línea de las ratas* que pasaba por el Vaticano y que a tantos salvó. Mengele, Eichmann, Bormann y todos ellos. Aterrizaban en Sudamérica, en Oriente Próximo o en Egipto, donde más tarde dirigieron el rearme contra Israel. No sólo eran alemanes. Muchos encontraron primero un refugio seguro en los monasterios croatas. A los viejos *ustascha*, los nazis croatas, los escondieron allí. La red *ustascha* funcionó hasta bien adentrados los años setenta y trabajó estrechamente con los servicios secretos, también con los americanos. El objetivo era derribar el gobierno yugoslavo, Tito debía desaparecer. La base para la coordinación era la ciudad de Trieste. En ello había involucradas varias personas que aún viven. De Henriquez nombra en sus apuntes a colaboracionistas que se aprovecharon de la limpieza que hicieron los nazis. Algunas de estas personas son miembros de la Asociación de Veteranos del RSI, fascistas incorregibles de la Repubblica di Salò, que sólo hablan de sus servicios a la patria, pero nunca de los crímenes que cometieron. Intentan encontrar el reconocimiento de la sociedad de forma convulsiva y ser considerados económicamente al mismo nivel que los luchadores de la Resistencia. La posibilidad de que sea así no es despreciable si le echas un vistazo

a la coalición que gobierna en Roma. Los fascistas marchan de nuevo hacia el poder. Y yo voy a rubricar la factura que tienen pendiente. Aunque esta gente sea como mínimo de mi misma edad y aunque aún dispongan de excelentes contactos. No olvides que en Trieste viven más de cincuenta personas de más de cien años y dieciséis mil por encima de los ochenta. He encontrado documentos que a algunos de ellos les romperán el espinazo. Sólo necesito un par de pruebas, y por eso necesito urgentemente ese expediente.

Galvano se lanzó con ambas manos sobre el legajo pero Laurenti impidió que lo cogiera apoyándose en él.

—No abuse usted de sus fuerzas, Doc —dijo entre risas Laurenti, a quien las teorías de conspiraciones universales del viejo le crispaban los nervios. Trieste siempre había sido el punto central. Aunque intuía que muchas de las explicaciones de Galvano podrían ser ciertas. El viejo forense estaba demasiado excitado para que únicamente se tratara de un descubrimiento.

—Puede usted echar un vistazo al expediente —dijo Laurenti, y vio cómo Galvano se relajaba—. Pero sólo aquí en mi oficina. El expediente se queda bajo cualquier circunstancia aquí. ¿Lo ha entendido usted? Marietta le vigilará, y si intenta engañarme y llevarse aunque sólo sea una página mandaré que lo encierran. Puede usted utilizar la mesa de las visitas —Laurenti le alcanzó el legajo. Galvano lo miró desconcertado, como si no se creyera que Laurenti le había dejado realmente el expediente.

—Por cierto, quería invitarle a cenar esta noche —dijo para finalizar Laurenti—. Cocinará mi hijo.

—Marco es un buen chico —dijo Galvano, y se instaló con su tesoro en la mesa de las visitas—; seré puntual.

## Armas pesadas

Živa le llamó cuando ya se había ido de la oficina y estaba buscando su coche. Se sorprendió mucho cuando le comunicó de forma imprevista que esa tarde estaría en Trieste, pues debía comentar un par de cosas con el fiscal superior. ¿Tenía Laurenti tiempo y ganas de verla? En cualquier sitio donde pudieran estar solos.

Maldijo para sí mismo en voz baja. ¿Por qué precisamente hoy? Hasta hacía sólo un par de semanas habían planeado de forma cuidadosa sus encuentros furtivos. Živa nunca había viajado de Pola a Trieste sin acordar con él sus citas. Pero últimamente ya nada era como antes. Hasta parecía que le evitaba. A sus preguntas, ella contestaba que eran imaginaciones suyas. Y entonces le abrazaba cariñosamente, le acariciaba y le decía que era demasiado sensible para ser un italiano del sur y que los años en Trieste le habían reblandecido en exceso.

En casa le esperaba la cena en la que Marco debía ponerse las medallas, y Živa mientras tanto en la ciudad. Demasiado de golpe. Miró su reloj de muñeca y calculó todas las posibilidades. Pero antes de que pudiera contestar, Živa le dijo de todo corazón que no quería causarle ningún problema y que podrían verse en otra ocasión. Pero esas palabras únicamente provocaron contrariedad en Laurenti. En la recién restaurada Città Vecchia, a sólo un par de metros de la Piazza Unità, habían abierto hacia poco un nuevo hotel, que en una ocasión visitó precisamente por su nombre y donde intercambiaron un par de palabras con el dueño. Era extraordinario que hasta la fecha nadie hubiera tenido la idea de abrir un Hotel James Joyce en Trieste. Disponía de habitaciones sencillas pero bonitas y estaba situado allí donde Joyce, a pesar de su notoria bancarrota, había compaginado durante más de once años a su esposa Nora con las putas del puerto. Aunque la sífilis ya la había adquirido antes en Dublín.

Todos los demás hoteles de la ciudad eran tabú para Laurenti, ya que allí los propietarios le conocían. Antes el Bibc, un agradable hostal de pueblo en Santa Croce, había supuesto una posibilidad, pero desde que la familia Laurenti había cenado en alguna ocasión allí, ya no podía pasar de incógnito. Laurenti le explicó a Živa el modo de llegar. Podían encontrarse allí en un cuarto de hora. Dejó a Galvano en su oficina y se puso en camino. En la entrada de la Questura se encontró con el fiscal del Estado, Scoglio, y se informó sobre el resultado de las investigaciones. Scoglio le contó el interrogatorio practicado a los tres cabezas rapadas que habían asaltado la consigna de la estación, y habló de los sospechosos habituales y de los tipos que sospechaba había detrás. No había

manera de sacarles el motivo del asalto. Cuando Laurenti le informó de que también estaba revolviendo antiguos casos y en esos momentos estudiaba el expediente de De Henriquez, Scoglio aguzó los oídos:

—El asunto se está activando —dijo—, ¡veremos cómo se desarrolla!

Živa estaba estirada en la cama cuando él entró en la habitación. Hojeaba unos papeles.

—¿Me has dicho que sólo tenemos una hora?

—La familia Laurenti tiene esta noche invitados. Pero ¿cómo no me has avisado con un poco de antelación?

Živa negó con la cabeza.

—A veces es mejor no planear nada. Ando con demasiadas cosas entre manos, y si además tengo que apuntarme en la agenda mis encuentros contigo, pierdo todas las ganas.

—Tú lo que quieras es deshacerte de mí. La política, el trabajo, el nuevo amante y encima un policía italiano —gruñó Laurenti.

—¿Qué nuevo amante? —le acarició el cabello y lo atrajo hacia sí.

—Seguramente nuestro fiscal de cara gris o uno de nuestros colegas milaneses. Es mejor que no me lo cuentes, si no me moriré de celos.

—Ninguno de ellos. Sigue adivinando —Živa rió con ganas cuando vio la frente arrugada de Laurenti.

—¿Por lo menos es rico y generoso? ¿Quizá Ecclestone? Últimamente estás en contacto con él.

—Por favor, le saco una cabeza.

—Su mujer también.

—Bah, Proteo —suspiró Živa—. Me limito al vecindario. Se trata de Galvano.

—Es un viejo egoísta y punto —dijo Marco, y puso los ojos en blanco.

—A mí me gusta —opinó Livia, la mayor y la más guapa de los tres hermanos, que hacía un par de años había participado en la elección de Miss Trieste—. Ya sé que tiene sus fallos, pero a pesar de todo es muy dulce.

—No me digas eso, es un viejo saco de huesos que hace lo posible por esconder sus cosas buenas —dijo Patrizia.

Los tres observaron las cosas que les había traído Galvano como invitado, como si fueran párvulos. Llaveros: del de Marco colgaba un minúsculo balón de fútbol, Patrizia fue obsequiada con un gatito de color rojo rosado y Livia con un oso panda.

Galvano buscó enseguida sitio cerca de los galones de vino blanco y no muy lejos de la mesa del *buffet*. El perro negro estaba estirado a sus pies bajo la mesa.

—¿Dónde está Laurenti? —le preguntó a Laura.

—Aún está de camino. Vendrá algo más tarde. Le ha surgido un imprevisto. Ya sabe usted cómo es la policía. Lo importante es que usted está aquí, doctor.

—Seguro que tiene una amante.

—¿Qué? —la risa de Laura igualó el claro sonido de las campanas de Santa Croce, que cuando sopla el viento se oyen hasta el mar.

—Es lo que se suele decir cuando uno no está nunca en casa —Galvano la miró con una mirada fría.

Finalmente llegó Laurenti sin aliento por culpa de las escaleras y se disculpó por el retraso. Su mujer le saludó con un fugaz beso.

—¿Qué tal te ha ido con tu amante? —le preguntó.

Laurenti se asustó.

—¿Con quién?

—Ya lo decía yo —Galvano señaló riendo a Laurenti—. Mi intuición era acertada. Aún no tenéis suficiente experiencia de la vida.

—Deje al pobre hombre en paz —dijo una de las amigas de Laura—. Con todo el trabajo que tiene no dispone de tiempo para una amante.

—Como si la policía de Trieste tuviera mucho que hacer —no había manera de que Galvano cediera.

—Lo confieso todo —Laurenti extendió los brazos—. ¿Pero ya sabéis lo que Galvano se trae entre manos? ¡Últimamente se divierte con jóvenes sordomudas, a las que por un montón de dinero compra llaveros!

—Deja de decir estupideces —contestó Galvano ofendido—. ¿Qué hay de comer?

Ésa era la palabra clave. Marco se estrenaba como cocinero y pidió un momento de silencio para poder presentar su menú.

—Empezaremos con un sushi mediterráneo.

No todas las amigas de Laura parecían convencidas, alguna incluso arrugó la nariz.

—*Carpaccio* de pulpo —prosiguió Marco—. Papá lo ha pescado esta misma mañana. Por lo menos eso es lo que dice él. Seguiremos con un tartar de dorada. También supuestamente pescada por papá. Suerte de principiantes. Y para finalizar una *tempura* mediterránea con una salsa de curry de todo aquello que le hace bien al corazón: calabacín, berenjena, tomate, cebolla, zanahoria, setas, melón, pera, queso, piña, fresas, espárragos trigueros y mucho más. Y de postre un sorbete de cítricos con jengibre fresco, que casi me ha salido tan bien como a mi jefa.

—De su madre seguro que no lo ha aprendido —dijo la mejor amiga de Laura toda desdeñosa.

—Suerte que este mediodía he comido suficiente —dijo otra.

-Me acuerdo perfectamente. Fue poco después de mi decimosexto aniversario, en mayo de 1946. Vivíamos en Barcola, en una de las villas entre el cementerio y la estación de tren. Debía ir en bicicleta hasta el Friul y llevarles a unos parientes un par de prendas a cambio de un saco de patatas. Entonces vivíamos en el Territorio Libero di Trieste, en la zona aliada que hasta 1954 fue autónoma. Detrás del Duino, en San Giovanni in Tuba, transcurría la frontera hasta Italia. En ese día tan especial el sol estaba bien alto y el Carso aún era una cadena montañosa de piedra calcárea escarpada y casi pelada con apenas vegetación. El macadán brillaba con estridencia junto a los bordes de la calzada. No hacía mucho que había finalizado la guerra y quizás te puedes imaginar qué susto me di cuando en la Costa dei Barbari me encontré de repente con una unidad de soldados alemanes que se dirigía con armamento pesado en dirección a la ciudad. ¡En 1946! Con tanques y cañones. Se desplazaban con bastante lentitud. Un par de hombres llevaban uniformes americanos, pero a eso ya estábamos acostumbrados. Hacia el final de la guerra uno ya no se podía fiar de los emblemas de los uniformes, pues algunos soldados llevaban los del enemigo. Estaba convencida de que la guerra se había iniciado de nuevo y pedaleé con todas mis fuerzas para volver a Trieste y avisar a la gente. Por supuesto fue una estupidez infantil, pues cinco mil ingleses y cinco mil americanos tenían la ciudad bajo control. Sólo quien hubiera sobrevivido a esos tiempos podría comprender mi reacción. Cuando grité jadeando que llegaban los alemanes, todos me tomaron por loca.

Stefania Stefanopoulos rió. Era una mujer pequeña muy maquillada de más de setenta años. Tenía el cabello blanco perfectamente peinado, y una nariz aguileña dominaba su rostro estilizado. Con voz profunda, se abandonaba a sus recuerdos. Junto a ella yacía como una reina Marilyn, un caniche blanco que seguramente pasaba más tiempo en la peluquería que su dueña. Era la única persona que había invitado personalmente Marco a la cena. Nadie sabía cuándo había trabado amistad con aquella arrogante dama, miembro importante de la burguesía triestina y una defensora activa de los animales. Laurenti creía que era una clienta que frecuentaba el restaurante donde trabajaba él. La *signora* Stefania formaba parte en todo caso de las muchas y extrañas transformaciones por las que estaba pasando su hijo tras cumplir el servicio militar. Parecía que el joven ya sabía definitivamente lo que quería.

Stefania Stefanopoulos nunca hablaba de su vida laboral como arquitecta y profesora en la Universidad de Turín, y menos aún de su marido, que hacía unos años que había muerto. Descendía de una vieja familia de la extendida comunidad griega, cuyos miembros habían contribuido al florecimiento de Trieste como prósperos comerciantes.

Cuando Proteo Laurenti la saludó, ella enseguida le habló del extraño

almacén con el armamento y le relató sus recuerdos de Diego de Henriquez. Se hizo el silencio entre el pequeño grupo que se había reunido alrededor de la distinguida dama, a la que escuchaban fascinados.

—Nadie me quería creer, pero no pasó mucho tiempo antes de que en la lejanía se oyera ruido de motores y cadenas sobre el asfalto. Entonces llegaron otras personas, que habían descubierto la caravana en Miramare y habían visto cómo huía la columna. Ni ellos ni yo misma nos habíamos dado cuenta de que los soldados alemanes estaban desarmados, al contrario que los americanos. Por un momento gané credibilidad. Pero entonces desfilaron junto a nosotros. Eran prisioneros de guerra, que debían transportar el material a la ciudad. Para el museo de ese coleccionista fanático. Se rieron de mí a carcajada limpia y se burlaron del asunto durante meses.

Ni Laurenti ni ninguno de los presentes conocía esta historia. Tampoco nadie habría difundido semejante bagatela. Pero la *signora* parecía disponer de una memoria fabulosa y por lo tanto había que creerla.

—Más tarde me fui de allí para examinar la maquinaria. Estaba almacenada en un terreno de San Vito junto con todo tipo de cacharros, que ese hombre peculiar había ido amontonando. Me descubrió merodeando por allí. Recuerdo muy bien su mirada penetrante, que parecía taladrarme, y cómo se desplazaba todo desgarbado por el terreno. «¿Qué tal llevas lo de leer y escribir?», me preguntó severo para explicarme a continuación lo importantes que eran ambas cosas en la vida. Se describió a sí mismo como un grafómano, un fanático de la escritura, y de sus bolsillos sacó infinidad de pequeños cuadernos de notas, que había llenado con su letra esmerada. Después me acompañó por el terreno y me soltó un extenso discurso, a mí, una muchacha de dieciséis años, sobre las armas pesadas que un par de días antes me habían asustado de forma tan brutal. Lo sabía todo sobre ellas, pero en ocasiones tenía la impresión de que fantaseaba: carros de combate, cañones de 38 mm., Marder III, submarinos de diferentes tamaños, el supuesto prototipo de un enorme cañón nuclear que los americanos llamaban «Annie» y los alemanes parece ser que «Adolf Hitler». Fue arrastrado por un vehículo oruga de la marca Kraus Maffei en un estado técnico perfecto. Supuestamente había conseguido el vehículo en Módena. Parece ser que uno de los puentes provisionales que se extendieron sobre el río Po cedió bajo el peso del cañón y Diego de Henriquez fue el primero que se metió en el barro para amarrar una cuerda al mismo. Una historia peculiar, que en su momento turbó hondamente a muchas personas. Los prisioneros de guerra alemanes eran los únicos que sabían utilizar esa arma. ¿Nunca has estado en su museo?

Laurenti negó con la cabeza. Una y otra vez se había propuesto visitar el Museo de la Guerra por la Paz Diego de Henriquez. Muchas veces en los últimos años había pasado junto a él, cuando tras treinta años de dudas la

ciudad decidió finalmente encontrarle un sitio y lo puso bajo la dirección de la administración de museos. Se dispuso en un antiguo cuartel, en el terreno donde la policía urbana aparcaba los coches que se llevaba la grúa y en cuya parte trasera se vigilaban los vehículos sancionados. Laurenti tenía una relación distendida con los Vigili Urbani y las armas no le interesaban mucho.

—Cuando la guerra terminó, Diego de Henriquez tenía cuarenta y seis años y hablaba fluidamente por lo menos siete idiomas. Una reliquia de la educación de la monarquía austrohúngara de la mejor de las casas —prosiguió la enérgica *signora*—. El 3 de mayo de 1945 los aliados le pidieron que hiciera de intérprete en la declaración de capitulación de los alemanes. De Henriquez disfrutaba de una estrecha relación con los antiguos ocupantes. En realidad se hacía con todos. En 1929 inició su colección en San Pietro en el Carso con ayuda de los fascistas italianos, localidad que hoy se encuentra en la parte eslovena. En 1943 los alemanes transportaron todo el material a petición de él a la ciudad, después le apoyaron los aliados e incluso era respetado por los partisanos de Tito: le llamaban «camarada Henriquez» omitiendo el «De», mientras que los fascistas habían italianizado su apellido. Sólo en la Trieste de posguerra le surgieron de repente enemigos como nunca antes. Había demasiadas cosas que encubrir.

—¿Es verdad que el hombre dormía en un sarcófago? —preguntó una de las amigas de Laura.

—Sí, con un casco de acero y una máscara de samurai —le confirmó la dama de baja estatura—. ¡Pero escuchad el asunto de la negociación de la capitulación! Junto al comandante alemán de la ciudad, el mayor general Linkenbach, estaban sentados el jefe de la oficina de acción de la costa adriática, el coronel Berger y el mayor Schwesig. Por la parte de los aliados occidentales negociaban el coronel Donald y el teniente general Fryberg, neozelandeses del ejército británico, mientras que las tropas de Tito dirigían con mano firme el Estado Mayor de la ciudad, que habían liberado dos días antes. El comandante en jefe alemán se había negado tajantemente a entregar sus últimas agrupaciones a los partisanos de Tito y había ordenado defender los puntos de apoyo hasta el último hombre. Sólo estaba dispuesto a negociar con los ingleses. Ya que apenas ningún inglés hablaba alemán, se pidió a Diego de Henriquez que ejerciera de intérprete. Él llevaba una bandera blanca cuando se reunieron con los alemanes. Horas después salió con el uniforme de Linkenbach. «Ya no le hará falta», se supone que le dijo, «y yo lo necesito para el museo». E incluso consiguió que en la declaración de capitulación constara que los aliados ayudarían en la construcción del museo. ¿Qué es esto? ¿Genialidad o locura?

Cuando finalmente Galvano entendió que Stefania Stefanopoulos hablaba de

Diego de Henriquez, dio tal salto al levantarse que pisó sin querer la cola de su perro y éste aulló a pleno pulmón.

—Ese almacén en el polígono industrial —gritó el viejoseguro que es uno de sus depósitos desaparecidos. Tras su muerte tres de estos depósitos permanecieron ilocalizables.

—Bah, el bueno del doctor naturalmente tiene que añadir algo al respecto —dijo la griega toda ofendida.

—En su momento yo le hice la autopsia —dijo jadeando Galvano—. Pero sólo siete meses después de su muerte. Ya no había mucho que ver.

La *signora* calló como una muerta. Nunca en su vida había luchado con un hombre por tener la palabra. Quien tenía tacto la dejaba hablar sin interrumpirla. Su silencio era suficientemente notable para las personas normales, pero no para Galvano. Se dejó caer en una silla cercana a ella. Marilyn, el distinguido caniche, se relamió en cuanto vio al can negro.

—El 27 de diciembre de 1974 me lo pusieron encima de la mesa de disección. Como asado de fiesta entre las Navidades y Año Nuevo —tronó Galvano de nuevo—. Habían pasado casi siete meses desde su muerte cuando llegó la orden de autopsia. ¿Pero qué puede reconocer uno en un cadáver carbonizado siete meses después? Las costillas cuarta, quinta y sexta estaban rotas, aunque ello podría deberse a que lo hubieran colocado de forma poco cuidadosa en el féretro. Ninguna herida de arma de fuego y tampoco otras fracturas. El pulmón ya sólo era un resto miserable de tejido. En lugar de enviarme enseguida el cadáver a mi mesa, consiguieron crear de nuevo un mito. Como si no tuviéramos suficientes —y mirando de reojo a la griega dijo—: Desde entonces los rumores se suceden uno tras otro.

—Pero un alambre le rodeaba el pecho —protestó indignada la *signora* Stefania.

—Nadie pudo determinar entonces si estaba allí casualmente o si lo habían atado o incluso torturado con él. Encontré restos minúsculos de metal. El perito técnico los identificó como filamentos de un antiguo cable de teléfono. Después se contradijo y dijo que se trataba de un cable eléctrico. Los filamentos se encontraban en el pecho izquierdo y también en la parte izquierda del cuello. Nada en el resto del cuello, en las muñecas y en las piernas —Galvano movió la cabeza de un lado a otro—. Realmente no había nada que hacer.

—Antes de su muerte, más de una vez manifestó que se sentía amenazado. Por ello siempre llevaba un arma encima.

—Una Beretta de 6,35 mm. Por culpa del incendio, todas las balas acabaron estallando en el almacén. Nunca disparó con esa arma. Dejad que el hombre descansen en paz, mirad hacia el futuro —por una parte, Galvano estaba como siempre muy parlanchín, pero por otra tenía mucho cuidado en no revelar nada de sus propias investigaciones.

—En su momento leí los informes con toda atención —dijo retomando la palabra la *signora*—. De Henriquez acababa de llegar a su casa justo antes de que se declarase el incendio, pues los cristales reventaron debido al calor. Tan rápido es imposible que se extienda un incendio recién provocado y que le impida salvar la vida. Si su perro consiguió salir al exterior, ¿por qué no también De Henriquez? Es ridículo que hablaran de un cortocircuito. Además, hacía días que una joven pareja merodeaba por allí y le espiaba.

—Sólo se estaban besuqueando. Más adelante también se les interrogó.

—No me lo creo.

—Se robaba continuamente —dijo Galvano, e hizo un gesto despectivo—. Por eso dormía en un sarcófago en la planta baja, a muy poca distancia de un ventilador y un fogón eléctrico. Además había innumerables trastos en bolsas y montañas de papeles, documentos y libros. Y por eso pasó lo que tenía que pasar. El humo era tan denso que los bomberos tuvieron que romper primero las ventanas de los pisos superiores para que se dispersara. Incluso les costó encontrarle.

Galvano paró de hablar, pues no conseguía que ninguno de los oyentes le prestara atención. Todos escuchaban a la *signora*. Era demasiado para él. Así que se puso en pie, aconsejó a todos que en lugar del pasado se ocuparan del futuro de la ciudad y se dirigió hacia el *buffet* para llenarse el plato.

El sitio que había dejado libre se ocupó enseguida. Querían evitar que volviera el sabelotodo.

## Historias de medianoche

Si no se hubiera encontrado con el viejo habría obedecido inmediatamente. Pero ya sólo el presentimiento de confianza le ablanda a uno, ya que de ahí nace la esperanza.

Le buscó durante todo el día sin éxito. En un momento dado le pareció haberle visto cerca de la Questura, con su perro, pero de repente desapareció. Y por segunda vez consecutiva no había ido a cenar al Nastro Azzurro. Su mesa quedó esa noche de nuevo libre, aunque él solía ser más puntual que las mareas del Adriático. Permaneció alerta mientras hacía su ronda. En una ocasión vio al gordo de la estación junto con una joven de constitución atlética vestida de cuero. Ellos también vieron a Irina, pero consiguió escapar metiéndose en un portal y saliendo por una puerta trasera. Poco después su jefe la pilló y le quitó el poco dinero que había conseguido. Desde las once de la noche esperaba Irina frente a la entrada al *palazzo* en la Via Diaz, donde vivía Galvano, hecho que ella conocía desde hacía tiempo. En su vivienda del cuarto piso aún no habían encendido la luz. Se agachó junto a la ventanilla de un coche para echarle un vistazo al reloj de la guantera. En ningún caso abandonaría la guardia. En algún momento el viejo debía volver a casa.

A Marco apenas le preocupó el eco que había tenido su arte culinario. Estaba satisfecho consigo mismo y prefería obviar las pequeñas chapucerías. No se creía los amables comentarios de las amigas de su madre, pero cuando Stefania Stefanopoulos alabó su cocina por todo lo alto no pudo por menos de sonreír satisfecho. Pasó por alto los habituales reproches de que el pescado crudo era asqueroso y era mejor darle preferencia a la acreditada cocina triestina, que, según él, sencillamente no existía. Más de noventa etnias habían dejado su influencia en la ciudad y en su cocina. No se podía simplemente mezclarlo todo sin más. Sólo cuando se sabía de dónde procedía cada uno de los matices de sabor se podía completar la tradición con la creatividad. Esas señoras no tenían ni idea y seguían las explicaciones de Marco con caras de besugo. El azafrán provenía del sur de Italia, las mejores lentejas de las islas Eolias, las sardinas y los calamares del golfo de Trieste, las almendras y el agua de rosas del Arábigo, el bacalao lo trajeron en su tiempo emigrantes portugueses y españoles, las mejores gambas las cogían los pescaderos de la isla adriática de Cherso, algunas

especias provenían de Oriente, otras de la Provenza, el rábano picante de la cocina austrohúngara. Marco ofrecía torrencialmente sus conocimientos como si fuera un alumno ejemplar, aunque le era embarazoso que su padre casi estallara de orgullo y no dejara de hablar de las excelencias del arte culinario de su hijo. No en vano le había prometido, a pesar de que hubiera perdido la apuesta, pagarle las vacaciones y también el billete de Federica.

¿Pero cuándo se irían de una vez por todas las dos amigas teñidas de rubio de mamá? ¿Qué es lo que hacían cuando no estaban estiradas con Laura en la playa y por la noche hacían al grill čevapčići baratos comprados en el supermercado? Los tres hermanos coincidían en que su madre se merecía una compañía mejor.

Hacia medianoche, Marco se retiró con la excusa de que al día siguiente debía levantarse pronto. Fue despedido con aplausos. Poco después conducía su motocicleta en dirección a la ciudad. Sus tres amigos ya le estaban esperando.

El doctor Galvano no fue esta vez uno de los últimos invitados en irse. Estaba ofendido y se sentía engañado por la atención de la que había disfrutado la dama del caniche. Más de una vez intentó llamar la atención con sus recuerdos del coleccionista de armas y la tensa situación de esos años, mientras Stefania Stefanopoulos parecía no terminar nunca de fantasear sobre el supuestamente tan encantador hombre y su formación universal autodidacta. Galvano sostenía, por el contrario, que todos conocían su especial debilidad por los jovencitos. La siempre elegante *signora* Stefania se lo reprochó amargamente. Entonces él repitió que en su momento se había ejercido presión desde arriba para cerrar lo antes posible el expediente de Diego de Henriquez. La respuesta a la pregunta de quién había ejercido esa presión no pareció haberla oído.

—No lo aguento más —dijo Stefania Stefanopoulos enfadada—. Usted lo único que se da es pisto. Ya estamos acostumbrados a que se guarde algunas cosas para sí mismo. ¿Pero en este caso? ¡Hace ya treinta años de ello! Sáquelo de una vez, Galvano, o cállese si no lo sabe. ¿Qué es lo que puede temer un hombre a su edad?

Galvano estaba muy enfadado. Esa dama con sus recuerdos glorificados. Por otra parte, su memoria era precisa. A pesar de todo, los presentes prestaron más atención a las adornadas anécdotas de Stefania Stefanopoulos. Pero lo que más le fastidiaba es que ella le contradijera cualquier fecha que aportara del último siglo. Era un par de años más joven que él, pero ¿qué significaba eso?

—Simplemente espere usted —dijo él, condescendiente— a leer las memorias que estoy escribiendo. Todas las fechas son correctas.

—¡Dios mío! Otro hombre mayor que piensa que la humanidad no puede seguir viviendo sin haber leído sus memorias.

—Se confunde usted. Voy a poner al descubierto conspiraciones que usted no

habría ni soñado. Hasta los intentos de Berlusconi de terminar con la democracia.

—Sabe usted, Galvano —dijo Stefania suspirando—, no se puede acabar tan rápidamente con la democracia como piensan los viejos como usted mientras se van pavoneando por ahí.

—Sé que uno no debe preguntar por la edad de una dama —dijo Galvano furioso—. Sin embargo, la diferencia de edad entre nosotros, querida mía, no es tan grande como para que yo pueda ser su padre. Eso aunque se haya mantenido usted muy bien. En todo caso, no tan bien como su caniche.

Se produjo una larga y penosa pausa. Todos buscaban rápidamente un nuevo tema de conversación. Era una empresa sin esperanza. Como si fueran dos acorazados, se lanzaban una andanada tras otra. Alguien de la mesa conjeturó que Galvano y Stefania habían tenido un idilio hacia un par de decenios, pero la *signora* borró esa posibilidad de un plumazo.

—Con ése sí que no —se le reflejó una mueca de repugnancia en la boca y tiró de la correa de su caniche blanco cuando el diablo negro del antiguo forense lo empezó a lamer.

—Llame usted a su perrazo, Marilyn se siente ofendida.

—Antes haría el amor con un erizo de mar. Odia a los caniches blancos y no se lo comería ni para desayunar —dijo Galvano de mala leche.

Así llegaron al tema del mundo animal, lo que puso colorado a Galvano. Lo que le disgustaba especialmente era que esa griega apoyara tan vehementemente al petulante hijo de Laurenti cuando hacía apología de esas ridículas ideas sobre la protección de animales y exigía más responsabilidad a la hora de elegir los alimentos. Cuando Marco echó pestes de la manipulación genética y Stefania aplaudió con fuerza, tanta que Marilyn se subió a su regazo de un salto y empezó a lamerle el rostro, fue la gota que colmó el vaso. De nuevo intentó aportar argumentos con ideas bien fundamentadas y toda su experiencia como científico, pero nadie le hacía ya caso. Ofendido, Galvano tiró de la correa de su perro negro y bajó las escaleras sin despedirse. Cuando ésos aún eran su casa y su terreno, nadie se había permitido ser tan irrespetuoso. Y los Laurenti habían arrasado con su jungla y habían hecho un jardín la mar de aburrido, con parterres de flores y hierbas aromáticas y un enorme lugar para sentarse, por no hablar de la barbacoa. Debía haberse quedado a vivir allí hasta su muerte en lugar de mudarse a la ciudad. Al viejo piso de los Laurenti.

Laurenti miró enfadado la pantalla de su teléfono móvil y se alejó un par de pasos de la mesa de los invitados cuando reconoció el número de la Questura.

En muy pocas ocasiones era requerido por la noche. Y aún más se sorprendió cuando el responsable del servicio de patrullas se disculpó por la interrupción.

—Nos pidió que le mantuviéramos informado si nos topábamos con Galvano.

—¿Le ha pasado algo?

—Un control de rutina. Los colegas le han parado. Estaba bastante bebido, pero no le han hecho el control de alcoholemia. Los hombres le conocían. Sí le han pedido que dejara el coche allí y le han acompañado a casa. Le estaban esperando. Frente a la casa había una joven que intentaba hacerse entender con el doctor mediante gestos. Unos veinticinco años, cabello rubio corto, vestida sencillamente. Galvano ha subido con ella.

—Pida por favor a su gente que echen un vistazo al piso. Quizá puedan pasar con más frecuencia y mirar si la luz está encendida. Y si sale la mujer, pídanle la documentación.

—¿Qué estaba buscando la sordomuda en casa de Galvano? Era imposible que el viejo cínico se hubiera permitido una amante, incluso aunque ella no pudiera contestarle a grito pelado. Con el perro ya tenía suficiente. Laurenti marcó el número de Galvano. Inquieto, cuando ya se disponía a colgar, el viejo se puso al teléfono.

—Sólo quería saber si ha llegado usted bien a casa —le preguntó disculpándose.

—Naturalmente. ¿Por qué no?

—Ni se ha despedido usted. Estaba algo preocupado. Ha bebido mucho. No sería la primera vez que se salta usted un semáforo y se fuga.

—No se preocupe, Laurenti. Dudo que si alcanzas mi edad llegues en tan buena forma. Y tus invitados son horriblemente aburridos y maleducados. Alguien tenía que decírtelo. Somos amigos. Y cuida de tu hijo, está expuesto a malas influencias. ¿Querías algo más?

—¿Todo en orden?

—Naturalmente. ¿Por qué lo preguntas?

—Entonces buenas noches, Doc. Ya tiene usted mi número de teléfono.

## ¿Nunca se acabará esto?

—Deberías cerrar siempre la puerta con llave —le murmuró al oído, y la besó. Ella se cubrió la cabeza con la ligera manta y se volvió con un gruñido. Tras un segundo beso, abrió lentamente los ojos y sonrió al reconocer a Laurenti.

Apenas había dormido. A las cuatro y media bajó para nadar un rato en el mar y borrar las huellas del alcohol de la noche anterior. Cuando los últimos invitados se despidieron alrededor de las dos, él y Laura recogieron lo más imprescindible y bromearon sobre la velada. Laura le metió vestido bajo la ducha fría cuando se lo encontró lavándose los dientes en el baño. Riendo, cayeron el uno sobre el otro. Laurenti no recordaba qué hora era cuando apagaron la luz.

El baño en el mar le refrescó y se dio cuenta de que durante los últimos días y en contra de sus costumbres se había convertido en un madrugador. Sin tomarse un café, salió finalmente de casa y se quedó perplejo al ver a su hijo a esas horas aparcando la moto y dándole los buenos días como si tal cosa.

—Pensaba que después de lo de ayer te pasarías todo el día en la cama —dijo Laurenti agarrándole del brazo—. La cena fue todo un éxito. Bien hecho. Pero no deberías beber cuando vas en moto —su mirada se fijó en el brazo del joven—. ¿Qué es lo que tienes ahí? —preguntó Laurenti.

—¿Dónde? —le preguntó Marco sorprendido.

—¿Es laca de coche?

—He estado ayudando a un amigo. Hemos lacado de nuevo su vehículo.

—¿Por la noche? —Laurenti negó con la cabeza.

—No había otra manera. Tuvo un accidente. Era el coche de su padre.

—Espero que te lo puedas limpiar. Inténtalo con alcohol.

—Así lo haré, papá. ¿Ya te vas a la oficina?

Laurenti se despidió de él dándole una palmada en el hombro. Un cuarto de hora más tarde llamaba al portero de noche del Hotel James Joyce en la Città Vecchia y le decía que le esperaban. Sólo cuando vio que le mostraba una placa dejó pasar a Laurenti y atendió de mala gana sus indicaciones al encargar el desayuno para las siete de la mañana.

—¿Cómo es que estás tan pálido? —le preguntó Živa acariciándole cariñosamente con la mano el rostro sin afeitar.

Se despertó con el olor del café y el ruido de la cubertería.

—El pobre se ha sorprendido mucho —dijo riendo Živa, y le alcanzó la taza.

—¿Por qué?

—Te ha visto en la cama al traer el desayuno y me ha dicho que pensaba que estabas de servicio.

—Espero que mantenga la boca cerrada. No creo que haya podido leer mi nombre, pero nunca se sabe.

—Le he dado una buena propina. ¿Te gusta el *brioche*?

Desayunaban sobre la cama. Laurenti le habló de la fiesta y le contó la pelea de Galvano con Stefania Stefanopoulos. Dijo que estaba preocupado por el antiguo forense y en un momento dado le habló de su encuentro con la gente del servicio secreto.

—¿Estás informada de algo que está pasando, Živa?

Negó con la cabeza.

—¿Trabajas últimamente con los italianos?

Živa rió.

—¿No eres tú italiano?

—Me refiero en el ámbito oficial.

—Probablemente es asunto de los eslovenos.

—La embarcación sigue otro curso —Laurenti no cedía. No era probable que la fiscal del Estado responsable de la parte croata de la península de Istria no estuviera informada de una acción conjunta entre ambos países. Que pudiera hablar de ella ya era otro cantar—. No intentes darme esquinazo.

—No sé nada aparte de los contactos habituales —Živa sirvió más café.

Laurenti no la creía.

—Tampoco me contaste nada de las investigaciones sobre Zakinji. Sólo cuando se le detuvo y encontraron drogas en su embarcación.

—Es imposible que te pueda contar cada paso de mi vida diaria. Pero si así lo quieres... —Živa miró hacia el exterior por la ventana.

—¿Y a dónde habría transportado las drogas si no lo hubiera fichado? Seguro que no a Albania. Tengo que saber qué está pasando, Živa. Más de una vez a la semana pasan enormes contenedores resistentes al agua al otro lado. Sólo los pueden transportar a Croacia. No soy el único que lo sabe. La guardia de costas, los colegas de la Guardia di Finanza y otros más han sido llamados al orden antes que yo. Y si lo saben nuestros servicios secretos, también lo sabe alguien de tu equipo. Pero no me fío de los míos. Han estado involucrados en demasiadas cosas sucias.

—¿Tú crees que en Croacia es diferente al resto del mundo?

—¿Qué es lo que está pasando?

Živa negó con la cabeza insistentemente.

—Déjalo ya de una vez. No lo sé —se puso en pie de un salto—. He llegado al

caso demasiado tarde –Živa corrió al baño y Laurenti oyó cómo corría el agua de la ducha–. Tengo que estar a las nueve en el Tribunal –gritó Živa–. De ninguna de las maneras me puedo retrasar. Se trata del asunto del rey de la Fórmula 1.

Laurenti recordaba el caso. Incluso *Il Piccolo* había informado en Trieste sobre él.

–No pensarás que se va a presentar, ¿verdad?

–Está claro que lo representará su abogado. Pero el asunto tiene el carácter de una comedia de Goldoni –dijo Živa mientras se secaba–. Aunque sea una mera pérdida de tiempo, por lo menos nos reiremos un poco.

El asunto se había ventilado en los periódicos. Bernie Ecclestone y su mujer, nacida en Rijeka, se enfrentaban a una demanda por daños y perjuicios de una amiga del matrimonio, que hacía tres años se había lesionado en el yate del potentado. Para conseguir el millón que exigían en la demanda contaba con el apoyo de un famoso periodista croata, que fue acusado por Ecclestone de extorsión.

Cuando Laurenti salió de la ducha, Živa estaba frente a él con una mochila al hombro.

–Ha sido muy bonito que me hayas despertado, pero ahora me tengo que ir.

–¿Seguro que no me ocultas nada? –preguntó Laurenti.

–Por favor, no te enfades conmigo. De verdad que no te puedo decir nada.

Cuando salía del estrecho callejón donde se encontraba el hotel a la Via Cavana, se encontró justamente con Marietta. Vivía cerca de allí y estaba claro que volvía a casa.

–¿Qué haces por aquí? –le preguntó–. ¿Hace poco que pasas las noches en el hotel?

–Asuntos de trabajo, querida, una entrevista. Nada más –Laurenti le quitó las gafas de sol de encima de la nariz–. El camino a la oficina es en la otra dirección.

–Antes toda esta zona estaba llena de burdeles.

–Hueles a hoguera, Marietta. ¿Has pasado de nuevo una noche salvaje con el hombre Marlboro y su caballo?

–Lo ahumado aguanta más.

–Sólo tu aspecto serviría para escribir toda una novela. Hace cuatro días que llevas la misma blusa. Estás morena como un cochinillo y tienes unas ojeras que valen más que mil palabras. Además dispones de una bandera para batirte en retirada. Tu bien alimentado admirador tiene realmente aguante.

Marietta le quitó las gafas de sol y le miró toda fresca.

–No es el perfume de tu *after shave* habitual lo que estoy oliendo.

—Habla con el diablo, Marietta. Tengo una coartada.

—Es muy raro que justo ahora me haya cruzado con la fiscal del Estado de Pola. Tenía tanta prisa que ni me ha visto. Llevaba una mochila a las espaldas y a pesar de las prisas su rostro mostraba satisfacción.

—Naturalmente que hemos pasado la noche juntos, si es eso a lo que te refieres. Y al mismo tiempo también estaba en casa con la mujer y los niños. Pregúntale a Laura, si así loquieres. Es muy fácil: estoy clonado. Ni siquiera tú, la mujer con la que he pasado más tiempo que con ninguna otra en mi vida, lo has notado.

—¡Por Dios! Tú y además clonado. Eso no lo conseguiría ni Frankenstein — Marietta se dio la vuelta y bajó la Cavana con sus tacones altos.

Laurenti compró la prensa y se sentó en la terraza del bar Unità. Poder tomar café y leer la prensa en público era un lujo que pocas veces se permitía. En breve se propagaría el rumor de que el *vicequestore* se pasaba todo el día en el café en lugar de ocuparse de la seguridad de la ciudad.

*Il Piccolo* informaba de que cerca de la ciudad natal de Laurenti, Salerno, se había descubierto una banda de extorsionadores que se había especializado en mujeres del este de Europa y el cuidado de personas mayores. El titular de la sección local informaba de la detención de todo un circuito de tráfico de cocaína entre Milán y Trieste gracias a las investigaciones de los *carabinieri*. También estaba involucrado un bar de la esquina, cuyo dueño era un antiguo colega. Laurenti le conocía bien. Y una nota adornaba el titular de la sección local: pintadas en contra del Papa, el obispo y la Iglesia católica en los muros de la catedral de San Giusto, que ese año celebraba los setecientos años de su construcción. Un anticlerical radical estaba bajo sospecha, conocido por haber atacado con huevos la procesión del Viernes Santo. El pronóstico del tiempo anunciaría un período prolongado de calor intenso.

Laurenti cogió el teléfono móvil y llamó a Galvano. El forense jubilado contestó al primer timbrazo y tartamudeó confundido que estaba esperando otra llamada. Debía mantener la línea libre, ahora mismo no podía hablar. A la pregunta de Laurenti de si todo estaba en orden, contestó irritado que no necesitaba una niñera y menos a las ocho de la mañana.

Laurenti dejó las monedas para pagar el *espresso* sobre la mesa y dobló los diarios. Rió para sí mismo cuando pasaba por la Piazza Unità en dirección a la oficina. Primero Marietta y ahora Galvano. El calor parecía alterarlos a todos. Pero por lo menos había podido ver a Živa. Tanto tiempo había hecho que la extrañara.

Frente al Ayuntamiento se encontraban los fotógrafos de los diferentes diarios, dos equipos de cámaras de las televisiones, gran cantidad de Vigili Urbani y el alcalde calvo, cuya chaqueta estaba como de costumbre tensa sobre

la barriga. No se había informado de una visita oficial. Debía de pasar algo diferente. Laurenti dio un gran rodeo siguiendo el puente de los Cuatro Continentes y se escabulló por la Piazza della Borsa adyacente.

Hacía dos horas que sonaba su teléfono, pero estaba demasiado cansada para ponerse en pie y desenchufarlo. Hacía ya un buen rato que había oscurecido desde que había vuelto de la excursión al mar. El motor de la embarcación que les habían prestado se había parado a la altura de Pirano, y Calisto tuvo que ponerse de acuerdo con el propietario a través del teléfono móvil. Él les prometió que les iría a buscar con otro barco. Habían pasado horas hasta que llegó. En una ocasión un pescador se detuvo junto a ellos y les echó la bronca porque no tenían puestas las luces de posición. Calisto rechazó su ofrecimiento de remolcarlos hasta tierra.

Mia se despertó con dolor de cabeza. Finalmente descolgó el auricular y oyó la voz del policía, que le preguntaba amablemente por qué no había ido a cenar con ellos. Para terminar, cambió el tono de la voz y la conminó a pasar por su oficina a las tres. Mia aceptó a regañadientes. No sabía lo que Laurenti quería de ella. No la entretendría mucho, la tranquilizó Laurenti.

Debía ser su último día en Trieste. Había quedado con la notaría a las once. Después se debía firmar el contrato de venta de la casa y había que entregarle a Mia un cheque bancario confirmado. Después quería ingresarlo en su cuenta y a continuación cerrarla. Más tarde tendría suficiente tiempo para preparar su partida. A la mañana siguiente abandonaría Italia. La tarde anterior, en la playa de Brioni, le había contado a Calisto que debía irse a Milán tres días para arreglar unas formalidades en el consulado general y visitar a unos conocidos. Rechazó riendo su oferta de acompañarla.

Irina se levantó pronto. Galvano hizo todo lo posible para que no abandonara la casa. El nuevo día le trajo los miedos de siempre, que habría dejado atrás de no haber estado el viejo con ella. Cuando la intérprete apareció en la puerta, Galvano quiso prevenirla en el pasillo, le mintió diciendo que se trataba de una investigación secreta y le recordó que se encontraba bajo juramento. Irina se asustó cuando vio entrar a la mujer en la cocina, aunque volvió a tranquilizarse, quedando, sin embargo, en postura tensa. Su mirada siempre se dirigía nerviosa hacia la puerta. La conversación no fue sencilla. La intérprete le explicó a Galvano que la lengua de signos no era como el esperanto y que le costaba interpretar correctamente todo lo que contestaba Irina, ya que

ella provenía de una zona idiomática extranjera. Galvano esperó un par de minutos y después le pidió llevar él mismo la conversación.

-¿De dónde vienes?

-Rusia, Voronesch.

-¿De qué tienes miedo?

-No tengo miedo.

-Sí tienes miedo.

-Necesito trabajar. Si trabajo mucho, entonces son amables conmigo.

-¿Quién es amable?

-Los hombres.

-¿Cómo te has hecho esas quemaduras?

-No había trabajado lo suficiente.

-No debes tener miedo. Aquí estás segura.

Como respuesta, obtuvo una sonrisa de incredulidad.

-Te protegeré y tengo los medios para hacerlo.

-¿Eres de la policía?

-No directamente. Pero te puedo ayudar.

Avanzaban poco a poco. La interpretación llevaba su tiempo. Aunque Galvano no tenía ninguna prisa. También como forense tenía que trabajar capa a capa. Ir retirando tejido tras tejido y analizarlo, seguir órgano a órgano, hasta que tenía la seguridad de que no se había saltado nada y podía formular los resultados, siempre sin valorar, sobria y neutralmente. Los significados debían valorarlos otros, agentes de investigación como Laurenti o el juez instructor, el fiscal, los periodistas, los abogados defensores, el juez y, demasiado a menudo, las generaciones posteriores.

Finalmente la tensión de Irina estalló repentinamente al cabo de una hora, como un corrimiento de tierras, provocando unos terribles espasmos de llanto. Rechazó con brusquedad el brazo que quería poner a su alrededor la intérprete y retrocedió con la silla alejándose de la mesa con tanta fuerza que fue a dar contra la pared.

¡Si por lo menos hubiera entendido algo! Podría haberla tranquilizado con su voz. Tras unos largos minutos de espera, durante los cuales Galvano estaba sentado a la mesa sin saber qué hacer mesándose una y otra vez el cabello con ambas manos, Irina se levantó de repente como un resorte y empezó a gesticular como una salvaje. Una y otra vez tuvieron que interrumpirla para que Galvano pudiera seguirla. El viejo cínico, tal como se le conocía, el hombre que durante toda la vida se había burlado hasta de las situaciones más duras, había enrojecido por primera vez. Con mano temblorosa, iba tomando notas y dejaba que la intérprete formulara las preguntas que durante su vida profesional había aprendido a desarrollar en los interrogatorios de los testigos.

—Necesito mis cosas —repetía una y otra vez Irina desesperada—, es todo lo que tengo.

—Te compraré otras —había respondido siempre Galvano, pero no había manera de tranquilizar a la joven. Galvano no entendía que alguien estuviera tan apegado a unas pertenencias tan baratas e insignificantes.

Hacia el mediodía, los tres estaban claramente agotados y aún no se había dado la ocasión de preguntar a Irina por los documentos que él había rescatado en la Piazza Ponterosso. La descripción de su viaje por Europa, de las torturas y los peligros que sufría por parte de la organización, dejó a ambos sin aliento. Ella sólo le había dado el resguardo de la consigna de la estación y le había pedido que fuera él mismo.

La intérprete le preguntó más de una vez a Galvano si no era mejor llamar a la policía, pero el viejo era terco como una mula. Se trataba de una investigación secreta y por eso el interrogatorio tenía lugar en su casa y no en un desconsolado despacho de la Questura.

Era hora de hacer una pausa. Galvano descolgó el teléfono y pidió unas pizzas. La intérprete quería hacer un recado al mediodía y se despidió.

—Mañana proseguiremos —le dijo Galvano mientras la acompañaba hasta la puerta.

—Mañana no podré. Estaré todo el día en los tribunales.

—Entonces esta tarde. Sobre las cinco.

Irina no debía abandonar el piso bajo ninguna circunstancia. Hacía horas que se retrasaba, así que pasarían un buen rato buscándola. Nadie sabía que estaba con Galvano. Nadie aparte de la intérprete. Y del gran y negro perro que estaba sentado en el umbral de la puerta que daba al pasillo y les seguía con la mirada. En ocasiones miraba hacia la puerta.

Comieron su pizza en silencio. La joven miraba fijamente hacia la ventana y Galvano intentó poner orden en sus anotaciones. En un momento dado retiró su plato a un lado y empezó a redactar un informe. Lo que había contado Irina era escandaloso. Que existieran esas cruelezas en Europa y que se produjeran bajo y frente a la mirada de los honrados ciudadanos debía sublevar a cualquier coetáneo instruido. Una y otra vez miraba furtivamente a la muchacha, porque no podía comprender lo que había oído. Por el contrario, la joven parecía resignada. Durante demasiado tiempo había soportado su destino para compadecerse ahora de sí misma.

Cerca de las cuatro, Galvano se levantó de la mesa y le explicó a Irina que tenía que sacar a pasear al perro. Ella lo entendió enseguida. No debía abrirlle a nadie, lo que también entendió perfectamente. Una breve sonrisa asomó a su rostro cuando él hizo como si abriera la puerta con una llave imaginaria y alzó

el dedo índice. Después le enseñó el mando a distancia del televisor y la dejó sola. A pesar del calor, se puso una chaqueta sobre el chaleco.

El visado turístico tenía una validez de tres meses y hacía tiempo que había caducado. El documento había costado novecientos dólares. Irina consiguió reunir el dinero con ayuda de sus familiares, que se endeudaron a raíz de ello y a los que prometió enviarles cada mes dinero desde Europa occidental. Después se subió a un autocar que debía llevarla hasta el Occidente dorado. Antes de la entrada en la Unión Europea le retiraron el pasaporte para siempre, como después pudo comprobar. Luego siguieron hasta Berlín. La habitación sucia en un edificio casi vacío tuvo que compartirla con otras cinco jóvenes. Estaban estiradas en colchones sobre el suelo, la comida era de lata o la traían de fuera. Nunca había suficiente.

El jefe del grupo, escoltado por un guardaespaldas de apariencia terrible, les explicó justo después de su llegada mediante pocos gestos cuál era su cometido y les facilitó una mochila barata llena de llaveros, otras baratijas y un papelito impreso en una lengua extranjera. Era terrible no poder entender lo que estaba leyendo. El valor de esa mierda de quincalla, aparte de los llaveros con pequeños muñecos de trapo y encendedores, se fijó en mil euros, que debían devolver al cabo de catorce días. Una semana después, cuatrocientos euros por el hospedaje. ¡Cuatrocientos euros! Con esa cantidad su familia podía vivir en su país durante cuatro meses. Y para finalizar la licencia, como él la denominaba, otros seiscientos euros al mes. El resto se lo podía quedar ella, se mofó él.

Con toda su ingenuidad o estupidez, había caído en la trampa, y sin pasaporte estaba perdida. Las otras jóvenes daban consejos y mencionaban restaurantes y tabernas que era mejor evitar. Pero no podían ayudarla. Si nada más entrar le cerraban el paso, lo mejor era desaparecer inmediatamente. Por lo demás, debía hacer su ronda imperturbable. Sólo mirar por un momento a la gente a los ojos, pero nunca reír. Y un aspecto era sumamente importante: debía obedecer las órdenes del jefe al pie de la letra, sin preguntar ni protestar y sobre todo sin retrasarse nunca. No perdía el tiempo y a la mínima te soltaba un guantazo. Si se defendía o huía, ya podía contar con que a su familia le pasaría algo.

Irina intuyó que la cosa iba en serio. Así que decidió dar lo mejor de sí misma. A pesar de las circunstancias vejatorias estaba en otro país, lo que ya de por sí era emocionante. Pero no tenía ni idea de lo que le esperaba.

Berlín, Rüdesheim, Heidelberg, Friburgo, Estrasburgo, Metz, Bruselas, París,

Niza, Saint Tropez, Milán, Parma, Cinqueterre, Pisa, la Toscana, Bolonia, Rímini, Rávena, Ferrara, Padua, Trieste. Había pasado por media Europa. Hacía un año que la enviaban a las más preciosas ciudades y debía mendigar dinero a cambio de unos trastos que nadie se quería quedar. Los objetos eran siempre los mismos, sólo cambiaba la lengua de las cartulinas, al igual que el rostro de sus jefes. Debía viajar en tren y pagarse ella misma el billete. Iba de vagón en vagón, de compartimento en compartimento, con la mirada perdida y la mochila llena.

Ya en Berlín le dieron una lección sin que la hubiera merecido. Simplemente porque sí. Para que supiera lo que la amenazaba si no se atenía a las instrucciones. Sin pestañear, le apagaron cigarrillos encendidos en el brazo. Las quemaduras dolían un horror y empezaron a supurar. Aunque hiciera calor, no se atrevía a arremangarse para que las heridas abiertas no produjeran rechazo en los demás.

En una ocasión, y por orden del jefe, fue violada por sus compañeros de penas, mientras éste miraba aburrido y al mismo tiempo introducía la mano bajo la falda de otra. El muy cerdo se buscó para humillarla a un tipo más pequeño que ella y poco más fuerte, que apestaba. Pero no pudo defenderse. Unos meses más tarde la llevaron a un médico en Bruselas, que no la miró a los ojos ni una sola vez. Sin poder hacer nada, tuvo que abortar, y a pesar del dolor que le había producido ese carníero, inmediatamente después tuvo que volver a hacer la ronda por los locales.

Siempre que entraba en contacto con personas que no eran desdeñosas con ella, llegaba la orden de proseguir viaje. En el tren de Lyón a Marsella buscó en un mapa de Europa todas las paradas que había hecho hasta entonces. No pudo descubrir una razón sistemática tras la ruta. En Marsella no fue, según las órdenes, a la dirección que le habían indicado, sino que se quedó dormida en las escaleras frente a los pesados y artísticos portales de bronce de la iglesia de Saint-Vicent de Paul les Réformés. La policía la detuvo, y después de un interrogatorio infructuoso la enviaron a una residencia donde vivían muchas otras mujeres, de las cuales la mayoría, tal como recordaba, fumaban un cigarrillo tras otro. Nadie entendía sus signos, algunas incluso se reían de ella y la imitaban sin ninguna gracia. Pero por lo menos le dieron de comer y beber y se pudo duchar. Cuando se volvió a vestir se dio cuenta de que le habían robado la mochila. Sobre las ocho de la siguiente mañana llegó una joven que dominaba el idioma de signos y ordenó a Irina que la acompañara. No desconfió de ella y la acompañó por la ciudad, que en ese momento se despertaba, hasta un deprimente barrio de la periferia donde la gente vivía en enormes edificios dormitorio. Irina había perdido hacia rato la orientación cuando subieron unas sucias escaleras. No supo en qué piso su acompañante

llamó a la puerta y la entregó. Tras la puerta empezó el martirio. Reproches por no haber llamado, golpes, quemaduras con cigarrillos, violación. Después de maltratarla durante horas le ofrecieron una nueva oportunidad para ir a Niza y Saint Tropez. Eran localidades de veraneo al final de la temporada. Subieron la suma de dinero que les debía entregar. Si no la conseguía, la devolverían a Rusia, para formarla, como ellos decían. Irina supo entretanto que eso era lo peor que le podía pasar. En casa la organización disponía de todas las posibilidades de terminar con su voluntad. Aunque fueran necesarios meses para ello. Y más adelante la volverían a llevar a Europa occidental, para que les devolviera a sus jefes el dinero que no había ingresado hasta la fecha.

Irina hacía sus rondas de local en local. Los rusos de la Côte d'Azur en ocasiones eran muy magnánimos. Sólo en Saint Tropez la echaron de muchos locales como si fuera un perro sarnoso. Apenas consiguió recaudar lo que le exigían, pero ya no la trataron de manera tan brutal. Dos semanas más tarde estaba en Turín, poco después en Milán. Todo el invierno lo pasó en alejadas ciudades de provincias. Llevaba un mes en Trieste. Nunca había estado tanto tiempo en un mismo sitio.

La ciudad era abordable, así que se la repartían entre cuatro. Las personas daban ocasionalmente dinero, aunque no prestaban la misma atención a las chicas. Irina pudo comprarse ropa en las tiendas chinas, que eran baratas y no muy frecuentadas. Tuvo éxito. La indigencia no despierta la compasión.

Los lunes, cuando cerraban las tiendas y los locales apenas tenían clientes, era casi imposible ganarse unas monedas. Así que valía la pena patearse, a pesar del calor sofocante, los bares y playas de Lungomare, a pesar de que ya los hubieran recorrido antes que ella los negros con sus gafas de sol, cinturones y otros chismes, con el fin de endosarles a las señoritas más o menos desnudas un par de objetos falsos. Donde siempre se ganaba mejor la vida era en la periferia, en los locales más sencillos, visitados por los trabajadores.

Nunca desde su llegada a Occidente había intimado tanto con alguien como con Galvano. Nunca antes alguien la había invitado a su casa sin segundas y malas intenciones. Quizá este atípico anciano era el asidero al que poder acogerse. Quizá la ayudaría a salir del infierno.

Así que de nuevo el caso Perusini. Laurenti miró malhumorado el expediente. Se consultó por última vez en 1995. Una de las sobrinas recibió la llamada de un desconocido, que tenía una importante información que ofrecerle. Ella le invitó a su casa en Udine. Era un hombre de más de sesenta años, de cabello blanco, altura media, acento del Friul, que le dejó un pequeño paquete en las manos y desapareció antes de que pudiera preguntarle su

nombre. Era una cinta de audio con un balbuceo prácticamente incomprensible grabado en ella. Laurenti leyó la transcripción, pero tampoco pudo hacerse una idea cabal de su contenido. El hombre explicaba detalladamente que dieciocho años antes no había encontrado aconsejable confesar, después de leer la prensa, que la herencia había ido a parar a manos de «la Cruz», tal como denominaba a la Orden de Malta. En una boda en Venecia conoció por casualidad a un hombre que le había hablado tan misteriosamente de los viñedos del muerto que quiso escribir un informe sobre ello. Aunque debido a su posición profesional no tuvo la valentía de hacerlo. Pero estaba convencido como antes de que valía la pena escuchar a ese hombre. Unas razones prolijas y detalladas, después la descripción de la persona, incluso aportó su nombre. Laurenti siguió hojeando el expediente y encontró la breve acta del interrogatorio del culpable que los colegas de Venecia habían redactado sin mucho convencimiento y sin demasiadas novedades. Laurenti recordaba levemente que hacía un par de años se había comentado el asunto durante una conversación. ¿No había dicho el hombre que esperaba una reacción de la prensa antes de volver a hablar del asunto? No encontró más indicaciones al respecto. Así que últimamente nadie más se había interesado por el caso. ¿Por qué había que hurgar en viejas historias? Siempre existe un buen motivo para no llegar al fondo de un asunto. Y ese caso pertenecía a ese tipo, igual que el de Diego de Henriquez. Pero ¿por qué razón? Seguro que no era por el profundo respeto ante lo prominente de la familia, como algunos sostenían. Uno había vivido lo suficiente para saberlo. Para Laurenti el asunto apestaba. Apestaba a conspiración.

Su predecesor había invertido muchas de sus energías en la dirección contraria en lo que se refería a las investigaciones. Lo mismo había pasado al principio con el caso de Henriquez. El expediente Perusini estaba compuesto de cientos de páginas de actas de interrogatorios. Indicaciones anónimas hablaban de los contactos homosexuales del profesor. Conducían entre otros al hospital militar, ya que, según un escrito anónimo, un soldado que había conocido al hombre se había abalanzado de repente sobre él por motivos de dinero. Y también estaban las indicaciones del muerto. Apuntaba metódicamente en un libro sus contactos íntimos. Casi cada dos días ese hombre de sesenta y siete años compraba los servicios sexuales de jóvenes. Y entonces no existía el Viagra. Apuntaba de forma clara en calendarios de bolsillo los nombres y pseudónimos de sus chicos de diversión. Era como si entre los muchachos que cumplían el servicio militar por aquel entonces no hubiera heterosexuales. En los interrogatorios explicaban con pelos y señales qué servicios habían prestado y por qué montante. Aun cuando dar y tomar son dos cosas diferentes, entonces algunos no tenían ningún problema con el dar, si a cambio recibían un par de

miles de liras. El dinero faltaba por todas partes, sobre todo entre los reclutas del sur del país.

Laurenti fue interrumpido por Sgubin.

—Ya he terminado con las fotos.

—¿Qué fotos?

—Las que hiciste en la Marina di Aurisina.

Laurenti enarcó las cejas.

—¿Y?

—Míratelas —dijo Sgubin, y le dejó las copias sobre la mesa—. Las dos mujeres no aparecen en el archivo. Seguramente se trata de pececitos que utilizan para el transporte. Pero este de aquí es de Orsera y ha sido invitado frecuentemente a nuestra casa. Falsificación de documentos, robo, contrabando, cositas. Una vez, tenencia ilícita de armas. Estuvo dos meses encerrado en el Coroneo y después parece que hizo de mercenario. De estos dos de aquí no he encontrado nada, pero este otro es uno de tus amigos más entrañables. Lo llaman Ciano, es croata de Dalmacia de raíces italianas. Se supone que es de la banda de Petrovac. La lista de sus delitos es larga. Además tiene pendiente de cumplir una sentencia en firme en Ancona. Le cayeron cuatro años y medio por proxenetismo. Si lo pillamos irá directo al trullo.

Laurenti conocía su nombre desde hacía tiempo. Observó el rostro del tipo en la ampliación y lo comparó con el de la foto de búsqueda. No había duda. Si le seguían los pasos a ese tipo con el fin de que les llevara hasta sus antiguos clientes, tras los que llevaba años sin éxito, podría dar sus frutos. Algunos encuentros de la vida son fatales y a la vez nada románticos. Uno nunca puede escapar a ellos. Se pegan como sombras y le siguen a uno vaya donde vaya, y cuando uno cree que es hora de agarrarlos, entonces han desaparecido. Laurenti se rascó la cabeza pensativo. Donde estuviera Petrovac, ahí apestaría también a Viktor Drakić. La idea de tener que abandonar ese caso a causa de los presumidos de los servicios secretos era inaguantable.

—Bien hecho —dijo Laurenti, y metió la documentación en un sobre.

—¿Y ahora? —preguntó Sgubin.

—Tout de Suite —dijo Laurenti, y descolgó el auricular del teléfono.

Llamó al fiscal del Estado y le preguntó prudentemente si sabía tan poco del asunto como su colega croata Živa Ravno. ¿También Scoglio dejaba que los de los servicios secretos le bailaran frente a las narices? El fiscal rehuyó la respuesta. Sólo le habían informado al respecto de que había algo en marcha, pero no le dijeron de qué se trataba.

Laurenti se imbuyó de nuevo en el expediente Perusini. El hombre había llevado una doble vida perfecta. En el Friul era el elegante investigador y

experto en vinos respetado por todos, mientras que en Trieste se había camuflado fuera de los círculos universitarios como el «representante de abonos Mario» y frecuentaba los puntos de encuentro de los homosexuales a lo largo de la Riva y en las cercanías de la estación. Entre ellos, un sitio más. Laurenti silbó entre los labios cuando vio el nombre. El bar Sport de Servola. También su antecesor había investigado ese local de forma intensa debido a unas indicaciones anónimas. Sólo sobre este punto había un legajo con cerca de veinte actas de interrogatorios. Laurenti hojeó rápidamente el legajo y encontró lo que ya presentía. También Calisto y Angelo se encontraban entre los interrogados. Confesaban conocer a ese «Mario», pero rechazaban con vehemencia ser homosexuales. Ambos decían que conocían a Perusini de vista, pero que nunca habían intercambiado una palabra con él.

Laurenti tomó un par de notas. Dos alusiones anónimas que apuntaban a un blanco y que le habían deparado tal cantidad de trabajo a su antecesor que apenas podía ocuparse de nada más. Con unas precisas y anónimas sugerencias, todo un aparato se paralizaba. Habría sido imprudente suponer que su predecesor lo hacía intencionadamente. Finalmente oyó a Marietta, que entró en el despacho echando pestes. Eran cerca de las diez y ya se retrasaba bastante.

—Marietta —la llamó Laurenti. Al verla entrar, él se quedó mudo. Iba ataviada como si quisiera abrir en media hora la cena de gala del club Swing.

—¡Qué elegancia! ¿Ha pasado algo? —preguntó Laurenti.

—Las pintadas en la *piazza* frente al Ayuntamiento —dijo Marietta—. ¿Las has visto? Me las he mirado de cerca.

Llevaba un top de cuero ajustado sin mangas, abierto como mínimo un botón de más, a través del cual se veía la piel tostada y desnuda; sin costuras y a juego, una falda blanca ajustada, que garantizaba que los colegas del pasillo se volvieran sin excepción a su paso, si es que aún se atrevían, para dejar su despacho con esa visión. Janet Jackson se habría puesto pálida de envidia. Antes de tener ese nuevo amante, a Marietta no se le habría ocurrido vestirse de esa guisa. Es increíble lo que pueden llegar a conseguir los hombres.

—¿Cuántas veces se han dirigido a ti en la calle? —le preguntó Laurenti—. ¿No tienes un espejo en casa?

—Me he informado de dónde atacó esa banda la pasada noche. Esos protectores de animales hacen bastante ruido, pero artísticamente no es que sean unos paletos. Sería algo para la galería de tus amigos.

—¿Qué es lo que ha pasado? —Laurenti no había echado un vistazo hasta entonces a las actas. Era la oportunidad de Marietta de informarle de lo que había pasado durante las últimas horas.

—El *graffiti* frente al Ayuntamiento tiene un diámetro de como mínimo diez metros. Me asombra que no lo hayas visto.

—He visto al alcalde pululando por allí. Se me han ido las ganas.

—También se han ocupado del puerto deportivo. Hasta ahora han llegado más de treinta denuncias de dueños de yates. Los de vigilancia de costas perderán bastante tiempo tomando declaraciones. Además, ahora deben ocuparse de vigilar las demás embarcaciones. Hay miles. Deberías echarle un vistazo tú mismo.

Laurenti cerró el expediente Perusini y se puso en pie.

—Así y todo, quería ir a ver a Orlando. Ya sabes cómo encontrarme. Y cuando salga cierra la puerta con llave, no sea que el fiscal se tire sobre ti si pasa por aquí casualmente. A las dos estaré de vuelta. Que venga Calisto. Y pobre de él como se retrase.

Galvano fue por la Riva en dirección a la estación, donde los agentes de la patrulla le habían obligado la noche anterior a dejar su automóvil antes de llevarle a casa. Cuando pasó por Capitanía, Laurenti le salió al paso.

—¿Todo bien? —le preguntó Laurenti.

—Desde ayer por la noche me haces unas alusiones que no entiendo. ¿Qué es lo que quieras de mí? Soy el mismo que conoces desde hace un cuarto de siglo.

—Ya es suficientemente malo así. ¿Tiene usted visita?

—Aunque la tuviera no te importaría una mierda.

—Se dice que se ha buscado usted una joven como amante. Una sordomuda que no le puede llevar la contraria y que por suerte no le entiende. Si busca usted un testigo para la boda no se olvide de mí.

—¿Qué estás tramando? ¿Me están vigilando?

—Casualidad, Galvano. Ya sabe que en esta ciudad nada pasa desapercibido. Ándese usted con cuidado.

—No necesito ninguna niñera. Lárgate, Laurenti.

Laurenti llamó al portal de la Guardia Costiera. Quería despedirse de Galvano con la mano, pero el viejo desapareció de allí airado y se llevó tirando de la correa al perro, que muy gustoso se habría quedado husmeando las esquinas.

—¿Cómo va lo del traslado? ¿Has podido hablar con el médico para que te redacte un atestado para tu mujer? —preguntó Laurenti.

Orlando negó con la cabeza y alzó las cejas.

—Aún no. Aquí no llegaré a nada. Creo que es mejor que me vaya a Bari, antes que ocuparme de estas tonterías.

La pared estaba repleta de fotografías. Laurenti dio un paso adelante para verlas más de cerca.

—¿Lo dices por esto? —estaba frente a una fotografía de la Piazza Unità tomada desde el tejado del Ayuntamiento. Vio los cascos blancos de algunos policías urbanos y la calva del orondo alcalde, que por la mañana a primera hora le había obligado a dar un rodeo. Cercaban un enorme mural en los adoquines hecho con pintura resistente al agua, que ya no podrían limpiar. De nuevo la vaca con gafas de sol, un kalashnikov y las estrellas de la Unión Europea, que rodeaban sus cuernos como la aureola de un santo. Pero esta vez multicolor. Debajo ponía únicamente:

Colaboradores, ya estáis al corriente. Nosotros también.

MUCCA PAZZA.

—De nuevo ellos —se quejó amargamente Laurenti—. Es la tercera vez. Me apuesto lo que sea a que mañana el *Piccolo* los tildará de ecoterroristas.

—Idiotas infantiles. Como si así pudieran cambiar algo. Por lo menos no han hecho mención de la comparación con Auschwitz. Pero mira esto —Orlando señalaba el resto de las fotos—. Cada vez hay más denuncias. Mis hombres ya no dan abasto. De momento ya suman cuarenta y seis y no estamos ni a mediodía. Después de que lográramos terminar con las pintadas de los neofascistas, ahora estos vegetarianos anémicos van salpicando de pintadas toda la ciudad como si se tratase de un joven toro en un prado lleno de vacas.

—Están bien organizados —Laurenti soltó un silbido de admiración.

—Seguramente se trata de un grupo grande —Orlando dio un fuerte golpazo en la mesa con su enorme zarpa, y los bolígrafos y el teléfono dieron tal brinco que al caer de nuevo hicieron un ruido seco y fuerte—. ¿Una ciudad tranquila? ¿Por qué aquí siempre las cosas tienen que ser especialmente grotescas? ¿Tienes alguna explicación?

Laurenti negó con la cabeza.

—No se puede negar que tienen arte. Y para ir más rápido utilizan sólo el logotipo y un par de palabras. Han conseguido una marca de fábrica tan rápidamente que más de una empresa sentiría envidia. Me apuesto lo que sea a que la próxima vez sólo aparecerá la vaca.

Orlando respiró profundamente y puso los ojos en blanco.

—¿Cómo llegaron hasta los barcos? —preguntó Laurenti—. Un nadador no podría haber hecho las pintadas a esa altura. Y si una lancha motora cruza el puerto por la noche os dais cuenta enseguida.

—Ésa es la cuestión —la voz de Orlando sonaba a resignación—. Recibimos la llamada de un club de remo, que nos dijo que uno de sus bonitos botes Mahagoni estaba manchado de laca. Lo requisamos y lo investigamos. No

encontramos ni una sola huella dactilar, ni siquiera en los remos. Pero las manchas de pintura eran evidentes.

Por un momento Laurenti tuvo una premonición terrible, pero intentó que no se le notara. El último año Marco se había apuntado a los Cannottieri Adria y había practicado el deporte con ilusión, hasta que empezó la temporada alta de la gastronomía. ¿Realmente había ayudado a un amigo a lacar un coche en plena noche?

—Mira, quizá se desate una tormenta. El viento ha virado hacia el oeste. Mistral. Sobre Monfalcone hay nubes negras —Orlando se había asomado a la ventana, como si instintivamente quisiera dar la espalda a la pared con las fotografías—. No haría daño a nadie que lloviera de una vez. Así también se calmarían los ánimos.

—¿Hay alguna novedad sobre la gente de la lancha neumática?

Orlando se dio la vuelta como un rayo y su frente se cubrió de arrugas.

—Ya te he dicho que debes abandonar el caso. Perteneces a las altas esferas.

—Están llevando mal el asunto.

Orlando extrajo una lista de entre los papeles que había sobre el escritorio.

—Sólo sé cuándo estuvieron allí. Nada más. Por última vez, ayer por la mañana. ¿Quieres buscarte problemas?

—Sólo me pica la curiosidad —dijo Laurenti.

—La curiosidad a veces es malsana.

Frente a la consigna de la estación había apostados dos policías cuando Galvano presentó el recibo. El responsable no tardó mucho en volver con un pequeño maletín y se lo entregó mirándole como un borrego.

—¿Pasa algo? —preguntó Galvano.

El hombre sólo negaba con la cabeza y le miraba atontado. A continuación le pasó papel y bolígrafo.

—¿Quéquieres, un autógrafo? Ten en cuenta que para los mirones no hay propina.

—Se trata de una encuesta. Incluya por favor su nombre y dirección.

—¿Para qué?

—Así me lo han ordenado.

Galvano se lo devolvió.

—*Vai a farti fottere* —cogió el maletín y pasó junto a los dos policías, se subió al coche y se fue de allí. Aún tenía un montón de cosas que hacer antes de que volviera la intérprete por la tarde. Frente a un semáforo en rojo intentó sin éxito abrir el maletín. Tendría que intentarlo en casa con un martillo y unas tenazas.

El doctor Galvano aparcó el coche frente a un edificio de varias plantas en la Via Locchi, cuyas fachadas libres de ornamentos se habían vuelto grises de la suciedad acumulada durante años y necesitaban urgentemente una restauración. Se trataba de la dirección que había nombrado Irina. Galvano se quedó sentado en el coche y observó la entrada y los alrededores de la casa. Un par de metros más abajo había un pequeño bar y detrás un kiosco. El resto de los comercios estaba en las calles adyacentes. Apenas pasaban coches por allí, y durante media hora no vio ni un solo peatón. El calor apretaba, el coche estaba situado a pleno sol y el perro negro sentado junto a él sacaba la lengua buscando aire.

—Vigila el maletín —dijo Galvano a su dócil compañero—. Ahora mismo vuelvo.

Fue cien metros en la dirección equivocada, cruzó entonces la calle y volvió sobre sus pasos pegado a las fachadas de los edificios. Abrió la puerta de entrada con la llave que le había dado Irina, y antes de entrar y cerrar la puerta tras de él miró a su alrededor. Se encontraba frente a una escalera desnuda con escalones de ladrillo. Galvano intentó subir lo más silenciosamente posible. En el tercer piso se reclinó un momento sobre la pared. La visión no le estimuló mucho. Contuvo el aliento y escuchó atentamente. El único ruido provenía de la vivienda situada media escalera más abajo, donde dos canarios conversaban animadamente. Subió deprisa los siguientes pisos y se detuvo al principio del estrecho y oscuro pasillo bajo el canalón para escuchar posibles ruidos.

Era la tercera puerta a la derecha. Habían echado un candado, que le dio la certeza de que no había nadie en casa y que mantenía cerrado el espacio, cuya claraboya daba al patio trasero. Lo abrió rápidamente. Irina se albergaba en una habitación espartana bajo el tejado, sin agua, que compartía con otras dos mujeres. Le había descrito exactamente cuál era su cama y dónde estaban sus cosas. No encontró nada. Galvano echó un vistazo a las maletas que había esparcidas debajo de las otras camas, pero ninguna de ellas correspondía a la descripción que le había facilitado Irina. Alguien se le había adelantado y se había llevado las pocas cosas de la joven. Eso no significaba nada nuevo. Galvano cerró la puerta tras de él y volvió a bajar las escaleras inseguro. Entre el cuarto y el tercer piso se encontró con dos jóvenes fumando. Tuvo que arrimarse a la pared cuando pasaron junto a él sin saludar y no cedieron ni un centímetro para dejarle pasar. Uno de ellos le dio distraído con el codo en las costillas, pero el tipo no se preocupó lo más mínimo.

Galvano se enfadó muchísimo por esa falta de educación.

—¿Es que no tenéis ningún respeto por la gente mayor? —les recriminó.

No le prestaron atención y siguieron subiendo las escaleras, como si no le hubieran oido.

Los comercios del centro estaban a punto de abrir. Galvano quería comprar algunas cosas para la chica. Algo para vestirse, quizá un libro, aunque ¿dónde encontraría libros en ruso en la ciudad? Abandonó la idea. Quizá encontrara un puzzle o algo parecido, con el que ella pudiera pasar el tiempo.

Podría haber ido tranquilamente a unos grandes almacenes, pero era más cómodo dejar el coche frente a la casa y hacer las compras en Cavana. Galvano entró en la tienda de ropa con repulsión. Se trataba de un espacio estrecho y largo, mal iluminado, con un escaparate que parecía haber sido renovado por última vez a principios de los años cincuenta. En las estanterías se amontonaban las prendas hasta el techo y tras el mostrador atendía una regordeta de unos sesenta y cinco años. El espacio que le quedaba tras el mostrador era tan estrecho que apenas se podía dar la vuelta.

Galvano balbuceó algo de una nieta y dijo que lo necesitaba todo, desde una blusa hasta la ropa interior. Cuando le preguntaron por la talla extendió las manos y le preguntó cómo podía saberlo. En las caderas era más o menos así de ancha, arriba otro tanto, intentó describirla con las manos y se sonrojó al hacerlo. Después señaló su pecho y le mostró que la joven era tan alta que le llegaba hasta el último botón de su chaqueta.

La dueña opinaba que lo mejor era que su nieta fuera personalmente. Pero Galvano no hizo ningún gesto de querer abandonar la tienda y le insistió en que extendiera las piezas de ropa sobre el mostrador. Estiró las bragas entre sus dedos y decidió que hacía falta un número menos.

—Deme cinco de éstas —le dijo. Con los sujetadores tuvo más problemas, así que escogió tres de medidas diferentes. Lo que no le fuera bien lo cambiaría. La vendedora atendió sin rechistar sus peticiones y se abstuvo de hacer comentario alguno, aunque para ello tuviera que morderse la lengua. Para ella estaba claro que el viejo era uno de esos muchos de la ciudad que ya no tenían la azotea bien amueblada. Mientras le pagaran, cualquier excentricidad le parecía bien. Y gracias a él hizo el negocio de la semana.

Laurenti apenas pudo evadirse de la conversación en la que se vio envuelto al mediodía. Estaba comiendo un panecillo con jamón caliente de Praga y rábano picante fresco junto a un vaso de cerveza cuando en el *buffet* Da Giovanni, detrás de Sant'Antonio, se le acercó un desconocido de unos setenta años y se presentó como un buen amigo de Diego de Henriquez. Tampoco se dejó asustar por los malos modales. Supuestamente, era un excelente conocedor de la historia de la ciudad que se había enterado por casualidad de que la policía había reabierto el viejo caso. Naturalmente no se quería inmiscuir, pero opinaba que su deber como ciudadano era llamar la atención del comisario sobre el hecho de

que era una pérdida de tiempo buscar conexiones entre los casos De Henriquez y Perusini. Mientras Laurenti se zampaba imperturbable su jamón, el desconocido le explicó de manera afectada sus encuentros con De Henriquez, que ensalzaba por encima de todos. Un hombre de honor y un patriota al mismo tiempo. Por el contrario, Perusini no era más que un *finocchio*, un maricón. Laurenti sólo le escuchaba a medias e iba intercalando:

—Vaya, vaya.

Estaba claro que el hombre sabía de qué hablaba, pero medía tan claramente sus palabras que Laurenti comprendió enseguida que no iba a sacar nada en claro. Ante todo, no vio otra salida para librarse de esa conversación que zamparse rápidamente el panecillo y salir a la búsqueda del horizonte. ¿Por qué no le dejaban ni comer en paz? ¿Y cómo sabía aquel hombre lo que estaba sucediendo?

No había pasado ni una semana desde que le habían endosado ese viejo caso y ya toda la ciudad estaba al corriente. Laurenti pensó con cuántas personas había hablado al respecto y podía contarlos con los dedos de ambas manos. Todas eran de confianza. De acuerdo, Galvano quizá hablaba de puro aburrimiento y presunción y Rossana di Matteo seguro que había informado a alguno de sus especialistas, pero ellos intentaban siempre mantener un buen contacto con las autoridades a cambio de un pacto de silencio. Walter, del Malabar, sólo sabía de De Henriquez que lo había conocido, pero no que también el caso Perusini se hubiera reflotado. En sus colaboradores, a pesar de sus excentricidades, tenía total confianza. ¿Y quién más quedaba? Naturalmente Mia, pero ella sólo sabía del almacén y no tenía ni idea de la historia de la ciudad. Y Calisto, L’Orecchione, sólo estaba interesado en sus negocios y en nada más.

Cuando llegó a la Questura la antesala de su despacho estaba completamente vacía, mientras que en su despacho le esperaba una pequeña mujer, que parecía que se alimentaba principalmente de anabolizantes. Un paquete de músculos. Estaba sentada a la mesa de visitas y hojeaba *Panorama*, la revista de política semanal del imperio Berlusconi. ¿Ya había cruzado la barrera de los treinta? Llevaba el cabello negro más corto que el propio Laurenti y en el bíceps bien desarrollado del brazo izquierdo destacaba un tatuaje bicolor, un corazón con la inscripción «BASTA AMORE». Mejor no se podría describir. ¿Cómo se había colado semejante esperpento en su despacho y por qué Marietta no la había vigilado? Sobre la mesa había actas, documentos, órdenes de servicio confidenciales que no estaban destinadas a extraños. ¿Dónde demonios estaba Marietta?

—*Prego!* —Laurenti se quedó esperando junto a la puerta.

La joven dio un salto y fue corriendo con la mano extendida hacia él.

—¿Usted es el comisario? Permítame que me presente: Giuseppina Cardareto, me puede llamar Pina.

Laurenti cruzó las manos tras la espalda y miró en silencio a la nerviosa pequeña. Por el acento debía de ser calabresa.

—Soy la nueva —dijo resplandeciente la Popeye, de nombre Pina. Sacó un trozo de papel doblado más de una vez del bolsillo posterior de sus vaqueros, lo alisó rápidamente y se lo mostró a Laurenti, que sin mover las manos de detrás de la espalda le echó un rápido vistazo. Reconoció el impresio del Ministerio con el nombre, el rango y la fecha de nacimiento de la mujer, que debía presentarse ciertamente ese día. Tenía veintiocho años, era inspectora, su último destino había sido Ferrara, que Laurenti llamaba siempre, debido a la gran cantidad de ciclistas, el Pekín italiano. Pero no era de recibo esperarle allí sin más. ¿Quién la había dejado entrar y, sobre todo, por qué no le habían informado de que aquella enana aterrizaría hoy allí? Sgubin no había terminado con su servicio y en todo el edificio no encontrarían un escritorio para la nueva. En algunas dependencias los agentes estaban más estrechos que los presos en las repletas celdas del Coroneo.

Pina se puso nerviosa cuando vio que Laurenti seguía descortésmente callado.

—Disculpe usted, pero su secretaria me dijo que podía esperar aquí —siguió un incómodo silencio.

—¿Qué aficiones tiene usted? —preguntó Laurenti finalmente, más que nada por decir algo.

—El ciclismo —la enana seguía cuadrada. Laurenti se preguntó cómo hacía la chica para que los pies le llegaran a los pedales—. Ir en bicicleta y el *free climbing* —de ahí los bíceps—. Y cualquier forma de arte marcial asiático. Me entreno a diario —y cómo podía alcanzar con esas piernas tan cortas la barbilla del adversario?

—¿Algo más?

La nueva se lo pensó un rato.

—Dibujo cómics y escribo obras de teatro.

Laurenti hizo un gesto imperceptible con la cabeza. ¿Quería esa versión en miniatura de una policía tomarle el pelo? ¿Por qué le tenía que pasar a él eso? Naturalmente, no tenía ninguna influencia en la planificación de personal del Ministerio, pero podría tener un poco más de suerte, sobre todo teniendo en cuenta los años que había tenido que soportar a Sgubin. ¡Una luchadora a la que habían lavado a una temperatura demasiado elevada, a la que le salía la adrenalina por las orejas y que además escribía obras de teatro! Una figura de cómic.

—¿Experiencia? —preguntó Laurenti.

Pina alzó las cejas y calló. No pareció entenderle.

—Su trayectoria profesional.

—Estuve un año y siete meses en la Squadra Mobile de Ferrara, en el negociado de hurtos. Antes tres años en Gaeta y dos en San Gimignano, en la Toscana. Más aburrido que la muerte —Laurenti tuvo que sonreír durante un segundo—. Antes de ello en Caserta, patrullando. Cursé estudios en la academia de policía de Lecce. Después de finalizar el bachillerato con la mejor nota de mi promoción. Nacida el 31 de mayo de 1976 en Africo, Calabria, en la Costa dei Gelsomini. Padre policía y madre farmacéutica.

Su localidad de nacimiento no suponía nada bueno. De allí venía uno de los más buscados jefes del crimen organizado, hacía doce años que iban tras él.

—¿Conoce usted a Giuseppe Morabito?

—¡Naturalmente! —pareció que sus ojos se henchían de orgullo—. Cómo podría no conocerlo. En un pueblo de tres mil habitantes todos nos conocemos —a continuación sopesó que quizás su patrioterismo localista no era lo más adecuado—. Me refiero a que cuando era pequeña lo vi en una ocasión. Nunca más. En todo caso hace tiempo que me fui de allí.

—¿Cómo de grande sería la Popeye cuando, según decía, era «pequeña»?

—¿Qué pensó usted cuando la trasladaron a Trieste?

—Si le soy sincera, no estoy muy convencida. Leí *La senilidad* de Svevo en el bachillerato y la verdad es que no me impresionó mucho. «Felices aquellos que pueden renunciar al amor.» Según mi opinión se trata de una mamarrachada. *Kitsch* total.

—¿Por esa razón lleva tatuado «Basta Amore»? —dijo Laurenti señalando su bíceps—. No debería trasladar sus experiencias personales a la lectura.

Pina se puso roja.

—Por lo menos Trieste está junto al mar. Y lo que he visto hasta ahora no está tan mal. Una se acostumbra a todo.

A Laurenti tampoco le cuadraba que una tipa como ésa también pudiera citar de memoria. Un don del que él no disfrutaba. Pero Laurenti ya le devolvería la moneda en lo que se refería a Svevo.

—¿Por qué se hizo poli si tenía una nota de bachillerato tan brillante?

—Llevo el espíritu justiciero en la sangre. Mi padre es policía. Y mi abuelo fue *carabiniere*. Nunca tuve otra intención.

Laurenti pensó que el padre y el abuelo de la pequeña seguramente no se habían llevado muy bien.

—A la persona que se ha visto luchando impotente contra los vínculos y las dependencias que alcanzan a todos los estratos de nuestra sociedad en el sur del país y que determinan el día a día —dijo la activa Pina como si fuera una veterana

maestra— sólo le quedan dos salidas: o bien organizarse o bien socavarlos y eliminarlos.

Laurenti sabía muy bien de qué hablaba la mujer. Y conocía ya a demasiados que habían perdido rápidamente ese entusiasmo y que ahora eran unos veletas.

—Tendremos suficiente tiempo para hablar sobre estos temas. Durante un tiempo compartirá tareas con su antecesor en el puesto. Esta tarde utilice el escritorio de mi secretaria en la antesala. Lea usted estas dos actas desde un punto de vista imparcial. Así aprenderá gratis un montón sobre la historia de Trieste. Confío en que pueda encontrar algún vínculo entre ambos casos.

Laurenti le señaló los expedientes, que la Popeye cogió mostrando un bíceps que casi se le salía de la piel. Después cerró tras ella la puerta, se dejó caer en la silla y puso los pies sobre el escritorio. ¡Vaya sorpresa! ¡Vaya día más tonto! Cuando en la lejanía se prepara una tormenta las personas actúan horas antes de forma extraña. Y cuando Marietta volviera finalmente de comer, hablaría con ella de algunas cosas. ¿Cómo se le había ocurrido dejar entrar en su despacho a esa pulga musculada de forma premeditada? ¿Y cómo es que nadie le había informado de que la nueva llegaba ese mismo día? ¿Y de que se trataba de una mujer, que seguramente daría positivo en cualquier control antidoping? Esa terrible llegada de la primavera al jardín sentimental de Marietta había sido desastrosa. ¿Y dónde paraba Sgubin? En un par de minutos llegaría también Calisto.

—Te espera bastante trabajo —le dijo Laura, que en el mismo momento en que había marcado el número de Sgubin desde el teléfono fijo le llamaba a su móvil—. La recogida de basuras no llega hasta nuestra casa. Esta mañana he recogido todos los restos de ayer por la noche. He llenado cuatro grandes bolsas de basura a tope. Además están todas las botellas de vino que hay que llevar al contenedor de vidrio.

Laurenti maldijo para sí mismo, pues durante las últimas semanas Marco le había conminado a no tirar más las botellas de vidrio en los contenedores normales. Una y otra vez tenía que conducir hasta Barcola y dejarlas allí, pues en toda la costa no había ni un contenedor de vidrio. Su hijo seguramente tenía toda la razón, pero no dejaba de ser una lata. Y Marco ya había iniciado la segunda etapa de su programa de reeducación: ahora los Laurenti también reciclaban papel.

—Estoy en pie desde las cinco de la madrugada. ¿Dónde se esconden los brillantes amantes de nuestras hijas?

—Los chicos están de vacaciones, Proteo —dijo con voz meliflua Laura—. Además, hoy aún no he visto a ninguno de ellos. Y Marco ya está trabajando.

—¡Que vaya el barbero! Igualmente se aburre. Que lea, aunque sea un libro —dijo Laurenti.

—Esta tarde yo también tengo que ir a la oficina. Parece ser que alguien quiere subastar un diario de Goethe. No me creo que sea verdad, pero nunca se sabe. Si es verdad, supondría un buen negocio. Por cierto, todos nos han dado las gracias por la fiesta de ayer noche. Hasta el mismo Galvano, claro está. También la griega, que casi se funde con el teléfono de tantos halagos. ¡Y Stella, Elisabetta, Cristina y Daniela! No estuvo mal la fiesta.

—Aún no sé cuándo llegaré a casa —mintió Proteo Laurenti, que se había propuesto salir lo antes posible de la oficina e intentar por segunda vez empezar a leer *Moby Dick*. Si no había nadie en su propia playa, también a él le gustaría ponerse a sus anchas sin que nadie le molestara. Y ya que Laura tenía que ir a la casa de subastas, había muchas posibilidades de librarse de sus amigas y de la barbacoa de čevapčići que cerraba la sesión.

A través de la puerta cerrada de la antesala oyó una conversación en voz alta. Pero antes de que Laurenti pudiera echar un vistazo, Marietta ya había entrado en su despacho. Debido al sofocante calor se había abierto un botón más del top de cuero negro, y la banda de tejido blanco que se suponía llevaba como falda se había arrugado bastante desde la mañana, y por ello se había acortado. La verdad es que no destacaba por su discreción.

—¿Por qué has colocado a la nueva en mi despacho? —le preguntó furiosa, y antes de que pudiera abrir la boca—: Ya es suficientemente pequeño.

—Podrá aprender de ti alguna cosa en lo que se refiere a la moda —dijo repasándola con la mirada—. ¿Los colegas de la cantina te han silbado a tu paso? ¿Por qué no se me había informado de que hoy llegaba la nueva? —Laurenti podía hablar muy rápido cuando estaba enfadado.

—Ya te lo había dicho —le respondió Marietta alisándose la falda con ambas manos.

—Ya es hora de que vuelva a imperar el orden aquí. A partir de mañana quiero que se respete de nuevo el horario establecido. De ocho y media a cinco y media. Cuarenta y cinco minutos para comer. Y cuando alguien no sea puntual llamaré a la policía. Ya se lo puedes ir diciendo a Sgubin y a los demás. Además, cada mañana quiero recibir como siempre en primer lugar el informe de todo lo sucedido el día anterior. De todos los cuerpos, Polizia di Stato, Guardia di Finanza, Corpo Forestale, Penitenziaria, Carabinieri, Vigili Urbani y Guardia Costiera. Y naturalmente el cuerpo de bomberos. Un informe sucinto, informativo y entretenido.

Hizo una pequeña pausa, como si quisiera darle una oportunidad a Marietta para que protestara, pero ella hacía rato que había entendido que era mejor callarse la boca.

—Además, quiero ahora mismo el expediente de esta Pina della 'Ndrangheta.

Marietta arrugó el ceño, pues no se había enterado de nada.

—El expediente de la nueva. ¿Y dónde demonios está Sgubin?

Marietta siguió las indicaciones armando bastante escándalo, pero poco después volvía con el expediente de Pina Cardareto en la mano y lo dejaba sobre la mesa. Lo había encontrado sin más problemas entre el montón de papeles por clasificar que hacía días se amontonaba sobre su escritorio. En realidad, primero quería satisfacer su curiosidad, pero después se olvidó completamente. A la nueva le lanzó una mirada asesina cuando se volvió a sentar. Cogió el teléfono e informó a su amante de que ese día llegaría tarde a la playa y al siguiente debería levantarse pronto. Sgubin tenía suerte, pues pronto empezaría a trabajar en su nuevo destino y podría olvidarse de las veleidades de su jefe.

—Calisto está esperando fuera —le gruñó Marietta a Laurenti desde su despacho.

—Que espere. Y que no se atreva a marcharse, o se las verá conmigo. Díselo.

Galvano salió cargado con bolsas y una maleta de una segunda tienda de ropa, donde había adquirido faldas y pantalones para Irina, y en un kiosco compró también una revista de moda que debía de pesar un kilo, y que hizo que llevara el perro en la boca. Su amigo negro trotaba a su lado con la cabeza elevada y orgullosa, como si supiera que todos se fijaban en él. De repente Galvano tuvo demasiado calor. Decidió tomarse un aperitivo en el cercano bar Unità antes de ir a casa. Aún le quedaba media hora antes de que llegara la intérprete, y quizás Irina se aburriría, pero seguro que no abandonaría el piso. Puso las bolsas sobre una silla, le cogió al compañero negro la revista de la boca y le acarició la cabeza. Seguidamente se sentó y encargó un *negroni*. El alcohol le relajó rápidamente y disfrutó con largas caladas de su cigarrillo mentolado. Después pidió otra copa. Poco a poco se fue recuperando mientras miraba cómo las turistas se arrastraban frente a él. Apenas vio triestinos. Con ese calor, o bien se quedaban en sus oficinas climatizadas o bien se tostaban en alguna de las playas. De repente su mirada se apagó. Dos sordomudos iban de mesa en mesa dejando los habituales papelitos y muñequitos, para poco después volver a recogerlos. Ambos habían racionalizado el sistema. Uno repartía y el otro recogía, aunque se quedaban más tiempo que Irina y sus colegas frente a las mesas, donde recalcitrantemente señalaban los papelitos y extendían una mano. Con las mujeres eran especialmente inflexibles. Irina, con su mirada pudorosa, que nunca posaba mucho tiempo sobre una persona, tenía seguramente más éxito. Ése había sido su barrio en Trieste. Así que la habían sustituido rápidamente. ¿Pero no eran esos dos los tipos con los que se había topado en la

escalera del inmueble de la Via Locchi? El primero no se había percatado de su presencia, pero el segundo, que insistía sin parar a Galvano con la mano extendida para que sacara el suelto que tuviera, lo abandonó tan rápidamente que pareció haberlo reconocido. Rápidamente, recogió los cacharros de las mesas y salió tras los pasos del otro.

Galvano vio cómo se detenían a los pies del monumento a Carlos IV y hablaban acaloradamente. El fundador del puerto libre, ataviado con peluca, abrigo y cetro, llevaba casi tres siglos sin moverse sobre un capitel jónico y con la mano izquierda señalaba siempre hacia el puerto. Los escalones del pedestal eran sobre todo de noche el sitio preferido de aquellos que pedían una bebida en el bar y querían alejarse un poco del bullicio.

Durante todo el tiempo, ambos tipos no dejaron de mirarle sin siquiera disimular. Galvano hizo como que no les veía, pero de repente descubrió algo que ni ellos mismos advirtieron: ellos también eran observados. Dos cabezas rapadas estaban apostados bajo las arcadas del Ayuntamiento y no les quitaban la vista de encima. ¿Habían puesto los neofascistas sus ojos sobre los sordomudos? ¿Debía informar a la policía? Galvano pagó la cuenta, con dos palabras le devolvió al perro la revista para que la llevara y cogió las bolsas y la maleta. No quedaba mucho hasta su casa, y en diez minutos debía llegar la intérprete para traducir la segunda parte de la declaración de Irina. Cuando su mirada cayó sobre el golfo de Trieste, vio el negro frente de nubes que se cernía desde el oeste. «No nos vendrá mal una tormenta», pensó para sus adentros Galvano. Entonces recordó que no tenía nada de comer en casa. Su nevera seguía la mayoría de las veces la estética japonesa del minimalismo: en un estante un trozo de parmesano duro como una roca, que quizás se podría rallar con un martillo pilón, y debajo un pote de mostaza empezado y un yogur caducado hacía mucho tiempo. Naturalmente, también un par de botellas de vino. Fuera no podían comer en ningún caso, pues enseguida descubrirían a Irina. ¿Debía llamar más tarde de nuevo al servicio de pizzas? ¿O mejor al chino?

Irina se había dormido frente al televisor y evidentemente había tenido una pesadilla. Intranquila, se movió de un lado a otro en el sofá y se asustó mucho cuando Galvano le tocó el hombro. Rápidamente le quiso explicar algo, que él no entendió. Le señaló las bolsas y se sentó junto a ella en el sofá. Cuando el perro le trajo la revista de modas, ella finalmente rió. Acarició cariñosamente al mensajero negro. El perro se dejó caer con un suspiro a sus pies y estiró a gusto las cuatro patas. Irina empezó a sacar las cosas de las bolsas y Galvano salió apresuradamente cuando ella empezó a vaciar la bolsa de la ropa interior. En la cocina se encendió un cigarrillo mentolado y leyó deprisa su informe. Si iba a los *carabinieri* con esa historia, los datos debían ser irrefutables y a prueba de

bomba, y además de fácil comprensión, para que pudieran actuar rápidamente. En breve, Irina le contaría con ayuda de la intérprete el resto. Pero la mujer ya se retrasaba unos minutos, como Galvano había advertido algo molesto.

Una cosa estaba clara: no le hablaría a Laurenti sobre ese caso. Últimamente le ponía muy nervioso. Galvano rió al pensar cómo se iba a poner Laurenti cuando se enterara de todo por los periódicos.

Irina le arrancó de sus pensamientos al entrar en la cocina. Llevaba los tres sostenes en la mano y le dio a entender riendo que ninguna de las tallas le quedaba bien. Entonces alguien llamó a la puerta. Sólo podía ser la intérprete. Le hizo una señal a Irina para que abriera.

Con el último transporte que al día siguiente iba a abandonar Trieste, los ingresos de ese año superarían ya los del año pasado entero, a pesar de que aún era mayo. El negocio funcionaba fantásticamente. Drakić no hacía planes en los negocios, ya que el ramo presentaba muchos riesgos y era muy veleidoso, pero llevaba un registro de hasta la última coma. Según él, había que conseguir que los costes se controlaran con mano de hierro para que fueran mínimos y afianzarse en la cima del mercado con una mezcla de innovación y defensa decidida de cualquier intento de adquisición. No dominaba la libre competencia, pero debía mantenerse alerta para que ninguno de sus hombres hiciera sus propios negocios a su costa y ninguno de sus competidores de otros países intentara desbancarle. En todo caso no existía la protección contra el despido, y quien intentara engañarle, aunque sólo fuera una vez, ya no necesitaba trabajar. El Adriático era suficientemente grande y hondo para solucionar esos problemas de una vez por todas, y si era necesario siempre se podía encontrar un abismo en las pintorescas colinas de Istria, que nadie encontraría o investigaría nunca. La historia demostraba cómo debía actuar uno si quería trabajar con seguridad.

Viktor Drakić terminó su conversación telefónica. La noticia le hacía ser en parte optimista, y tras su informe le dio luz verde a Branka. Aunque debía actuar rápidamente. Esta vez el asunto no podía torcerse.

Branka pronto se haría con el dinero que había depositado en la consigna de la estación de ferrocarril de Trieste. No había costado mucho convencer al hombre que atendía en el mostrador para que le abriera la puerta y la dejara esperar dentro hasta que alguien preguntara por el maletín. Mientras que los cabezas rapadas se retiraron cuando vieron que la policía vigilaba el mostrador, Branka esperó escondida sin ser molestada. En alguna ocasión ayudó al hombre a bajar una maleta pesada del estante o colocaba maletas que el hombre le pasaba. Pero nunca le quitó un ojo de encima al empleado. No habría sido de

recibió llevarse el codiciado maletín a punta de pistola y salir corriendo de allí. No habría llegado muy lejos. Era cuestión de paciencia.

Finalmente, un viejo recogió el pequeño maletín. Y Branka se despidió del hombre del mostrador entregándole como despedida el segundo billete de cien que le había prometido. No debería suponer ningún problema sacudir al viejo. Tampoco el perro negro que le acompañaba parecía estar en forma.

Viktor Drakić le había prometido incluso una recompensa si además del dinero le llevaba los documentos que había perdido en Bagnoli. El día anterior, Branka había visto a la joven sordomuda. En cuanto tuviera el dinero a salvo volvería a seguir la pista de los documentos.

Drakić no le había dicho sin embargo que recuperando el dinero ya estaría satisfecho. ¿Para qué debía esforzarse en chantajear a esa gente, que en todo caso no viviría mucho tiempo? Hasta la fecha le había ido bien recordándoles su pasado, pero no le interesaba un ajuste de cuentas moral. Y cuando desaparecieran los testigos, la historia ya sólo sobreviviría entre las tapas de los libros y algún día ya nadie se interesaría por ella. La sociedad hacía tiempo que se había concentrado en la persecución de los criminales de guerra más recientes, pero siempre actuaba cuando ya era demasiado tarde. Se cazaba para cubrir el expediente a un par de esbirros y tras las bambalinas todo seguía igual. Occidente ya estaba harto, era perezoso e impotente. A las personas les faltaba tanto la fantasía como la voluntad de cambiar algo. Se torcía la mirada hacia futuros réditos, se repartía el negocio y se esperaba. ¿Por qué precisamente él, Viktor Drakić, tenía que proceder de manera diferente para orientarse en el mercado?

Un día más. Entonces dispondría de tanto dinero en la caja que incluso podría pensar en quedarse paulatinamente con la parte del negocio de Petrovac. Desde que estaba libre como un pájaro, había trasladado su Línea Pekín de Belgrado a Tirana y seguía ampliando sus negocios sin ser molestado. Ese año habían entrado en Europa más inmigrantes ilegales que nunca. Era de los más buscados por la policía alemana, austriaca e inglesa, y en Italia hacía tiempo que lo habían condenado. Tras las elecciones en Croacia, ganase el partido que ganase, el gobierno solicitaría la entrada del país en la Unión Europea, así que ya sólo era cuestión de tiempo el que Petrovac acabara entre rejas. Viktor Drakić debía estar preparado.

Marietta le había dejado una nota en el escritorio en la que le informaba de que Mia le esperaba en el pasillo. Laurenti quería ocuparse un poco más de Calisto y siguió insistiendo en las viejas cuestiones. Cuando finalmente salió con él, Laurenti se interpuso entre Calisto y Mia. Mia le dio la espalda.

—Nos veremos pronto —dijo aquél en voz alta—. No le creo una sola palabra. Usted sabe mucho más de lo que admite sobre la muerte de Angelo. Pero hasta ahora todo el mundo ha acabado confesando. No se complique la vida.

A Calisto no le quedó otra solución que irse. Debido a la presencia de Laurenti, no podía hablar con Mia, que le miraba toda interrogativa. El policía esperó a que desapareciera por las escaleras y entonces se dio la vuelta.

—No me gusta su forma de proceder, Mia —le dijo.

—¿Y me ha hecho venir hasta aquí para decirme eso? —contestó ella de forma impertinente—. No dispongo de mucho tiempo.

Llevaba la carpeta con los contratos y Laurenti vio el sello del notariado. La introdujo en su despacho, aunque volvió a salir y le pidió a Sgubin que preguntara en la notaría cuál era el motivo de la visita de Mia.

—¿Se ha convertido usted en una mujer de negocios? —le preguntó Laurenti señalando la carpeta que Mia había colocado sobre la mesa dándole la vuelta.

—Nada especial —le contestó—. Un par de legalizaciones de documentos. Papeleo burocrático que no hace más que robarte el tiempo. Pero, dígame usted, ¿cuál es la razón de su llamada? ¿Hay novedades con respecto al almacén?

Laurenti negó con la cabeza y deslizó la grabadora y el micrófono hasta el centro de la mesa. En primer lugar dictó la localidad, la fecha y la hora. Mia se sobresaltó imperceptiblemente cuando él añadió: «Asesinato de Angelo Bernardi», y la mencionó a ella misma como sospechosa. No se dio cuenta de que Laurenti la estaba engañando y ni siquiera había puesto una cinta en la grabadora.

—¿Dónde estaba usted la noche del...? —le preguntó añadiendo la fecha y la posible hora del asesinato de Angelo.

—¿Me está tomando el pelo? —Mia se pasó indignada ambas manos por el cabello.

—Le he hecho una pregunta muy clara.

—Sí, pero está usted hablando con la persona equivocada —su mirada era una mezcla de desesperación y de indignación.

—Calisto nos ha dicho que esa noche no estuvo con usted. ¿Entonces?

—Estuve cenando en la *trattoria* Da Gigi en Servola y después me fui pronto a dormir —Mia había visitado ese local desde su llegada más de una vez. Incluso si él preguntaba allí, podía decirle que estaban equivocados.

—¿Qué es lo que comió?

—Perdón? —Mia le miraba toda sorprendida.

—Usted mantiene una relación con Calisto. Pero también la mantenía con Angelo.

—Eso es mentira.

—Disponemos del testimonio de varias personas.

—Mienten.

Laurenti sacudió la cabeza.

—Estoy seguro de que no es usted la única que mantiene varias relaciones a la vez —no en vano sabía de lo que hablaba—. No se trata de ningún delito.

—Pero es mentira. A Angelo le hubiera gustado, pero no era mi tipo —de nuevo se mesó el cabello con ambas manos.

—No se arranque usted el cabello simplemente porque tiene que responder a un par de preguntas. ¿Por qué está tan nerviosa?

—¿No lo estaría usted si le acusaran de un asesinato que no ha cometido? No diré nada más.

—¿Quién ha dicho que la estoy acusando? Pero si quiere un abogado le puedo conseguir uno. Sólo tiene que decírmelo. Lo hizo Calisto. Usted es su encubridora. Cómo puede ser tan idiota y encubrir a ese tipo. ¿Por qué se complica la vida así? ¿Quiere usted realmente tanto a ese bribón que es capaz de pasar por esto por él?

—¿Y cómo lo hizo? —Mia se sentía de nuevo algo más segura y no pudo evitar cierto aire de suficiencia.

—Ahogó a Angelo con un pendiente por envidia —la mirada de Laurenti se fijó en el lóbulo de su oreja. Hasta entonces no había pensado en eso. Llevaba puestos dos pendientes de ámbar, que brillaban a la luz. Eran pendientes de bisutería, como aquel pedrusco que el forense había extraído de la tráquea de Angelo. Laurenti se puso en pie, fue hacia su escritorio y buscó entre la documentación la fotografía.

—Era su pendiente —dijo él, y puso la fotografía sobre la mesa—. Se lo robó sin que se diera cuenta. Un acto de perfidia. Quién lo habría imaginado.

Mia le observó con ojos como platos y dudó un momento antes de hablar.

—Me está tomando usted por una idiota —dijo finalmente—. Nunca había oído algo así. ¿Cómo se puede ahogar a alguien con un pendiente?

—Ya le he dicho que Calisto es un pérvido cerdo. Quiere endosarle el asesinato —no tenía mucho margen de maniobra, la chica había visto su juego y debía poner toda la carne en el asador—. Además dejó allí una de sus bragas, para que las pistas condujeran hasta usted. No la quiere.

Mia se puso en pie en el mismo momento en que entraba Sgubin y le entregaba en mano una nota a Laurenti.

—Se ha vuelto usted loco —le dijo.

—¿Qué marca de ropa interior utiliza?

—Está desvariando!

—Tout de Suite.

—Una mentira sin sentido. Hasta ahora estaba convencida de que trataba con

una persona de ideas claras y amable, cuya competencia estaba fuera de toda duda, pero hasta aquí hemos llegado –Sgubin escuchaba sin decir una sola palabra. La australiana también había calado a su jefe. Ella se dirigió hacia la puerta, pero Laurenti le hizo una señal a Sgubin para que le impidiera el paso.

–Quizá fuera usted misma quien lo hizo. Angelo se le acercó demasiado y usted se defendió. Así es como ocurrió.

Se hizo un silencio cortante entre ellos. Ninguno le quitaba el ojo de encima al otro. La mano de Mia buscaba el pomo de la puerta, pero Sgubin fue más rápido. Ella se recompuso rápidamente.

–Durante mis estudios he aprendido que uno debe atenerse únicamente a los hechos –dijo secamente–. Quiero salir de aquí.

–Por desgracia no tuve la oportunidad de ir a la universidad. Mis padres eran demasiado pobres. Pero también la vida es una buena universidad, Mia. Usted ha mentido. Tengo la prueba –agitó la hoja de papel en el aire–. Nada de legalizaciones. Usted estuvo en la notaría porque quiere vender la casa.

–¿Y? –le preguntó Mia–. ¿Qué le importa a usted?

–Eso quiere decir que pronto se irá –dijo Laurenti apoyándose en el respaldo de su silla. Le hizo una señal a Sgubin para que la dejara ir.

–Me voy mañana a pasar dos días en Milán para visitar a unos amigos y familiares. ¿Puedo irme ahora?

–Por favor, Mia. Y reflexione sobre Calisto. No es un tipo para usted.

Laurenti esperó a que la puerta se cerrara tras la joven australiana de origen triestino, después dio la vuelta a la mesa y se arrodilló sobre el suelo.

–¿Todo en orden? –preguntó Sgubin, e intentó adivinar qué era lo que estaba buscando su jefe en el suelo.

–Sí –dijo Laurenti. Al levantarse sostenía en la mano un par de cabellos rubios entre los dedos. Puso su descubrimiento en una bolsa de plástico, escribió el nombre de Mia encima y llamó a Marietta–. Lleva esto enseguida al laboratorio y diles que quiero ser informado sobre el resultado lo antes posible. El asunto es de máxima urgencia –después se dirigió de nuevo a Sgubin–. Por cierto, ¿Marietta ya te ha presentado a tu sucesora en el cargo?

–¿Una mujer? ¿Y tan pronto?

–Ya sabes cómo funciona esto. La mano izquierda a veces no sabe lo que hace la derecha. El camino hasta el cerebro es largo –Laurenti encogió los hombros y se dirigió a la puerta.

–Inspectora Pina, venga usted un momento, por favor.

También Sgubin se asombró mucho cuando vio a la chica, y le dio la bienvenida bastante confundido.

–Sentaos –dijo Laurenti señalando la mesa para las visitas–. No es ningún caso para 007 –añadió–, pero ya que está usted aquí deberíamos aprovechar la

ocasión de que aún no la conoce nadie. Debe usted vigilar a una persona. A uno de los nuestros.

Ambos escucharon con atención.

—Alguien que conoce bien cada uno de nosotros, incluso usted, Pina. Quiero que me mantenga informado de todos sus movimientos. No disponemos de ninguna sospecha en concreto. El asunto se debe tratar de forma completamente oficiosa. Sólo dispondrá de dos personas de contacto: Sgubin y yo. Lo siento, pero seguramente será una misión muy aburrida. Pero debemos aprovechar la ocasión. ¿Dice usted que es una ciclista entrenada?

Pina afirmó con la cabeza.

—¿Ha traído usted su bicicleta?

—Sí.

Laurenti cogió un plano turístico hecho trizas del cajón de su escritorio y se lo entregó a Pina.

—En cualquier caso ahora mismo le presentaré al jefe de patrullas, no sea que, aunque parezca improbable, necesite usted ayuda. Y ahora, por favor, póngase inmediatamente en marcha.

Bajo la mirada desdeñosa de Marietta, Laurenti cogió los voluminosos expedientes de la mesa de Pina y los llevó de vuelta a su despacho. Había presentado a la sucesora de Sgubin al jefe de la Squadra Mobile y le había rogado que informara a los colegas y al servicio de patrullas de que contaban con un nuevo miembro en la plantilla. Después transfirió a Pina todas las responsabilidades de Sgubin, teniendo que explicarle todo a través de los interminables pasillos y la estructura de su nuevo sitio de servicio. Finalmente, le entregó la fotografía del hombre que debía vigilar y la condujo hasta la pensión donde podría alojarse durante los primeros días, donde ya se encontraba su bicicleta de carreras.

Cuando Laurenti quiso cerrar la puerta de su despacho vio cómo Marietta apagaba como forma de protesta su ordenador y recogía las cosas de su mesa. Estaba claro que en diez minutos se iría sin despedirse, pero que desaparecería puntualmente, sólo porque él no había sido flexible en una de las pocas llamadas al orden. A Laurenti no le importó. Cuando como joven policía tuvo que dirigir su primer departamento, era él quien se preocupaba largamente por los problemas personales de los demás y el que en ocasiones se pasaba toda la noche sin dormir, mientras que los afectados volvían a la mañana siguiente a la oficina descansados y relajados como si no hubiera pasado nada. Pero eso hacía tiempo que había quedado atrás. ¿Para qué iba a perder el tiempo con el humor

de sus colaboradores? Y seguro que Marietta en algún momento mejoraría. ¡Sobre todo en cuanto se hubiera deshecho de su nuevo amante!

Antes de olvidarse del asunto, Laurenti quiso comprobar un dato en los expedientes con los que estaba ocupado. No sabía exactamente el qué. Era una especie de presentimiento. Se puso a husmear como antes lo hacía el perro negro de Galvano cuando aún estaba en activo.

El expediente Perusini había sido consultado por última vez, según el sello, en 1995, cuando apareció la ominosa cinta de audio. El expediente de De Henriquez, en 1994, tres días antes de una posible prescripción del delito, mientras los hijos del coleccionista, ya ancianos, hacían lo posible por impugnarla, lo cual le pareció a Laurenti un último intento desesperado de sus familiares por salvar el caso de su archivo definitivo. Durante páginas enteras testificaban cómo habían descubierto a los ladrones de De Henriquez con las manos en la masa y lo eliminaron para no ser reconocidos. Los sospechosos aparecían con nombres y apellidos en el expediente, aunque en anteriores investigaciones ya se les había interrogado sin éxito. Y en 1988 el último oficial de los *carabinieri* que había desempolvado de nuevo el caso había declarado en una entrevista a la prensa que el coleccionista había muerto de forma violenta. Así que sólo podía tratarse de un suicidio o de un asesinato. Que el hombre se hubiera suicidado no concordaba a primera vista con su perfil psíquico. Laurenti recordaba que el hijo del coleccionista había hecho tan frecuentes declaraciones sobre la muerte de su padre y había manifestado tantos posibles motivos políticos para un asesinato que al final resultaban del todo lamentables. Repetidas veces había hablado de un hombre ucraniano de las SS que manejaba los hilos y que desde que había terminado la guerra vivía sin ser molestado en Trieste. Hacía poco que incluso había facilitado la dirección del esbirro, sin saber que había fallecido hacía ya tiempo. Era el intento desesperado de un hijo por aportar luz a un caso que parecía no tener solución. Tampoco Laurenti la tenía. A pesar de ello, hojeó cansinamente las páginas y se dejó llevar por su instinto. Una cosa sí había encontrado: la tercera clave que faltaba. Laurenti hojeó de nuevo las actas de los interrogatorios hasta llegar a las declaraciones del cerrajero. Entonces extrajo del expediente de Perusini los interrogatorios que habían llevado a cabo los colegas de Venecia a partir de la información que aportaba la cinta, para finalizar a trancas y barrancas con la declaración final de un yugoslavo, que permanecía encarcelado en Bari. Sus declaraciones hicieron reír a Laurenti. El detenido declaraba no ser homosexual, ya que había estado casado nueve veces. Negó conocer a las personas sobre las que se le preguntaba, y a otras preguntas contestó de forma impertinente. Los investigadores se cansaron pronto de él, pero Laurenti insistió. ¿No aparecía allí un nombre que

había visto en el expediente de De Henriquez? El nombre de un relojero de la antigua Yugoslavia que desde hacía decenios residía en Trieste. Parecía que le había prestado mucho dinero a De Henriquez y que le había acompañado a Liubliana para ciertas adquisiciones. El coleccionista le pagó la deuda con electrodomésticos facilitados por una tienda en la Via Fabio Severo, pero que naturalmente le salían mucho más baratos. ¿Pero por qué se detenían en cada detalle? Laurenti volvió a buscar en el expediente Perusini. Se trataba sin duda alguna de la misma persona. Allí se le describía como anticuario. Según el acta, había asistido a una cena en la pizzería de la Via Udine, donde el profesor compartía mesa con unos tipos de mala reputación del otro lado de la frontera e intentaba hacerse con sus favores sexuales a cambio de dinero. El hombre nunca fue interrogado, aunque se le mencionara más de una vez. ¿Sólo un vulgar caso del ambiente homosexual o algo más?

Laurenti estaba nervioso. Debido a las competencias repartidas entre los diferentes cuerpos de seguridad, nadie antes que él había cotejado ambos expedientes al mismo tiempo. Era más que suerte que después de tan poco tiempo hubiera encontrado una relación entre ambos casos a partir de la carta que le había enviado el primo de Perusini al fiscal del Estado en Trieste once años después de su muerte sin disponer de una sola prueba. ¿Pero por qué esta carta estaba en el expediente de De Henriquez y no allí donde pertenecía? ¿Se le había pasado simplemente por alto al fiscal encargado del caso o había procedido según su método? Laurenti se informó telefónicamente de los datos de esta persona. Aún regentaba un negocio de antigüedades a un par de calles de allí y vivía con una mujer de apellido alemán.

Le habría gustado encenderse un pitillo en ese preciso instante. Puso los pies sobre el escritorio. Era preferible que el fiscal del Estado Scoglio se buscara mejor a un historiador que a un policía para ese caso. Alguien que dispusiera de todo el tiempo del mundo, a quien le hiciera ilusión la historia del país y que estuviera dispuesto a leerse los más de trescientos diarios que había dejado tras de sí el coleccionista. ¿Pero cómo se podía chantajear a alguien con esos viejos asuntos pasados sesenta años? Estaba claro que los veteranos de la Repubblica di Salò y los colaboradores se habían organizado de forma rigurosa, pero ¿quién de ellos vivía aún? Laurenti decidió no invertir demasiados esfuerzos en el asunto. En última instancia, podía ayudarle la casualidad. Cuando en diez años se jubilara y no tuviera nada mejor que hacer, entonces podría ocuparse del caso. Desde luego, era una fuente increíble para entender aún mejor la ciudad y a sus habitantes. ¡Pero debía pasar página! Galvano ya se explayaría en sus memorias sobre todo ello.

Laurenti decidió dar un paseo por el gueto, que se encontraba entre la Questura y la Piazza Unità y donde los anticuarios se amontonaban uno al

lado del otro. Los conocía bastante bien. En parte porque Laura era cliente fija de más de uno y siempre aparecía en casa con alguna cosa bonita y en parte porque algunos de los compradores que traficaban con objetos de segunda mano pertenecían a su clientela más fiel y estaban casi tan habituados al edificio de la Questura como él. Se trataba de un grupo peculiar de personas que trabajaban allí puerta con puerta. El negocio de un declarado neofascista, que hacía un par de decenios había traído de cabeza a las autoridades, estaba situado junto al de unos comerciantes judíos. Estaba representado todo el espectro político y algunos simplemente no conseguían evitar verse involucrados en negocios turbios.

Laurenti guardó bajo llave los expedientes en su escritorio, y estaba a punto de abandonar el despacho cuando sonó el teléfono. ¡Era Živa Ravno! Le contó que había llegado más de media hora tarde al proceso Ecclestone.

—No pasa nada, en todo caso habrá apelación —le dijo—. Los hombres pequeños soportan aún peor las derrotas que los grandes.

—¿Has podido sacar algo en claro?

—¿De qué?

—De qué va a ser. De la embarcación.

—No.

—No me engañes. El fiscal del Estado Scoglio sabe que algo está pasando, aunque no me quiera decir de qué se trata.

Živa calló.

—Quiero darte un consejo —dijo finalmente Laurenti y le contó lo de Ciano, el hombre de la embarcación neumática que Sgubin había encontrado en los archivos gracias a la fotografía de Laurenti.

Živa dedujo enseguida.

—Ahora entiendo por qué el caso no te deja dormir —dijo—. ¡Huele a Petrovac!

—Y a Drakič. Dime qué sabes sobre el asunto.

—Pronto se cerrará el caso —dijo Živa vacilante.

Laurenti sabía que había cosas que ella no podía decirle ni en la cama. Pero aceptarlo era una cosa muy diferente.

—¿Dónde demonios estaba Irina? —Y la intérprete? Galvano se levantó y se dirigió hacia la puerta. Estaba abierta, pero no había nadie. Galvano estaba alarmado. En la escalera del inmueble encontró a la intérprete, con medio pie en el ascensor. No había rastro de Irina, aunque oyó pasos precipitados de varias personas. Galvano echó un vistazo a la intérprete y vio una herida abierta en su cabeza. Su respiración era regular. Pronto recuperaría el sentido. El viejo la sacó del ascensor y bajó a la portería. El pesado portón de entrada se cerró frente a sus narices. Galvano salió a la calle. Los neumáticos de un abollado Golf rojo rechinaron en la calzada. Creyó ver en el asiento posterior a Irina. Rápidamente

se dirigió a su coche y no se preocupó de la abolladura que le hizo al vehículo que había aparcado frente al suyo. Tampoco le importaron los cruces ni la preferencia de los demás coches. Tocó salvajemente al claxon cuando vio que al final de la Via Diaz el Golf giraba. Se metió sin miramientos en el fluido tráfico. Entre él y los perseguidores mediaban seis vehículos cuando pasaron frente a la Questura. En el Corso Italia el semáforo se le puso en rojo. Galvano quedó bloqueado sin esperanza por los coches que le precedían.

—*Brutti bastardi!* —profirió el insulto y se bajó del coche dejando el motor en marcha. Corrió hasta el cruce. Jadeando, buscaba aire para respirar. No tenía posibilidad alguna. Junto a la Banca di Roma el coche giró hacia la derecha y desapareció de su vista. La calle llevaba a la Colle di San Giusto, donde ya no los podría alcanzar.

—*Va in mona, nonno!* —cuando Galvano volvió a su coche fue recibido con un concierto de bocinas e insultos de la peor calaña. Justo en ese momento una patrulla de la policía esperaba un par de coches más atrás y un agente se acercaba ya hacia él con mirada de servicio.

—¿Ha pasado algo? —le preguntó el joven policía, al que no conocía. El concierto de bocinas y los insultos cesaron como por obra de magia.

—Todo está en orden —dijo Galvano.

—Enséñeme por favor su documentación —Galvano estaba contento de que el hombre hablara con acento siciliano. Con él podría negociar.

Galvano palpó sus bolsillos.

—Debo de habérmela dejado en casa —balbuceó tímidamente—. Pero se lo puedo explicar todo.

—Aparque por favor el vehículo a la derecha —el joven agente cumplía con su deber. El viejo parecía estar confuso, pero ejecutó la maniobra que le habían ordenado mejor de lo supuesto. Una ciclista observaba la escena tranquilamente a sólo dos metros de distancia.

—No debería suponer ningún problema —dijo Galvano seguro de sí mismo—. Llame usted a su colega, seguro que me conoce.

A su señal, el otro agente se bajó del coche. Otra cara nueva. Galvano tenía mala suerte. Era increíble todo lo que había cambiado durante un año desde que él se había jubilado por obligación. Antes todo el mundo le conocía por su nombre, sin excepción alguna.

—Escuche, llame usted a la Questura. Soy el doctor Galvano, del Instituto Forense. Pregunte usted. Hable con el comisario Laurenti. Él les aclarará todo.

—No se altere —dijo tranquilamente el joven policía—. Cierre usted por favor el coche con llave y acompáñenos.

Galvano no tuvo otra salida que acompañarles y sentarse en el asiento de atrás del coche patrulla.

—¿Qué significa esto? —preguntó todo alterado—. No estamos ni a cien metros de la Questura. ¿Por qué no vamos directamente allí?

El agente no le hizo caso y cogió el radiotransmisor. Después bajó la ventanilla del coche y le hizo una seña a la ciclista, que observaba toda la escena.

—¿Tiene usted que ver algo con este señor?

La pequeña mujer negó con la cabeza riéndose.

—Entonces prosiga la marcha —el policía subió la ventanilla y se dirigió de nuevo a Galvano—. ¿Cómo me ha dicho usted que se llama?

Repetió los datos por el radiotransmisor y se sorprendió de las risas de sus colegas en la central.

—Pásemelo —se oyó la voz al otro lado de la línea por los altavoces.

El policía le alcanzó a Galvano el radiotransmisor y ya por sus primeras palabras se dio cuenta de que el viejo decía la verdad.

—Este calor espantoso —contestó Galvano a la pregunta de qué era lo que había pasado—. Este calor los vuelve a todos locos. Un idiota me ha hecho un bollo en el coche y ha salido disparado. Cuando se os necesita nunca estáis allí. Así que he intentado perseguirle, pero no tenía posibilidad alguna de alcanzarlo. En el Corso Italia me he bajado del coche para por lo menos cogerle la matrícula. Pero entonces aparecieron tus colegas pletóricos de celo y me lo han echado todo a perder.

—Cuídese, doctor —le dijo la voz por el altavoz—, y páseme de nuevo al agente.

Tras intercambiar un par de palabras el policía colgó, le abrió respetuosamente la puerta a Galvano y recibió una áspera reprimenda cuando amablemente quiso ayudarle a bajar del coche.

—Debería usted irse directamente a casa y coger su documentación —le dijo el policía. Y a la ciclista le soltó:

—¿Te has jubilado prematuramente o qué es lo que haces aún aquí? Ahueca de una vez el ala, aquí ya no hay nadie que ver.

Desde la lejanía se percibía el retumbar de los truenos. Al oeste se había instalado sobre el golfo una pared de nubes oscuras como la boca de un lobo, que disparaba rayos deslumbrantes. Sin embargo, el cielo sobre Trieste estaba como casi siempre despejado y las esperanzas de que se produjeran las primeras precipitaciones desde mediados de febrero fueron echadas por tierra.

Las alargadas sombras de los imponentes palacios eran la única señal de que se inauguraba la joven noche. Cuando Proteo Laurenti abandonó el ofensivo edificio de la Questura, no se notaba ni una brisa de aire. Pronto su camisa

mostró grandes manchas de sudor. En una tela blanca o rayada no eran tan fáciles de ver como en las camisas de color azul, que sólo se ponía en invierno.

—Vuelvo enseguida —habían escrito a mano en un cartel colgado de la puerta del establecimiento, a pesar de que estaba iluminado. Laurenti llamó dos veces, pero suponía que encontraría antes a Graziella, la propietaria de la tienda de antigüedades y una buena amiga de Laura, en el bar de la esquina. Hacía demasiado calor para la parroquia. En el tercer local, el Maldobrie, tuvo suerte. Graziella acababa de pagar y fue a su encuentro.

—¿Estás buscando un regalo para tu mujer? —le preguntó en lugar de saludarle.

—¿Por qué?

—¿No es su cumpleaños la semana que viene?

Casi lo había olvidado. ¿Pero qué más daba si no estaban los propietarios de los buenos negocios?

—Hace poco he recibido un anillo extraordinario con una gran aguamarina —dijo Graziella—. Le darías una gran alegría con esa joya. Una obra de arte de principios de los años veinte. Ven conmigo, te la enseñaré.

Después de abrir la tienda se dirigió directamente a una vitrina de estilo modernista y extraajo la pieza.

—Observa la piedra y el engarce. Realmente extraordinaria.

—¿Y a qué precio habías pensado vendérmela? —preguntó Laurenti sosteniendo la joya contra la luz.

—Naturalmente te haré un descuento, Laurenti —Graziella le dio el precio, más de lo que se podía permitir un policía, y lo mismo un *vicequestore*—. Es ideal para Laura. A una géminis como ella el aguamarina le abrirá el camino al conocimiento interior.

—Dios mío. Eso sí que no es algo que le falte.

—Hazme caso. Vi cómo brillaban sus ojos en cuanto lo descubrió. Puedo rebajarte un poco el precio y por supuesto me lo puedes pagar a plazos. No te preocupes por eso.

—Me lo pensaré. En realidad he venido por otro asunto —dijo Laurenti—. Necesito información sobre uno de tus colegas.

Graziella hizo como si no le hubiera oído.

—No retrases tu decisión. Como un turista alemán o austriaco vea el anillo, se lo llevará sin pensárselo.

Laurenti la conocía desde hacía tiempo y sabía que trataba con una mujer de pura raza que había financiado su bonita casa en Barcola gracias a los ingresos que obtenía de la pequeña tienda en el gueto. Pero nunca le había engañado, y el anillo sería realmente un precioso regalo para Laura. No sabía si cerrar ya el trato y, al verlo vacilar, Graziella se le adelantó.

—Naturalmente, te lo guardaré hasta el día de su cumpleaños —cogió el anillo, lo introdujo en una bolsita de piel y se dirigió al interior de la tienda, donde tenía la caja fuerte. Cuando volvió, apagó la luz de la tienda.

—Es suficiente por hoy. En todo caso, con este tiempo no se acercará nadie. ¿Te apetece una copa de vino?

Laurenti propuso ir con su coche oficial, que podía aparcar donde quisiera en la Piazza San Giovanni, sin correr el peligro de que uno de los furibundos policías urbanos le multara.

El Malabar estaba a rebosar. Eligieron una de las mesas de la *piazza*, suficientemente alejada de las otras. Walter llegó con una botella y dos copas antes de que hubieran pedido.

—Un Inferno —les dijo.

—Tienes razón —dijo Laurenti afirmando con la cabeza.

—Me refería al vino. Un producto de primera clase de Valtellina. Inferno Mazér 01 de Nino Negri. Es exactamente tu vino. Llaman Inferno a los viñedos porque allí en verano se desata un verdadero infierno de calor.

—¿Y Trieste?

—La llamaremos simplemente Inferno 2 —dijo Walter, y les sirvió el vino.

Graziella enarcó las cejas sorprendida cuando finalmente le facilitó a Laurenti la información que requería. Miró rápidamente en todas direcciones, como si quisiera asegurarse de que nadie les escuchaba.

—Tu amigo es un caso especial. Nadie le conoce realmente bien. Se dice que fue un soplón. Como ya sabes, tras la guerra, Trieste era un hervidero de espías. Aquí tenían su sede, como en Berlín y Viena, los servicios secretos, y más aún cuando fue declarada en 1947 ciudad libre bajo administración aliada y su futuro inmediato era una incógnita. Si sería autónoma, italiana o yugoslava o incluso, como algunos rumoreaban, un estado federal americano. Tras las bambalinas, aquí tenía lugar otra batalla de la guerra fría. El telón de acero habría corrido por los pelos al oeste de la ciudad. Y con ayuda del Vaticano escondieron en monasterios croatas a criminales de guerra europeos. La *línea de las ratas*, la operación Odessa. No sólo alemanes. Los antiguos *ustascha*, los colaboradores croatas de los nazis, montaron su propia organización con el objetivo de derribar a Tito. Se dirigía desde Trieste y mantenía estrecho contacto con los americanos, Gladio y también la logia P2. Dentro de la histeria general, algunos triestinos ricos hicieron transferir su dinero a Suiza y enviaron ante el incierto futuro a sus familias al extranjero. Los rumores dominaban las calles y el miedo se colaba en las conversaciones diarias. Y allí es donde entra tu amigo y colega mío en juego. Sólo te puedo decir con qué se comerciaba. Se dice que su mujer era de Alemania del Este y él uno de los nueve agentes de la

Stasi en Trieste. En su tienda nunca ha hecho grandes negocios. Pero tuvo éxito negociando con carísima porcelana de Meissen de la RDA y gran cantidad de costosos objetos provenientes del este de Alemania, a los que pocos occidentales tenían acceso.

—¡Dios mío! —Laurenti rió—. Cuentas cosas de las que ni el mismo Galvano ha hablado hasta la fecha.

—Pero así fue. Como ya sabes, mi padre fue el primer fiscal general a partir de 1954. ¡Me lo contó todo poco antes de morir!

En ese preciso instante sonó el teléfono móvil de Laurenti. ¿Por qué no había apagado el trasto?

Pina, la enana karateka calabresa, se disculpó con mucha formalidad por la interrupción y preguntó cuánto tiempo más debía permanecer al acecho. Eran casi las nueve de la noche y Laurenti se había olvidado completamente de ella. La nueva informó de forma protocolaria de que Galvano había conducido por la tarde como un loco por la ciudad persiguiendo un viejo Golf rojo que ocupaban tres jóvenes. Dos hombres y una mujer. Le contó la discusión de Galvano con una patrulla de la policía y que después se fue a casa, para salir de nuevo al cabo de media hora. Se dirigió con su coche a las dependencias de los *carabinieri* en la Via Hermet, donde permaneció cerca de una hora. Después volvió a la Via Diaz, donde aparcó el coche haciendo un ruido infernal y desapareció en su casa. Pina comentó que habría que retirarle lo antes posible el coche al viejo, pues el hombre era un peligro público.

—En todo caso no soy la única que vigila a Galvano —prosiguió la nueva—. Desde que ha vuelto a casa, cada diez minutos pasa por aquí una patrulla de los *carabinieri*. Cada vez una diferente. Parece que tienen órdenes de hacer una pequeña excursión desviándose de su ruta habitual para pasar por aquí. Conducen tan despacio que parece que quieran estar siempre cerca de aquí —dijo Pina.

Así que Galvano colaboraba con los *carabinieri*. Por lo menos le tranquilizaba que ahora también los colegas de otro cuerpo le tuvieran puesto el ojo encima. ¿No había dicho ayer el jefe de la Squadra Mobile que el viejo daba la impresión de tener algo entre manos? Eso al menos habían informado los agentes de la patrulla que lo estaban vigilando. En todo caso, Galvano estaba seguro y probablemente era en ese momento el hombre más vigilado de toda Trieste después del fiscal del Estado Scoglio.

—Si no hay ninguna novedad, puede usted abandonar el puesto —Laurenti quiso enviar a la nueva colega a casa.

—¿No le habrá encargado usted por casualidad la vigilancia también a otra persona sin informarme al respecto? —le preguntó Pina con un tono de desconfianza en su voz.

—No, ¿por qué? —Laurenti se puso en pie y salió a la *piazza*. En la mesa había ahora demasiado follón de voces. Graziella hablaba animadamente con Walter, que siempre sabía hacerla reír a carcajada limpia y ya le había servido un vaso de Magari, el vino tinto de la Toscana de Angelo Gaja, cuyo estreno mundial había tenido lugar una semana antes en el Malabar. Miró a Laurenti asombrada cuando éste desapareció sin decir una palabra.

—Quizá me confunda —dijo Pina dudando—, pero me da la impresión de que hay alguien más. Una mujer de veinte años largos, cabello corto y moreno, no es fea. Está entrenada como yo. Me ha adelantado con una moto cuando iba tras Galvano. Después he vuelto a verla, ha estado un buen rato frente al *palazzo* de la Via Diaz observando los movimientos de Galvano, poco después de que volviera de los *carabinieri*. Me ha dado la impresión de que era de los nuestros. No camina por la calle como todo el mundo, continuamente mira y observa a su alrededor. A mí en todo caso seguro que no me ha visto, también tiene sus ventajas ser bajita. Además, seguramente lleva encima una pipa. Debe de hacer causa común con él.

—No es de los nuestros, Pina. Quédese un momento allí, ahora mismo la llamo.

Laurenti se rascó la cabeza. ¿Qué significaba todo eso? Sólo una persona se lo podía aclarar.

—He intentado contactar contigo más de una vez, pero todo el tiempo comunicaba —dijo el *colonnello* Canovella, sin perder el tiempo en saludar.

—¿Qué está pasando con Galvano?

—En principio no estoy autorizado a decirte nada. Me ha pedido que le diera mi palabra de no involucrarte de ninguna de las maneras. Pero tú ya lo conoces mejor que yo —Canovella le contó sucintamente que el viejo forense estaba involucrado en un caso terrible, que podría resultar peligroso para él.

—En diez minutos estoy contigo —dijo Laurenti, y corrió hacia el coche. Como Galvano por la tarde, se lanzó al fluido tráfico. En todo caso, colocó la sirena azul sobre el techo y la puso en marcha.

Qué ciudad tan absurda. Galvano hurgaba en la historia y se topaba con una joven sordomuda que había sido ultrajada y esclavizada. Laurenti también hurgaba en la historia. Y Graziella contaba qué papel habían jugado los servicios secretos en la historia de la ciudad. Y que todavía seguramente seguían jugando, como había experimentado en propia piel.

El muerto del Val Rosandra, un arsenal grotesco, una sordomuda y ahora además Galvano, que con terquedad senil conducía sus propias investigaciones. Laurenti quitó la sirena y aparcó su coche frente al despacho de Canovella.

A Irina le habían cortado el cabello y la habían rapado toscamente. La habían atado de brazos y piernas a la cama y le habían pasado una cadena por el cuello, cogida de tal manera a las cuerdas que le sujetaban las piernas que no podía moverse ni un milímetro, si no quería estrangularse. Habían colgado un espejo sobre la cama, en el que al principio no se reconoció, para después asustarse por los cortes que había dejado la máquina de rasurar en el rostro y en el cuero cabelludo. Le dijeron que no recibiría nada de comer ni de beber si no colaboraba, y que nunca podría escapar.

No fue difícil localizar a Irina. Ambos tipos siguieron a Galvano cuando lo reconocieron frente al bar Unità. El viejo no se fijó en ellos. Iba acompañado de un gran perro negro, que de lo desgreñado que estaba parecía la misma encarnación del diablo y con el que seguramente no se podía jugar. Además, la gente volvía del trabajo y no se podían arriesgar a que el viejo pidiera auxilio en cuanto lo abordaran. Decidieron esperar frente a la casa hasta que sucediera algo. Y no pasó mucho tiempo. Poco después de las siete de la tarde, una mujer buscaba un timbre junto a la puerta de entrada. Cuando se dio cuenta de que ambos jóvenes hablaban mediante gestos les preguntó qué era lo que querían. No hizo falta mucho más. Estaban en el camino correcto. Le explicaron que buscaban urgentemente al viejo que se ocupaba de su amiga, pues necesitaba ayuda. La mujer les hizo un par de preguntas y finalmente llamó al timbre. Poco después se abrió la puerta.

Obligaron a la intérprete con extrema violencia a acompañarles y subir en ascensor tapándole la boca. No se andaban con chiquitas. Cuando llegaron al último piso y vieron a Irina en la puerta, fue todo muy rápido. La intérprete intentó hacerle una señal, pero inmediatamente perdió el conocimiento.

Poco a poco la mujer volvió en sí. Galvano, que a su vuelta aún la encontró frente a su puerta, tuvo que ayudarla aunque tenía otras cosas que hacer. Se trataba de Irina. A pesar de todo, acompañó a la *signora* a su casa y le dio los primeros auxilios. Le recordó con el dedo índice en alto que ella era una intérprete jurada y estaba involucrada en una investigación extremadamente secreta. Así que en ningún caso podría hablar con otras personas sobre ese asunto sin su consentimiento. Además, a partir de ese momento debía estar localizable en su teléfono, pues quizás necesitara de sus servicios muy pronto. La confundida mujer le juró seguir al pie de la letra sus indicaciones. Lo único que le permitió fue visitar a un médico.

Le había pedido un taxi, que ya estaba esperando. Poco después Galvano también salió de casa y le hizo el segundo bollo del día al coche que tenía aparcado delante. Ahora no podía preocuparse de tonterías. Canovella le

esperaba en su despacho. Galvano le debía informar de que Irina había desaparecido y necesitaba ayuda urgentemente.

Branka era del ramo. Era guapa, tenía unos rasgos finos y a pesar de su cuerpo entrenado parecía tierna. Pero Branka era inteligente, durísima de pelar, muy rápida y decidida a la hora de negociar cuando era necesario. Drakič lo sabía y le había encargado misiones mucho más complicadas que ésa. Quien menospreciaba a Branka lo pagaba con la vida. Lo de Bagnoli había sido un asunto de mala suerte, que ella podía remediar ahora. El gorila de Drakič no la humillaría una segunda vez. Si hubiera tenido las manos libres cuando les comunicó la pérdida de la documentación, le habría pagado con la misma moneda a la primera.

Cuando el viejo del perro negro abandonó la consigna de la estación de Trieste con el maletín que había buscado para Irina en la mano, ella se dio cuenta con sorpresa de que alguien le seguía. Branka vio a los dos tipos ya desde lejos. Los cabezas rapadas que quisieron acabar con ella en Bagnoli. No podían reconocerla, ya que en Bagnoli no se quitó el casco ni levantó la visera negra. A pesar de ello, Branka se mantuvo a una distancia considerable. Lo mismo hizo cuando Galvano volvió al coche y condujo en dirección a la Via Locchi. No tenía ninguna prisa. ¿Por qué se complicaban la vida cuando ya la tenían solucionada? El perro negro parecía viejo, pero estaba siempre alerta, como si lo hubieran entrenado. Y los dos tipos ya iban armados en Bagnoli. El momento adecuado llegaría por sí solo.

El viejo se comportó de forma peculiar después de llegar a la Via Locchi. Primero estuvo esperando un buen rato, como si estuviera observando algo. Despues se bajó del coche. Dejó el maletín en el interior, así como al perro, y fue andando un rato en la dirección contraria. Finalmente, pegado a las fachadas de las casas, volvió hacia atrás, abrió de par en par el portal de una casa y volvió a cerrarlo después de mirar varias veces a su alrededor. Estaba atento, pero no era especialmente profesional. Branka había visto cómo los dos cabezas rapadas se dirigían hacia el coche del viejo, pero cuando intentaron abrir la puerta el perro mostró sus dientes y saltó rabiosamente por todo el coche sin parar de ladrar. Uno de los dos sacó una pistola, pero se la volvió a guardar inmediatamente cuando vio llegar a dos tipos bastante cómicos que se dirigían hacia él señalándole. Ambos desaparecieron también dentro de la casa. El perro seguía moviéndose. Cuando sacó la pistola por segunda vez, el viejo volvió a salir y se dirigió hacia ellos. Tenía una mano bajo la chaqueta, como si palpara una pistola en la cartuchera. Los dos rapados se retiraron rápidamente y esperaron en su coche hasta que el viejo prosiguió su marcha. Le siguieron. Branka pensaba que los dos tipos no tenían ni idea de cómo se hacía un trabajo de manera rápida y eficiente. Ella habría terminado enseguida con el perro y los

demás le habrían importado una mierda. Puso en marcha la moto y se mantuvo a una distancia prudente de los coches, pero sin perderlos de vista. El viejo conducía bastante mal. En el Campo Marzio no vio un camión articulado, que quería girar hacia el Muelle VI. Sólo gracias a la suerte el conductor del camión pudo evitar que el coche terminara hecho trizas. Pitó como un loco. Durante un buen rato el camión bloqueó la calzada. Branka y los cabezas rapadas perdieron de vista al viejo, que no se había enterado de nada.

Pasó más de una hora. De repente se juntaron todos en la Piazza Unità. El viejo se tomaba un aperitivo frente a un bar, con el perro a sus pies, pero sin el maletín que se había llevado de la estación. En su lugar, junto a su mesa había varias bolsas de la compra. Bajo las arcadas del Ayuntamiento estaban apostados los dos cabezas rapadas y observaban a dos sordomudos pidiendo, que de repente dejaron de molestar a la gente, se sentaron al pie de un monumento y empezaron a comunicarse alterados.

Cuando el viejo pagó, le hizo una señal al perro para que llevara la revista y recogió de nuevo sus bolsas de la compra, y se formó una procesión muy extraña. A cierta distancia fueron desfilando los sordomudos, que no paraban de gesticular, con los cabezas rapadas pisándoles los talones, todos ellos seguidos de cerca por Branka. El viejo desapareció cinco minutos después en un *palazzo* de la Via Diaz, frente al que también estaba aparcado su coche. Junto al pesado portón de entrada, que se cerró tras él sin que nadie lo pudiera remediar, había veinte interfonos. ¿Vivía el hombre allí? ¿Cómo se llamaba?

Branka no tuvo que esperar mucho. Los sordomudos desaparecieron y poco después se fueron de allí en un Golf rojo abollado. Los cabezas rapadas también se largaron después de echarle un vistazo al coche del viejo. La moto de Branka estaba aparcada cerca de allí. Llegó una mujer poco vistosa y se dirigió a los sordomudos con signos. Más tarde desaparecieron todos en la casa, aunque pocos minutos después salían ambos tipos de allí llevando en volandas a una joven y se iban a todo gas en el Golf. No llevaban ningún maletín. ¿No era la misma chica que estaba esperando el autobús en Bagnoli? Sí, Branka estaba convencida. Puso en marcha la moto. De repente el viejo salió como espoleado por el diablo a la calle y saltó al coche. Tocó al claxon como un loco en cuanto se metió en el tráfico y obligó de malas maneras a que los otros automóviles se apartaran. Branka lo siguió a bastante distancia. En un momento dado tuvo que adelantar a una ciclista que pedaleaba por la calzada como si quisiera ganar el Giro di Trieste. La obligó a ponerse a un lado y como respuesta recibió un gesto obsceno de la mano.

En Largo Riborgo el viejo se quedó atascado ante un semáforo entre otros coches, mientras ella atajaba conduciendo por la acera. Vio cómo el Golf giraba

hacia el Colle di San Giusto y después hacia el barullo de pequeñas calles de San Giacomo, donde los tipos se pararon y desaparecieron con la chica en la entrada de un inmueble cubierto con un andamio. Branka los siguió escaleras arriba y vio cómo los tres se introducían en una vivienda del tercer piso. A juzgar por el modo en que los dos tipos trataban a su víctima, era evidente que tardaría en salir de allí. Branka tenía prisa, debía volver a la Via Diaz, donde estaba el maletín con el dinero.

Cuando se detuvo frente al edificio vio cómo el portón se cerraba tras el viejo. ¿Cómo se llamaba, en qué piso vivía? Echó un vistazo al nombre de los interfonos. Tras un par de minutos se detuvo allí un taxi. El viejo acompañó a una mujer hasta el vehículo, esperó a que subiera y después se metió otra vez en el edificio. Branka puso en marcha la moto y siguió al taxi. La mujer le diría de una vez cómo se llamaba el viejo.

Al principio los dos tipos estaban claramente alarmados. Temían que Irina hubiera abandonado Trieste y cruzado la frontera, aunque no tuviera pasaporte. Lo habrían pagado caro. También ellos tenían un jefe al que debían entregar puntualmente el dinero y que no conocía el perdón si algo no marchaba según su gusto. También ellos habían sufrido demasiadas veces durante los últimos años las consecuencias de no obedecer las órdenes. Hasta que un día comprendieron que ellos sacaban ventaja si cumplían las expectativas sin ofrecer resistencia alguna. Incluso fueron ascendidos cuando sus predecesores un día desaparecieron de repente. A partir de ese momento eran los encargados de la zona de Trieste y sus alrededores, desde Muggia, pasando por el Carso, hasta Monfalcone y Grado. Debían conducir a las chicas, hacer caja y pasar su parte al jefe responsable de toda la región. Sabían que en la jerarquía había alguien más sobre el jefe, pero nunca le vieron.

Buscaron por toda la ciudad como locos, no dejaron sin rastrear ni una calle ni un local, ninguna sala de espera de los hospitales ni tampoco el vestíbulo de la Questura. Incluso las compañeras de penas de Irina, que compartían con ella la habitación, debían tratar de encontrarla. No había rastro de la joven, que hacía tiempo que debía de estar sentada en un tren y a la que esperaban mucho más al sur. Los dos tipos tenían claro que pronto se la cargarían ellos, si la chica no aparecía pronto.

En la Via Locchi, gracias a Dios, la situación dio un vuelco después de registrar su habitación por enésima vez, con el fin de investigar si Irina había dejado alguna pista que se les hubiera pasado por alto. Un viejo en la escalera, que les cerró el paso y les miró de forma estúpida cuando subían hacia él. En la Piazza Unità se dieron cuenta de sus posibilidades. Estaba sentado a una mesa y

fumaba. Y una de las últimas noches le había dado en el Nastro Azzurro un billete de los grandes. No podían perderlo de vista.

En la Via Diaz desapareció poco después en un *palazzo* y el portal se cerró en sus narices. Aunque mientras miraban desconcertados los muchos interfonos y discutían lo que tenían que hacer, en ese momento, pasó aquella mujer que dominaba el lenguaje de los signos y que les preguntó si les podía ayudar en algo. Entonces todo marchó a las mil maravillas. Mucho mejor de lo que habían pensado.

Ahora Irina estaba en sus manos. No tenían ninguna prisa en exprimirla. Hoy se defendería con todas sus fuerzas a pesar de sus métodos de tortura. A la mañana siguiente o dos días después les cantaría las cuatro verdades, cuando las ajustadas ataduras, el espejo y la noche la hubieran reblandecido, cuando la sed y el hambre se hubieran convertido en un dolor que la taladrara. Entonces ella misma confesaría. Y cuando llegara el jefe para intervenir, los dos tipos podrían demostrarle lo aplicados que habían sido.

Proteo Laurenti soltó un ligero silbido cuando Canovella introdujo sus notas y el informe de Galvano en la carpeta y dijo:

—Galvano es un demonio. Está loco. Lo veo o hablo con él casi cada día y no suelta prenda. Está jugando a ser detective privado y está corriendo un peligro innecesario. ¿Qué es lo que tiene contra ti? Me insistió una y otra vez en que no te dijera nada e incluso me lo hizo jurar.

—Se aburre.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Canovella—. Mis coches patrulla han pasado regularmente por su domicilio. Si por lo menos supiéramos dónde está la sordomuda...

—Sólo hay una manera. Irina no es la única que mendiga por los locales de la ciudad. Debemos encontrar a los otros y buscar una intérprete. Hay una que trabaja para el Tribunal.

—¿Y qué hacemos con Galvano? —preguntó Canovella.

—Propongo que le vigilemos y que sigas en contacto con él. Es mejor que no sepa que me mantienes informado, si no se pondrá terco como una mula. Quizá deberíamos pincharle el teléfono. Uno nunca sabe. Hablaré con el fiscal —Laurenti se puso en pie—. En todo caso he apostado a una agente frente a la casa de Galvano. Me dijo que había otra mujer husmeando por allí. ¿Es de las vuestras?

Canovella negó con la cabeza.

—No. ¿Cómo es?

—Investigaremos.

Mientras Laurenti volvía a la oficina llamó a Sgubin, que estaba en casa viendo la televisión y se puso de todo menos feliz al oír la voz de su superior. Debía sustituir enseguida a Pina, a quien Laurenti necesitaba en la comisaría. Y también a Marietta le fastidió la noche. Contestó tras el décimo timbrazo y le dijo de forma impertinente que necesitaba media hora para ir desde la playa de Liburnia hasta la ciudad. Le facilitó al responsable de turno de las patrullas la descripción de Irina y la orden de detener a todos los jóvenes sordomudos que pidieran en los bares y llevarlos a la Questura. Faltaba poco para las once de la noche cuando subía las escaleras hacia su despacho, y al primero que llamó fue al fiscal Scoglio. El hombre aún estaba ante su escritorio, por lo que era verdad que también trabajaba por las noches. Tras oír en silencio las detalladas explicaciones de Laurenti, accedió a que se interviniera el teléfono de Galvano. También se ocuparía de conseguir una intérprete, que necesitaban para interrogar a los sordomudos. Y para finalizar la conversación, el fiscal le dijo que en un momento estaría en la Questura.

## De noche

Branka siguió a la mujer del taxi hasta su casa, la empujó hacia dentro y le tapó la boca.

—¿Dónde vive usted? —le preguntó.

Con los ojos abiertos de par en par por el miedo, la mujer señaló una puerta del primer piso.

Branka sacó la automática de la cartuchera y le apuntó a la cabeza.

—No abra la boca. ¿Está usted sola?

La mujer, que ese día había vivido más cosas que en toda su vida, afirmó en silencio.

—¡Abra la puerta!

Una media hora después Branka conducía de nuevo la moto. Había maniatado y amordazado a la intérprete tras conseguir el nombre del viejo y cuál era su relación con ella. Ahora lo sabía todo de Irina y también que Galvano estaba en posesión de los documentos y del maletín, que había recogido en la consigna de la estación. En la Via Diaz, Branka llamó al interfono de más de una vivienda menos a la suya. Se organizó una ensalada de voces en el interfono, pero alguien entre ellos abrió la puerta. Cogió el ascensor hasta el último piso y vio el nombre en la puerta. Durante un rato se mantuvo a la escucha para ver si había alguien dentro. Ningún ruido. Tampoco hubo ninguna reacción cuando llamó al timbre y golpeó con los nudillos la puerta. Lo intentó una y otra vez. El viejo debía de haber salido cuando ella estaba siguiendo a la intérprete. Palpó la puerta y examinó el paño. Blindada contra robos. Branka se sentó en el escalón frente a la puerta y reflexionó. Si no podía hacerlo así, lo haría de otra manera. El viejo volvería en cualquier momento y no había tiempo que perder.

Volvió a San Giacomo y echó un vistazo a la casa con los andamios a la que habían conducido a Irina. En el tercer piso estaba encendida la luz, sólo había una habitación a oscuras. Se subió al andamio, tapado con una tela verde, y poco después vio a los dos tipos jugando a las cartas en una mesa de la cocina. Oyó el golpe de las manos al mostrar sus cartas. Bebían cerveza. La mesa estaba repleta de botellas vacías y ceniceros a rebosar. La ventana estaba abierta. ¿Pero dónde estaba la joven que habían llevado hasta allí con tanta violencia? Branka intentó atisbar algo en la oscuridad de la tercera ventana. En vano. Decidió

enfrentarse a ambos y terminó con ellos fácilmente. Branka registró la vivienda, abrió la puerta de la tercera habitación y encendió la luz. Se asustó cuando vio a Irina en la sala de torturas, con los ojos idos y una mezcla de miedo y esperanza. Irina no sabía si esa desconocida significaba peligro o liberación.

La cabeza de Irina estaba llena de sangre, tenía un ojo hinchado y hematomas por todo el cuerpo. ¿Qué habían hecho esos cerdos con ella? Con cuidado, Branka la liberó de sus ataduras, recogió la ropa que había desperdigada por el suelo y la puso sobre la cama. Con mucha dificultad, Irina se irguió, lloró y se vistió llena de dolor, mientras Branka volvía a la cocina. Si Irina no hubiese sido sordomuda, habría oído el chasquido de las cervicales de sus torturadores.

Mia quería cenar de nuevo en Da Gigi, como el día de su llegada.

Por la tarde visitó el cementerio donde estaba enterrada su tía y le llevó un ramo de flores recién cortadas. Se sentó junto a la tumba de su tía y le pidió perdón. En voz baja y sollozando, estuvo un buen rato hablando consigo misma.

De nuevo sus dos maletas estaban preparadas en el pasillo para un largo viaje; las arrastró hasta la casa e inmediatamente después se fue a dar una vuelta por Servola.

Buscó la tarjeta del taxista que la había llevado entonces del aeropuerto a casa de su tía. De buen humor, le prometió a Mia recogerla a las cinco y media de la mañana siguiente. ¿Qué había mejor que empezar un día de trabajo con un buen servicio?

Ante la oferta de Calisto de ir por la tarde a la ciudad, adujo dolor de cabeza. El maldito comisario había conseguido que ya no confiaran el uno en el otro. Calisto sospechaba que Mia no le creía y no le contaba todo y Mia tenía que esforzarse mucho para no confesárselo simplemente todo a Calisto y contarle cuánto había pasado en el Val Rosandra. Cómo Angelo la había lanzado al suelo y se había tirado encima. Y cómo de repente se había desplomado. Ella sólo quería irse de allí. Muy lejos. Calisto quería saber por encima de todo qué le había contado a la policía. Pero ella no podía decir nada. La facilidad de comunicarse entre ambos se había volatilizado. Todo se hacía difícil y opresivo. Finalmente, Calisto ya ni protestó cuando Mia propuso que se vieran al día siguiente.

Mia esperó a que oscureciera. Fue por la calle principal hasta el mirador donde diecisiete años atrás había estado con su tía. Las luces del golfo y de los muelles iluminados se reflejaban en el mar, las llamas de las chimeneas de la acería se clavaban luminosas en el cielo nocturno. Mia no se quedó mucho y volvió a la *trattoria* del pueblo. La dueña no la recibió de forma excesivamente

cariñosa. Era demasiado tarde para que le preparara una cena caliente. Únicamente le sirvió un plato de entremeses y medio litro de vino. No le dijo que un policía que se apellidaba Sgubin había preguntado por ella y por los días en que había comido allí. Y también se guardó para ella lo que se contaba en el pueblo sobre la joven australiana. La gente decía que había sido culpa de Mia que Angelo y Calisto se hubieran enfrentado. Había traído la desgracia al pueblo.

Mia compró una botella de vino, pagó y se fue a casa. Se sentó en la cocina sin encender siquiera la luz. ¿Por qué su estancia tenía que terminar de esa forma tan horrible? Estaba fatal, hecha polvo.

Seguramente Rosalia también estaría sentada frente a la ventana observando a través de una oscuridad de luto.

Laurenti estaba muerto de hambre. Miró ávido la gran caja de pizza que Pina llevaba como en custodia cuando entró en la Questura. Todo quejoso, Sgubin había sustituido a su nueva colega en la Via Diaz y la había enviado de nuevo a la oficina. Pina, que engullía con avidez, se sentó junto a la mesa de las visitas del despacho de su nuevo jefe e informó.

—Siento mucho que su primer día de trabajo en Trieste haya empezado con horas extra —dijo finalmente Laurenti.

—¿Quiere usted un trozo? —preguntó Pina, a la que no habían pasado desapercibidas las miradas ansiosas de Laurenti.

—No, no —dijo Laurenti, e hizo un gesto de rechazo—. Coma tranquilamente. Debe de tener usted hambre y previsiblemente la noche será larga.

Después de ver a la mujer atlética con la chaqueta de cuero, Pina había observado cómo dos cabezas rapadas llamaban varias veces al interfono del portal de Galvano y poco después salían de allí echando pestes en voz alta.

—Podías haberle pegado un par de tiros, idiota —gritó uno.

—Serás imbécil. Entonces los maderos nos habrían cogido aquí mismo en la calle. ¡Asqueroso perro negro de mierda!

—¿Y ahora qué hacemos?

—Esperaremos a que el viejo apague la luz —dijo el hombre señalando la hilera de ventanas iluminadas del último piso—. Entonces entraremos por el tejado. Con este calor todo el mundo tiene la ventana abierta. Y entonces tú te cargas primero al perro. Pon un silenciador.

El informe de Pina era alarmante. ¿Quién seguía como un desesperado a Galvano? Si los cabezas rapadas querían entrar por el tejado, eso quería decir que había surgido un repentino contratiempo.

—Yo me ocupo de ellos —dijo la pulga—. Si es que puede usted prescindir de

mí aquí.

Oyeron cómo se abría la puerta del recibidor. Marietta tenía una expresión en la que la curiosidad vencía al mal humor. Hacía tiempo que no tenía que hacer guardia por la noche. Y tampoco su trabajo le era tan indiferente como para no apreciar los aspectos más atrayentes de su labor. Laurenti le resumió en pocas palabras lo que había pasado. Marietta debía estar bien informada, pues se iba a ocupar de coordinar las acciones de todos ellos.

—Me voy al tejado —dijo Pina de nuevo.

Laurenti miró a la pequeña inspectora receloso.

—Me dijo que se trataba de dos armarios musculados. Si son ultraderechistas, ya sabrá que no se andan con chiquitas. Cree usted realmente...

Pina saltó de la mesa como una detonación y dio un salto mortal hacia atrás con el que a punto estuvo de tocar el techo. Despues lanzó un puño al aire en el más puro estilo de una película de Bruce Lee. La pizza debía de surtir el mismo efecto en esta mujer que las espinacas en Popeye.

—¡Tranquila, tranquila! Nadie pone en duda sus capacidades —dijo Laurenti, y no pudo evitar soltar una risa—. Como arme follón, Marietta la tumbará sin problema alguno.

Pina se volvió a sentar como si no hubiera pasado nada. A pesar de su demostración física, no había perdido en absoluto el aliento.

—¿Qué te parece, Marietta? —preguntó Laurenti.

—Envíala a las alturas —dijo. La pequeña se había ganado poco a poco su simpatía—. En un tejado seguro que es invencible.

—¿Lleva usted encima su arma reglamentaria? —preguntó Laurenti. Reflexionó buscando las relaciones entre el deporte marcial y la inteligencia.

Pina negó con la cabeza.

—Prefiero no ir armada. El trasto ese sólo le limita a una los movimientos.

Fueron interrumpidos por una llamada de Canovella. Laurenti hizo que se oyera por el altavoz.

—El maletín —dijo Canovella—. ¿Cómo es que no hemos pensado en él cuando estabas tú aquí? Me acaba de llamar Galvano y me ha dicho que a pesar de todas las herramientas de las que dispone no puede abrirlo. He enviado un agente de civil, un manitas para estas cosas.

—Qué puede ser sino dinero —dijo Laurenti—. ¿O por qué te piensas que andan todos detrás de él?

El fiscal Scoglio entró silenciosamente. Nadie se había dado cuenta, pues los tres miraban como embobados el teléfono del que surgía la voz de Canovella.

—Quiero que se me informe inmediatamente de lo que contiene ese maletín —dijo Scoglio.

Laurenti se dio la vuelta sorprendido, vio al fiscal y le indicó una silla para

que se sentara. Scoglio retiró la caja vacía de pizza que había sobre la mesa y le entregó a Laurenti un papel que llevaba consigo. El comisario le echó un vistazo. Tras media vida en la policía reconoció la letra enseguida.

—El fiscal del Estado ha intervenido. Ya tenemos la autorización para pinchar el teléfono de Galvano.

Entonces acordaron que Canovella debía ordenar a su agente que se quedara con Galvano y apagara las luces media hora más tarde.

Sólo había un problema que no podían solucionar: la intérprete jurada del Tribunal no estaba localizable y el fiscal ya había pedido a sus colegas de Udine, Venecia y Padua una posible sustituta.

Branka llevó a Irina en un taxi a la casa de la intérprete. Como no quería que viese que la había dejado maniatada, la asustada sordomuda tuvo que esperar en el pasillo. Una y otra vez sonaba el teléfono, mientras Branka desataba a la intérprete de la silla de la cocina y la conminaba a no contestar ni huir. Retiró su chaqueta lo suficiente para que viera que iba armada y la mujer asintió con los ojos abiertos como platos. Estaba a punto de desmayarse.

—Necesito su ayuda. No haga tonterías —dijo Branka—. Mañana estará usted libre.

La intérprete enarcó asombrada las cejas y se frotó las muñecas y la nuca. Sufría un dolor de cabeza lamentable, que se había acentuado mientras estaba presa. Ya no entendía el mundo. Esa mujer la había amenazado con un arma, la había atado y amordazado, ¿y ahora le pedía ayuda?

—Irina está esperando fuera. Esta noche la pasaremos aquí —dijo Branka—. No se asuste usted. La han torturado. Atiéndala y prepare algo de comer. No intente entenderse con ella mediante el lenguaje de signos. Sólo cuando yo se lo pida. Por lo demás, mantenga las manos pegadas al cuerpo.

—¿Quién es usted? —preguntó la mujer con un hilo de voz.

—De los servicios secretos. Siento tener que haberla maniatado, pero no tenía tiempo para explicaciones —le mintió Branka.

Observó a la intérprete y dedujo que no la creía. Fue en busca de Irina y ambas mujeres se abrazaron. Se agarraron la una a la otra como si no quisieran separarse para el resto de sus días.

—Es suficiente —Branka las separó y sentó a Irina en una silla—. Dígale a Irina que pertenezco a los servicios secretos —el teléfono no dejaba de sonar. La mujer la miró toda interrogativa—. Olvídense del teléfono. Traduzca.

Irina contestó con signos y parecía no terminar nunca.

—¿Qué es lo que ha dicho? —preguntó Branka, y se interpuso entre ambas.

—Me ha contado que la ha liberado y que sus torturadores estaban tirados en

la cocina, ella cree que muertos. ¿Trabaja usted realmente para los servicios secretos?

—Aquí está usted segura. Si abandona el piso, no podemos velar por su seguridad. Atienda ahora a Irina.

La intérprete puso a hervir agua y metió un cubito de caldo dentro.

—¿No tiene usted otra cosa? —Branka se dirigía a ella con tono imperativo—. Por cierto, ¿cómo se llama usted?

—Nina —contestó la mujer—. Un caldo caliente calma los nervios. Después prepararé *spaghetti*. No tengo otra cosa en casa.

Mientras hervía el caldo, Nina trató las peores heridas de Irina con una pomada. En cuanto pasara toda esa pesadilla tenía que verla un médico.

—Deme usted el teléfono de Galvano —dijo Branka con la esperanza de que Nina no adivinara sus intenciones. La gente de los servicios secretos siempre lo sabe todo. La mujer arrancó una hoja del bloc de notas que había junto al teléfono. Su mirada seguía siendo escéptica.

Mientras comían en silencio primero la sopa y después la pasta, Branka lo hizo algo alejada de ellas. La intérprete se armó de valor por un momento y le preguntó qué era lo que pasaba. Pero la mirada hosca de Branka la hizo callar.

—No puedo hablar de ello mientras dure la operación —fue la única información que recibió.

—Necesita un médico —dijo Nina señalando a la sordomuda—. Y yo también —añadió frotándose la nuca.

—Más tarde. Indíquele a Irina dónde está el dormitorio. Debe descansar —le ordenó Branka después de que la mujer hubiera recogido los platos vacíos.

Un par de signos y el rostro de Irina se tranquilizó. Branka las siguió al dormitorio, bajó las persianas y volvió con la intérprete a la cocina. La mujer se encogió de hombros y ofreció algo de resistencia cuando Branka la sentó sin abrir la boca en la silla, la ató y amordazó de nuevo. Después apagó la luz de la cocina, cerró la puerta del dormitorio y abandonó el piso silenciosa como un gato.

Marco había pensado una excusa para poder salir esa noche una hora antes del trabajo. Quería reunirse con los demás en la Piazza Ponterosso para iniciar desde allí la acción.

Cada uno de ellos tenía asignado un barrio determinado para hacer las pintadas, que ya habían pensado con detenimiento. El centro de la ciudad y los puntos estratégicos de la periferia estaban perfectamente distribuidos.

Esa noche sería un trabajo sencillo y además placentero. No debían esconderse mucho y podían dejar su firma rápidamente. Si todo iba bien,

conseguirían el mayor reconocimiento posible a su acción y su marca de empresa quizá alcanzaría el estatus de culto, por lo menos en la ciudad.

Stefania Stefanopoulos se había declarado dispuesta con gran placer a ayudarles e incluso había ido a visitar a unos amigos a Klagenfurt para que le imprimieran los adhesivos. Era mejor hacer el encargo a una imprenta del extranjero. La *signora* Stefania asumió incluso el pago de la factura porque los jóvenes no tenían dinero. Cuando la señora se presentó en un mono negro, como si fuera la mujer de un pirata, y un pañuelo igualmente negro anudado en la cabeza, todos se quedaron boquiabiertos. En ocasiones a la gente mayor le gusta hacer burradas, Marco ya lo había observado en sus padres. Pero la guisa de que iba vestida la señora era increíble. Parecía una guerrillera. *Mucca Pazza!*

Los adhesivos estaban en el portaequipajes de su coche, que por la parte trasera casi tocaba el suelo. Marco y sus amigos se maravillaron al ver tantas cajas.

—¿Cuántos adhesivos has mandado imprimir? —preguntó cautelosamente mirando uno del tamaño de una postal. Sobre un fondo azul, había impresa una vaca con gafas de sol y un kalashnikov en las patas. Encima ponía «No me olvidéis» en letras de color amarillo, como las estrellas de la bandera de la UE que rodeaban los cuernos del animal.

—Cincuenta mil. No cabían más en el coche. Espero que sean suficientes. En cualquier momento se pueden imprimir más —dijo toda orgullosa.

—Esperemos que sí —dijo uno de los amigos de Marco. Tras deliberar sobre la acción y hacer los cálculos habían llegado a la conclusión de que tendrían suficiente con dos mil adhesivos.

Acordaron llamarse cada hora, se pusieron guantes de látex para no dejar huellas y partieron. La griega se fue andando. Los demás cogieron sus motos. ¡*Mucca Pazza*, venceremos!

—*Pronto* —Galvano contestó al primer timbrazo. Estaba sentado a oscuras en el sofá y tenía el teléfono al lado. En el sillón que tenía enfrente estaba sentado a horcajadas un *carabiniere* de civil. Iba vestido de negro y llevaba la pistola en una cartuchera sobre la camiseta. Apenas habían intercambiado una palabra, sólo habían estado atentos a la escucha en la oscuridad, hasta que sonó el teléfono. Sólo se reconocían por la brasa de sus cigarrillos.

—¿Galvano? —le preguntó una voz de mujer.

—Sí, ¿con quién hablo?

—Eso no importa. Escuche atentamente. Tiene usted algo que me pertenece y que quiero recuperar. Y lo antes posible.

—¿Y qué es?

-El dinero y los documentos.

-No tengo ni idea de qué está hablando.

-Usted ha recogido hoy un maletín en la consigna de la estación. Y a cambio de setenta euros le han dado una carpeta con documentación.

-¿Quién afirma eso?

-Irina.

-¿Dónde está?

-Conmigo. Está bien.

El viejo respiró hondo y se puso en pie. Cruzaba el salón a oscuras de un lado a otro con el auricular en la mano.

-¿Qué es lo que quiere usted?

-Si está de acuerdo, haremos un intercambio.

-Venga usted enseguida -le dijo Galvano alterado-. Con Irina.

-Tranquilo -le espetó la mujer al teléfono, e incluso se rió-. No soy ninguna principiante. Tiene usted a la policía y a los *carabinieri* en casa. Y seguramente le han pinchado el teléfono.

-¿La policía? ¿Cómo podría saberlo usted? -Galvano se había enfadado.

-Lo sé y con eso es suficiente. Preséntese mañana a las cinco y media en punto en el puerto viejo, donde cargan el ganado, en el Muelle 0, y tráigame todo lo que le he dicho. Esperará usted delante de la rampa de carga del carguero de ganado libanés. ¿Me ha entendido?

Galvano afirmó en silencio. Se le había quedado la garganta seca.

-Le he preguntado si me ha entendido.

-¿Llevará usted a Irina? -le preguntó.

-Como intente usted camelarme no recibirá a la chica. Y como vea un solo policía, menos aún. Vaya con tiento, tendrá todo el terreno vigilado. Mañana a las cinco y media.

Galvano ya sólo oyó cómo colgaba el teléfono y se cortaba la comunicación. Aún tenía el auricular en la mano mientras le contaba al agente de civil todo lo que había pasado.

El hombre cogió el teléfono móvil y llamó a sus superiores.

-Estoy informado -dijo Canovella. Había escuchado la conversación en su despacho, igual que lo había hecho Laurenti en la Questura-. Quédese allí y obligue a Galvano a mantener la tranquilidad. Sabemos desde dónde se hizo la llamada telefónica. Ya hay agentes en camino.

Estar sentado y tener que esperar. ¡Cómo odiaba eso Laurenti! En la oficina sólo se habían quedado él y la caja de pizza vacía de Pina. A esas horas ya no servían pizzas en la ciudad. En el despacho de al lado, Marietta movía papeles

de un lado a otro en su escritorio y parecía poner al día el trabajo que había dejado atrasado durante las últimas jornadas. Pina se había apostado en el tejado de Galvano, y en la casa había un *carabiniere*. Había conseguido abrir el maletín y les comunicó que estaba a rebosar de billetes. Doscientos mil euros frescos como lechugas. Después le ordenaron apagar las luces de la casa y esperar. Sgubin llamaba cada dos minutos por el radiotransmisor simplemente para comunicar que todo estaba tranquilo. El fiscal ya se había marchado a su oficina, donde estaría localizable toda la noche.

Laurenti no podía hacer nada más. A la una y media se levantó de su escritorio y le dijo a Marietta que podrían localizarle por radiotransmisor y en el teléfono móvil. Aparcó su coche en la Riva junto al antiguo mercado de pescado y fue andando hasta la Via Diaz, donde buscó a Sgubin. Lo encontró cuando éste le llamó con un silbido. Laurenti alucinó. Su asistente estaba estirado sobre la superficie de carga de un Ape, como se llamaban las camionetas de reparto de tres ruedas, donde se podía cargar una cantidad increíble de material y a pesar de todo uno siempre encontraba un sitio donde aparcarla. Sgubin se había escondido bajo un montón de sacos de cemento vacíos y parecía un *cornetto* espolvoreado.

—Escóndete —le susurró—, agáchate. Están ahí.

Laurenti se metió bajo la pila.

—¿Dónde?

—Justo antes de que aparecieras tú han llegado hasta el portal y se han metido dentro. Supongo que dentro de poco aparecerán en el tejado y preparán hasta el balcón de Galvano.

—¿Está Pina informada?

—El polluelito no contesta.

—Mierda. Voy a subir —maldijo Laurenti.

—No, quédate. Estoy seguro de que Pina está al acecho.

—¿Y cómo lo sabes?

—Me dijo antes que desconectaría su radiotransmisor.

—Será burra —murmuró Laurenti. —¿Cómo pensaba esa enana que podrían comunicarse con ella si algo no iba bien? Pero no tuvo tiempo de alterarse más. En el tejado pasaba algo. Oyeron cómo las tejas crujían bajo unos pasos. Después un sonido metálico, como si algo de acero resbalara sobre el tejado. Luego un corto silencio y un disparo. Laurenti salió corriendo. Llamó a todos los interfonos a la vez y poco después desapareció en el interior. El ascensor no estaba en la planta baja, así que subió las escaleras hasta el almacén. Completamente sin aliento, cogió aire un momento bajo una claraboya. Todo estaba en silencio. Con cuidado, se asomó y miró a su alrededor. Sólo vio una hilera de chimeneas que miraban hacia el cielo de la noche y una sombra sobre

las tejas. No se atrevió a mirar hacia las farolas de la calle, donde Sgubin se había enterrado bajo los sacos de cemento como un vagabundo. A cuatro patas, llegó hasta las chimeneas. La espectral silueta resultó ser un cabeza rapada sin sentido, que respiraba débilmente. Laurenti le puso las esposas y siguió arrastrándose. Al alcanzar la primera chimenea se puso en pie y se apoyó en un murete. Le quitó el seguro a la pistola. Después dio otro paso, y de repente vio cómo se iluminaban todas las estrellas del firmamento al mismo tiempo. Cayó sobre las rodillas y su arma resbaló con un ruido metálico por las tejas y cayó en el canalón. Un ruido como el que había oído. A continuación se desmayó.

Luz. ¿De dónde venía la luz? Poco a poco abrió los ojos y observó la linterna. Quería levantarse, pero alguien le tenía cogido por los hombros.

—Despacio, *commissario*, no se mueva usted. Estamos sobre el tejado —era la voz de la pequeña—. Espero no haberle hecho mucho daño.

Laurenti seguía mareado. La Popeye tenía un golpe mortífero.

—¿Cuánto tiempo he estado fuera de mí?

—Sólo un par de segundos. Es usted un buen fajador.

—¿Dónde está el otro? —preguntó Laurenti—. Al de allí le he puesto las esposas —dijo señalando con la cabeza a la silueta de más abajo.

Pina iluminó con la linterna la brillante calva del cabeza rapada.

—Así que ése fue el ruidito que me puso nerviosa. El otro está detrás de la chimenea. Tenemos que esperar a que se despierten para bajarlos. No podemos cargar con ellos aquí.

—Búscame por favor la pistola —dijo Laurenti señalando el canalón.

—Ahora mismo —dijo Pina, y fue ágilmente sobre las tejas hasta el borde del tejado para salvar el arma.

—Enseguida te envío a alguien —dijo Laurenti levantándose poco a poco. A cuatro patas, volvió hacia la claraboya y bajó. Llamó a Canovella, le informó del cese de alarma y le pidió que enviara al hombre que estaba con Galvano al tejado. Después bajó la escalera del desván y esperó junto a la puerta del viejo. Una y otra vez se palpaba la barbilla, que le dolía terriblemente.

Seguro que esa pulga le depararía más sorpresas.

## Una mañana de mayo

Mia había cerrado las contraventanas y había dejado la llave del Cinquecento, que ya había aparcado la noche anterior en el cobertizo del patio, sobre la mesa de la cocina, para que nadie tuviera que buscarla durante mucho tiempo. Un cuarto de hora antes de lo pactado había cerrado la llave del agua en la despensa, había pasado los pestillos, arrastrado las maletas hasta el patio y cerrado la puerta de entrada tras ella. Cuando el taxista se bajó del coche para cargar el equipaje en el maletero ya se había fumado medio cigarrillo. Pisó la colilla sobre la acera.

—¿La llevo entonces al aeropuerto? —preguntó el hombre—. Supongo que debe de tratarse del vuelo a Roma —aquél era el primer avión de la mañana.

Mia bostezó y afirmó con la cabeza. No había pegado ojo en toda la noche, pues el nerviosismo por la partida le había quitado el sueño.

—¿Tiene que marcharse? —le preguntó el hombre.

—Por desgracia, sí —le contestó Mia.

—¿Cuánto tiempo ha estado aquí? Apenas dos semanas, si no me equivoco.

—Mmm.

—Poco tiempo para un viaje tan largo. La próxima vez debería tomarse unas vacaciones más largas. ¿O es que no le ha gustado Trieste?

A esas horas la ciudad aún dormía. Llegaron rápidamente al centro, pero al final de la Riva sólo vieron sirenas de color azul. Junto al edificio de la antigua terminal del aeropuerto de hidroaviones, sede ahora de la Guardia Costiera, había bastante movimiento. Un carril estaba cerrado y la Polizia di Stato y los *carabinieri* vigilaban la entrada de automóviles al puerto viejo. En la Piazza Libertà había apostada una patrulla que controlaba los coches uno por uno. A Mia se le cayó el corazón a los pies cuando vio todo aquel escándalo. Ahora que todo había terminado. Justo cuando tocaba la libertad con los dedos.

—¿Qué están buscando aquí? —murmuró el taxista, y detuvo el coche—.

—¿Habrá pasado algo en el puerto viejo? —a continuación bajó la ventanilla.

Un agente uniformado se agachó hacia la ventana.

—Documentación de la señorita, por favor.

Mia hurgó nerviosa en su bolso y le entregó su pasaporte australiano al chófer, que lo pasó al policía.

—¿A dónde se dirige? —preguntó el policía.

—Al aeropuerto —respondió el taxista, y cogió el pasaporte que le entregó el agente después de echarle una mirada por encima.

—Buen viaje —el policía los dejó pasar.

—Ha tenido usted realmente mucha suerte —bromeó el taxista mirando a Mia por el retrovisor.

—Ni que lo diga —dijo Mia, y rió aliviada.

Laurenti condujo volando a casa. Tras la detención de los dos cabezas rapadas, que fueron llevados por los *carabinieri* de malos modos, tuvo una reunión con Canovella, dos de sus agentes, Sgubin, Pina, Marietta, el encargado de las patrullas, Ettore Orlando de la Guardia de Costas y el fiscal Scoglio, en la sala de juntas de la Questura. Ahora le quedaban casi tres horas hasta el plazo en el que Galvano debía intercambiar los documentos y el dinero por la joven sordomuda. La intérprete fue liberada rápidamente por una gran cantidad de agentes, una vez que hubieron escuchado la llamada recibida por Galvano. Estaba amordazada y atada a una silla, a oscuras en la cocina de su casa. A pesar de sus frágiles nervios, facilitó una precisa descripción de la persona para el acta. Cuando la intérprete contó que aparentemente la persona que buscaban pertenecía a los servicios secretos, Laurenti maldijo con tal enfado que ella se asustó de nuevo. Él se disculpó para guardar las formas. Hacía una semana que esos presuntuosos se cruzaban en su camino con sus pases especiales. ¿Qué tenían que hacer esos completos idiotas en la entrega de una rusa esclavizada y sordomuda a cambio de unos documentos, de los que Galvano había afirmado que eran tan sensacionales que algunos arriesgarían mucho por ellos? Por lo menos ya sabían cómo era la mujer que sometía violentamente a Irina. Pero ¿podían fiarse de la intérprete? Laurenti no estaba del todo convencido. Poco después la situación se volvió cada vez más ininteligible, porque desde Roma la central del servicio secreto negó telefónicamente de forma tajante cualquier participación en ese asunto.

Y quedaba Galvano. Cuando abrió la puerta y para su sorpresa vio a Laurenti, inmediatamente la cerró con llave, aplastando por poco la cabeza de su perro negro, al que Laurenti quería saludar amistosamente.

—Abra usted la puerta, Galvano —le gritó Laurenti a través de la puerta—. No se ponga usted así.

Pasó un momento hasta que se oyeron de nuevo pasos en el pasillo. El *carabiniere* de civil le abrió y se interpuso en su camino abierto de piernas y con los brazos cruzados.

—No debería dejarle entrar bajo ningún concepto —dijo aparentando seriedad, pero inmediatamente se hizo a un lado.

Canovella llegó poco después de Laurenti y fue objeto de los amargos

reproches de Galvano, que rabioso lanzó palabras como «traición» y «engaño». Después se calmó y se quedó callado. Tan callado que apenas pudieron ya sonsacarle algo. Acordaron informarle poco antes de la acción y dejaron al *carabiniere* con el viejo por seguridad.

A las dos y media Laurenti salió de la ducha y se fue a la cocina. Tenía un hambre de lobo y se habría comido incluso los čevapčići fríos. Pero no encontró ningún resto en la nevera. Puso agua a hervir y sacó un paquete de *spaghetti* de la despensa.

—¿Tienes hambre? —le preguntó Marco, que había llegado a casa un cuarto de hora más tarde que él y vio a su padre maniobrando en la cocina.

—No he comido nada en todo el día —le contestó Laurenti, y cogió un par de tomates—. ¿Cómo tienes el ojo?

—¿Estás estresado?

—No sabes cómo. Me tengo que ir otra vez.

—Siéntate y tranquilízate un poco. Te haré algo de comer —le dijo Marco, y le apartó del mármol—. ¿Te preparo unos *spaghetti* con tomate, albahaca y pepinillos? —sabía que era el plato preferido de su padre cuando estaba estresado.

Laurenti se dejó caer sobre una silla y se sirvió medio vaso de vino blanco con mucha agua.

—¿De dónde vienes? —le preguntó.

—He salido con amigos.

—¿Y qué llevas en el bolsillo? —le volvió a preguntar Laurenti.

Marco se llevó la mano al trasero y palpó el montón de adhesivos, que sobresalía un poco del bolsillo de su pantalón. Rápidamente lo devolvió a su sitio.

—Publicidad.

—¿De la Unión Europea? —Laurenti sólo había visto el borde azul con un par de estrellas amarillas. Puso la cabeza sobre su antebrazo y pensó en un gran plato de pasta humeante y una cama blanda.

Cuando Branka entró en el dormitorio y la despertó, Irina la acompañó sin desconfiar. No tenía ningún miedo de su liberadora y no podía imaginar que era su rehén. Frente al inmueble estaba aparcado un Fiat Uno blanco. Branka condujo en dirección a Barcola y en la Piazza Kennedy cogió un camino que iba en dirección al mar, al final del cual se encontraban los terrenos del club de los patrones de botes neumáticos. Branka ya había estado allí una hora antes y lo había preparado todo. Su huida estaba organizada hasta el último detalle.

La moto estaba aparcada en el polígono industrial al final del Canale Navigabile. Desde allí no había mucha distancia hasta el Val Rosandra, y por segunda vez en pocos días llegaría al otro lado de la frontera a través de la pista de excursionismo.

Branka había dejado aparcada la moto en el muelle y había escondido la llave bajo el guardabarros de la rueda trasera. Por la noche nadie pasaba por allí. Como máximo, alguna pareja que no tenía cama en casa y se perdía con el coche por aquellos lares. Branka avanzó unos pasos y pidió un taxi por teléfono. Cuando dijo dónde debían recogerla, le comunicaron que seguramente debería esperar bastante. Ningún conductor andaba por esa zona desde que allí asesinaron hacía poco a un colega. Branka tuvo que seguir andando hasta la carretera principal que llevaba a Muggia. Fue una suerte que pronto descubriera el Fiat blanco. A un modelo tan viejo como ése era fácil hacerle el puente, pues no tenía ni bloqueo ni alarma. A Branka sólo le fastidió tener que llenar el depósito. Pasó mucho tiempo hasta que finalmente encontró una gasolinera. Cuando después condujo por la Riva, vio gran cantidad de coches patrulla en la Piazza Venezia y en las calles adyacentes. Muy cerca de allí vivía el viejo, que aún no sospechaba nada.

Le hizo una señal a Irina. Empujaron el bote, que Branka había elegido una hora antes, hasta el agua. Irina rió al subirse. ¿A dónde la llevaba esa mujer?

El trayecto fue corto. El Muelle 0 se encontraba en la punta más alejada del enorme terreno que incluía el Porto Vecchio, declarado monumento de interés nacional. En esa oscura esquina se llevaba a cabo el cargamento del ganado para Oriente Próximo. El bote apenas se oía. Branka sólo aceleró una vez, volvió a apagar el motor y condujo el bote por detrás del carguero libanés del Muelle 0, bajo cuya proa se quedaron y desde donde nadie las podía ver. Irina la miró con curiosidad. Branka le hizo una señal para que se estirara y durmiera. Cubrió a la chica con un impermeable. Después se dirigió a tierra y se encaminó silenciosamente hacia el almacén, donde el ganado esperaba para iniciar su último viaje.

El maletín con el dinero estaba preparado en el pasillo sobre una cómoda. La carpeta con los documentos estaba al lado. ¿Dónde estaba Irina? Laurenti le había informado de que la policía había encontrado a la intérprete sola en casa.

Durante toda la noche el doctor Oreste John Achille Galvano había recorrido de arriba abajo su piso o se había quedado parado a oscuras frente a la ventana abierta, mirando absorto hacia la calle. Había estrujado la segunda de las cajetillas de un color verde metálico brillante de cigarrillos mentolados y el

comedor estaba repleto de gruesas nubes de humo. A pesar de sus protestas, había desterrado al hombre de Canovella al cuarto de invitados. Galvano tenía que reflexionar y para ello necesitaba estar solo.

Ni siquiera había comido. Era la tercera noche consecutiva que su mesa en el Nastro Azzurro había quedado vacía. Seguramente ya estaban pensando cuándo tendría lugar su entierro. La nevera estaba vacía; aun así estaba demasiado nervioso para ingerir otra cosa que no fuera whisky y vino.

En un momento dado el agotamiento y el alcohol le vencieron y se sentó en el sillón. El perro, que hasta entonces había seguido inquieto sus caminatas por la habitación, se dejó caer a sus pies, gruñó aliviado y empezó a roncar con respiraciones profundas y regulares, como Galvano, cuya cabeza se había volcado completamente hacia atrás y cuyo rostro macilento denotaba cansancio. A través de la boca entreabierta cogía aire con estrépito. Unos sueños confusos hacían que en ocasiones se sobresaltara violentamente.

¿Por qué debía preocuparse precisamente él a su edad de una sordomuda rusa? Había decidido hacía tiempo, tras la muerte de su mujer, que cuidó a lo largo de muchos años, que el resto de su vida lo dedicaría a él solo. Pero entonces vino el perro. Y después del perro de repente Irina. ¿Por qué le había confiado precisamente a él los documentos y además un maletín repleto de dinero?

Galvano se despertó del sueño de forma tan brusca que el perro se asustó y pegó un salto con un ladrido demasiado fuerte para su edad. El viejo se puso en pie y se frotó la nuca. ¿Qué ruidos eran esos que se oían en la cocina? Y entonces olió el café. Ahora lo recordaba todo. Echó un vistazo al reloj. Casi eran las cinco.

Galvano se puso delante del espejo y se frotó con la mano la barba blanca sobre las mejillas grises. Observó su camisa arrugada. Más tarde se cambiaría. El *carabiniere* trajo café. Pronto se irían.

Laurenti se quedó de piedra cuando vio su coche. Sobre las puertas, la capota y el maletero del Alfa Romeo azul habían enganchado adhesivos del tamaño de una postal con el símbolo de esos protectores de animales anarquistas. No le respetaban ni a él. ¿Qué tenía que ver él con el transporte de ganado? Echando pestes, se sentó al volante, encendió el radiotransmisor y se puso en marcha. Un primer rayo plateado al este anunciaba la llegada del nuevo día. Habían llegado pesadas nubes grises y un débil *scirocco* impulsaba con suavidad el mar contra la ciudad. Quizá llovería de una vez.

Por el altavoz oyó los mensajes entrantes. Ya se habían apostado suficientes efectivos para rodear todo el puerto viejo. En la Piazza Libertà habían colocado

un control que revisaba todos los coches que circulaban por allí. Lo mismo habían hecho en Campo Marzio y en otros nudos viarios. Además, acababan de detener a una señora mayor ataviada con un mono negro que estaba colocando adhesivos en un coche patrulla. Se negaba a contestar a las preguntas, ni siquiera quería identificarse. Pasaron a describirla: un metro cincuenta y cinco, nariz aguileña, cabello blanco, aspecto cuidado, unos setenta y cinco años. Llevaba los bolsillos del mono llenos de adhesivos, iguales a los que habían encontrado en todos los coches de la Questura, también en los de los *carabinieri* de la Via dell'Istria, de la Guardia di Finanza junto al pequeño faro y en los coches oficiales del municipio y del gobierno autonómico. Y casi todos los escaparates del centro de la ciudad estaban repletos de ese adhesivo con la vaca armada. Laurenti cogió el radiotransmisor.

—Puede usted añadir mi vehículo a la lista. ¿Quién es esa mujer?

—Está de camino a la Questura. Insiste en hablar con usted, *commissario*. Sólo con usted.

—Pues ya puede esperar —resopló Laurenti, quien de repente tuvo una sospecha especialmente incómoda.

Durante la reunión nocturna habían decidido trasladar la central de operaciones al despacho de Ettore Orlando. El edificio de la Guardia Costiera en la entrada del Porto Vecchio era por su situación estratégica ideal. Desde allí podían alcanzar rápidamente el Muelle 0, ya fuera por tierra o por mar. Laurenti aparcó su coche un par de metros más allá en la Riva. Quería poder reaccionar rápidamente si era necesario y no tener que esperar a que los coches que llegaran después tuvieran que abrirle paso. Dio dos vueltas al Alfa Romeo. Los adhesivos estaban colocados cuidadosamente en el centro de las puertas, como si fuera la estrella del sheriff de las películas americanas.

Se dio la vuelta de nuevo antes de entrar en el despacho de Orlando. En el Molo Audace vio a Galvano con su perro negro. El hombre que le acompañaba llevaba un maletín negro y una cartera. Después llegaron otros vehículos. Todos llevaban adhesivos, tanto los coches patrulla como los civiles. En todo caso, no estaban tan bien colocados como en su Alfa Romeo.

—¿Te sirvo café? —le preguntó Orlando. Se acababa de poner una camisa limpia y estaba abrochándose la. La vieja estaba colgada toda arrugada del respaldo de su mesa de escritorio—. Aún disponemos de veinte minutos antes de que empiece la acción —apretó un botón de su teléfono y poco después entró un recluta uniformado con una bandeja.

—¿Están tus embarcaciones preparadas? —preguntó Laurenti.

—Sí, y también un helicóptero. Si no lo necesitan aquí, será en otro sitio. No te creas que es nuestra única operación esta mañana —dijo Orlando torciendo el gesto.

-¿Qué más tenéis?

-Totalmente confidencial. Un pequeño puerto entre Trieste y Monfalcone. Pero gracias a Dios hoy no tienes tiempo para tus excusiones de submarinista.

-No me querrás decir que... -Laurenti se había puesto tieso.

La puerta se abrió y Orlando se puso el dedo sobre la boca. Galvano y su vigilante fueron introducidos por Canovella. Tras ellos entraron Sgubin y Pina.

-En cinco minutos saldrá usted -le dijo Laurenti a Galvano, y le acarició la cabeza al perro negro, que a cambio le lamió la mano-. Sgubin, ¿están todos en sus puestos?

Su futuro antiguo asistente lanzó una breve mirada a Orlando y soltó:

-Todos. Tenemos todo el terreno bajo control, incluso el almacén del Muelle 0, que está lleno de vacas. Detrás de la Diga Vecchia hay apostadas dos pequeñas embarcaciones de la Polizia Marittima, las grandes podrían verlas desde el otro lado.

-Ésas están aquí -gruñó Orlando, y señaló el amarre bajo su despacho, donde los barcos de la Guardia Costiera estaban a la espera traqueteando en punto muerto.

Un técnico colocó un micro en el reverso de la chaqueta de Galvano e hizo una prueba de sonido.

-En la Diga Vecchia hemos colocado una cámara. Abarca toda la zona de carga del ganado y puede dispararse con un mando a distancia. Lo que filma llega a este monitor. La he instalado esta misma noche -el hombre señaló la caja que había colocado sobre el escritorio de Orlando y la puso en marcha. En una pantalla oscura vieron la silueta del carguero de ganado libanés y toda la dársena frente al almacén. No había movimiento alguno a excepción de las olas, que no cesaban de chocar suavemente contra el muelle.

-Pronto se hará de día -dijo el técnico-. La imagen será mejor.

-Le toca actuar a usted, Doc -dijo Laurenti-. Ya es hora de irse.

-Tome, coja esta pistola -Sgubin le alcanzó a Galvano un arma, pero él negó con la cabeza.

-En mi vida he pegado un solo tiro. Ni durante la guerra.

-Es mejor que deje al perro aquí, Galvano -le dijo Laurenti-. Nunca se sabe. El viejo se preparó.

-De ninguna forma. Es mi perro y me acompañará.

Laurenti miró la hora.

-Pues en marcha. Mucha suerte, Doc, y vaya con cuidado.

-Los consejos te los puedes guardar para ti mismo -lloriqueó Galvano cuando abandonó el despacho. Estaba visiblemente nervioso.

Le siguieron los pasos a través de la ventana. El viejo llevaba el maletín en la mano derecha y los documentos y la correa de su compañero negro en la

izquierda. Caminaba inseguro sobre los desiguales y viejos adoquines que configuraban el camino hasta los almacenes. Los pesados camiones incluso los habían arrancado en algunos puntos. Galvano tropezó dos veces, después aceleró el paso y finalmente ya dejaron de verlo.

—Venga usted conmigo —le dijo Laurenti a Pina.

Sin más explicaciones, ambos bajaron las escaleras hasta el terreno del puerto. Laurenti y Pina se colocaron en la parte delantera del almacén y se pegaron a su fachada. Galvano se dirigió a la parte trasera. En el Muelle 2 se agachó tras una pila de tubos de acero. Desde allí, él y su asistente podían ver la popa del carguero y una parte del almacén. Más no se podían acercar.

Galvano miró inseguro a su alrededor. Se encontraba enfrente de la pasarela de carga del barco libanés, en medio de un corral a través del cual debía conducirse el ganado a bordo. Faltaban dos minutos para las cinco y media. Estaba alterado, se sentía abandonado por el mundo y notaba el sudor que le corría a ríos. Dejó el maletín en el suelo, puso la correa y la carpeta encima, y se quitó la chaqueta. Nunca había salido a la calle sin americana, tampoco en verano, y esa mañana hacía más fresco que durante las últimas semanas. Habían llegado nubes cargadas de lluvia y el *scirocco* soplaban con más fuerza. Galvano recogió sus cosas. Cuando volvió a mirar la hora, oyó de repente el bramido intranquilo de las vacas.

Se abrió el portón que daba al almacén. Los primeros animales salieron tambaleándose inseguros afuera en busca de orientación. La manada que empujaba desde atrás los puso en movimiento. Con fuertes mugidos, galopaban entre el enrejado que habían colocado en el terreno del puerto hasta el barco, con los cráneos mirando hacia abajo como en los encierros de Pamplona. Galvano se quedó petrificado. Con la boca abierta, vio cómo los animales se dirigían hacia él. A causa de los bramidos, no oyó ni los gritos desde la cubierta del barco. Los marineros bajaron las escaleras y se colocaron en el cabrestante de la pasarela. Nadie vio a la mujer que fuera del enrejado corría agachada junto a la manada.

Sólo Laurenti y Pina la vieron en ese mismo instante a través de uno de los tubos de acero y salieron corriendo. Y finalmente también se movió Galvano cuando el perro tiró violentamente de la correa. Corriendo muerto de miedo, se subió al enrejado y vio de repente el cañón de una pistola.

El perro ladraba como loco en el corral e hizo que la manada se quedara de repente quieta.

—Suelte de una vez el maletín —le ordenó Branka al viejo.

—¿Dónde está Irina? —preguntó Galvano dejando caer el maletín.

Branka se hizo con él.

—¿Y los documentos?

Perplejo, el viejo se miró la mano, después el corral, donde vio su americana toda arrugada entre las pezuñas de las vacas.

-Allí.

Branka se dirigió hacia la proa del carguero libanés y desapareció bajo el muelle. Después Galvano vio cómo una cabeza sobresalía por encima del parapeto. En el muelle, una embarcación se ponía en marcha y abandonaba el puerto.

-¡Irina! -Galvano salió corriendo. La joven colgaba del muro, sus pies casi tocaban el agua. Galvano se agachó e intentó cogerla de la mano. Cuando ya había levantado en buena parte a Irina, perdió el equilibrio.

## Konec = Fin

Proteo Laurenti y Pina fueron corriendo hasta la proa del carguero libanés casi sin aliento y vieron cómo Galvano intentaba nadar a veinte metros del muelle. El perro negro llegó hasta él, le cogió con los dientes de la camisa y se lo llevó en dirección al muelle.

—¡Lanza un cabo! —gritó Laurenti; acto seguido, dejó caer la Beretta, se quitó la camisa y se lanzó al agua. En pocas brazadas había alcanzado al dueño y al perro y agarró del brazo a Galvano. El viejo tosía levemente y el perro no lo quería soltar. Los marineros habían lanzado gritando como locos un salvavidas, que lejos de allí flotaba sobre las olas. Pina cogió un cabo, lo lanzó al agua y lo ató por el otro lado a un bolardo. Un peso mosca como ella nunca habría podido levantar a un hombre de la estatura de Galvano, pero al menos pudo mantenerlo a flote. Laurenti ató primero el cabo alrededor del pecho de Galvano y luego la correa del perro a su pierna, y empezó a subir. Con gran esfuerzo, levantaron al viejo hasta dejarlo en tierra. Laurenti agarró la correa y también sacó al perro. Abrazó al animal, que se sacudió con fuerza, mientras Pina se ocupaba del viejo. Un par de minutos después metían en camilla a Galvano dentro de una ambulancia.

Orlando había dado enseguida la orden de partir en cuanto el bote neumático fue visible desde el monitor. También las dos embarcaciones de la policía de detrás de la Diga Vecchia dieron gas y tras unos instantes se oyó el helicóptero.

Branka estaba preparada. Nunca planificaba una sola vía de escape. Hasta el final de la Diga Vecchia había trescientos metros. Fijó el pedal de gas de la lancha motora y se lanzó al agua en plena marcha. Con unas pocas brazadas buceó hasta el rompeolas y miró la embarcación, que se dirigía en dirección oeste hacia el mar abierto. Dos embarcaciones de la policía la seguían fuera del dique, mientras que del puerto partió una imponente fragata de la guardia de costas. Sólo con esfuerzo, Branka pudo sostener el maletín y bucear bajo las altas olas que se rompían en el muelle sin ser lanzada contra las rocas. Necesitaba buscar un escondite si no quería ser descubierta. Después de superar las olas miró hacia el muelle y vio cómo alzaban un cuerpo a tierra. Debía de tratarse del viejo. Luego sacaron un perro negro, que se agitó durante un buen rato y después se dirigió al cuerpo meneando la cola y queriendo lamerlo. Un hombre apartó al perro a un lado. Otros devolvían el ganado al almacén. Entonces

aparecieron innumerables luces azules. Llegaban las ambulancias y la policía. Branka se quitó la chaqueta de cuero y dejó que se la llevara el mar. Después se quitó la camisa, abrió el maletín y metió todos los fajos de billetes dentro, la ató bien y se la anudó con el cinturón a la espalda. Una vez más miró a su alrededor. Dos remeros pasaron a buen ritmo en una embarcación de madera noble oscura. Los hombres sudaban. Cuando ya estaban lo suficientemente lejos, se dejó caer y buceó en dirección a la orilla. No había ni media milla hasta las instalaciones de la costa donde estaban amarrados los botes neumáticos.

Cuando Branka se subió a la segunda embarcación que había dejado preparada la noche anterior y la puso en marcha, vio a la altura de Miramare cómo volvían los dos barcos de la policía. Dio todo el gas.

Una de las embarcaciones amarró en el Muelle 0. El comandante bajó a tierra. Informó de que habían alcanzado el bote neumático a la altura del pequeño puerto de Santa Croce, pero no había nadie a bordo. Los colegas habían seguido a otro, que acababa de salir de los amarres del club de patrones de botes neumáticos. Por el contrario, el barco de la guardia de costas había seguido el viejo curso. También el helicóptero se había dirigido en dirección al mar abierto. Los hombres de la Polizia Marittima vieron desde lejos cómo casi descendía hasta el agua y hacía parar una embarcación que se dirigía hacia Istria.

—Si es una buena nadadora alcanzará tierra firme en alguna parte —dijo el hombre de uniforme mientras Laurenti se ponía de nuevo la camisa—. Será difícil encontrarla. Sólo tiene que mezclarse con los bañistas, que pronto ocuparán las playas.

Laurenti calló y sólo señaló las nubes negras del cielo. Después fue a bordo y aumentó el volumen del radiotransmisor. Oyó que los agentes de la otra unidad se habían acercado a doscientos metros del otro bote neumático, pero que a la altura del final del Canale Navigabile una persona había saltado al agua. Los agentes le ordenaron por los altavoces que se detuviera y empezaron a disparar cuando intentaba huir en una moto que había aparcada en tierra firme.

Laurenti cogió el radiotransmisor y dio aviso de alarma en el polígono industrial y las zonas adyacentes. Después llamó a Marietta y le ordenó que avisara que debían reforzarse los controles en las fronteras. Además, había que informar a los colegas eslovenos y pedir ayuda.

Ya no podía hacer más. Laurenti paró un coche, cogió el perro de Galvano por la correa y pidió que le llevaran a la Guardia Costera.

—Misión cumplida —dijo Orlando saludándole con un manotazo en el hombro.

—Nada de misión cumplida —dijo Laurenti dejando al perro suelto—. Me temo

que se nos ha escapado. Me gustaría saber quién es esa mujer. Es condenadamente buena.

—Ahora podrás ir a nadar como siempre. Hemos cogido a las dos mujeres del bote que habías vigilado en la Marina di Aurisina. Y a los cuatro tipos también. Los hombres de gris los están interrogando.

Laurenti le miró fastidiado.

—Entonces nunca averiguaremos nada —ellos habían detenido a dos mujeres en un bote neumático. Y a él se le había escapado una—. Si hubieras dejado una fragata aquí, en lugar de enviársela a los idiotas de los servicios secretos, todo habría sido diferente —dijo Laurenti furioso—. Y si hubiéramos dispuesto del helicóptero, también.

—Órdenes de arriba —dijo Orlando encogiendo los hombros.

—¿Y también pintaste sola el *graffiti* del Ayuntamiento? —Laurenti apenas pudo reprimir una risa a pesar del cansancio. ¿Estaba rodeado de pirados? No había podido ocuparse antes de la mujer y ella había montado un cirio terrorífico hasta que consiguió que el comisario en persona le tomara declaración. Era casi mediodía y el estómago de Laurenti se quejaba de hambre. Sacudía la cabeza mientras acariciaba al perro negro, que apoyaba la suya sobre su muslo; por fin, decidió terminar de una vez con aquel interrogatorio.

—Diez metros de diámetro, cuatro colores. ¡Eres una artista extraordinaria! —«Trieste es una casa de locos», pensó Laurenti. ¿Por qué durante los últimos tiempos sólo trataba con viejos chalados o se ocupaba de antiguos casos no menos absurdos?—. Confiesa, ¿quién estaba contigo? —la verdad es que no estaba tan seguro de querer saberlo. Por precaución, cerró la puerta de su despacho, para que nadie pudiera oírla. Se esperaba lo peor.

—Estaba sola —sostuvo Stefania Stefanopoulos obstinada. También ella había tenido mejor aspecto. Su peinado estaba aplastado por el pañuelo pirata negro, su rostro estaba pálido y cansado—. Puedes hacer lo que quieras, Laurenti. Estaba sola —casi deletreó la palabra.

—Pero, vamos a ver, mi querida señora, si le cuento a Galvano lo en forma que estás en comparación con él, entonces se pondrá blanco de envidia y no me hablará durante semanas, a pesar de que le he salvado la vida, al igual que a su perro —le rascó las orejas al acompañante negro estirado a sus pies.

—Tampoco te perderás nada, con las tonterías que dice ese senil cabezota.

—No te creas que cuenta otras cosas de ti, Stefania —Laurenti puso las piernas sobre la mesa. Le daba igual lo que pensara esa bruja—. Así que durante tres noches pones patas arriba tú sola una ciudad entera y les machacas con que no

deben comer carne de ternera. Eso no lo consigue nadie sin ayuda. Ni un joven como mi hijo, por ejemplo.

—Me infravaloras, Laurenti —le contestó con una sonrisa triunfante.

—Al contrario. Al igual que Proteo, puedes adoptar muchas formas. Hasta la de un musculitos que les cierra la boca a los conductores. Poco después robas un bote de remos y pintas un carguero, un crucero y las embarcaciones de todas las fuerzas de seguridad, decoras el consulado alemán, la central de Correos y la sede del periódico. ¡No me tomes por estúpido!

—Vosotros los hombres os pensáis que las mujeres no somos capaces de nada. ¿Qué seríais sin nosotras?

Laurenti se agarró la cabeza. No le faltaba razón, pero no quería entrar ni mucho menos en su juego.

—¿Cuándo viste a Marco por última vez?

—En tu casa. En la fiesta.

—Mentira —rápidamente se agarró a un argumento que cogiera desprevenida a la vieja—. Esta noche llegó a casa poco antes de las tres de la madrugada y me preparó un plato de *spaghetti*. En su bolsillo llevaba esos adhesivos —Laurenti señaló un montón de pegatinas de la vaca loca, que habían encontrado en el coche de la *signora*—. Me los regaló y quería que también los repartiera —Laurenti se puso en pie, le quitó el papel a uno de los adhesivos y abrió la puerta de su despacho, pegó uno por fuera y la volvió a cerrar.

—¡No me olvidéis!

Oyeron la risa estridente de Marietta.

Laurenti se volvió a sentar y acarició al perro de Galvano, que le observaba con sus ojos inyectados en sangre.

—Marco me ha contado que fuiste de gran ayuda en la acción. Me temo que necesitarás un buen abogado. Claro está que a tu edad te dejarán en libertad condicional, pero tu fotografía ocupará las primeras planas de los periódicos y toda la ciudad sabrá la que has organizado. De eso me ocuparé yo personalmente. Aunque quienes me preocupan son Marco y sus amigos. Tener antecedentes penales puede condicionar todo el futuro. Y deberías avergonzarte de implicar a los jóvenes en un asunto como éste.

—Estos jóvenes tienen ideales. Marco, Giorgio, Mitja y Ernesto saben muy bien lo que quieren. Si durante el fascismo todos hubieran pensado como tú, Laurenti, entonces no habría existido ni la Resistencia. Tenlo en cuenta.

—Te lo pregunto de nuevo, Stefania —dijo Laurenti con voz suave, como si se hubiera resignado—, ¿lo has hecho todo tú sola?

—Sí —Stefania Stefanopoulos afirmó con la cabeza toda decidida.

—Espero que tengas suficiente dinero para afrontarlo todo. Resulta muy caro tener que pintar de nuevo los barcos, pero cambiar los adoquines de la Piazza

Unità costará un riñón. Y tampoco resultará barato cambiar las válvulas de los neumáticos que cortaste de los dos camiones.

—No te preocupes por mí. Y no es imprescindible que pregones el asunto por todas partes.

—Desaparece, saca a pasear a tu estúpido caniche y vete a dormir —Laurenti volvió a colocar las piernas sobre el escritorio—. Mañana volveremos a hablar. Dudo que pueda hacer otra cosa por ti que dejarte el suficiente tiempo para que te puedas inventar una buena excusa y te busques un abogado. Quizá también conozcas un médico que te prepare un atestado. Locura transitoria, por ejemplo. Pregúntale a Galvano; él es la persona más indicada.

Stefania Stefanopoulos se levantó y le miró furiosa.

—Prométeme que dejarás a los chicos en paz.

—Lárgate ya —Laurenti miró por la ventana. No tenía ganas de darle la mano. Muchos asuntos más importantes que ese caso le preocupaban, por lo que podía dejarlo de lado. Sería suficiente con una conferencia de prensa en caliente, sin facilitar nombres y repleta de indicaciones confusas, en la que nadie pudiera atar cabos. Y si al cabo de un par de semanas nadie hablaba ya del asunto, encontraría la forma de hacer desaparecer el expediente. Si era posible en casos de asesinato en los que la Orden de Malta se convertía en heredero único, por qué no también en las acciones del grupo autodenominado Mucca Pazza, que no actuaba por egoísmo.

—Anda —le dijo al animal negro a sus pies—, vamos a dar un paseo.

Sólo por los pelos logró quitarse de encima a los italianos. Cuando huía con la moto le dolía mucho el brazo, pero no podía preocuparse por eso. Cruzó a toda velocidad las calles del polígono industrial y pasó por el taller de motores de barco en dirección a Bagnoli. El sol matutino se había elevado sobre el Carso y la cegaba, mientras que desde el sur llegaban nubes negras que oscurecían Trieste. En un cruce llegó a ver un coche patrulla, pero nadie la siguió. Paró un momento en Bagnoli Superiore, en esloveno Konec, que significa «fin». Frente a una casa, las sábanas ondeaban al viento. Cogió una, la dobló y siguió camino del Val Rosandra. Tras un cuarto de hora había alcanzado el sendero que iba por encima del riachuelo. La frontera estaba a unos cincuenta metros.

Branka cogió la sábana y se dirigió hacia el agua. No se preocupó de las marcas de tiza que señalaban algunos puntos de la orilla. En un árbol ondeaba el resto de una banda de plástico con la inscripción *op-Polizia di Stato-Stop-Poli*. Con cuidado se lavó el brazo izquierdo. Le dolió cuando tocó la herida. Luego palpó los bordes. No estaba segura de si la bala únicamente la había

rozado. Rasgó la sábana, se hizo una venda y buscó en el bolsillo del pantalón. Un pitillo la habría ayudado.

Branka necesitó bastante tiempo para llegar a Parenzo. La policía eslovena la paró dos veces. El primer control estaba situado detrás de Capodistria, el segundo un kilómetro antes de la frontera con Croacia. También en el paso había una larga cola de coches, que acompañó lentamente con la moto. La policía de fronteras controló minuciosamente su pasaporte. Quisieron saber por qué estaba mojado. Les dijo que lo había olvidado en un bolsillo al hacer la colada, pero que gracias a Dios se dio cuenta a tiempo. Rió. El policía le contestó que así difícilmente encontraría un hombre que quisiera casarse con ella. El que sólo llevaba una camiseta y una venda en el brazo izquierdo no sorprendió a nadie.

Aparcó la moto a la entrada del pueblo, cogió la camisa con el dinero del compartimento de debajo del asiento y, como siempre, hizo el resto del camino hasta la casa de Viktor Drakič a pie. Se asombró ante la presencia policial en las calles y decidió tomarse un café en el bar de enfrente antes de ir a ver a su jefe.

—Ven conmigo.

Branka se dio la vuelta. Era el gorila de su jefe.

Al final de la calle se subieron a un Mercedes negro. Drakič estaba sentado en el asiento trasero.

—Es mejor que nos vayamos de vacaciones —le dijo—. ¿Tienes el dinero? —entonces le hizo una señal al chófer y el coche se puso en movimiento.

Branka le alcanzó el hatillo.

—¿A dónde vamos?

—¿Recién lavado? —Drakič echó una mirada al interior—. ¿Cuánto hay?

—Cuéntalo tú mismo. No he tenido tiempo. ¿A dónde vamos?

—A un lugar seguro.

—¿Dónde están los documentos, Laurenti? ¿Y mi americana? —Galvano estaba vivo.

Sólo por la tarde tuvo tiempo Laurenti de ir a visitarle al hospital. Estaba junto a la cama de Galvano en la Clínica Universitaria de Cattinara. En 1986 un fotógrafo le vendió a un semanario estadounidense la instantánea de las dos ceñudas torres de hormigón de la clínica en una colina sobre Trieste como «el reactor de la desgracia de Chernobyl», cuando aún no había disponibles fotos del reactor atómico. La foto recorrió rápidamente todo el mundo, pero el engaño saltó a la luz cuando también llegó a Trieste.

—¿Qué documentos, Doc? —Laurenti se rascó la cabeza. El viejo tenía razón. En la confusión entre la persecución y el rescate, la estampida del ganado y el

inventario, nadie se había acordado de rescatar la americana del antiguo forense. Pisoteada y llena de mierda de vaca, se había quedado en el muelle.

—Los documentos, imbécil. Los debía entregar junto con el dinero.

—¿Y no lo ha hecho así?

—Se me han caído al suelo. En medio de las vacas.

—¿No los ha entregado? ¿Por qué no lo ha dicho antes? —Laurenti sacó su teléfono móvil del bolsillo.

—¿Quién puede hablar con los pulmones llenos de agua?

—Pensaba que sabía usted nadar —Sgubin contestó al tercer timbrazo y Laurenti le pidió que fuera de nuevo al Porto Vecchio para buscar los documentos. Y naturalmente también la americana de Galvano.

—¿Cómo está Irina? —le preguntó el viejo.

—Está a un par de habitaciones de aquí. Nos ha facilitado una dirección en San Giacomo, donde hemos encontrado a los dos tipos, muertos. El fiscal está preparando una investigación gigantesca con registros en todo el norte de Italia. En todo caso puede usted visitar a Irina en cuanto se pueda poner en pie, Doc.

—¡Pero qué dices! Si estoy muy enfermo —Galvano tosió con arte.

—¿Qué tipo de ataúd quiere usted que encargue? —Laurenti cogió una bolsa de plástico que había traído consigo—. Tenga —dijo sacando de manera furtiva una botella de Jack Daniel's, y añadió bajando el tono de voz—: Antes emborráchese a gusto. Pero vaya usted con cuidado, las hermanas y los médicos no pueden descubrirle.

—Vamos, sírveme una copa.

Rápidamente, Galvano se incorporó en la cama y lanzó una mirada inquieta a su compañero de habitación.

—Allá hay dos tazas.

Laurenti cogió una silla y se sentó de tal manera que tenía a la vista la puerta y podía esconder la botella si era necesario. Brindaron guiñándose los ojos.

—¿La has cogido? —preguntó Galvano tras el segundo sorbo.

—¿A quién?

—A la mujer del bote neumático.

Laurenti negó con la cabeza y pensó en Mia.

Cuando llegó a su despacho a las ocho, Marietta le había dicho, agitando muy alterada una hoja de papel, que el ADN de la prueba de cabello que Laurenti había recogido en su despacho tras el interrogatorio coincidía con el de Val Rosandra. Envío a Pina y a Sgubin a Servola para detener a la australiana. Se encontraron la casa cerrada, y por la vecina supieron finalmente que a Mia la había recogido a las cinco y media un taxi. Pronto comprobaron las listas de pasajeros en el aeropuerto triestino de Ronchi dei Legionari. Había tomado el vuelo a Roma, pero no había indicaciones de que fuera a enlazar con otro

avión. Horas después, unos agentes la detenían en Fiumicino, cuando subía a un avión de Singapur Airlines. Volvería a Trieste al día siguiente acompañada por dos policías.

—Dímelo de una vez. ¿La has cogido? —las palabras de Galvano le arrancaron de sus pensamientos.

—Se nos ha escapado. Pero los croatas están tras ella. He hablado con Živa Ravno. ¿Se acuerda usted de ella?

—¿Tu amante? —dijo Galvano—. Sírveme más antes de que entre alguien.

Un poco más y Laurenti habría caído en la trampa. Un poco más y habría confesado.

—La fiscal del Estado de Pola —respondió él secamente—. Hoy a primera hora han requisado un enorme arsenal. Cerca de Parenzo. En colaboración con nuestros servicios secretos. Ametralladoras y explosivos. Goma 2 y Semtex.

Galvano tosió, se había atragantado.

—Eso es asunto de los árabes —graznó todo ronco—. ¿Qué tiene que ver esa mujer que liberó a Irina?

Laurenti encogió los hombros.

—Živa dice que trabaja para Petrovac y...

—Para Drakič —le interrumpió el viejo—. Ya los tenemos todos juntos. ¿No tienes en ocasiones la impresión de que te están tomando el pelo?

—Mucho peor que eso, Galvano —dijo Laurenti, y bebió un sorbo de whisky.

—Pobrecito —dijo riendo el viejo con ternura, y se quedó mirando a Laurenti. Después carraspeó y añadió—: ¿Qué te parece si me tuteas ya de una vez?

Ahora fue Laurenti quien se atragantó y escupió el whisky. Miró a Galvano con ojos como platos

—¿Y con qué nombre me tengo que dirigir a usted?

—Me puedes llamar Galvano —la mirada del viejo se interiorizó—. Aparte de mi mujer, nunca nadie me ha llamado por mi nombre. Le pertenece a ella.

Oreste John Achille Galvano se tambaleó con la taza vacía. Laurenti le sirvió furtivamente y dejó la botella sobre la mesilla de noche.

—¿Qué es lo que hay en esos malditos documentos?

Los ojos de Galvano lanzaron llamaradas contra Laurenti. Después elevó la vista al techo.

—Un asunto antiguo —dijo, e hizo un gesto seco de desprecio—. Ni yo mismo lo sé.

—¿No echó un vistazo? Vamos, cuénteme, Galvano.

—He dicho que me tutees.

—No intente escurrir el bulto. Irina le vendió el material. En la Piazza Ponterosso. Después usted vino a mí, me preguntó todo exaltado por el expediente de De Henriquez y balbuceó algo sobre sus memorias y las últimas

pruebas que aún le faltaban por recopilar. ¿Tiene que ver esta documentación con todo esto?

Galvano le observó largamente antes de abrir la boca.

—¿Por qué no puedes dejarme por un tiempo tranquilo, Laurenti? Esperemos que esos documentos se puedan leer aún a pesar de la mierda de vaca y que Sgubin los encuentre antes de que vayan a parar a manos equivocadas. Con ellos podemos complicarles bastante la vida a varias personas. En principio todo este material fue eliminado tras 1945 de forma sistemática o archivado bajo llave. Nuestros servicios secretos participaron activamente. Pero por lo menos con eso triunfaron. Como si antes que nada fueran encubridores. Pese a todo, ese expediente se lo quitó alguien frente a sus narices. Ponlo bajo vigilancia. Y cuando salga de aquí te lo explicaré todo. Mis memorias ya son suficientemente espectaculares.

Laurenti afirmó con la cabeza.

—Me tengo que ir —dijo—. Me quedaré con el perro hasta que se recupere usted.

Cuando Laurenti llegó cansado y destrozado a casa tras la visita al hospital, oyó las voces antes de haber acabado de subir las escaleras. Le llegó una vaharada del fuego de la parrillada. A primera hora de la tarde, una ligera bora había barrido las nubes negras y la lluvia había dejado plantada una vez más a la ciudad. Pero no había podido terminar con la dichosa parrillada del demonio. ¿Pero qué más quería? Un matrimonio feliz y alegría en casa significaban mucho. ¿Qué hombre podía presumir de ambas cosas?

Antes de que alguien le viera cogió una toalla, el *Moby Dick* y las llaves de la Vespa y se fue a las Filtri. Un baño en el mar le relajaría de una vez.

Título original: *Der Tod wirft lange Schatten*  
En cubierta: *Autorretrato en la sombra*  
(petites-Dalles, 1988) foto de © Jeanloup Sieff

Edición en formato digital: mayo de 2013

© Paul Zsolnay Verlag, Viena, 2005  
© De la traducción, Christian Martí-Menzel, 2007  
© Ediciones Siruela, S. A., 2007, 2013  
c/ Almagro 25, ppal. dcha.  
28010 Madrid.

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-15803-92-8

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

[www.siruela.com](http://www.siruela.com)

# Índice

Portadilla	2
La larga sombra de la muerte	4
Fin... cuando todo podría haber sido tan bonito	7
Marina di Aurisina	11
Bagnoli della Rosandra / Boljunec, Trieste	16
Mia llega	23
Un pacto con artimañas	29
El segundo día de Mia	53
Los primeros pasos	57
El descubrimiento	62
El valle detrás de la ciudad	68
Mia y Calisto	75
Mucca Pazza 2	80
El olor del café	82
Europa crece	89
Mia estaba feliz	100
Rutina	107
Pizza para todos	111
Recuerdos	137
Un día de suerte	140
Armas pesadas	161
Historias de medianoche	169
¿Nunca se acabará esto?	173
De noche	219
Una mañana de mayo	229
Konec = Fin	238
Créditos	247

